

36
2ej



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

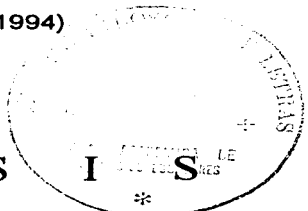
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

**LA DIVISION DEL NORTE EN LA
HISTORIOGRAFIA DE LA REVOLUCION**

(1917-1994)



FACULTAD DE FILOSOFIA
Y LETRAS
COLEGIO DE HISTORIA



T E S I S

**QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADO EN HISTORIA**

P R E S E N T A :

PEDRO AGUSTIN SALMERON SANGINES

COPILOCO, AGOSTO 1997

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**Para Esther Sanginés García,
sin quien son inimaginables
tesis y tesista**

INDICE

INTRODUCCION	1
I. VILLA, EL MALO DEL CUENTO	6
1.- El general y sus subalternos	9
Alvaro Obregón	11
Alfredo Breceda	14
Miguel Alessio Robles	16
Bernardino Mena Brito	20
Juan Barragán	24
2.- El entusiasmo villista	35
Entre 1915 y 1920	36
John Reed	39
Ramón Puente	42
Rafael F. Muñoz	46
Nellie Campobello	47
Eliás L. Torres	49
3.- Deslindándose del Centauro	51
Martín Luis Guzmán	53
José Vasconcelos	60
II. REVOLUCIONARIOS FUERON TODOS	69
1.- Historias de villistas	71
Martín Luis Guzmán	71
Silvestre Terrazas	77
Juan B. Vargas	78
Federico Cervantes	82
Luis Aguirre Benavides	94
Marte R. Gómez	99
2.- La proliferación de las biografías	103
3.- La historia de la Convención	106
Vito Alessio Robles	106
Robert E. Quirk	118
Luis Fernando Amaya	123
III. UNA SOLA REVOLUCION	130
1.- Las historias generales	132
Miguel Ángel Sánchez Lamego	132
Jesús Silva Herzog	138
Manuel González Ramírez	141
José C. Valadés	148
La escuela soviética	155

2.- La crítica de la derecha	158
Francisco Bulnes	158
Jorge Vera Estañol	160
Alfonso Taracena	165
3.- La historia desde Chihuahua	167
Alberto Catzadiáz	167
Francisco R. Almada	182
IV. LOS REVISIONISTAS	191
1. Los villistas en las reinterpretaciones globales	198
Adolfo Gilly	198
Jean Meyer	209
Arnaldo Córdova	213
Berta Ulloa	217
Alan Knight	223
John M. Hart	236
2.- Los villistas en las historias de otros	242
John Womack	242
Michael C. Meyer	246
Charles C. Cumberland	249
Héctor Aguilar Camín	257
Frederich Katz	262
3.- Los villistas	270
La historia de Chihuahua	270
La personalidad del caudillo	274
El papel de Felipe Angeles	279
Los villistas en la Convención	284
Katz y los villistas	293
CONSIDERACIONES FINALES	295
BIBLIOGRAFIA	305

Creo que tiene razón
soy parcial
de eso no cabe duda
más aun yo diría que un parcial irrecatable
caso perdido en fin
ya que por más esfuerzos que haga
nunca podré llegar a ser neutral

Mario Benedetti

El aletazo de un pensamiento sombrío lo
rozó: las revoluciones campesinas fracasaron
siempre. Por eso nos fascinan. Los Emiliano
Zapata, los Garabombo, los Raymundo
Herrera, los Agapito Robles mueren puros.
Los campesinos no llegan al poder; no tienen
oportunidad de corromperse. La injusticia
de la historia los preserva. No les da
ocasión de transformarse de oprimidos en
opresores.

Manuel Scorza.

En la Facultad de Filosofía y Letras y alrededor de ella he pasado los mejores años que guarda mi memoria. Toda la vida que de ahí emana, lo que en ella se puede aprender, la gratísima oportunidad de oír a los poetas y a los sabios que en ella tienen sus reales, y, en fin, el lanzamiento al mundo desde esa plataforma, merecen el eterno agradecimiento de quienes hemos tenido la inconcebible fortuna de formarnos en ella.

Pero la Facultad no es una abstracción, no es tampoco los edificios que la conforman; la constituyen hombres y mujeres, una comunidad. Es a esa comunidad a la que le quiero agradecer aquí, a quienes han sido mis maestros, a quienes han compartido generosamente con todos nosotros el fruto de su trabajo y de su inteligencia. Imposible dejar de mencionar a Alfredo López Austin, Miguel Soto Estrada, Renato González Mello, Colin White, Ernesto Schettino, Rubén Ruiz Guerra, Lorenzo Ochoa y Federico Navarrete Linares.

A la doctora Evelia Trejo Estrada y al doctor Pablo Serrano Álvarez, que leyeron esta tesis y le hicieron importantes correcciones, no pocas de las cuales fueron incorporadas a la versión final, les agradezco las atenciones que han tenido conmigo y el tiempo que me han dedicado. A mis compañeros del Seminario de México Contemporáneo -Alejandra, Gabriela, Dení, Adriana, Marisela, Dafne, Mireida, Mariano, Javier y Wilphen- escucharlos durante varios meses mis elucubraciones sobre los villistas, y lo hicieron de buen grado y con atención.

A la doctora Georgette José Valenzuela, en cuyo seminario de México Contemporáneo encontré un espacio de discusión y análisis que me sacó más de una vez de los atolondrados y las crisis en los que la redacción del trabajo me iba metiendo. Es mucho lo que ésta tesis le debe a su disposición y a su crítica certera y aguda.

A la maestra Josefina MacGregor Gárate le estaré agradecido siempre por la generosidad con que comparte, dentro y fuera de las aulas, su pasión por la historia y la docencia; y sobre todo, por el haberme permitido contarme entre sus alumnos. La maestra MacGregor conoció e impulsó desde hace varios años mi pasión por la División del Norte, y leyó y corrigió tanto los primeros balbuceos como las últimas versiones.

Los tres cursos de historiografía de México impartidos por el doctor Alvaro Matute Aguirre, que fueron para nosotros -y aquí hablo en plural, porque es un discípulo compartido con un par de grandes amigos- una nunca soñada llave de entrada a la Facultad y al estudio de la historia, harían por sí solos que mereciera mención aparte en esta lista de gratitudes académicas. Pero el profesor Matute ha seguido siendo nuestro maestro todos estos años, siempre atento a nuestro avance y a nuestros tropiezos. El cuidado y el respeto con el que dirigió ésta tesis, amén de todo lo anterior y lo que ha seguido, han hecho que la deuda de gratitud creciera, como sin duda seguirá creciendo.

Quienes han estado conmigo en estos años, con quienes he compartido lo que la Facultad ha sido y he partido el pan y el vino, merecen todo mi afecto. No hay mal possible cuando se tienen amigos como los que tengo. Infinitas gracias a quienes en diferentes momentos me han estado conmigo: Lolita García Pimentel, Claudia Lomeli Rodríguez, Mariana Morales Cortés, Concepción Hernández, Nimcy Arellán, Isabel Guerrero, Gabriela Saíd, Patricia Torres, Lorena Pérez, María Esther Reyes, Miguel Pastrana, Carlos Mondragón, Luis Sánchez, Carlos Molina, Saul Moreno, Martín Echeverría, Gerardo Gurza, Rey José Areola, Federico Martínez y los jóvenes cronopios Pablo Lombó, Giovanni Ortega y Carlos Cabrera.

A mis amigas Esperanza Brnzuela García, Oxana Pérez Bravo, Tania Ortiz Galicia, Constanza Patán Tobio, Claudia Sanguinés Sayavedra, Alejandra Portillo Rodríguez, María José Rhi-Sausi Garavito y, por supuesto, Gabriela Pulido Llano (espejo de andantes caballerías) por lo que hemos compartido, por todo lo que me han enseñado, aun a pesar de mi cerrada entendedora y mi proverbial necedad.

A Leonardo Lomeli Velasco, Bernardo Ibarrola Zamora y Raúl González Lezama les agradezco sobremanera que compartan conmigo esa pasión por el pasado y el presente de México, esa afición erudita que no se queda en la contemplación y el estudio, y esa generosa amistad de la que siempre hay tanto de qué aprender y de qué sorprenderse.

Y a mis hermanos Eduardo Fernández Schettino, Rodrigo Díaz Maldonado e Iván Valdez Bubnov, por todo lo vivido.

AGRADECIMIENTOS

Una tesis de licenciatura no es sólo un trabajo escrito, algo más extenso que los escolares, del que el autor encarga por su cuenta y riesgo medio centenar de ejemplares y va a sepultarse en los estantes de algunas bibliotecas públicas y privadas. Es, sobre todo, el primer trabajo profesional -con todas las limitaciones que esto implica- y el fruto visible y tangible de los años de formación elemental, que no son sólo los cuatro o cinco pasados en la Facultad sino los dos o tres décadas que se llevan sobre la faz de la tierra.

Así pues, es normal que se sientan unas enormes ganas de invitar a los amigos a celebrar y de dar las gracias extensamente a quienes, de una u otra forma, contribuyeron a la existencia de la tesis y lo que ella significa. Y aunque no puede decirse todo lo que se quiere -para eso están las noches pasadas en evoluciones de botellas-, no hay modo de sustraerse al placer inherente a dar las gracias, si no a todos los que han hecho posible todo esto, si a algunos.

Además, hay que aprovechar que esto es una tesis de licenciatura, esto es, algo que, a fin de cuentas, queda entre amigos, lo que nos permite añadirle un pórtico que no existiría si el trabajo tuviera como destino un público amplio.

Naturalmente, el papel es un material pobre en extremo para agradecerle a mi madre, Esther Sanginés García, lo que ha hecho de mi y por mi, para recordar lo que le debo a una mujer a la que tanto amo, admiro y respeto.

Agradezco a mi padre, Rafael Salmerón Bone, entre tantas otras cosas, algunas que han sido definitivas, como el apego a Beethoven, a la literatura fantástica y a los vinos españoles. Y a mi abuela, doña Martha Bone, por haber estado siempre.

No alcanzaría un tratado para agradecerle a todos los Sanginés García, Similares y Conexos, lo que dan y lo que son, el ejemplo y el cariño constantes, y ese acatado funcionamiento de día a la vieja usanza, siempre listo a concurrir en las buenas, las malas y las cotidianas.

No quiero dejar de mencionar particularmente a mis abuelos, Sofía García Iglesias y Agustín Sanginés Barraza -a quien no conocí, pero cuya memoria ha sido señera y persistente; a mis hermanos Andrea, y Gabriel Salmerón Sanginés; a Teví, Alejandro y Juan Guevara Sanginés; a Leonor Sanginés y Andrés Peraza; a Salvador Cardona Sanginés y Salvador Cardona de los Ríos; a Yutisil Sanginés Sayavedra; a mis tíos Sara García Iglesias (q.e.p.d.), Esther Sanginés Barraza y Miguel y Teresa Guevara; a Gladys Coral y Glafira Franco, a Gabriela, Emma, Roberto, y Agustín Sanginés García y, sobre todo, a Luis Manuel y Héctor Sanginés García.

Continúa la lista: a mi maestro Gerardo Moreno Aranda por el camino que me enseñó a andar, y a quienes compartieron conmigo esas historias en los llanos del Bajío: Fernando, Francisco, Jaime, Guillermo, Arturo y Julio -y, claro, mi carnal Luis Arturo Salmerón-. También a mis maestros y amigos calayenses Eduardo Ocampo (q.e.p.d.), Antonio Bueno, Víctor Barrera, Rodolfo Mendoza, Edgar Hernández, Agapito Torres, Angel Lorente, Arturo Mora y Enrique Ochoa. A Luis Víctor, Ernesto, Jaime, Lupita, Pancho, Víctor, Gabriel, Sandra, Jorge, Alfredo, Sergio, Simón, Mateo y los demás del Grupo, por el fundamental año que pasó con ellos. A Gloria Sayavedra y a Luis Lombó -mi salvavidas cibernético-. A doña Bertha Schettino de Fernández y don José Manuel Fernández Azanar, por abrirme siempre, tan generosamente, las puertas de su casa. Y, en fin, a Juan Carlos Ortiz y al grupo, porque me están haciendo empezar a ver claro.

A la izquierda mexicana y a mis camaradas, porque a pesar de todo mantienen viva la esperanza. Particularmente, por supuesto, a los hombres y mujeres que -como día Mercedes Sosa- vinieron a ofrecer su corazón cuando creíamos que todo estaba perdido: los milicianos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

INTRODUCCION

1.- En la Revolución mexicana hubo una facción popular y agraria que, aunque fue derrotada, incidió profundamente en el proceso histórico subsiguiente y quedó indeleblemente marcada en la conciencia colectiva del pueblo de México.

Esa Revolución popular y agraria estuvo dividida en dos alas claramente diferenciadas. Una de ellas, suriana y comunalista, estructurada militarmente en torno al Ejército Libertador del Sur, es mucho mejor conocida que la segunda, bronca y norteña, cuyo caudillo epónimo fue Francisco Villa.¹

Lo que el villismo y el zapatismo representan en la historia y en la leyenda, lo que significan como mito popular y bandera de tantas luchas, me impulsaron, desde hace ya algunos años, a buscar en los libros de historia las razones y pasiones de sus jefes y soldados, y en esa búsqueda fui encontrando una inusitada paradoja: Villa y el villismo, un movimiento y un personaje sobre los que tanto se ha escrito son, al mismo tiempo, uno de los episodios de la Revolución más defectuosamente conocidos.²

La escasez de las fuentes de primera mano; lo excesivo y contradictorio -y mal fundamentado casi siempre- de los innumerables libros en los que los villistas son actores protagónicos o secundarios; y el enorme peso de la leyenda del Centauro del Norte, son algunos de los problemas que han dificultado y siguen dificultando el estudio de los problemas que me llevaron a estudiar el villismo y que han sido poco y mal explicados: ¿quiénes eran los villistas? ¿De dónde venían? ¿Qué tradiciones los

¹ Los zapatistas, integrados desde 1920 a la familia y el panteón revolucionarios, han sido objeto de libros señeros, tres de los cuales son representativos de los tres momentos en que convencionalmente se divide la historiografía de la Revolución: Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, V t.; Jesús Sotelo Inclán, *Raíz y razón de Zapata*, México, Conaculta, 1991, 244 p.; y John Womack, *Zapata y la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1980, XII-443 p.

María Eugenia Anas escribió una tesis en la que revisa cómo se fue construyendo la figura histórica de Emiliano Zapata durante los años revolucionarios y las dos décadas siguientes en María Eugenia Anas Gómez, *El proceso historiográfico en torno a Emiliano Zapata (1911-1940)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, Tesis de licenciatura en historia, 1979, 345 p.

² Friedrich Katz explica este problema en un párrafo conciso: "De los líderes de la Revolución Mexicana probablemente no hay personalidad de la que más se haya escrito y de la que en última instancia se sepa menos que la de Pancho Villa. Por otro lado, ningún líder revolucionario mexicano sigue siendo hoy tan controvertido como Villa", en la "Presentación" a Silvestre Terazas, *El verdadero Pancho Villa...*, México, Ediciones Era, 1984, 243 p., p. 11.

impulsaban a la Revolución y qué querían de ella? ¿Qué exigían para Chihuahua en particular y para México en general? ¿Cuál era el proyecto político del villismo? ¿Cuál su estructura militar?

2.- Esta tesis no pretende contestar esas preguntas. Tampoco hay que dejarse engañar por el título y pensar que es un estudio historiográfico en el mejor sentido del término. Su objetivo es dar cuenta de la búsqueda, en la historiografía de la Revolución, de los trabajos y los días de los villistas. Su propósito es consignar en qué libros y de qué manera se ha estudiado el villismo, sus generales y soldados, su aparato militar y su proyecto político, su vinculación con las tradiciones y necesidades del norte de México. Su razón es mostrar la escasez e inconsistencia de las respuestas a las preguntas que arriba hago, señalar qué se ha hecho y cómo se ha avanzado hasta ahora, y sugerir la búsqueda de nuevas explicaciones. Es decir, hablando en el argot del medio, esta tesis es más un dilatado estado de la cuestión -y, como tal, un punto de partida de futuras investigaciones- que cualquier otra cosa.

Hay que precisar que mi objeto de estudio es el villismo mientras estuvo estructurado en torno a la División del Norte -que nació el 29 de septiembre de 1913, en la Hacienda de la Loma, y fue disuelta el 21 de diciembre de 1915, en la Hacienda de Bustillos-. Lo que siguió, la implacable resistencia guerrillera villista contra el nuevo estado, queda fuera de éste estudio.³

3.- El cuerpo del trabajo consiste en una detallada glosa de lo que han dicho sobre el villismo un centenar de historiadores de la Revolución, a los que reviso uno por uno, desde Alvaro Obregón (que publicó sus Ocho mil kilómetros en campaña en 1917)

³ Dos tesis doctorales recientes, una de ellas inédita, tratan este periodo y el papel del villismo guerrillero, ya como piedra en el zapato del nuevo estado, ya como problema de seguridad nacional: Javier Garcíadiego Dantán, Revolución constitucionalista y contrarrevolución: Movimientos reaccionarios en México, 1914-1920, México, El Colegio de México, Tesis de doctorado en historia, 1981, 392 p.; y Alvaro Matute Aguirre, Las dificultades del nuevo estado, México, El Colegio de México, 1995, 313 p.

hasta Friedrich Katz (algunos de cuyos trabajos breves sobre el villismo fueron reunidos en sus Ensayos mexicanos, en 1994).⁴

El ordenamiento de los autores⁵ responde a la convención de dividir a los historiadores de la Revolución en tres grandes grupos generacionales: los revolucionarios metidos a historiar o memorialistas, los de en medio -a falta de mejor denominación-, y los revisionistas. Así, todos los autores del capítulo I y los del apartado 1 del capítulo II pertenecen, por su edad y su forma de historiar, a los memorialistas; por su edad, pero ya no tanto por su forma de historiar, también lo son Vito Alessio Robles, Francisco Bulnes y Jorge Vera Estañol, que fueron colocados en apartados posteriores. Pertenecen a la generación de en medio los dos últimos autores del capítulo II y prácticamente todos los del capítulo III. Y, como el título lo indica, los revisionistas fueron agrupados en el último capítulo. Las tres subdivisiones de cada capítulo fueron hechas más por razones de comodidad, aunque se procuró siempre que cada grupo de autores tuviera algún denominador común importante, ya fuera el partido que tomaron durante la Revolución (como I, 1), ya el tema que abordaron (como en II, 3), ya la manera de escribir historia (como en III, 3). Al principio de cada una de estas subdivisiones explico su razón de ser.⁶

Esta revisión no es exhaustiva. Quedaron fuera muchas historias generales de la Revolución, las memorias de algunos de los enemigos del villismo y casi todas las biografías de Pancho Villa.⁷ Sin embargo, considero que los textos que faltaron, como explico en los apartados dedicados a sus similares, no hacen sino abundar con menor

⁴ Aunque en estricto sentido muchos de los autores aquí revisados no pueden ser considerados historiadores -por ejemplo, los militares revolucionarios autores de uno o dos libros, como Alvaro Obregón y Juan Barragán, o los literatos Martín Luis Guzmán y Rafael F. Muñoz-, a lo largo del texto los llamo historiadores a todos por igual, en tanto sus textos son intentos explícitos de historiar la Revolución, así sea desde el autopanegírico o la literatura.

⁵ No intenté cortar con la misma tijera a todos los autores: reviso con mucho mayor detenimiento a aquellos que me parecen más importantes para la comprensión del villismo.

⁶ El título del capítulo II está tomado del libro homónimo de Carlos Martínez Assad, Mario Ramírez Rancáño y Ricardo Pozas Horcasitas, Revolucionarios fueron todos, México, Secretaría de Educación Pública-Fondo de Cultura Económica, 1992, 341 p. Nada me parece más acertado para resumir lo que les pasó a los villistas en ese periodo de la historiografía que tan afortunada frase.

⁷ Las biografías de Villa, como explico más detalladamente en el apartado 2 del capítulo II, fueron revisadas por Guadalupe Villa, que consigna en su tesis más de medio centenar de textos. Remito a ella a quien le interesen esas biografías, muchas de las cuales no son ni siquiera mencionadas en este trabajo. Guadalupe Villa Guerrero, Francisco Villa: historia, leyenda y mito, México, Universidad

profundidad, en las ideas expuestas por los autores revisados. Confío en que ningún autor significativo (ninguno que estudie al villismo con seriedad, ninguno que exponga ideas novedosas o útiles) haya quedado fuera.

Algunas aclaraciones sobre las citas y el aparato crítico. Al glosar a cada autor recurro muchas veces a paráfrasis, sin decirlo cada vez que lo hago. Entiéndase que procuré reflejar en cada caso, en la medida de lo posible, no sólo las opiniones de los autores sino incluso su propio lenguaje. Como avanzo libro por libro no le adjudico a cada una de las citas textuales una nota a pie de página, como dictan los cánones; sólo remito, al final de la cita, a la(s) página(s) de que la extraí. Así mismo, y también con el ánimo de aligerar el aparato crítico, las referencias bibliográficas en las notas a pie de página sólo contienen los datos mínimos indispensables para identificar el libro: las fichas completas las encontrará el lector en la bibliografía, al final de la tesis. Por fin, como me disgusta particularmente tener que regresar quien sabe hasta donde para averiguar de qué op. cit. estamos hablando, evité el uso de esa locución y todas sus variantes: cuando cito un libro desde la segunda vez en adelante, en la referencia a pie de página vienen siempre el nombre del autor y el título del libro.

4.- Siendo tanto lo escrito sobre el villismo, a primera vista parece absurdo añadir un texto más a una lista aparentemente interminable. No lo es. A lo largo del trabajo se irán viendo las carencias y lagunas que hay en la historia de la Revolución en el norte.

No creo necesario justificar aquí la necesidad de estudiar a un movimiento y un personaje que han quedado indeleblemente impresos en la conciencia popular y que siguen siendo mito y bandera de muchos grupos.⁵ No pretendo una neutralidad

Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, Tesis de licenciatura en historia, 1976, 290 p.

⁵ Podría nombrar a opositoristas de Durango y Chihuahua, a beligerantes grupos de campesinos tomadores de tierras en el Soconusco, a partidas guerrilleras de la Sierra Gorda, a importantes movimientos populares de la ciudad de México marginados de los periódicos pero no de las calles, que tienen no sólo en su parteón de héroes, sino en el nombre mismo de sus organizaciones las palabras "Francisco/Pancho Villa". Recuerdo también carteles propagandísticos de los principales partidos de izquierda mexicanos -algunos desaparecidos, o mejor dicho, integrados en otro- en los que aparece Francisco Villa. Sin olvidar, claro, que paradójicamente (paradoja demasiado común en México) es también un héroe del gobierno y su partido.

imposible e indeseable,⁹ pero tampoco es este el lugar para hablar de mi pasión por el villismo. Si la pertinencia de estudiar a esos broncos hombres del norte que irrumpieron como un huracán en la historia de México y mi pasión por esa Revolución derrotada no quedan claras a lo largo de la tesis, éste ha sido un esfuerzo vano y un trabajo inútil.

⁹ Mi objeto de estudio son los villistas. Eso quiere decir que los otros actores históricos del momento aparecen aquí de paso, y sólo en tanto enemigos o aliados del villismo, de tal manera que lo que se dice de los huertistas, de los carrancistas y aun de los zapatistas es bastante parcial. Quiero aclarar aquí que no suscribo los adjetivos endilgados a lo largo de la tesis a los enemigos del villismo, ni la parcialidad del estudio, que no permite ver, por ejemplo, la decidida y acertada conducción de la política exterior carrancista, o las reformas sociales que algunos ministros de Huerta intentaron llevar a cabo.

CAPITULO I

VILLA, EL MALO DEL CUENTO

En este capítulo revisaremos cómo velan a la División del Norte, a sus jefes y soldados, los veteranos de la Revolución metidos a historiar. Aunque algunos de los autores tratados en el capítulo no echaron bala ni platicaron con ninguno de los caudillos, la mayoría sí lo hicieron; y pasados los revueltos años revolucionarios escribieron memorias o libros que querían hacer la historia verídica de la Revolución, o al menos, de su participación en ella.

Es la de estos autores, testigos y partícipes de los hechos que narran, la primera visión histórica de la Revolución mexicana, una época que desde muy pronto se consideró fundadora y trascendente.¹ Si a alguien puede reconocérsele la paternidad de la tradición es al mismísimo héroe invencible de cien batallas, al caudillo, al general de división Alvaro Obregón Salido, que publicó en 1917 sus Ocho mil kilómetros en campaña. Los pasos del preclaro jefe fueron seguidos por una sarta de generalotes y generalitos, asesores civiles o secretarios de algo o de alguien y otros géneros de espontáneos metidos a historiar.

Existía además la ventaja o desventaja, según se mire, que de todos los "ismos" (o casi) quedaban por lo menos dos o tres sobrevivientes, lo que hacía que a un libro "falaz", le siguieran un ciento de artículos vituperándolo,² y con suerte, algún libro que transcribiendo un par de centenares de telegramas, partes, cartas y otros documentos que obraban en poder del autor, demostraba que el anterior era obra de un gran mentiroso.³ Cada veterano que escribía sus memorias había militado en el(los) único(s) bando correcto, y todos los demás eran puros traidores. José Vasconcelos es quien mejor ilustra este caso al mostrar en su autobiografía que desde 1910 no ha habido en México más que dos hombres limpios, honestos, cultos y patriotas: Francisco I. Madero y, obviamente, José Vasconcelos. Forzando la nota, Héctor Aguilar Camín, en una crítica de la obra de Martín Luis Guzmán, escribió:

¹ Ver Luis González y González, "Setenta y cinco años de investigación histórica en México", en Fernando Pérez Correa, (coordinador general), México Setenta y cinco años de Revolución. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana-Fondo de Cultura Económica, 1988, t IV.

² No al libro, sino al autor, al que se llenaba de impropiedades y se le acusaba de traidor a algo o a alguien, lo que gracias a lo cáotico de la "Bola" siempre era cierto, y de mal revolucionario y peor mexicano, lo que entonces era un gran insulto.

³ Por ejemplo, las memorias -o historias- de Alberto J. Pani, del general Amado Aguirre, y del general Federico Cervantes nacieron así.

En el sentido de su obligatoria exaltación del narrador, el águila y la serpiente comulga en el mismo reclinatorio de las decenas de autobiografías de revolucionarios, cuyo único mérito al fin, ha sido provocar su espléndida parodia en los relámpagos de agosto de Jorge Ibarguengoitia.⁴

Cierto. Pero no juegan en la misma liga la apasionada, biliosa y resentida autobiografía de José Vasconcelos y la infumable obra de Jesús Romero Flores. No es lo mismo escribir de memoria, aunque bien, como Francisco L. Urquiza, que tener detrás formidables archivos, como Gildardo Magaña o Juan Barragán. No se leen igual las ampulosas obras de Alvaro Obregón o Salvador Alvarado, que la bellísima prosa de Martín Luis Guzmán.

Y sobre todo, buenas o malas, las autobiografías de los revolucionarios son fascinantes, porque pese a todas las objeciones que puedan ponérseles, nos muestran cómo pensaban y cómo querían ser (esto es, qué imagen pretendían dar de sí mismos) los parteros del estado mexicano moderno; y porque todas son obras llenas de pasión y fuego, de rencores y odios, de admiración y desencanto.

Pero ni en los más tempranos años los veteranos ejercieron el monopolio de la interpretación de la Revolución. Estaban también los críticos para los que la Revolución había sido un acto masivo de barbarie; y, sobre todo -por más leídos, por más famosos-, los novelistas.

La Revolución Mexicana ha sido durante mucho tiempo lo que quisieron sus novelistas especializados: José Vasconcelos, Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán. Ha sido la bola, la corrupción, la muerte inútil, el robo y el asesinato masivos, la irracionalidad ; el triunfo de los esbirros, la masacre de los idealistas, fango, bajos instintos, desprecio del peligro.⁵

La mayoría de los autores aquí revisados pintaban a un Villa verdaderamente bestial. Después de todo, los hombres que gobernaban al país habían tenido en Villa

⁴ Hector Aguilar Camín, Salidos de la Revolución, México, Editorial Oceano, 1983, p. 203. Al respecto, dice Jorge Ibarguengoitia: "Los relámpagos de agosto no es una novela histórica, pero sí libresco. Se deriva de las lecturas que hice durante el tiempo que me dediqué a preparar y escribir El Alentado... Esto ocurrió hace cerca de veinte años, las librerías entonces solían tener una mesa con un librero que decía "revolución mexicana", en la que había libros escritos veinte años antes, por gente que sentía que había participado en la historia pero que su actuación no había sido entendida, que no tenía oficio de escritor, pero que escribía libros para justificarse y pagaba la edición. Nadie compra los libros y veinte años después allí estaban, en una mesita aparte, esperando a que un ocioso se los llevara. Eran libros por lo general demasiado largos y muchas veces ilegibles. Tenían un papel amarrillo y despedían un olor inconfundible. En la actualidad han desaparecido casi por completo", en Autopsias rápidas, México, Vuelta, 1988, p. 72.

un enemigo terrible. El Centauro del Norte era un fantasma muy peligroso, y los políticos que estaban en candelerero, habían estado o querían estarlo, que en un muy alto porcentaje eran quienes estaban escribiendo la historia de la Revolución, lo convirtieron en una de las mayores cabezas de "la hidra de la reacción", como lo había caracterizado el propio general Obregón desde las postrimerías de 1914 en uno de sus ampulosos panfletos.

Esta imagen de Villa es muy importante, porque la mayoría de estos autores veían en las facciones de la Revolución más la impronta de los caudillos que cualquier otra cosa. De ahí, de la importancia que en estos libros tienen los caudillos, que en éste capítulo me detenga tanto en las figuras de Francisco Villa y de otro hombre por el que se explica muchas veces la línea política villista: el general Felipe Angeles.

El resto de los caudillos y facciones eran atacados o defendidos en estos libros según las banderías en que el narrador había militado en el violento pasado inmediato o según hacia donde soplara el viento político; pero Villa era casi indefendible. Y no es que no hubiera antiguos villistas entre los espadaones y covachuelos que gobernaban al país o esperaban en la banca, pero era de tal manera denigrante haber militado a las órdenes de tan temible bandolero, que o se quedaban callados o contribuían a la defenestración del extinto jefe de la División del Norte, en libros y artículos cuyo interés primordial parecía ser que el autor demostrara fehacientemente que no había sido villista, de ninguna manera, que si había militado en las filas de la División había sido por éste o aquel accidente.

En fin, también desde temprano se alzaron voces en defensa de los villistas. Voces que se oían poco, pero que estaban presentes.

³ Héctor Aguilar Camín, Saldos de la Revolución, pp. 201-202.

1.- EL GENERAL Y SUS SUBALTERNOS

En esta parte veremos a los villistas pintados por quienes combatieron con las armas en la mano a la División del Norte. Salvo Miguel Alessio Robles, los autores aquí tratados fueron militares constitucionalistas. Y no es que no hayan escrito memorias civiles que jugaron un papel importante en las filas de los enemigos del villismo, sólo que en ellas, los villistas sólo aparecen como comparsas.⁸

Se revisan aquí la visión de los villistas del general Obregón y de quien fuera su cercano amigo, secretario particular y secretario de Estado durante su gobierno, Miguel Alessio Robles; la del general Juan Barragán, uno de los militares más cercanos al Primer Jefe; una cita de Alfredo Breceda y las biliosas obras del coronel Bernardino Mena Brito.

Quedaron fuera las memorias y relatos de otros militares que lucharon contra la División del Norte que se refieren al villismo sólo de paso, cuya glosa no haría sino abundar en lo ya dicho. Entre ellas, principalmente, las obras del general Francisco L. Urquiza Benavides, militar leal al Primer Jefe, a quien acompañó hasta la muerte, y que es uno de los mejores escritores de novelas y estampas de la Revolución; del general Amado Aguirre y Santiago, que a las órdenes de Manuel M. Diéguez hizo la campaña de Occidente contra los villistas y participó en la batalla de Trinidad -donde recibió una herida y su águila de general-; del general Manuel W. González, oficial del Estado Mayor de don Pablo González, que estuvo en las campañas del Noreste; y las del audaz general "colorado" Marcelo Caraveo, que combatió contra los villistas en la campaña de 1913-14.

Aunque la visión de estos autores sobre la Revolución y sus hombres es muy distinta, en lo que respecta al villismo coinciden notablemente. No creo inútil aclarar que muchas de sus interpretaciones dependieron de si escribieron en buenos tiempos -los menos-, o lo hicieron desde la derrota o la banca; y de donde los hubieran agarrado los hechos de 1920. Y hay que decir que de los autores tratados en este capítulo sólo Obregón y Alessio fueron aguaprietistas: como que los sonorenses, en el poder, no tenían tanto tiempo para escribir como sus rivales menos afortunados.

⁸ Por ejemplo, las memorias de Alberto J. Pani, Isidro Fabela, Adolfo de la Huerta y Luis Cabrera.

ALVARO OBREGON (1880-1928)

El 1o. de mayo de 1917 don Venustiano Carranza dejó de ser el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y Encargado del Poder Ejecutivo (así, con mayúsculas) para convertirse en presidente constitucional de la República. Unos días antes había renunciado a la cartera de Guerra el general de división Alvaro Obregón Salido.

El sonorenses era, con mucho, el más ameritado de las docenas de señores de la guerra de diverso pelaje engendrados por la Revolución y "brújula política reconocida del ala radical de aquella asamblea [el Congreso Constituyente], presentó su renuncia al gabinete carrancista para hacer públicas sus incompatibilidades y retirarse a su tierra natal".⁷ Una vez marcadas sus distancias con el carrancismo y apartado de la vida política (al menos en apariencia) hasta junio de 1919, cuando lanzó su candidatura a la presidencia, Obregón viajó por el extranjero, fundó un emporio agrícola en Sonora, mantuvo el contacto con los obregonistas enquistados en el gabinete, las cámaras, las gubernaturas, las comandancias militares y demás espacios de poder; y, para no aburrirse, escribió sus Ocho mil kilómetros en campaña.⁸

No fue Obregón el primer destacado revolucionario en contar sus andanzas en la bola,⁹ pero sí inauguró un modo de escribir la historia de la Revolución: serán sus Ocho mil kilómetros... lo que tendrán en mente muchos de los veteranos metidos a historiar, y lo que procurarán imitar, generalmente con mayor fortuna que la conseguida al intentar igualar al de Huatabampo en las lides políticas y los campos de batalla.

Las memorias militares de Obregón son paradigmáticas del género. En la "Nota Introdutoria" a la edición de 1959, firmada por el Patronato de la Historia de Sonora, se aducen las razones que hacen de ellas una obra "de primerísimo orden":

El general Obregón jugó un papel muy destacado en los sucesos que describe, lo que lo convertía en un testigo inigualable.

⁷ Héctor Aguilar Camín, Saldos de la Revolución, pp. 192-193.

⁸ Alvaro Obregón, Ocho mil kilómetros en Campaña, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, CXXVIII-619 p.

⁹ Lo precedieron Roque Estrada y Fedenco González Garza.

Son el primer libro de historia militar escrito por un militar de nombradía, participe destacado de la historia que cuenta; y el único escrito por uno de los principales caudillos de la Revolución, lo que hace de él una fuente de primera mano.

Y sobre todo, porque el autor

se anticipó a los arribistas e improvisados historiadores, pues dijo el general Obregón que escribió Ocho mil kilómetros en campaña porque era el poseedor de los documentos originales que constitulan pruebas de lo por él afirmado; y porque el conocimiento directo que tuvo de la campaña lo colocaba en mejores condiciones de apreciar y reconocer los méritos de los hombres que militaron a sus órdenes (p. VIII).

Hay aquí dos características del libro y el autor que durante mucho tiempo serán indispensables para escribir la historia de la Revolución: el que escribe fue un destacado testigo de la historia que cuenta, y se apoya -intercalándolos en el texto- en un impresionante cuerpo documental. "En sí misma [sigue la Nota Introdutoria] esta obra está formada por los partes militares que rindiera el general Obregón, conforme las acciones de guerra fuéronse desarrollando" (p. IX).

Fue esto lo que permitió al general Obregón pergeñar 509 páginas en tan corto tiempo: lo que escribió fueron los enlaces, no siempre lo suficientemente explícitos, entre un documento y otro, entre el parte de una batalla y el de la que siguió, entre el telegrama de ida y el de vuelta.

A estas características se agrega una tercera: un juramento de verdad al principio del libro. El del general Obregón, con el que se abre la obra, reza así: "Este libro está escrito fuera de toda jurisdicción literaria; en cambio, la verdad controla cada uno de sus capítulos" (p. 3). Obregón y, como veremos, todos los memorialistas, protestan decir verdad, juran que no hay dolo ni mentira en su obra, porque esperaban el juicio de la historia. La historia era un alto tribunal que juzgaría sus acciones, premiando a los buenos y enviando a los malos al infierno del desprecio y el odio de los mexicanos del mañana.

Este es el modo que no sólo va a imperar, sino que va a hacerse necesario para escribir la historia militar y política de la Revolución, al menos, mientras vivieron sus participantes. Pero vayamos a lo que nos interesa.

Absorbido el general Obregón por los aspectos militares son muy pocas las opiniones políticas y sociales que arriesga. Da por sentado que es claro quiénes eran

los buenos y quiénes estaban en lo correcto, y sólo muy ocasionalmente se detiene a explicar los adjetivos que endilga generosa y abundantemente a sus enemigos. No se explica, pues, por qué los villistas fueron "traidores" primero y "reaccionarios" después. No hay, siquiera, un análisis de las fuerzas enemigas, ni siquiera en términos militares. Basta con la descripción de las batallas y la constante exageración -sobre todo en la parte concerniente a las batallas del Bajío- de los efectivos enemigos. De manera que es poco lo que se puede saber de la División del Norte a través de estas páginas, como no sea la forma en que perdió las batallas decisivas. Sin embargo, hay ideas y afirmaciones que, como el modo de historiar, se volverán lugares comunes para toda una temprana corriente de interpretación.

Para el general Obregón, Villa era un peón ignorante, buen soldado, sí, e incluso, a veces, buen revolucionario pese a sus disposiciones atrabiliarias y a su carácter sanguinario; pero que por su ignorancia y su desmedida ambición era juguete de los políticos reaccionarios que se cobijaban a su sombra, principalmente los más nefastos, los abanderados del porfirismo y la contrarrevolución: Felipe Angeles, José María Maytorena y Miguel Díaz Lombardo (cfr. pp. 128, 169 y 217-218). En cuanto a la División del Norte, Villa mantenía la cohesión de sus generales y soldados alternando el terror y la corrupción.¹⁰

La Convención de Aguascalientes, en la que Obregón jugó un papel importante, fracasó porque de ella salió fortalecido el villismo, gracias a la atracción que sobre muchos jefes constitucionalistas ejerció "la bandera de libertinaje que Villa tremola como divisa de su partido" y a "la insidia con que venían obrando los directores intelectuales de la División del Norte, en connivencia con la que hábilmente manejaban los directores intelectuales del zapatismo" (pp. 218-219).

Finalmente, fracasado su empeño de separar a Villa del mando de la División del Norte, Obregón regresó con Carranza, explicando su toma de partido en dos pequeños textos que circularon profusamente, el primero en México y el segundo en Veracruz.

¹⁰ Para el terror, ver p. 200, y los relatos de las conversaciones de Obregón con varios jefes villistas durante la segunda estancia del sonoreño en Chihuahua. Para la corrupción las citas abundan; veanse las siguientes notas.

El 17 de noviembre de 1914, en vísperas de evacuar la Ciudad de México ante el avance convencionista, Obregón lanzó un Manifiesto, en el que llamaba al Centauro "el monstruo de la traición y del crimen", hacía de Villa, Angeles y Maytorena "la trinidad maldita", y llamaba a los buenos mexicanos, a esos "que despreciarán el derroche, la orgía y el libertinaje -bandera de corrupción infame-", a "hacer desaparecer entre las invencibles garras de la justicia, a los monstruos deformes, que en danza macabra, celebran en estos momentos la agonía de nuestra Patria" (pp. 226-227).

Pocos días después publicó los Cargos concretos contra Francisco Villa, José María Maytorena y Felipe Angeles, en los que además de los crímenes, robos y demás desmanes que les endilgaba, hacía de Villa un títere de la reacción, y de Angeles el títritero que manejaba a Villa por cuenta de los "científicos" (pp. 233-238).

Hasta aquí están delineados los principales rasgos del enemigo al que Obregón habría de batir en el transcurso de 1915: la División del Norte era un cuerpo militar levantado y sostenido por el miedo que Villa inspiraba a sus subordinados y por el oro con el que compraba sus conciencias. La mayoría de los villistas no tenían otra bandera que el saqueo y el libertinaje, y eran instrumentos inconscientes de una camarilla política enviada por los personeros del antiguo régimen con el fin de destruir la Revolución.

Con matices y agregados, esta será la visión de la División del Norte y de sus jefes que va a campear, como veremos, en las memorias e historias de un gran número de veteranos de la Revolución.

ALFREDO BRECEDA (1886-1967)

Alfredo Breceda publicó en 1920 el primer tomo de una obra que prometía ser multivoluminosa, y de la que sólo apareció la segunda parte dos décadas después: México revolucionario.¹¹ La larga interrupción -la necesidad de dejar inconclusa ésta obra- tiene una explicación lógica: a Breceda, signatario del Plan de Guadalupe,

¹¹ Alfredo Breceda, México Revolucionario, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, II t.

compañero del Primer Jefe en los primeros días del constitucionalismo, diputado federal en la XXVIII Legislatura, y gobernador carrancista de San Luis Potosí (1917) y el Distrito Federal (1918-19), se le vino encima la Revolución de Agua Prieta, que lo excluyó de la vida política.

El tomo segundo de la obra es una feroz filípica contra los caudillos sonorenses -Calles, sobre todo-, so pretexto de escribir la historia de la Revolución en Sonora hasta septiembre de 1913. No hay en él nada que nos interesa aquí.

El prólogo del Tomo I ofrece mucho más de lo que el libro da. Tras pregonar en el epígrafe "Amicus Plato, sed magis amica veritas",¹² y advertir que la única pasión que lo movía al escribir la historia de la Revolución constitucionalista era "la que inspira la verdad grave y austera" (p. 9), promete dedicar especial atención a la Convención y hacer hincapié en la personalidad de Francisco Villa.

Por las razones arriba dichas, Breceda no hace ninguna de las dos cosas, sin embargo, con el prólogo es suficiente para saber, así sea grosso modo, qué pensaba de la Convención y del villismo un prominente carrancista que se metió a escribir la historia de la Revolución cuando aun vivía el de Cuatro Ciénegas:

En ella [dice Breceda de la Convención] se verá cómo un grupo de hombres inconscientes, impulsivos y medrosos, se dejaron dominar como rebaño de ovejas por un pequeño número de agitadores, que en completa desorientación política actuaron en sentido inverso a la representación que tenían, arrastrados por fuerzas apremiantes que en nada se compadecían con el ideal revolucionario, que era la salud del pueblo.

Al calor de una demagogia absurda, sin precedente en el rol de nuestras luchas políticas, ante el aparatoso fantasma del miedo, se decía generalmente lo que no se quería decir, y se votaba por lo que no se pensaba votar. Para regular el caos revolucionario, para llegar a una finalidad, que era la suprema aspiración nacional [...], fué preciso que parte de los convencionistas, espantados y arrepentidos de su propia obra, y consternados por los crímenes del leader Francisco Villa, volvieran sus ojos a Veracruz, asiento y reducto único de la Primera Jefatura (p. 10).

¹² "Amigo de Platón, pero más amigo de la verdad". Atribuido a Aristóteles.

MIGUEL ALESSIO ROBLES (1884-1951).

Miguel Alessio Robles, destacado obregonista que renunció a la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo para oponerse a la candidatura presidencial de Plutarco Elías Calles, publicó en 1935, pasados los años del Jefe Máximo -del que era enemigo declarado-, su Obregón como militar,¹³ en el que los villistas, enemigos del protagonista, ocupan un lugar importante.

En la revista de las hazañas militares de Alvaro Obregón durante la lucha contra Huerta, Alessio intercala su versión de la escisión revolucionaria, en la que ve dos causas principales: primero, el conflicto entre los seguidores de Maytorena y los de Pesqueira en Sonora, que se incrementó con la rivalidad creciente entre don José María Maytorena y el general Obregón. "Esta división tuvo una repercusión hondísima, porque fue a tener eco más tarde en Chihuahua" (p. 35).

La segunda causa fue Felipe Angeles. El afamado artillero llegó a Sonora a fines de octubre de 1913, y Carranza -se insiste hasta el cansancio- le guardó consideraciones infinitas y lo trató con todos los miramientos posibles, pese al impolítico hecho de darle la subsecretaría de Guerra después de haberle ofrecido la secretaría.¹⁴ Pero la consideración que le guardaba el Primer Jefe no la imitaban ni los caudillos sonorenses ni los políticos y militares que rodeaban a Carranza.

Cuando Carranza ascendió a Angeles a general de brigada, poco después de la victoria de la División del Norte en San Pedro de las Colonias, el comandante de la artillería villista le contestó secamente en una carta en la que todas las frases "expresaban resentimiento y disgusto". Dice Alessio:

Al leerla, inmediatamente corrí a ver al general Angeles y le manifesté la contrariedad tan grande que había recibido el señor Carranza con esa carta. El me contestó llanamente: "Yo también soy de carne y hueso, y, natural es que muestre mi resentimiento cuando he sido objeto de toda clase de humillaciones".

Es conveniente repetir ahora que el señor Carranza, personalmente no le había hecho ninguna humillación al general Angeles. Al contrario [...] pero los subordinados del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, aun aquellos

¹³ Miguel Alessio Robles, Obregón como militar. México, Editorial Cultura, 1935, 203 p.

¹⁴ En un libro posterior, don Miguel explica las razones de este hecho: Obregón, y los otros jefes del Noroeste vetaron el nombramiento de Angeles como secretario de Guerra. Ver Miguel Alessio Robles, Historia política de la Revolución, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, pp. 89-91

que habían sido alumnos del antiguo Director del Colegio Militar, parece que se gloriaban y se ufanaban en humillarlo y rebajarlo (p. 63).

Aunque no parece haber otra explicación que la de estos resentimientos personales, hay un par de cosas más:

Recién llegado Angeles a Sonora, redactó un manifiesto en el que invitaba a los oficiales del Ejército Federal a pasarse a la Revolución; manifiesto que no se publicó por disposición de Carranza. "Entonces Angeles quedó perplejo al saber por boca del señor Carranza que el Ejército Federal iba a desaparecer completamente. El antiguo Director del Colegio Militar no se explicaba cómo podía ser disuelta aquella institución" (p. 42). Esto mostraba las diferencias políticas que había entre Angeles y los revolucionarios en el vital asunto del destino del ejército federal.

Seis meses después, luego de la enérgica nota del señor Carranza al gobierno norteamericano por la ocupación de Veracruz,

Los generales Villa y Angeles llegaron a Chihuahua, después de haber hecho declaraciones en Ciudad Juárez, a la prensa norteamericana, por medio de las cuales dijeron que México deseaba seguir cultivando sus buenas relaciones con los Estados Unidos (p. 62).

Carranza reprendió personalmente a ambos jefes militares. Angeles calló frente al Primer Jefe, pero al salir de la entrevista censuró el tono de la nota enviada por Carranza, y dijo que debió haberse discutido en el gabinete.

Por otro lado, la imagen de Villa es la común entonces: atrabiliario, indisciplinado, pueril a veces, "Veleidoso, inquieto, hablaba constantemente de su pueblo y de su raza. Era un formidable conductor de hombres. Ladino, inteligente, capaz de grandes hazañas y grandes crímenes" (p. 156).

La División del Norte, conducida por estos dos hombres, no era monolítica ni mucho menos, y Alessio nota (y quizá exagera) las importantes fracturas que tenía:

El mismo día en que Carranza impidió que Villa fusilara al general Manuel Chao, gobernador de Chihuahua por disposición del Primer Jefe,

se presentaron Maclovio Herrera, el general Chao y otros cuatro o cinco jefes de la victoriosa División del Norte a decirle al señor Carranza que esa noche podían ellos acabar con el general Villa, porque era un hombre peligrosísimo, y

a la larga y a la postre tendría que originarle graves dificultades al país (pp. 73-74).¹⁵

Meses después, durante la segunda estancia de Obregón en Chihuahua, varias veces pendió de un hilo la vida del jefe de las tropas del Noroeste. A las recurrentes ganas de Villa de fusilar al divisionario sonoreño se opusieron con entereza los generales José Isabel Robles, Eugenio Aguirre Benavides y Raúl Madero, el coronel Roque González Garza, Luis Aguirre Benavides, secretario particular de Villa, y don José de la Luz Herrera, padre de los generales Maclovio y Luis Herrera. En uno de los momentos más comprometidos los generales Robles y Aguirre Benavides (que meses después abandonarían el campo villista) "le dieron su palabra de honor [al general Obregón] de que si llegaba a ser fusilado regresarían ellos a Torreón a ponerse al frente de sus tropas y serían los primeros en batir a Villa" (p. 150).

La impresión que deja el libro es que las causas de la escisión revolucionaria fueron más personales que otra cosa, y que la División del Norte no tenía otra brújula política que las personalidades de Francisco Villa y Felipe Angeles.

El general Felipe Angeles, cerebro político del villismo y factor principalísimo de la ruptura de la División del Norte con Carranza, no es, como en la mayoría de las memorias de veteranos constitucionalistas, un enviado de los "científicos" con la premeditada intención de destruir al constitucionalismo desde dentro;¹⁶ pero sí es un hombre incapaz de aceptar muchos de los postulados constitucionalistas, contradictorios con su sólida formación como militar del viejo ejército.

Tres años después de la aparición del libro anterior don Miguel publicó, por encargo de la Universidad Nacional, su Historia política de la Revolución, que en la parte referente a la Convención (pp. 173-183) explica cómo la desmedida ambición de Francisco Villa rompió la unidad revolucionaria.

La Convención ordenó el cese de Carranza como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y de Villa como jefe de la División del Norte y nombró presidente

¹⁵ Carranza, dice Alessio, rechazó semejante proposición "con energía, con dignidad y decoro".

¹⁶ Esta actitud frente al artillero, tan distinta de la que era común entre los constitucionalistas, probablemente se debe a la influencia del hermano del autor, don Vito Alessio Robles, antiguo amigo y subordinado de Angeles.

interino al general Eulalio Gutiérrez. Carranza, seguido por un buen número de sus adeptos, desconoció la soberanía de la Convención y se retiró a Córdoba, donde lo alcanzó una delegación de aquella asamblea que tenía el encargo de convencerlo de dimitir.¹⁷

Carranza se manifestó dispuesto a dejar su alto cargo y a exiliarse, con la condición expresa de que Villa lo alcanzara en el destierro. Los emisarios de la Convención consideraron fracasada su misión y no pudieron evitar la desbandada de los delegados carrancistas. Abandonado por estos -que habían impulsado su candidatura conociendo las ligas y coincidencias que lo unían al Primer Jefe-, el general Eulalio Gutiérrez se vio obligado -"¡error gravísimo!"- a nombrar a Villa jefe de los ejércitos de la Convención.

La guerra se volvía inminente por momentos. Entonces un grupo de generales -encabezados por los dos divisionarios carrancistas, Alvaro Obregón y Pablo González- hicieron un último esfuerzo de conciliación, y a través de la mediación de don Fernando Iglesias Calderón intentaron convencer a Villa y a Carranza de que se retiraran.

Al Presidente Interino los delegados lo encontraron en la mejor disposición de evitar la contienda armada [...] A Villa no pudieron convencerlo. Solamente decía: "Yo soy patriota, yo amo a mi raza, y en prueba de ello soy capaz de dejarme fusilar"- (p. 180).

Comenzó entonces la lucha furiosa entre constitucionalistas y convencionistas. En la ciudad de México el guerrillero duranguense, con su hambre de poder y sus innumerables desmanes -entre los que descollaron los asesinatos de David Berlanga y Paulino Martínez- impedía cualquier remedo de gobierno. La tirante situación entre el presidente Gutiérrez y el jefe de la División del Norte terminó con un violento rompimiento entre ambos, y Gutiérrez, con su gabinete y sus tropas, abandonó la capital de la República.

Considero importante señalar, porque pinta el carácter del gobierno presidido por Eulalio Gutiérrez, cómo subraya don Miguel un hecho significativo: "Los delegados carrancistas a la Convención de Aguascalientes habían formado ese gobierno" (p. 183, ver también pp. 179-180).

¹⁷ La comisión estaba integrada por los generales Alvaro Obregón, Eduardo Hay, Eugenio Aguirre

En síntesis, lo único destacable del villismo son las atrocidades de su jefe. Y complementándose con el libro anterior, las únicas causas de la escisión entre la División del Norte y el constitucionalismo parecían ser las rencillas personales de Felipe Angeles y la desmedida ambición de Francisco Villa.

BERNARDINO MENA BRITO (1887-1979)

El coronel yucateco Bernardino Mena Brito estuvo al mando de una curiosa sección de la artillería constitucionalista (la de los "tubos lanza-bombas") en las batallas del Bajío. Desde tiempos de don Venustiano se enemistó con los divisionarios Salvador Alvarado (de cuya administración en Yucatán fue feroz detractor) y Alvaro Obregón. Excusado es decir que a partir de 1920 estuvo fuera de la jugada.

En 1933 publicó un sencillo homenaje al Primer Jefe.¹⁸ A partir de entonces asumió una defensa de Carranza que fue creciendo en virulencia. Sus artículos, ya apologías del de Cuatro Ciénegas, ya feroces ataques contra sus enemigos, fueron recopilados en la segunda edición de aquella obra, y en la siguiente.¹⁹

Lo que decía Mena Brito de Francisco Villa, Felipe Angeles y la División del Norte eran críticas cada vez más fuertes. Veamos una muestra (que resume lo que adelante habría que decir):

Después, [Villa] sin programa y sin freno y guiado por el odio del general Angeles a Carranza, se enredó en aventuras guerreras desgraciadas en las que vió derrotar a sus fuerzas y desertar a sus más fieles amigos.

Estamos en condiciones de afirmar que el villismo no fue más que una montonera desenfundada que desataron las fuerzas del mal, la que no perseguía más que el botín y los placeres, sin importarles en lo absoluto el programa de la Revolución ni los ideales de los que la habían iniciado, ni mucho menos la transformación social de México. (Ocho diálogos..., p. 262).

Contra las cada vez más agresivas opiniones de Mena Brito sobre Villa, Zapata, Angeles y los antiguos maderistas que militaron en la División del Norte,

Benavides, Antonio I. Villarreal y César Gutiérrez de Lara.

¹⁸ Bernardino Mena Brito, Ocho diálogos con Carranza, México, Editores Mexicanos Unidos, 1964, 340 p.

escribieron Antonio Díaz Soto y Gama, Antonio Islas Bravo, Ramón Puente, Vito Alessio Robles, Federico Cervantes y otros veteranos.

La polémica en torno al Primer Jefe fue gravitando hacia la personalidad del general Angeles, y Mena Brito terminó escribiendo en dos títulos la primera biografía del artillero, de la que Alvaro Matute dice:

Dos libros complementarios. En ellos su autor, destacado carrancista, utiliza una técnica dossier para presentar mucho de lo que se escribió sobre Angeles y polemizar contra todo lo bueno que se dijo del general. El libro es imprescindible.²⁰

En el primero de los dos volúmenes²¹ se acusa a Angeles de haber traicionado a Madero durante la Decena Trágica, teniendo una alta responsabilidad, por omisión, en el éxito del cuartelazo y el asesinato del Presidente y el Vicepresidente, es el segundo título el que nos interesa.²² En él se cuentan las andanzas del artillero en las filas villistas, y es aquí donde encontramos una opinión sistemática sobre la División del Norte y sus jefes.

Dice Matute que Mena Brito utiliza en estos libros una técnica dossier. Así es: para apoyar sus acertos cita desde documentos y libros hasta conversaciones personales con toda una gama de personalidades, desde Obregón, Villa, Carranza y Limantour hasta compañeros de armas suyos completamente desconocidos, como un coronel Rubén Morales al que menciona profusamente.

Para Mena Brito, sin contar los insultos personales, que hablan de la vileza, cobardía y otra porción de lindezas semejantes, Angeles era: a) un enviado de los porfiristas para dividir a la Revolución; b) el "director técnico de la política villista", que conducía con el fin antedicho, y con el afán de alcanzar la presidencia; c) un ambicioso que no tenía otro fin en la vida que alcanzar la presidencia, sin importarle los medios; d) una de las principales piezas del Departamento de Estado en su sorda lucha contra el nacionalismo de Carranza; y e) un pésimo militar.

Vayamos por orden:

¹⁹ Bernardino Mena Brito, Carranza, sus amigos, sus enemigos, México, Ediciones Botas, 1935, 689 p.

²⁰ En los comentarios de la "Bibliografía mínima" de Alvaro Matute (Compilación y prólogo), Documentos relativos al general Felipe Angeles, México, Editorial Domés, 1982, p. 367.

²¹ Bernardino Mena Brito, Felipe Angeles federal, México, Herrerías, 1936, 303 p.

²² Bernardino Mena Brito, El lugarteniente gris de Pancho Villa (Felipe Angeles), México, Manano Coli, 1938, 456 p.

Para demostrar que Angeles era un enviado de los científicos, Mena Brito se apoya en varios documentos de Limantour y León de la Barra, en los que se menciona a Angeles como "uno de los nuestros". Se "demuestra" que Angeles quiso pactar en agosto de 1914 con el presidente Francisco Carbajal y el general José Refugio Velasco, para no disolver al ejército federal y que éste, aliado a la División del Norte, acabara con el constitucionalismo. Derrotados los federales, Angeles era la única tabla de salvación que veían Carbajal y Velasco en México, y Limantour y De la Barra en el exilio. (Ver, sobre todo, pp. 154-160). Al mismo tiempo, Angeles maniobraba para detener las reformas sociales que reclamaba la Revolución, obedeciendo así los dictados de sus directores (pp. 178 y 189).

Mediante astutas intrigas, Angeles logró convertirse en el cerebro político del villismo a poco de haberse integrado a la División del Norte. Manejando hábilmente a Villa, mantenía aterrizados, bajo su férula, a los restantes generales de la División. Prueba de ello es que entre los firmantes de los telegramas que causaron el rompimiento entre Carranza y la División estaban Manuel Chao, Maclovio Herrera y Rosalío Hernández, quienes días antes habían solicitado del Primer Jefe permiso para fusilar al Centauro. Todos los documentos del rompimiento de la División con Carranza, las maniobras con las que se trató de excluir al Primer Jefe, el desconocimiento de la Primera Jefatura por parte de Maytorena y Zapata, y la línea política de los delegados villistas en la Convención, fueron fraguadas por Angeles.

El objeto de estas maniobras era obtener para sí la presidencia de la República, faro de su vida. En la Convención, dirigiendo tras bambalinas a las delegaciones zapatista y villista intentó eliminar de la vida política (y de la vida a secas) a Carranza y Villa, para quedar como árbitro de la situación (pp. 164-189).

Para subir al poder y destruir el programa social del constitucionalismo, Angeles no tuvo reparos en comprometer la soberanía nacional. Por su parte, al Departamento de Estado le convenía que el hombre de la situación en México fuera alguien que respetara el statu quo del porfiriato, y dadas las circunstancias, ese sólo podía ser Angeles. La relación entre Angeles, su títere Villa y los enviados del gobierno americano (y de los republicanos, que utilizaron a ambos en uno más de los interminables episodios de su guerra sorda contra los demócratas), están

fundamentadas en la presencia junto a los jefes de la División de George C. Carothers, Hugh L. Scott y John D. Silliman, en documentos por ellos firmados, en declaraciones de Angeles y Villa sobre política exterior, y en alguna misiva de Wilson.

Como vemos, Angeles era un hábil y tortuoso político, pero era pésimo como militar. En el "tan cacareado" triunfo de Zacatecas, planeado por Angeles, se perdieron, por ineptitud, las vidas de muchos soldados revolucionarios y la de "los dos mejores generales" villistas, Trinidad Rodríguez y Toribio Ortega. Además, el resultado de esta batalla fue poner, por un error estratégico inmenso, a la División del Norte a merced de las tropas leales al Primer Jefe, lo que obligó a los jefes de la División a buscar un acuerdo con los carrancistas, que contrastó con la insolencia de sus mensajes anteriores y acabó con su intención de alcanzar la Capital antes que nadie (pp. 118-120 y 127). Un año después, en Trinidad, la torpeza y la falta de audacia de la táctica sugerida por Angeles llevaron a la División del Norte a su derrota definitiva, en la que Angeles abandonó a sus tropas en el campo de batalla, corriendo hasta El Paso; aunque Villa, prototipo del genio intuitivo de los soldados revolucionarios, como Angeles lo era de la lentitud, cerrazón y falta de ambición de los federales, estuvo a punto de inclinar la balanza a su favor cuando dejó de seguir los pésimos consejos de su lugarteniente.

Ese era Angeles, y a eso logró reducir a la División del Norte. ¿Qué es el villismo a través de estos párrafos? Una poderosa agrupación militar puesta al servicio de un grupo de políticos logreros que no tenían ningún proyecto social, y que estaban guiados por su hambre de poder (los Madero y los viejos maderistas Miguel Díaz Lombardo, Federico González Garza, Silvestre Terrazas, José Vasconcelos, etc.);²³ y por un militar del viejo ejército, enviado por los científicos para dividir al movimiento revolucionario.

²³ A los Madero y los viejos maderistas también los trata muy mal Mena Brito. Para Carranza -según se desprende de sus discursos y escritos-, la Revolución Constitucionalista no era, en lo más mínimo, la continuación de la tullida y derrotada Revolución de 1910, sino una nueva y verdadera. Esta visión, ciertamente poco generosa con el maderismo, no sólo es importante en el Primer Jefe, sino en quienes historian viéndolo como la principal figura de la Revolución, como Mena Brito y Barragán. Véase la magnífica tesis de Guillermo Palacios, *La idea oficial de la Revolución mexicana*, México, El Colegio de México, Tesis de maestría en historia, 1969, v. 1, pp. 39-40.

JUAN BARRAGAN (1894-1974)

Juan Barragán fue jefe del Estado Mayor de Venustiano Carranza desde enero de 1915 hasta el asesinato del de Cuatro Ciénegas, el 21 de mayo de 1920. Exiliado desde entonces hasta 1941, de regreso en México, ya en tiempos de la política de "unidad nacional" avilacamachista, acometió la tarea de escribir la historia de la Revolución constitucionalista,²⁴ cuyos dos tomos publicados en 1946 abarcan del cuartelazo de la Ciudadela a la derrota definitiva de la División del Norte, en diciembre de 1915.

La del general Barragán se ha vuelto una obra de consulta imprescindible para la reconstrucción de la historia del periodo. De acuerdo con los cánones, se apoyó profusamente en un abundantísimo cuerpo documental, el archivo de la Primera Jefatura, que obraba en su poder.²⁵

Con esa documentación, parcialmente desconocida hasta entonces, Barragán reconstruyó de tal manera la historia del movimiento constitucionalista que, sin dejar de ser una apología del Primer Jefe y sus leales, procura rescatar a los grupos rebeldes de todos los rincones del país. Siendo la División del Norte el principal núcleo militar del constitucionalismo durante la lucha contra Huerta, es natural que en el Tomo I (que abarca ese periodo de la Revolución, terminando con la entrada triunfal del Primer Jefe a la capital de la República, en agosto de 1914) se ocupe ampliamente de la División del Norte desde la perspectiva de los cercanos colaboradores del Primer Jefe.

²⁴ Juan Barragán, Historia del Ejército y la Revolución Constitucionalista, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, 2 v. Una primera versión de esta obra fueran las "Memorias de don Venustiano Carranza", que aparecieron en El Universal, en 1930, y cuya publicación por entregas se suspendió por indicaciones de Plutarco Elías Calles y Emilio Portes Gil.

²⁵ Barragán explica en el prólogo que en 1920, en vísperas de la evacuación de la ciudad de México por Carranza y sus partidarios, por órdenes del presidente depositó "en lugar seguro" el valioso acervo. Amaya Garntz, quien catalogó el archivo, dice que estuvo en Palacio Nacional durante el exilio del general Barragán, quien lo recuperó por gestiones del presidente Manuel Avila Camacho. Por lo que cuenta Barragán eso parece poco probable. Más bien, el archivo estuvo escondido hasta que Barragán lo trabajó después de repatriarse. Barragán, Tomo I, pp. 11-12; Amaya Garntz, Guía del Archivo Juan Barragán, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1986, pp. IV-V.

Como en todos estos libros, la personalidad de los caudillos es importantísima para entender los sucesos en que participaron y el carácter de los diversos grupos. Veamos cómo introduce Barragán en su historia a Pancho Villa:

Villa es un tipo extraordinario que analizado a la luz de sus hechos particulares, simboliza el pujante valor de la raza hispanoamericana, más tocado por la sangre nativa que por la que le hubiera llegado de una remota herencia española. Un gran intuitivo; una actividad inigualada; un talento natural que corría parejas con su incultura; una cualidad de caudillo pocas veces superada, aunque ensombrecido todo este caudal de raras aptitudes, por una absoluta falta de carácter (I, p. 230).

Es importante también, por el papel que en esta historia tiene, como genio maligno de Villa, presentar a Felipe Angeles. Era éste un destacado militar de la vieja escuela al que Carranza quiso nombrar secretario de Guerra del gabinete constitucionalista cuando se incorporó a la Revolución, pero la decidida oposición de Alvaro Obregón y Benjamín Hill obligaron al Primer Jefe a rectificar y nombrarlo subsecretario encargado del despacho. Los antecedentes de Angeles en el Ejército federal eran encomiables, pero no así su actuación durante la Decena Trágica, bastante dudosa, según Barragán, y aunque fue aprehendido con Madero y Pino Suárez, no hay ninguna evidencia de que hubiera reprobado, en ningún sentido, los actos perpetrados por Huerta. Y para Barragán, Angeles hubiera permanecido leal a Huerta si éste, en vez de destituirlo y humillarlo, le hubiera conservado el mando de la 7a. Zona militar (Morelos), o la dirección del Colegio Militar (I, pp. 220-227).²⁶

Presentados el Jefe y su eminencia gris, ocupémonos de sus hombres. Barragán es el único de los veteranos carrancistas que narra el nacimiento de la División del Norte. Su versión es tan distinta a las de los villistas que ya habían publicado algunos trabajos históricos que, evidentemente, Barragán no los tomó en cuenta o no los conoció.²⁷

Francisco Villa, "por decepción, quizá por desconfianza" entró a territorio nacional hasta abril de 1913,²⁸ cuando ya se habían pronunciado en Chihuahua, cada uno por su cuenta y riesgo, Manuel Chao, Maclovio Herrera, Toribio Ortega, Rosalío

²⁶ Estos datos parecen calcados de *Felipe Angeles Federal*, de Bernardino Mena Brito.

²⁷ Que aparecieron en su mayoría en periódicos o en libros de escaso tiraje publicados fuera de México, lo que quizá exculpe en cierta medida al general Barragán.

²⁸ En realidad, Villa y sus ocho compañeros entraron a territorio nacional en pie de guerra el 7 de marzo.

Hernández, Trinidad Rodríguez "y otros valientes más". "La llegada de Villa dio como primeros frutos la unidad de mando y la cohesión entre los revolucionarios", aunque conviene aclarar -dice Barragán- "que dichos jefes no reconocieron a Villa como superior por sus merecimientos anteriores, sino porque él había logrado formar un núcleo mucho más fuerte a los que encabezaban aquéllos aisladamente" (I, pp. 239-240). Reunida su brigada, reclutada en las regiones de San Andrés y Casas Grandes, con las de Toribio Ortega y Rosallo Hernández, Pancho Villa se acercaba combatiendo a Chihuahua con la intención de sitiarla cuando, poco después de la batalla de San Andrés (26 de agosto de 1913),

se le presentó una comisión enviada por los jefes revolucionarios que operaban en Durango y la comarca lagunera, para invitarlo, como antes habían hecho con el señor Carranza, para que fuera a ponerse al frente de todos ellos y atacar la plaza de Torreón²⁹ (I, pp. 243-244).

Villa aceptó la propuesta, pues además de que Torreón era una plaza más importante estratégicamente que Chihuahua, contaría con el concurso de los rebeldes de Durango y La Laguna, que aun no lo reconocían como jefe.

De esa manera, las tropas combinadas de Chihuahua (Villa, Herrera, Ortega y José Rodríguez), más los contingentes laguneros (Tomás Urbina, Calixto Contreras, Eugenio Aguirre Benavides, Domingo B. Yuriart, Juan E. García, José Isabel Robles y Pánfilo Natera), tomaron Torreón el 30 de septiembre de 1913.

Torreón fue la base de la conquista de Chihuahua, que culminó, tras cuatro brillantes batallas, con la de Ojinaga, el 10 de enero de 1914. La batalla decisiva, la de Tierra Blanca, se ganó sólo merced al valor y la decisión de Maclovio Herrera, (I, pp. 269-270 y 272).

De los primeros meses de 1914, en que se organizó la División del Norte y empezó a funcionar el gobierno revolucionario de Chihuahua, sólo se cuenta, con todo detalle, el asesinato del inglés William Benton y los problemas internacionales que este hecho le trajo al gobierno de Carranza.

A fines de marzo de 1914 Carranza viajó a Chihuahua. En el camino recibió un telegrama de Villa en el que le solicitaba la incorporación de Felipe Angeles a la División del Norte. Carranza accedió y el artillero, con sus ayudantes Federico

Cervantes y José Herón González ("Gonzalitos"), se separó de la columna para incorporarse a la mayor brevedad posible a la División del Norte, que ya iniciaba su ofensiva contra Torreón.

Para las operaciones sobre la Perla de la Laguna, el Primer Jefe había dado oportunas órdenes para que diversos grupos rebeldes le prestaran su concurso a la División del Norte, incorporándose así José Isabel Robles, que operaba en el Norte de Zacatecas; Calixto Contreras, que operaba en Pedriceña, Durango; Tomás Urbina, que amagaba Torreón; y las fuerzas de Triana y Carrillo, pertenecientes a la División del Centro, de Pánfilo Natera.³⁰

Los generales de la División del Norte que marcharon a Torreón con mando de tropas, en marzo de 1914, eran, además de los arriba citados, "Maclovio Herrera, José Trinidad Rodríguez,³¹ Eugenio Aguirre Benavides, Toribio Ortega y Rosalío Hernández. El General Angeles se había hecho cargo de la artillería de la División" (I, p. 373).

Para Barragán, la toma de Torreón quebró el espinazo del Ejército federal y decidió el triunfo de la Revolución; pero trajo consigo el germen de guerras futuras, pues fue a raíz de las victorias de Torreón y San Pedro de las Colonias que a Villa "comenzó a tomársele como un serio rival del Primer Jefe. ¡Tara fatal del caudillaje! Allí tomó más cuerpo su ambición y la del grupo de políticos que le rodeaba, repitiéndole al oído, como las brujas de Macbeth: 'Tú serás rey...'" (I, p. 419).

Fue a partir de que Villa dejó de ser un capitán de bandoleros o, cuando mucho, un guerrillero afortunado, para ser un "genio militar", un "estratega, un general de 'altos vuelos', como lo consideraba Angeles", que empezó a tomar cuerpo el grupo político que se haría llamar villista.

²⁹ De esta comisión no se había nunca en las fuentes villistas. Véase la nota 27.

³⁰ Parece evidente la interpolación: decir que no pertenecían a la División del Norte las brigadas Motelos (Urbina), Juárez de Durango (Contreras) y Robles, quiere darle la razón al Primer Jefe en los violentos telegramas intercambiados entre él y los jefes de la División en vísperas del ataque a Zacatecas, en uno de los cuales Carranza exigió que esas tropas, "que no pertenecen a la División del Norte", reforzaran a la División de Pánfilo Natera, empuñadas frente a la ciudad minera.

³¹ Al general José Trinidad Rodríguez, jefe de la brigada Cuauhtémoc, muerto en la batalla de Zacatecas, se le llamaba Trinidad Rodríguez para evitar confundirlo con el general José Rodríguez, jefe de la brigada Villa. Ambos jefes salieron de Chihuahua rumbo a Torreón al mando de sus brigadas.

Una vez que la División del Norte hubo asegurado el dominio constitucionalista en Chihuahua, en torno de Villa fueron agrupándose

antiguos políticos maderistas, que, o bien no creyeron en un principio que la Revolución prosperara, y por lo mismo, precavidos, se mantuvieron a buena distancia hasta que el éxito se hizo patente, o bien por aquellos que no habían logrado hasta entonces alcanzar, cerca del señor Carranza las posiciones que esperaban (I, p. 436).

A la cabeza de ese grupo, "pregonando un exaltado villismo", estaban Francisco Escudero, ex secretario de Hacienda de Carranza, destituido por indigno; José Vasconcelos, Enrique C. Llorente, y Emilio y Raúl Madero. El general Felipe Angeles se incorporó decididamente a esta camarilla, cuyo primer objetivo era distanciarse a Villa de Carranza, y después, hacer de Villa el único jefe visible de la Revolución.

El primer resultado de sus maniobras fue el amago de fusilamiento del general Manuel Chao. En los primeros momentos de la Revolución, y en virtud del artículo 7o. del Plan de Guadalupe y del Pacto de Monclova, Carranza había designado gobernador provisional de Chihuahua al general Chao, porque era el jefe de las tropas de Chihuahua, porque había sido el primero en levantarse contra Huerta en el estado, "con anterioridad en varios meses a cuando Villa cruzó la frontera"; y sobre todo, porque era de los "menos incultos" de los jefes chihuahuenses.³²

Villa reconoció en un principio el nombramiento de Chao, pero cuando entró la División del Norte a la capital chihuahuense se autodesignó gobernador provisional con amplios poderes. Carranza, sin embargo, logró convencer al Centauro de que resignara el gobierno civil en manos del general Chao.

El grupo villista veía con malos ojos a Chao por su resuelta adhesión a la Primera Jefatura, y cuando el jefe de la División regresó a Chihuahua, después de sus formidables victorias en Torreón y San Pedro de las Colonias, había logrado influir notablemente en su ánimo en contra de Chao. Villa llegó a Chihuahua, justamente, con ánimo de lograr la deposición del Gobernador; los acontecimientos se

³² Afirmaciones insostenibles: son tan inmediatos los levantamientos de Chao, Hernández, Herrera, Rodríguez y Ortega, que difícilmente puede dársele la prioridad a alguno de ellos; y Villa entró a territorio nacional el 7 de marzo de 1913, dos semanas después -nunca "vanos meses"- del asesinato de Madero y Pino Suárez. Y por supuesto, Chao nunca fue el jefe de los revolucionarios de Chihuahua.

precipitaron y con un pretexto baladí dispuso el fusilamiento de Chao, que se evitó providencialmente porque en los últimos momentos intervino Carranza, avisado de los propósitos del caudillo duranguense.

Chao se salvó, pero esa misma tarde, Maclovio y Luis Herrera, Rosalío Hernández, Pánfilo Natera y otros jefes de la División solicitaron del Primer Jefe permiso para deshacerse de Villa, con estas palabras:

Venimos a solicitar de usted, nos da permiso para fusilar a Villa; estamos cansados de sus atropellos y no queremos que por un solo momento vaya usted a suponer que nos hacemos solidarios de su mal comportamiento. Si nosotros le seguimos y nos hemos subordinado a su autoridad militar, es porque usted nos puso a sus órdenes (l, p. 446).³³

Pronto sucesos trascendentales hicieron que se olvidara el incidente: los marines desembarcaron en Veracruz. Y contrastando con la patriótica y decidida actitud del Primer Jefe, Villa, mal aconsejado por Angeles, dio la inoportuna nota de hacer a la prensa de El Paso declaraciones de amistad con el pueblo americano que se amoldaban como un guante a los deseos del Departamento de Estado. El Primer Jefe reprendió al Centauro, advirtiéndole que no se inmiscuyera en asuntos de política exterior.

Las relaciones entre Villa y Carranza se agriaban por momentos. Simultáneamente afloraron en Sonora los conflictos entre el gobernador Maytorena y los jefes de las tropas constitucionalistas que habían quedado en el estado, Salvador Alvarado y Plutarco Elías Calles. Por influencia de Angeles, quien en los meses que estuvo en Sonora fue aliado político de Maytorena, Villa terció en ese conflicto en favor del mandatario sonorense.

La hostilidad entre Calles y Maytorena era ya declarada cuando Villa y Carranza rompieron abiertamente. Ocioso es reseñar aquí los telegramas intercambiados entre Villa y el Primer Jefe, primero, y entre éste y los generales de la División del Norte después, los días 12, 13 y 14 de junio de 1914. Para Barragán, los telegramas firmados por los jefes villistas, sobre todo el último, en el que "claramente se advierte la redacción del General Angeles", son un "monumento de insolencia". A partir de entonces, viéndose próxima la lucha entre revolucionarios, Carranza intentó

³³ Carranza, dice Barragán, les negó el permiso y los reprendió severamente.

restar elementos a la División del Norte e impulsar a los cuerpos leales a la Primera Jefatura.

Sin embargo, cuando el 23 de junio la División coronó su brillante campaña con la toma de Zacatecas, Villa rindió parte de la victoria al Primer Jefe, y dejó el gobierno de Zacatecas al general Pánfilo Natera, designado por Carranza. Con estos antecedentes, algunos jefes carrancistas presionaron al Primer Jefe para que se reconciliara con Villa. Las conferencias de Torreón, entre delegados de las Divisiones del Norte y del Noreste, llegaron a acuerdos que si bien no fueron definitivos, como bien lo advirtió Carranza, si evitaron que la escisión se diera en ese momento.

Aquí termina el Tomo I. Hemos visto cómo, para Barragán, la División del Norte surgió de la reunión circunstancial de los constitucionalistas del Norte del país, con una finalidad militar inmediata y sin mayores coincidencias ni afinidades; cómo en torno del victorioso general en jefe de la División, el general Villa, se fue agrupando un grupo de políticos oportunistas y ambiciosos que deseaban utilizar su empuje como palanca para ocupar el poder, cuyas puertas les había cerrado el Primer Jefe; y, por fin, como las maniobras de estos políticos, antes aun de que finalizara la lucha contra Huerta, alcanzaron su primera meta, que era causar el rompimiento de Villa con Carranza.

Al abrirse el Tomo II entra de lleno en escena un nuevo actor histórico: el Ejército Libertador del Sur.

Tan pronto como arribó a la capital de la República, don Venustiano Carranza se puso en comunicación con Emiliano Zapata. El Primer Jefe se mostró dispuesto a ratificar las reformas hechas por los zapatistas en Morelos, a suscribir los principios agrarios del Plan de Ayala y a invitar a los surianos a la Convención de generales y gobernadores que, en virtud del Pacto de Torreón, se preparaba para el 1o. de octubre.

Pero las zapatistas pusieron condiciones inaceptables, según las cuales los constitucionalistas debían prohiar en todas sus partes el Plan de Ayala y supeditarse a la jefatura de Zapata. Para justificar su desconfianza a los carrancistas, los jefes surianos argumentaban que el Primer Jefe nunca había hecho declaración de

principios agrarios,³⁴ que su investidura como Encargado del Poder Ejecutivo había sido marcadamente antidemocrática, y el hecho de que las avanzadas federales contra los surianos hubieran sido sustituidas por tropas de Obregón.

Y es que la escisión que se vislumbraba en el Norte, auspiciada por Maytorena, Angeles y la camarilla que pululaba en torno a Francisco Villa, se agravaba por el fenómeno simultáneo que ocurría en el Sur.

Al igual que los políticos que se incorporaron a Villa cuando se hizo evidente el vigoroso empuje de la Revolución, Zapata, cuyo movimiento no había rebasado los límites de Morelos, ni había sumado numerosos prosélitos ni obtenido éxitos militares importantes, concibió, alentado por sus consejeros, la idea de aliarse con los villistas para eliminar al Primer Jefe.

Para entonces ya había recibido Zapata emisarios del villismo para prevenirlo de que no fuera a entrar en tratos con don Venustiano. Fué en ese preciso momento cuando empezaron a engrosar sus filas, hasta entonces membradas, numerosos políticos de "última hora", que habían permanecido en la capital y que siguiendo el ejemplo de los que rodeaban a Villa, creían más fácil figurar en primera línea al lado del rústico suriano, que, en segundo lugar, al lado del señor Carranza (II, p. 29).

A estos se agregaron numerosos jefes federales y "colorados", que se negaron a disolver sus tropas, descatando los Tratados de Teoloyucan. Todos estos elementos convencieron a Zapata de que él debía ser el jefe de la Revolución.

Mientras, de mediados de agosto a mediados de octubre, los villistas maniobraron para deshacerse de Carranza o, por lo menos, para restarle fuerza, y Barragán narra con detalle estos manejos: lograron que Villa y Obregón firmaran juntos una serie de propuestas entre las que se incluían dos que invalidarían la elección de Carranza como presidente en las próximas elecciones; intentaron sacar de Sonora a las tropas leales a la Primera Jefatura para que, en caso de guerra, Maytorena tuviera las manos libres; trataron de sustituir en el gobierno de Durango a Domingo Arrieta por Tomás Urbina; propusieron que se nombrara presidente interno a don Fernando Iglesias Calderón; y, por fin, estuvieron a punto de obtener del carácter atrabiliario de Pancho Villa que fusilara al mejor jefe militar del

³⁴ Para Barragán, este cargo es absolutamente infundado, según se demuestra en varios documentos que prueban la existencia del programa social del constitucionalismo. (Pueden verse en II, pp. 34-53)

constitucionalismo, el general Obregón. Todas estas maniobras se estrellaron con la fortaleza de don Venustiano.

Después de esto, poca sorpresa causó el desconocimiento del Primer Jefe por parte de los villistas. Cuando esto ocurrió la División del Norte contaba con más de treinta mil soldados admirablemente pertrechados y, sobre todo, con el ímpetu guerrero, propio de los ejércitos familiarizados con el triunfo y mandados por jefes audaces y ambiciosos que obedecían ciegamente la voz de su terrible caudillo.

Tanto los carrancistas como los villistas venían preparándose para el rompimiento. Los primeros habían armado, con los pertrechos que los federales entregaron, cuatro divisiones que se pusieron a las órdenes de Manuel M. Diéguez, Francisco Murguía, Francisco Coss y Antonio I. Villarreal. Los segundos intentaban restar elementos al constitucionalismo, y buscaron el apoyo de los zapatistas.

Todos estos problemas hacían imprescindible la reunión de la Convención Revolucionaria exigida por las divisiones del Norte y el Noreste en el Pacto de Torreón, y que se encargaría de trazar el programa de la Revolución. Carranza la había aceptado y había puesto fecha, pero cuando se reunió la Convención en la ciudad de México el 1o. de octubre de 1914, no concurrieron a ella los representantes de la División del Norte. Entonces se nombró una comisión encabezada por el general Obregón para que invitara a los villistas. Ahí se llegó al acuerdo de mover la Convención a Aguascalientes, plaza declarada neutral, donde volvió a reunirse el 10 de octubre.

El general Barragán se empeña en demostrar, en vísperas de la Convención, cómo las camarillas que rodeaban a Villa y Zapata los habían convertido ya en instrumentos de la reacción. Con ese objeto transcribe varios documentos que circulaban entonces. Uno de ellos muestra, entre los abundantes insultos contra Villa, algo de lo que se estaba haciendo en el territorio dominado por la División del Norte:

Villa y los suyos, también por sistema, ocupan y explotan, habiendo despojado de ellas a sus propietarios, las más productivas fincas rústicas, las minas más ricas y las empresas industriales de más cuantiosos rendimientos, allí donde su fuerza física les asegura el control prolongado de las regiones donde su rapacidad y demás criminales instintos, se han puesto en acción.

En Chihuahua se hallan intervenidas todas las fincas rústicas, por el llamado Gobierno Villista, a cuyo frente se halla don Fidel Avila,

ciego instrumento del General Villa, de Silvestre Terrazas y de Federico González Garza, que son realmente quienes manejan los asuntos públicos de esa insula de Villa y sus hordas patibularias (II, p. 107).³⁵

Aunque en la Convención estaban en minoría los delegados de la División del Norte porque los zapatistas no tenían voto, poco a poco fueron dominándola, haciendo evidente que su propósito no era discutir las reformas políticas y sociales que exigía el país, sino solamente, desplazar del poder al señor Carranza, quien era la más firme barrera contra sus ambiciones.

Carranza, sabiendo que con su destitución, arrancada por los zapato-villistas a la Convención, la Revolución caería bajo "la desastrosa jefatura de Villa", se negó a dejar su cargo sin la garantía de que Pancho Villa resignaría a su vez la jefatura de la División del Norte. El rompimiento fue inevitable cuando Villa, en lugar de ser retirado, fue nombrado jefe de las tropas de la Convención.

Fracasada toda posibilidad de acuerdo, la guerra se inició con renovada violencia.

Y son cubiertos de elogios Diéguez y Murguía, Pablo González y Jacinto B. Treviño; pero sobre todo Obregón, cuyo plan de combate en la segunda batalla de Celaya se desarrolló impecablemente. En cambio, a los villistas se les restan méritos siempre que es posible: fue la suerte³⁶ la que le dio el triunfo a Felipe Angeles en Ramos Arizpe (II, p. 178); fue la falta de municiones la que permitió que Diéguez y Murguía fueran derrotados por Villa en la Cuesta de Sayula (II, p. 218); fue la torpeza de Villa la que le llevó a la derrota en la primera batalla de Celaya... (II, pp. 224-225).

La División del Norte, retratada por Barragán en vísperas de las batallas del Bajío, era un ejército nimbado con los lauros de Tierra Blanca, Torreón y Zacatecas, mandado por un jefe aguerrido e invencible hasta entonces, que pensaba que era el más notable militar nacido en México.

³⁵ Tomado de un documento publicado en La Habana en los primeros meses de 1915, Luis Aguirre Benavides, "Francisco Villa íntimo". Del autor, ex-secretario particular de Francisco Villa, nos ocuparemos extensamente en su momento. Lo importante es señalar cómo se trasluce, entre estos donuestos, la administración militar centralizada de las haciendas expropiadas de los Creel y los Terrazas, aunque Aguirre Benavides agregue que esas haciendas se explotan "exclusivamente en beneficio de los favoritos del palacín de los grandes terratenientes de la Nación".

³⁶ "Ni genio en la concepción del plan de ataque, ni habilidad en las maniobras, ni exactitud en los movimientos [] cosas todas que la fantasía de algunos interesados ha creado después"

Las cualidades de caudillo de Pancho Villa le habían permitido construir una soberbia máquina de guerra, cuyo núcleo eran los veteranos de la campaña de 1910, "mandados por jefes audaces y valerosos, aunque de discordante estructura moral", pues entre ellos había reputados militares del antiguo ejército, como Felipe Angeles;

hombres de gran corazón y de elevado nivel moral, como Raúl Madero; y hasta feroces bandidos de la talla de Rodolfo Fierro y Tomás Urbina; pero eso sí, toda la máquina de guerra, obedecía, ciegamente, la voz de su terrible comandante (II, p. 266).

Este ejército dominaba la mayor parte del país y tenía a su favor la facilidad de comunicaciones, el contacto directo con sus bases de aprovisionamiento, la posesión de los principales puertos fronterizos y era más fuerte que el enemigo, aunque para esas fechas ya no existía, en el terreno de los hechos, su alianza con los zapatistas.

Y sin embargo fue batido, primero en Celaya, donde se detuvo el impetuoso ataque característico de Villa, y luego en Trinidad, donde se derrotó palmo a palmo la táctica de posiciones sugerida por Angeles. Siguieron furiosos combates en diversos puntos de la República que terminaron por arrinconar a la División del Norte en Chihuahua, y la disolución de ese cuerpo, en los últimos días de 1915. Con ello termina la Segunda Epoca de la Revolución Constitucionalista.

Poco hay que resumir que no se haya dicho al final del análisis del Tomo I. La División del Norte, nacida por las necesidades de la guerra, seguía sin otro elemento de cohesión que la persona de su comandante. Esta imponente máquina de guerra fue derrotada por los jefes leales que oponían a las ventajas estratégicas y materiales del enemigo su propia pericia y la justicia de su causa.

La efímera alianza de los villistas con los zapatistas no tenía otro propósito que eliminar a los carrancistas, para hacer de la República un botín de guerra.

2.- EL ENTUSIASMO VILLISTA

Para 1915 ya eran varias las carretadas de políticos mexicanos que habían tenido que salir del país. A los magonistas, veteranos del exilio, se habían ido agregando porfiristas, huertistas, algunos viejos maderistas y orozquistas. En la segunda mitad del año las filas de los emigrados recibieron nuevas legiones, cuando los derrotados del día, maytorenistas, convencionistas y villistas, los alcanzaron allende el Bravo.

El suroeste de los Estados Unidos fue la región preferida por los exiliados, porque México, al que siempre aspiraron regresar gracias a alguna voltereta de la fortuna, quedaba a mano. Algunos -los magonistas- eran expertos conspiradores, pero la mayoría, retirada forzosamente del centro de los acontecimientos, no tenían más arma que la pluma, y la utilizaron.

Natural es, entonces, que de entre los antiguos villistas se levantaran voces en defensa del Centauro. Otras gentes también escribieron tibiamente a su favor. Los que no se beneficiaron con las amnistías de 1920 siguieron haciendo una historia a contrapelo en la que Carranza era un tirano y sus enemigos, Villa algunas veces, eran los herederos de la verdadera Revolución, derrotada por los afanes personalistas del ex-gobernador de Coahuila o de los caudillos sonorenses.

Con ellos surge una historia del villismo opuesta a la que campeaba en los discursos, los periódicos, y los historiadores hasta aquí revisados. A este primer entusiasmo se fueron incorporando jóvenes literatos y observadores ajenos a la vida política, que patentizaron en sus relatos la popularidad de Villa en el Norte del país.

Quedan fuera de esta parte varias biografías inconexas y artículos laudatorios, publicados muy temprano. Las mejores muestras del género están aquí representadas por el doctor Ramón Puente y el ingeniero Elias L. Torres. Con ellos basta.

Están pues, en esta parte, algunos ejemplos del periodismo de los exiliados; los relatos más literarios que históricos de Ramón Puente, Elias Torres, Nellie Campobello y Rafael F. Muñoz; y las magníficas crónicas, tardíamente traducidas al español, de John Reed.

A mediados de 1915 el general Felipe Angeles llegó derrotado a Estados Unidos. Durante poco más de tres años trataría de unificar, desde el exilio, la oposición "liberal" contra el régimen de Carranza y de reunir bajo una misma bandera a todos los rebeldes contra el nuevo régimen. Como parte de este trabajo justificó su militancia en la División del Norte, y defendió, así sea tíbiamente, a su antiguo jefe.³⁸

Según Angeles, desde el principio de la lucha contra el huertismo, muchos revolucionarios descubrieron que el Primer Jefe los llevaba a otra dictadura, y sólo siguieron a sus órdenes para no fortalecer a Huerta. Cuando el triunfo de la Revolución fue evidente Carranza provocó el rompimiento con Villa; y cuando los jefes de la División hablaban de dispersarse o de caer sobre Saltillo, Angeles les demostró que eso revitalizaría al huertismo, y que era necesario proseguir la campaña contra los federales. Porque "entre Huerta y Carranza, preferimos a Carranza".

Ahora -decía el artillero-, los carrancistas me acusan de estar en connivencia con los huertistas y porfiristas, y éstos, de querer vender mi espada al carrancismo, y unos y otros quieren humillarme tildándome de villista.

Pues sepan carrancistas y huertistas que no me humilla el haber servido a las órdenes de Villa, que al contrario, me enorgullece, me enorgullece haber sentido por largos meses el afecto y la estimación de un hombre como Villa [...]

Pues sepan carrancistas y huertistas, que estoy con Villa, y con Zapata y con Genovevo de la O, y con todos los pobres que no se someten a la injusticia y que no presentan las espaldas al látigo de los dictadores [...] (pp. 132-133).

³⁷ Ya con la tesis en proceso de revisión pude tener acceso a una fuente muy difícil de conseguir, y que han citado historiadores de la talla de Francisco Almada y Friedrich Katz: Francisco de P. Ontiveros, Tonibio Ortega y la brigada González Ortega, Chihuahua, Imprenta El Norte, 1914, 168 p. El autor, mayor jefe del detali de la brigada González Ortega, escribió un apasionado obituario de su jefe, el general Ortega, a pocos días de su muerte como consecuencia de la batalla de Zacatecas. En el texto no sólo podemos seguir las hazañas de Tonibio Ortega y otros jefes de la División del Norte; también encontramos muchas características de Cuchillo Parado, pueblo típico del noreste de Chihuahua -antigua colonia militar, tierra de rancharos libres- y el carácter agrario y autonomista de las principales demandas de sus habitantes metidos a soldados revolucionarios. Este testimonio de un oficial villista, escrito en fecha tan temprana, es un trabajo único, cuya dilatada glosa debería ir en este apartado.

³⁸ Felipe Angeles, "Autodefensa", en Alvaro Matute (Compilación y Prólogo), Documentos relativos al general Felipe Angeles, pp. 133-135. Hay otros escritos de Angeles en el exilio en los que justifica haber servido a las Órdenes de Villa, pero ninguno tan explícito como éste.

Para quienes siempre vieron en Angeles el genio militar del villismo, hay una respuesta suya en el Consejo de Guerra, en la que refuta con una frase tal idea:

Gabriel Gavira: "Desde entonces tuvo usted dominio sobre Villa, con quien estuvo hasta su fracaso de Celaya [...]"

Felipe Angeles: "Siento que usted abunde en creencias que son del vulgo, como cuando se hablaba de que yo era un matemático, un artillero [...]" (p. 270).

Por su parte, los magonistas escribieron de Villa y los villistas en Regeneración. Al principio, la División del Norte era para ellos un ejército pretoriano más al servicio de la burguesía, y su jefe la encarnación del personalismo, lo mismo que Carranza. Ese error de apreciación, según Armando Bartra,³⁹ resultó definitivo, pues a partir de entonces "la verdadera correlación de fuerzas se le escapa a la estrategia magonista" (p. 393).

Enrique Flores Magón escribió en junio de 1914, en uno de los arranques de optimismo tan característicos de su corriente política, que el constitucionalismo agonizaba y que de sus cenizas surgiría el villismo, "por ser el bandido Villa al que, según parece, se inclina más el capitalismo yankee a proteger; pero eso no le valdrá al bandadizo para salvarlo, aunque logre subir al poder" (p. 407).

En el mismo número de Regeneración, su hermano Ricardo escribe sobre las "serias diferencias surgidas entre los dos más grandes bandidos de la actual época revolucionaria de México; Francisco Villa y Venustiano Carranza", que se reducían a una cosa: "Carranza quiere ser Presidente de la República; Villa, por su parte, abriga las mismas pretensiones" (p. 411). Los generales villistas respetaban a su jefe porque les dejaba manos libres en la rapaña y el saqueo.

El artículo que muestra más claramente la incompreensión de los magoneros de que hablaba Bartra, titulado "Zapata y Villa", apareció el 11 de julio de 1914, firmado por Ricardo Flores Magón. Merece ser citado casi íntegramente.

Distanciados los bandidos Villa y Carranza -decía el viejo rebelde-, se rumora, "que Villa va a tener arreglos con el revolucionario suriano Emiliano Zapata, para seguir la Revolución por su cuenta".

³⁹ Armando Bartra (prólogo, selección y notas), Regeneración 1900-1916..., México, Hadise, 1972, 542 p.

Tal rumor encierra un absurdo. Nosotros conocemos la sinceridad de Emiliano Zapata como revolucionario. Zapata practica la expropiación en beneficio de todos, mientras que Villa es un perro de la burguesía y fusila al proletario que toma una pieza de pan para mitigar su hambre. Zapata comprende que la toma de posesión de la tierra por los trabajadores para trabajarla sin amos, es la base firme sobre la cual tiene que descansar la libertad de los proletarios [...], mientras en la región dominada por Villa, los trabajadores no cuentan ni con la tierra necesaria para cubrir sus cuerpos después de muertos.

Hablar de uniones entre Zapata y Villa es absurdo. Villa es un bandido, porque cuida los intereses de la burguesía; Zapata es un revolucionario honrado y sincero, porque arrebató la riqueza de manos de la burguesía y la entrega a sus verdaderos dueños: los pobres (pp. 427-428).

Durante el resto de ese año y el principio del siguiente, Zapata fue el jefe revolucionario más cercano al magonismo, aunque su alianza en los hechos se hiciera notoria hasta 1916. Sin embargo, la efímera coalición entre la División del Norte y el Ejército Libertador del Sur no parece haber existido para los Flores Magón. El viraje de su opinión sobre el villismo sería tardío, cuando la División había sucumbido. Así, es hasta el número del 25 de noviembre de 1916, en el que se reproduce un manifiesto firmado por la plana mayor zapatista en Tlaltizapán en junio de 1916, que aparece Francisco Villa en Regeneración como "uno de los más bravos jefes del partido revolucionario", al cual Carranza sabe que no puede vencer, "pues conoce su valor y es testigo de su heroísmo" (p. 493).

En ese mismo número, Ricardo Flores Magón escribía que Villa, del que se habla como un notable jefe revolucionario, amenaza severamente al carrancismo. Reconocimiento tardío, y, una vez más, optimismo galopante de los magonistas.

Sin embargo, en Regeneración arranca la identificación revolucionaria de los magoneros con los villistas y los zapatistas que, de manera casi imperceptible, va a llegar, medio siglo después, hasta Adolfo Gilly y Armando Bartra. En ese tenor, la izquierda que surgirá del '68 hará de Enrique y Ricardo Flores Magón, Villa y Zapata, sus directos antepasados.⁴⁰

⁴⁰ Con esto no quiero decir que esa identificación se base en ese tardío intento de alianza. El trabajo de Gilly y Bartra en ese sentido es fino y coherente.

JOHN REED (1887-1920)

A principios de 1914 el joven socialista norteamericano John Reed llegó a los campos guerreros del norte de México como corresponsal de guerra. Estuvo al lado de las tropas villistas sólo unos meses, marchándose a Europa cuando estalló la Gran Guerra, pero las crónicas, reportajes y entrevistas que escribió durante y sobre esos meses, constituyen una de las fuentes más frescas y cercanas del villismo, pese a que salieron de la pluma de alguien que nunca dejó de ser un observador externo. Varias de las crónicas y artículos de Reed que se publicaron entonces, fueron reunidos y editados por Jorge Ruffinelli en 1983.⁴¹

Lo primero que sorprendió a Reed al llegar a Ciudad Juárez y Chihuahua, bajo dominio villista, fue la disciplina de los soldados y el orden que reinaba en las ciudades. Escribía desde Chihuahua el 21 de diciembre de 1913:

Villa gobierna con mano de hierro, y la ciudad, según toda apariencia, es exactamente la misma que en tiempos de paz. Villa se ha hecho cargo de la planta de luz eléctrica, del teléfono, de los tranvías, de la fábrica de cerveza y de casi todos los demás servicios públicos (p. 116)

Para Reed, la mexicana era una Revolución campesina. El problema más grave y la causa de la lucha de los rebeldes era el de la propiedad. Villa y Zapata, al dividir los grandes latifundios, se habían convertido en los principales caudillos de una Revolución eminentemente popular.

Las mejores crónicas, y otras cosas que no contó en ellas, dieron a John Reed el material para su magnífico libro-reportaje México insurgente,⁴² que aunque vio la luz en 1914 no sería traducido al español sino hasta 1954.

Quizá ninguna de las memorias de villistas, ninguna historia de la Revolución en Chihuahua, sea tan vivida y esté tan cercana a los soldados revolucionarios y a sus jefes como el reportaje periodístico de este joven socialista norteamericano, que miraba asombrado el espectáculo de la Revolución mexicana. La crónica de Reed es la fuente de primera mano más valiosa para entender a Francisco Villa como gobernador de Chihuahua.

⁴¹ John Reed, Villa y la Revolución mexicana, México, Editorial Nueva Imagen, 1983, 194 p.

⁴² John Reed, México insurgente, México, Ediciones de Cultura Popular, 1985, 255 p.

La leyenda del Villa bandolero social antes de la Revolución tiene en Reed un entusiasta cronista. Después del asesinato de Madero, Pancho Villa limpió en siete meses Chihuahua de federales, se proclamó gobernador militar, y con una ingenuidad sólo superada por su natural inteligencia, encabezó la administración de un estado que tenía 300,000 habitantes.⁴³ El gobierno revolucionario de Chihuahua emitió su propia moneda, reactivó el comercio, abrió nuevas escuelas, y puso el abasto de las ciudades y la producción de todas las propiedades confiscadas (los siete millones de hectáreas de los Terrazas, y las haciendas e industrias de otros "enemigos de la Revolución") bajo administración militar. Uno de sus primeros actos de gobierno fue decretar la repartición de las tierras confiscadas entre todos los ciudadanos del estado.

Pancho Villa le contó a John Reed su sueño:

Cuando se establezca la nueva República, no habrá más ejército en México. Los ejércitos son los más grandes apoyos de la tiranía. No puede haber dictador sin su ejército. Serán establecidas en toda la República colonias militares, formadas por veteranos de la revolución. El Estado les dará posesión de tierras agrícolas y creará grandes empresas industriales para darles trabajo. Laborarán tres días a la semana y lo harán duro, porque el trabajo honrado es más importante que el pelear y sólo el trabajo así produce buenos ciudadanos. En los otros días recibirán instrucción militar, la que, a su vez, impartirán a todo el pueblo para enseñarlo a pelear. Entonces, cuando la Patria sea invadida, únicamente con tomar el teléfono desde el Palacio Nacional en la ciudad de México, en medio día se levantará todo el pueblo mexicano (p. 121).⁴⁴

El Villa de esta crónica es un jefe popular idolatrado por sus hombres, paternalista, magnífico y valiente jefe militar, con la arraigada idea, no muy clara pero constante, de mejorar la vida del pueblo. Es un retrato -el primero de esta extensión- que le hace favor al Centauro... y a Tomás Urbina "el león de Durango".⁴⁵ Toribio

⁴³ Esta cifra es muy exagerada. Los datos del censo y de los historiadores actuales indican que la población del estado de Chihuahua hacia 1910 frisaba en los 100 000 habitantes.

⁴⁴ En esta utopía aparece con gran fuerza la tradición de las colonias militares, tan importantes en el peculiar desarrollo histórico de Chihuahua.

⁴⁵ La lectura que hace Friedrich Katz del relato de John Reed de la vida de Tomás Urbina en Las Nieves es muy distinta de la mía: Katz ve al compadre de Villa convertido en señor de horca y cuchillo. Véase Friedrich Katz, La guerra secreta en México, México, Ediciones Era, 1982, 2 t., t. I, pp. 163 y 173.

Ortega "el más leal, el más bizarro", Calixto Contreras, Eugenio Aguirre Benavides y Felipe Angeles, cinco generales villistas a los que Reed pinta como al paso.

La División del Norte es en Reed un ejército del pueblo, bien pertrechado y organizado, integrado por gentes sencillas con aspiraciones más o menos ingenuas de justicia social (por decirlo de algún modo). Hombres generosos y temerarios, algo aventureros, que sin saber bien cómo, querían cambiar a México y confiaban en sus jefes, hombres del pueblo como ellos mismos, y otros que, como los protagonistas de Los de abajo de Mariano Azuela, no parecían tener razones para su lucha.

Al decir que "confiaban en sus jefes" no quiero decir Francisco Villa necesariamente. En un episodio durante la batalla de Torreón, un grupo de soldados y oficiales de Durango le dicen a Reed: "Francisco Villa no es nadie para nosotros [...] Nosotros somos de la Brigada Juárez, de la gente de Calixto Contreras" (p. 192); y el mismo sentimiento se percibe entre los voluntarios de la brigada de Tomás Urbina, que para Reed son "los compañeros". Sin embargo, esos mismos hombres de Contreras para quienes Villa no era nadie, se lanzan a una arriesgada misión sin chistar y mascarullando "¡Viva Villa!" cuando los conduce al combate el Centauro en persona (p. 203).

En fin. Una estampa. A media batalla de Torreón, Villa llegó ante Reed y otro periodista, y les dijo:

-No tengo tiempo para pensar en ustedes; de modo que deben tener cuidado de no desafiar el peligro. Es malo resultar herido. Hay centenares. Son valientes aquellos muchachos, los más bravos del mundo: Pero -prosiguió complacido-, ustedes deben ir a ver el tren-hospital. Allí hay algo admirable sobre lo cual deben escribir para sus periódicos.

Y realmente era una cosa maravillosa, digna de verse. El tren-hospital [...]: cuarenta carros-caja esmaltados por dentro, con grandes cruces azules en el exterior, así como el letero "Servicio Sanitario", atendía a los heridos tan pronto los traían del frente. Estaban provistos con el equipo quirúrgico más moderno, manejado por sesenta doctores competentes, mexicanos y norteamericanos. Todas las noches salían trenes rápidos para transportar a los heridos graves a los hospitales de base en Chihuahua y Parral (p. 197).

Villa, "el ser humano más natural que he conocido", un peón ignorante, un utópico, gobernaba el estado más grande de México dentro de un orden impecable.

Había confiscado y puesto bajo administración militar las empresas más importantes y todos los grandes latifundios, y había decretado que cada varón del Estado tuviera tierras. Las actividades productivas, semiparalizadas desde fines de 1910, habían recibido nuevo impulso y se había reactivado el comercio. La primera preocupación del gobernador semianalfabeta era la educación: las escuelas nacían como los hongos en todo el territorio estatal.

Detrás de este hombre estaba un ejército del pueblo, constituido por voluntarios que, aunque ingenuamente, peleaban convencidos de estar construyendo un México más justo, y seguían casi fanáticamente a sus jefes, hombres del pueblo como ellos mismos.

RAMON PUENTE (1879-1939)

El oftalmólogo Ramón Puente, moralista y jacobino al decir de Jorge Aguilar Mora,⁴⁶ acompañó a Lucio Blanco y Francisco J. Múgica en la repartición de la Hacienda de los Borregos, en Matamoros, y luego, quien sabe por que artes fue a dar al campo villista. Y, de alguna u otra manera, sin dejar de sentir por momentos repulsión por ciertas acciones del Centauro, siempre fue villista.⁴⁷

Ramón Puente es el primer biógrafo de Pancho Villa. En 1919 publicó en los Estados Unidos un libro inconseguible, Vida de Francisco Villa contada por él mismo. Doce años después, también en Los Angeles, California, dio a la luz otro título sobre Villa,⁴⁸ y luego, ya en México, apareció un tercero.⁴⁹

Villa en pie es una versión ligeramente corregida del libro anterior, que tiene la gran ventaja sobre aquel de haberse editado en México, ya durante el cardenismo. En ambos se reproducen las memorias que Villa le dictó a Manuel Bauche Alcalde en 1914, lo que hace suponer que el primer libro, publicado en 1919 es la versión original

⁴⁶ En el único retrato de Puente, "Un moralista en la revolución", en Jorge Aguilar Mora, Una muerte sencilla, justa, eterna, México, Ediciones Era, 1990, 439 p.

⁴⁷ José Vasconcelos lo trata bastante mal en La Tormenta, pero eso no vale, porque Vasconcelos habla mal de todo mundo.

⁴⁸ Ramón Puente, Hombres de la Revolución Villa (sus auténticas memorias), Los Angeles, California, Spanish-American Print, 1931, 250 p.

⁴⁹ Ramón Puente, Villa en pie, México, Editorial México Nuevo, 1937, 181 p.

de los dos siguientes. De cualquier manera, la del doctor Puente es la primera biografía de Villa propiamente dicha. Vayamos a ella.⁵⁰

De todos los veteranos de la revolución metidos a historiar, Puente es, en opinión de Jorge Aguilar Mora, el mejor retratista. Sabe ver a los hombres, no tanto a las acciones. No será entonces un despropósito empezar con el retrato de Villa:

Las revoluciones, dice Puente, no las hacen hombres apegados al orden ni individuos normales. Los hombres de la Revolución no son grandes "en la verdadera acepción de la palabra; pero algunos sobre sus enormes defectos tienen detalles muy apreciables de genio, de idealidad y patriotismo, y casi todos son factores de energía y de acción" (p. 7). De todos, es Villa "un producto sincero de la vida", uno de esos "sujetos que no se pueden arrancar de la fantasía y del sentir popular, porque en ellos ese sentir se reconoce a sí mismo y se defiende tenazmente" (p. 8). Desconcertante, grande en sus virtudes y sus crímenes, luminoso en sus concepciones, y sobre todo, contradictorio. Contradictorio pero seguro de su valer, altamente preocupado por la liberación de sus "hermanos de raza", la liberación inmediata, no para después del triunfo, y como la justicia no llega, él quiere alcanzarla con su pistola.

Villa fue protagonista de la tragedia "mientras la revolución es más ideal que logro y más sacrificio que privanza" (p. 10). Lo mancha la sangre pero nunca la codicia ni la corrupción. Ahora -escribe Puente- muchos escritores y muchos viejos revolucionarios han gastado ríos de tinta en hacer de Villa un ser despreciable y temible, por eso hay que rescatarlo.

Nosotros no damos nada de segunda mano; nos fue conocido íntimamente el personaje [...] El relato podrá adolecer de defectos e inexactitudes; también de admiración y afecto, pues confesamos que no pudimos sustraernos a esas dos sensaciones ante la verdad de los hechos (p. 12).

El Villa que la Revolución necesitaba para triunfar, el "que nosotros vimos", era imponente. "Confesamos que no hemos visto nada más extraordinario que ese relámpago de grandeza".

Lo que otros vieron, los crímenes, la ferocidad y la infamia, no nos preocupa ni lo discutimos; lo que nos consta es el sentimiento de ingenuo patriotismo y humanidad que resplandecía en sus expresiones; su afán por ver a México rico y poderoso, a su raza sacudiendo la

⁵⁰ Por lo arriba explicado, se trabajó con Villa en pie.

indolencia, a los gobernantes preocupándose más por el interés general que por el propio (p. 13).

Un retrato asaz favorable. El primero.

Cuidadoso en el retrato, a Puente se le va la trama del relato. No obstante hay material importante en su libro. Villa es el alma de la División del Norte, que rompe la resistencia del ejército federal. Cuando cae el gobierno de Huerta con él están:

dos de los exMinistros de Madero, el más culto, Miguel Díaz Lombardo, y uno de los más honorables, Manuel Bonilla.

Dos de los generales de más valía del extinto Ejército Federal: Felipe Angeles, que es un soldado científico, y Eduardo Ocaranza, que es simplemente un soldado de los pies a la cabeza.

Algunos de los gobernadores más populares: Maytorena, de Sonora; Felipe Riveros, de Sinaloa; el sabio doctor Miguel Silva, de Michoacán; el licenciado Emilio G. Saravia, de Durango.

Los generales que directamente están a sus órdenes, de lo más valiente que ha producido la Revolución, como también de lo mejor intencionado (pp. 95-96).

Pero aun con ellos, el audaz guerrillero va a fracasar en su intento de "realizar la unidad mexicana sobre una base de justicia y redención popular" (p. 98).

En Puente leemos por vez primera qué fue a hacer Alvaro Obregón en su segundo viaje a Chihuahua y por qué lo quería fusilar Villa. La división que causó entre las filas villistas y la forma en que minó la lealtad de algunos de los subordinados del Centauro fue definitiva; desde ese momento ya no contaría la División del Norte con dos de sus generales más afamados, el audaz Maclovio Herrera y el joven José Isabel Robles.³¹

Cuando pocas semanas después Villa rompió abiertamente con Carranza, surgió la propuesta, que salvó al Primer Jefe, de realizar la Convención.

La asamblea de Aguascalientes resulta una reunión a donde Carranza mandará un número mayor de votantes, improvisando generales, y la División del Norte, aun sumados los elementos zapatistas, sólo tendrá unos cuantos que ni siquiera son unánimes en lealtad (p. 110).

Los carrancistas en la Convención maniobraron hábilmente haciendo elegir a un Presidente que no fue amigo ni aliado de Villa, ni nunca quiso serlo. Para darle confianza al Centauro se colocan en el gabinete a dos de los hombres en que más

³¹ La actitud del secretario particular de Villa, Luis Aguirre Benavides, en esa coyuntura, a la que Puente dedica bastante espacio, se verá cuando hablemos de don Luis.

confianza tiene pero que ya no le son leales: José Isabel Robles y Eugenio Aguirre Benavides, el hermano de su mezquino e implacable enemigo emboscado, Luis Aguirre Benavides. Gutiérrez quiere deshacerse de Villa en México, pero fracasados sus planes, se fuga con tropas que fueron villistas, sólo para ser vergonzosamente batidos en poco tiempo.³²

Carranza, de la mano de su nuevo consejero, Luis Cabrera, anuncia revolucionarlo todo.

Constitución, hábitos, bases en que descansa la familia, la religión y la propiedad, y eso le permite llamar reaccionario a Villa, en cuyo espíritu se ha despertado el amor al orden sin dejar de aspirar por eso a una renovación de las cosas (p. 119).

Políticamente Villa se derrotó sólo al permitir que lo alinearan con la "reacción". Sus enemigos hicieron contra él "una propaganda apasionada y malévola, incansable e intensa". El Centauro se perdió en los vericuetos de la política, y así fueron a atacarlo sus enemigos, así lo encontraron en Celaya.³³

Poco antes de la batalla de Trinidad, empresarios norteamericanos le ofrecen a Villa once millones de dólares a cambio del compromiso de no anular las concesiones hechas por el gobierno de Díaz. Villa las rechaza, y con ellas al último enviado del gobierno norteamericano: ha dejado de ser opción, y como no es manejable, Wilson preferirá entenderse con Carranza. También otros ven que Villa ha perdido, y Maytorena, Angeles, Raúl Madero, Roque González Garza, Enrique Llorente y otros que fueron partidarios suyos se exilian en los Estados Unidos. La División del Norte, fuerte todavía, va a sucumbir en Sonora, donde termina la epopeya.

Nunca supimos gran cosa de la División del Norte, pero Puente notó algo que el resto de los memorialistas no parecen haber percibido: la conformación de la Convención y la naturaleza de las relaciones entre el gobierno de ella emanado y Francisco Villa.

³² Para decirlo de una vez por todas: mal pago recibieron Robles y Aguirre Benavides, fusilado el primero en Oaxaca por órdenes de Carranza en 1917, y asesinado el segundo por el general carrancista Emiliano Nafarrete en 1915.

³³ Esta explicación, excesivamente simplista, no dice nada sobre las razones políticas y militares del triunfo de los constitucionalistas.

Rafael F. Muñoz vio cuando era adolescente la despedida de Villa de Chihuahua en diciembre de 1915.⁵⁴ La División del Norte, destruida en el Bajío, acababa de recibir el golpe de gracia en tierras sonorenses y su famoso jefe cerraba el capítulo de la gloria militar para abrir el de la feroz e ineludible resistencia guerrillera contra el carrancismo. Esa visión y la vida en Chihuahua en esos años, marcaron para siempre a Muñoz, que dedicaría a Francisco Villa y sus hombres buena parte de su actividad como escritor.

En 1923 El Universal publicó, bajo la firma de Rafael F. Muñoz, una versión corregida y aumentada de las memorias de Francisco Villa publicadas por el doctor Ramón Puento en 1919. En 1955 y 1971 Populibros "La Prensa" las reeditaría bajo el título de Pancho Villa, Rayo y azote⁵⁵ sin mencionar la participación involuntaria que Ramón Puento tuvo en la obra.

Pronto Muñoz dejó de lado la escritura de la historia de la Revolución, de la que su primer libro es muestra única, para convertirse en uno de los más lúcidos narradores mexicanos. En sus cuentos y novelas Francisco Villa y sus hombres serían personajes recurrentes, vivos, logrados, excesivos a veces.⁵⁶

En Pancho Villa, rayo y azote se percibe de leguas la mano de Ramón Puento. No hay nada en este libro breve, que cuenta la vida del Centauro desde sus tiempos de bandolero hasta su asesinato, que no haya dicho el doctor Puento. Pero Muñoz tuvo a su favor una gran ventaja: su texto se publicó en México, primero por entregas en El Universal y luego en forma de libro. La de Muñoz fue la primera biografía de Villa que se difundió ampliamente en México.

El retrato de Villa, en el que se mezclan casi por igual la admiración y la repulsa, va a ser bien distinto del Villa de sus cuentos: un Villa terrible, sanguinario en

⁵⁴ Remito al lector a "La despedida de Villa", en Jorge Aguilar Mora, Una muerte sencilla, justa, eterna, pp. 116-127.

⁵⁵ Rafael F. Muñoz, Pancho Villa, rayo y azote, México, Populibros "La Prensa", 1955, 192 p.

⁵⁶ Entre 1927 y 1933 Muñoz publicó tres libros de cuentos de la Revolución, que serían después reunidos en un sólo volumen, Rafael F. Muñoz, Relatos de la Revolución, Cuentos completos, México, Utopía, 1976, 311 p. Y en dos de sus novelas reaparecen los villistas, en una de paso (Se llevaron el cañón para Bachimba), y en la otra como protagonistas (Vámonos con Pancho Villa)

extremo, decididamente repulsivo; y del contradictorio personaje de Vámonos con Pancho Villa.⁵⁷ Es el Villa común en el México del maximato.

Hay, sin embargo, en los cuentos de Muñoz, interesantes visiones fugaces de algunos jefes de la División: el valor personal de Villa (en "La suerte loca de Pancho Villa"), la lealtad de José Herón González (en "El general Gonzalitos"), la muerte de Fierro, odiado y terrible ("Oro, caballo y hombre"), la serenidad de Felipe Angeles ante la muerte ("La suerte loca de Pancho Villa"), la audacia de Martín López ("Villa ataca Ciudad Juárez").

Los cuentos de Muñoz me parecen los mejores de la narrativa de la Revolución (y sus novelas, más que eso, son también series de cuentos), pero no enriquecen la visión histórica de la División del Norte.

NELLIE CAMPOBELLO (1909-?)⁵⁸

Nellie Campobello pasó los primeros años de su vida en su natal Villa Ocampo, Durango; Parral, Chihuahua y la capital chihuahuense. La rodeaba un ambiente en el que la presencia de Villa era muy marcada, y además su madre, muerta prematuramente, le contaba las andanzas del guerrillero de Durango. La leyenda popular de Villa quedó grabada indeleblemente en ella, y cuando ya era una bailarina famosa, en 1932, publicó un libro de relatos de la Revolución en el Norte.⁵⁹ en los que se ven pasar las imágenes del Centauro, Felipe Angeles, Martín López, Tomás Urbina y otros jefes y soldados villistas. Pero fue un libro que apareció ocho años después el que Nellie Campobello le dedicó a Villa.⁶⁰

⁵⁷ Contradictorio dicen los que han comentado a Muñoz. A mi me parece un Villa verdaderamente salvaje. Un huracán incontrolable.

⁵⁸ La vida de Nellie Campobello, fecunda y creadora, y el misterio casi tenebroso que envuelve sus últimos años, parece haber encontrado por fin la narradora que estaba necesitando en Irene Matthews. Véase Raquel Peguero, "Nellie Campobello debería estar en un pedestal. Irene Matthews", en La Jornada, Núm. 4638, (México, 3 de agosto de 1997), pp 21 y 22; y la biografía prometida bajo el sello de Cal y Arena, Irene Matthews, Nellie Campobello, la centaurea del norte.

⁵⁹ Nellie Campobello, "Cartucho. Relatos de la lucha en el Norte", en Antonio Castro Leal (selección), La novela de la revolución mexicana, México, Aguilar Mexicana de Ediciones, 1960, Tomo I, pp. 930-958.

⁶⁰ Nellie Campobello, Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa, México, EDIAPSA, 1940.

Para la Campobello Villa era el más destacado militar mexicano. Una y otra vez lo compara con Napoleón el Grande al glosar sus hechos de armas. En fin, que pone al Centauro por las nubes y no sólo en el terreno militar, también se insiste en que era el amigo del pueblo, el "defensor de los pobres y el vengador de Madero" (p. 63). En cambio Carranza, era un "viejo tan egoísta como envidioso y mal agradecido" (p. 78), un "dictador de baja categoría" (p. 81).

¿Qué es la División del Norte? El grupo de valientes que siguen a Pancho Villa.

El rompimiento definitivo de la División del Norte con Carranza no nace de las despóticas órdenes de éste previas al ataque a Zacatecas y a la decidida respuesta de los generales villistas, sino del rompimiento de los acuerdos del Pacto de Torreón por parte del Primer Jefe.

Entonces, Villa publicó en septiembre de 1914 un "Manifiesto" en el que llamaba a los revolucionarios a desconocer a la Primera Jefatura. En dicho manifiesto se responsabilizaba a Carranza del incumplimiento del Pacto de Torreón; de proponer la sustitución de la Convención que representaría directamente a los soldados revolucionarios por una junta de generales y gobernadores; de no asumir, conforme al Plan de Guadalupe, el cargo de presidente interino y no formar un gabinete legal; de la depreciación de la moneda causada por la proliferación de los bilimboques; y del caos y la rapiña que privaba en las zonas bajo control de la Primera Jefatura.

Para señalar las diferencias entre ambos partidos, se dicen pestes de Carranza y los sonorenses.

El señor de las barbas no hacía sino decir: "Yo soy el Jefe, ellos no son nadie, no saben leer, seré Presidente". Obregón también dijo: "Quiero ser Presidente". Calles pensaba: "Quiero ser Presidente". Villa, en cambio, no dijo nada, pero organizó gobiernos civiles (p. 104).

Cada uno de los autores vistos hasta aquí (y la mayoría de los que faltan), hacen lecturas interesadas de las grandes batallas de la Revolución. Los carrancistas escamotean en lo posible los méritos de sus enemigos, y viceversa. Ya vimos los extremos a los que podían llegar en ese sentido los veteranos constitucionalistas. Pues bien, Campobello es su contraparte: Villa ganó en Celaya, y tuvo que retirarse por falta de parque, pero se retiró en completo orden. Así como en Waterloo

Wellington no derrotó a Napoleón, aunque Napoleón haya perdido; Obregón, "el general de los cañonazos de pesos", no derrotó a Villa.

En Celaya no retuvo Villa el campo, pero jamás por capacidad militar de los carrancistas. No triunfó por causas menores y secundarias, que no empañan, antes coloran y hacen más imperecederas las cualidades de un soldado (pp. 112-113).

Villa, derrotado más por la politiquería carrancista que por las balas enemigas, y abandonado por muchos de sus partidarios, haría aun una gloriosa campaña a lo largo de cinco años; campaña que termina de demostrar, por si hiciera falta, que fue, con mucho, el mejor soldado de la Revolución.

Terminamos. ¿Quién era Villa, según la Campobello? El Napoleón mexicano. ¿Qué la División del Norte? La Grande Armée mexicana. ¿Qué ideas guiaban a los villistas? La regeneración social de México. Su identificación con el pueblo.

ELIAS L. TORRES

Muerto Carranza, el ingeniero chihuahuense Elias L. Torres inició por su cuenta las gestiones para la rendición de Francisco Villa, logrando poner en contacto al terrible guerrillero y al presidente de la República, don Adolfo de la Huerta.

Retirado el Centauro en la Hacienda de Canutillo, Torres fue uno de los más asiduos huéspedes del antiguo jefe de la División del Norte, quien le relató anécdotas y episodios de su vida revolucionaria. Contó además con una copia de las memorias que Villa le dictó en esos años al coronel Miguel Trillo, y ya decidido a escribir las hazañas del caudillo de Durango, hizo acopio de los libros existentes sobre Villa, y se entrevistó con varios veteranos villistas.

No fue cosa de coser y cantar: muy pocas cosas confiables se habían escrito sobre el Centauro y muchos antiguos villistas "por el momento político actual [el maximato], guardan completo silencio sobre el periodo de tiempo que acompañaron a Villa y quisieran borrar de su memoria los días que a su lado estuvieron".⁶¹

⁶¹ Elias L. Torres, 20 vibrantes episodios de la vida de Villa. (Fragmentos de la vida revolucionaria del General Francisco Villa), México, Editorial Sayrois, 1934, 179 p., p. 7.

De todo esto resultaron media docena de libros de relatos anecdóticos del villismo, que pretendían ser un aporte para estudiar la psicología del personaje. Si bien la mayoría de los relatos se refieren al Villa guerrillero de los años 1916-1920, hay algunos de tiempos de la División del Norte.

Aunque dejaremos de lado al Pancho Villa cruel y generoso, noble y sanguinario, contradictorio siempre, que es el protagonista de estos libros, hay dos cosas de las que Torres está convencido: de la enorme popularidad de Villa en las tierras de Chihuahua y Durango, y que "la aureola de sangre con que se envuelve la vida de Villa es más ficticia que real" (p. 159).

Hay poco jugo en estos rosarios de anécdotas para comprender el villismo. Quizá sólo valga la pena reproducir dos momentos:

Villa se rindió en Sabinas, Coahuila, y no queriendo utilizar los trenes que el gobierno puso a su disposición, marchó a caballo, con su escolta, hasta Canutillo. En el camino se detuvo en una hacienda propiedad de los Madero, cercana a San Pedro de las Colonias, donde comió con Ellas Torres y Raúl Madero. A la mitad de una amena charla con su antiguo subordinado, en la que Villa inquirió por el resto de los Madero y por antiguos amigos y conocidos, se volvió de pronto a Torres y le dijo:

-Ya le contaré a usted, señor ingeniero, muchas cosas que hay que aclarar en la historia de la Revolución, por ejemplo: todos han dicho que yo quebré con Carranza por ambición de mando o por indisciplina; y yo lo hice porque era la voluntad de todos mis generales y porque el Primer Jefe lo que quería era hacerme desaparecer, como premio a todo lo que había hecho yo por el triunfo de la Revolución.

Lo malo fue que tan valientes amigos como yo tenía me "chaquetearon" a la "mera" hora, dejándome sólo con la enemistad de Carranza... Hasta los Madero me voltearon la espalda.

-Pero, mi general... -arguyó Raúl.

-Sí... sí... -le interrumpió Villa-, hasta usted me "chaquetó", Raúl; pero yo se bien que fué por instancias de sus familiares (p. 127).

En otro libro, Ellas Torres hace un cabal elogio del doctor Andrés Villarreal, jefe de la brigada Sanitaria de la División del Norte que ya vimos de qué manera impresionó a John Reed. Torres describe así el funcionamiento de los servicios médicos villistas:

El servicio sanitario se componía de catorce brigadas, cada una de las cuales tenía un coronel médico militar como jefe; cuatro médicos

ayudantes, ocho practicantes, veinticinco ambulantes, cuarenta y dos camilleros y escolta [...]. Cada brigada sanitaria tenía un tren formado por varios carros, que se construyeron especialmente para ese servicio [aquí detalla extensamente el equipo médico de los carros], marchando aquello con precisión tal, que en el combate de Trinidad se atendieron, en un solo día, dos mil heridos, que para las ocho de la noche, ya habían sido enviados a los distintos hospitales, que había escalonados, desde Aguascalientes hasta Chihuahua [...]

Esta hazaña le valió al Gral. y Dr. Villarreal el ascenso de Brigadier a General de Brigada.⁶²

Hasta aquí Elias L. Torres.

Posdata. Cuenta Carlos Fuentes del "Gringo viejo":

En 1913, el escritor norteamericano Ambrose Bierce, misántropo, periodista de la cadena Hearst y autor de hermosos cuentos sobre la Guerra de Secesión, se despidió de sus amigos con algunas cartas en las que, desmintiendo su reconocido vigor, se declaraba viejo y cansado.

Sin embargo, en todas ellas se reservaba el derecho de escoger su manera de morir. La enfermedad y el accidente -por ejemplo, caerse por una escalera- le parecían indignas de él. En cambio, ser ajusticiado ante un paredón mexicano... "Ahí escribí en su última carta, ser un gringo en México; eso es eutanasia"

Entró a México en noviembre y no se volvió a saber de él. El resto es ficción.⁶³

Desafortunadamente, ni Elias Torres conocía las cartas póstumas de Bierce, ni Carlos Fuentes leyó el pequeño relato del chihuahuense sobre la muerte del cuentista norteamericano. Así que para Torres la ejecución de Bierce perpetrada por Rodolfo Nieto y Faustino Borunda y ordenada por Villa, fue causada por una actitud codarda y absurda del escritor -sin saber que Bierce andaba en busca de ese tipo de muerte-; y Carlos Fuentes desaprovecho una historia real que, salvo por la factura, podía haber sido mejor que la suya.⁶⁴

⁶² Elias L. Torres, *La cabeza de Villa y veinte episodios más*, México: Editorial Tatos, 1938, p. 55. Otra versión del mismo relato, "Fusilen a mi compadre!", en Elias L. Torres, *Vida y hazañas de Pancho Villa*, México, El Libro Español, s/f, 189 p.

⁶³ Carlos Fuentes, *Gringo viejo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 189.

⁶⁴ Véase el relato de la muerte de Bierce en Elias L. Torres, *20 vibrantes episodios de la vida de Villa*, pp. 59-65.

3.- DESLINDÁNDOSE DEL CENTAURO.

Es un lugar común afirmar que Villa idolatraba a Madero y respetaba todo lo que hubiera tenido algo que ver con el jefe de la Revolución de 1910. Esta actitud, que contrastaba notablemente con la de Carranza y Obregón, que desconfiaban de los antiguos maderistas, hizo que en 1913 y 1914 llegaran a territorio villista, donde eran muy bien recibidos, muchos colaboradores cercanos del Presidente asesinado: los Madero, los Aguirre Benavides, los González Garza, los Díaz Lombardo, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Felipe Angeles y sus oficiales, y algunos otros.

Estos intelectuales maderistas formaron el ala derecha de la División del Norte y fueron los principales asesores políticos de Villa. Salvo notables excepciones (Felipe Angeles quizá, Miguel Díaz Lombardo y Federico González Garza), no se identificaron mucho con las aspiraciones de los caudillos populares villistas ni con las reformas que realizaron, y muchos de ellos se unieron a la "tercera opción" que quiso encarnar el gobierno de Eulalio Gutiérrez, o se desbandaron tras las derrotas del Bajío.

Dentro de "los revolucionarios artífices de su propia estatua" los veteranos villistas, con la notable excepción del general Juan B. Vargas, pertenecían al grupo arriba descrito, y en los años veinte y los primeros treinta, lo que más les preocupaba cuando escribían sus memorias era, al parecer, sacudirse el incómodo y casi denigrante mote de "villistas".

En los periódicos y revistas publicaban, cuando lo hacían, tibias defensas del villismo, que eran más bien deslindes de la facción encabezada por el Centauro. Decían que habían ido a dar a la División del Norte porque era el único camino para los auténticos maderistas, porque en su seno se agruparon los revolucionarios demócratas y liberales, porque iban siguiendo a su ilustre y bienamado general Angeles, o de plano, porque las circunstancias los obligaron a ello, pero nunca por villistas.⁹³

⁹³ Muchos de estos artículos, firmados por Ramón Puente, Antonio Islas Bravo, Federico Cervantes, Vito Alessio Robles o Martín Luis Guzmán, están en los apéndices de los libros de Bernardino Mena Bnto, ya citados

Es como si se avergonzaran de haber militado en la División del Norte, como si les urgiera deslindarse del fantasma de Pancho Villa. Con ninguna otra corriente de la Revolución pasa eso: Juan Barragán, Francisco Luis Urquiza, Gildardo Magaña, Antonio Díaz Soto y Gama, Luis Cabrera, Amado Aguirre, Bernardino Mena Brito, estaban orgullosos y satisfechos de haber militado en el bando en que militaron.

Todo esto le da un carácter sui generis a la historiografía villista de la primera generación: la convierte en una historiografía con pecado original. Con todo esto el villismo no salió muy bien parado, pero se escribieron dos libros verdaderamente formidables, porque todos esos complejos de culpa permitieron que se escribieran "esos dos grandes, lúcidos, maravillosos relatos que son La Tormenta y El Águila y la Serpiente".⁶⁶

MARTIN LUIS GUZMAN (1887-1976)

Martín Luis Guzmán fue uno de los miembros más jóvenes del Ateneo de la Juventud; lo que quiere decir que pertenecía a una élite intelectual como quizá no se ha vuelto a reunir en México. "Ser atencista [resume Alvaro Matute] era haber tomado en serio la cultura, como una profesión vital".⁶⁷

Simpatizante de la Revolución, no se unió al maderismo por deferencia a su padre, coronel federal muerto en combate contra los rebeldes,⁶⁸ pero tras el cuartelazo de la Ciudadela se incorporó a la Revolución constitucionalista, entrando por la puerta de enfrente gracias a que ya militaban destacadamente en ella varios de sus amigos del Ateneo. Estuvo con los sonorenses, con Villa y, por fin, con el gobierno de Eulalio Gutiérrez, cuyo estrepitoso naufragio le costó a Guzmán su primer destierro, entre 1915 y 1920. Una derrota política posterior -en 1923 andaba con Adolfo de la Huerta- lo arrojaría a un segundo exilio, durante el cual escribió las dos

⁶⁶ Alvaro Matute, La Revolución mexicana. Actores, escenarios y acciones, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1983, p. 133.

⁶⁷ Alvaro Matute, La Revolución mexicana. Actores, escenarios y acciones, p. 128.

⁶⁸ El 2 de enero de 1911, en el cañón de Malpaso, Chihuahua, el 6o. batallón de infantería federal fue despedazado por los rebeldes acudidos por Pascual Orozco. Murió en la acción el jefe del batallón, coronel Martín Luis Guzmán y salieron heridos el teniente coronel Anget Vallejo y el mayor Vito Alessio Robles.

obras cumbre de la narrativa de la Revolución: El águila y la serpiente (1928) y La sombra del caudillo (1929). Libros magníficos que son a la vez fuentes insuperables para acercarse a dos de los momentos más agitados del México revolucionario; frutos luminosos y tristes de su derrota política.

El águila y la serpiente⁹⁹ es una crónica insuperable de las andanzas del joven Guzmán en el vértigo de los años gloriosos de 1913 a 1915; la crónica apasionada y virulenta escrita por un culto señorito horrorizado por la violenta barbarie de la Revolución, pero que no puede substraerse a la atracción vertiginosa del hecho.

Durante la lucha contra Huerta, Martín Luis Guzmán terminó en las filas villistas, más por la fuerza de las circunstancias que por una clara toma de partido. La explicación posterior del hecho es interesantísima:

Largos meses de estancia en Chihuahua se tradujeron para mí en un gradual alejamiento -gradual y voluntario- de la facción que iba formándose en torno a Carranza y sus incondicionales. La facción opuesta -rebeldé dentro de la rebeldía: descontentadiza, libérrima- representaba un sentido de la Revolución con el cual me sentía más espontáneamente en contacto. En este segundo núcleo se agrupaban ya, por mera selección simpática, Maytorena, Cabral, Angeles, Escudero, Díaz Lombardo, Silva, Vasconcelos, Puente, Malvárez y todos aquellos que aspiraban a conservar a la Revolución su carácter democrático e impersonal -anticaudillesco- (p. 215).

Este grupo fue reuniéndose en torno a Villa, y tenía que acogerse a su sombra a falta de otra mejor, aunque el caudillo duranguense era para ellos "inconcebible como bandera de un movimiento purificador o regenerador" y el problema a resolver era someterlo a la idea de "la verdadera Revolución"; esto es, a la revolución democrática y modernizadora.

Ahí está planteado el problema. Ese grupo, en la Convención de Aguascalientes, estaba convencido de que tendría que dar la batalla contra todos los personalismos. Guzmán llegó a la sede convencionista, beligerantemente anticarrancista entonces, con la aureola de ser una de las primeras víctimas del despotismo carrancista, y una altura cultural -a pesar de sus veintiseis años- sólo inferior a la de José Vasconcelos.

⁹⁹ Martín Luis Guzmán, El águila y la serpiente, México, Editorial Porrúa, 1987, XVI-471 p. Remito al lector a dos magníficos acercamientos al autor y la obra, en los que se apoya mucho de lo dicho en los párrafos siguientes: Alvaro Matute, "Dos ateneístas en la Convención de Aguascalientes", en La

Desde el principio, Guzmán marca su distancia con "el nivel moral y cultural" de la Convención, que "denotaba a leguas carecer del alto espíritu cívico y del patriotismo consciente indispensables en aquella hora" (p. 322). Como apunta Matute, él se sentía un aristócrata del espíritu frente a los rústicos y zafios generalotes norteños (aún no llegaba la delegación zapatista). Los hombres con los que podía identificarse culturalmente, como José Vasconcelos, Felipe Angeles o Vito Alessio Robles, estaban en absoluta minoría.

El relato del arribo de la delegación zapatista a Aguascalientes, el 27 de octubre de 1914, y las reflexiones de Guzmán en torno a este hecho, marcan ya la línea divisoria, insoluble, entre lo que al fin serían la izquierda y la derecha de la Convención. Esto se nota marcadamente en la agotadora redundancia sobre "la pobreza moral y cultural del ambiente convencionista", en los mordaces comentarios que les propina a los jefes de la delegación suriana, Paulino Martínez, Antonio Díaz Soto y Gama y Alfredo Serratos, en la reseña del carácter de sus discursos; y, sobre todo, en su pretenciosa interpretación del zapatismo:

Zapata sigue siendo un enigma, pero un enigma cuya solución se traducirá, cuando haya quien lo interprete, en una de estas dos respuestas: o el zapatismo es el calzón blanco y el huarache -algo profundamente respetable por la verdad de su dolor-, o es el pantalón de charro y el sombrero ancho -representativos (fuera del teatro y las labores de la hacienda) de la degradación de la cultura; de la miseria espiritual del huarache y el calzón, sin el humilde dolor que redime a éstos; de la insolente pasión materialista de los pantalones y los zapatos, sin las aspiraciones superiores que a estos otros justifican (p. 324).

Guzmán no fue el historiador sino el cronista de la Convención. Las comisiones extraoficiales que desempeñó le permitieron estar al lado de los más destacados convencionistas y oír los discursos más notables; pero no ofrece explicaciones del fracaso de la Convención como asamblea conciliadora ni de las causas y azares que condujeron a la elección presidencial de Eulalio Gutiérrez. El problema lo resuelve en pocas líneas: ante la imposibilidad de unificar la Convención en torno a alguno de los candidatos opuestos -Antonio I. Villarreal y Felipe Angeles-, surgió la candidatura de

Gutiérrez a última hora, "gracias a la virtud negativa de no representar demasiado a ninguno" (p. 371); aunque Gutiérrez encarnaba el ideal del revolucionario mexicano.

Los confusos días siguientes, en los que se deslindaron los campos, se nombró a Villa jefe de los ejércitos de la Convención y se formó el nuevo gobierno, no fueron presenciados por Guzmán, que andaba en Chihuahua. Su versión de los hechos no aclara nada. Pero sí desmiente el argumento de los obregonistas, que justificaron su separación de la Convención por el nombramiento de Villa como comandante en jefe, diciendo que fue precisamente la actitud de ellos la que obligó a Gutiérrez a tomar esa determinación. Gutiérrez, dice Guzmán, estaba dispuesto a contemperizar con Villa sólo mientras no pudiera eliminarlo.

La Convención engendró un gobierno "raquítico, prematuro, sietemesino", presidido por Gutiérrez. Guzmán fue nombrado secretario particular del general José Isabel Robles, secretario de Guerra, y a partir de ese momento, pretende haber pertenecido al reducido cónclave en el que se discutían las acciones y apuros del gobierno.⁷⁰ Identificado con la posición encabezada accidentalmente por Eulalio Gutiérrez, Guzmán fue, con Vasconcelos, el gran cronista de ese gobierno.

La entrada de esta crónica es el magnífico retrato de José Isabel Robles, personaje de segunda fila de la Revolución que jugó en esta coyuntura un papel destacadísimo. El joven general tiene aquí no el biógrafo que sigue esperando, pero sí un magistral retratista.

Pero eso es sólo un aperitivo. Pancho Villa en Tacubaya y Eufemio Zapata en Palacio muestran bien de qué lado estaban Guzmán y los demás epígonos del gobierno de Gutiérrez. No leemos en las páginas de Guzmán de qué equilibrio de fuerzas surgió dicho gobierno ni a qué relación entre las facciones revolucionarias respondía, pero sí su posición frente a quienes los respaldaban, los villistas y los zapatistas.

El de Villa en Tacubaya es el retrato de un hombre feroz y despiadado, sin sentimientos humanos ni ideales de ninguna especie y de un Eulalio Gutiérrez

⁷⁰ José Vasconcelos desmiente, en un párrafo vigoroso, toda la historia del gobierno de Gutiérrez tejida en *El águila y la serpiente*, y hay que decir que Vasconcelos sí perteneció a la cúpula gutierrezista. Ver *La Tormenta*, México, Editorial Jus, 1978, pp 132-133. El testimonio de Vasconcelos no es, ni mucho menos, el evangelio, pero hay que convenir que la posición de ambos testigos era

impotente ante sus desmanes y crímenes, pero resuelto ya a destruirlo. Pero para ver la relación entre el gobierno surgido de la Convención y los jefes campesinos, nada tan plástico y revelador como el capítulo titulado "Los zapatistas en Palacio"; y ninguna interpretación, ninguna lectura mejor que la de Adolfo Gilly.

Para Guzmán, es incompatible la figura de Eufemio Zapata en Palacio, "no humilde sino zafia", con lo que él buscaba en la Revolución. Para Gilly, es incompatible la Revolución campesina, personificada en Eufemio Zapata, que "con inexperiencia pero también con resolución, trataba de sacar adelante la tarea que la historia y su propio coraje habían colocado sobre sus hombros"; con "el sentimiento mezquino e inseguro de esos políticos [el grupo de Gutiérrez], encaramados en un poder que no habían conquistado". Estas líneas son el mejor reflejo "de la contradicción interna del inestable gobierno de la Convención que lo llevó a la ruina en corto plazo".⁷¹

Es claro que la narración de Guzmán (como la de Vasconcelos) es la de un enemigo interno que tras hacer todo el daño posible, se revelará como un enemigo declarado. O al menos -en el caso de Guzmán-, esa es la imagen que quiere dar cuando escribe, más de una década después de los hechos.

Si para Gilly el poder estaba vacante, para Guzmán quedaba claro que aunque nominalmente estaba en manos de su grupo, lo ejercían los jefes campesinos; y para el grupo de Gutiérrez la cuestión estribaba en arrebátárselo sin dejarlo caer en manos del gobierno que Carranza estaba formando en Veracruz.

Es decir, que tras constituirse formalmente en gobierno, gracias a compromisos entre las diversas facciones, inherentes al complicado equilibrio político de Aguascalientes, que se le escapan a Guzmán, los gutierrezistas intentaron constituir una tercera opción.

bien distinta. Es decir, Guzmán estaba lejos de ser el factotum que aparece en El águila y la serpiente.

⁷¹ Adolfo Gilly, La revolución interrumpida, México, Ediciones Era, 1994, 367 p., pp. 173 y ss. La narración de Guzmán, tan plástica como tramposa (El águila, pp. 394 y ss.) sirvió como base de una de las partes más significativas y virulentas de La Tormenta (pp. 127-130), cuyo sentido, como veremos, es el mismo que en Guzmán, aunque más acentuado, menos sutil.

Pero en diciembre de 1914, hablando en términos meramente militares, había dos facciones en pugna: los carrancistas y los convencencionistas.⁷² Los gutierristas quisieron convertirse en una tercera opción, en un gobierno nacional, sin tener fuerza militar alguna (a pesar del apoyo de generales tan ameritados como Lucio Blanco, José Isabel Robles, Eugenio Aguirre Benavides y Mateo Almanza), sin apoyo popular y, pese a lo que digan ellos, sin un proyecto claro.

El gobierno (o lo que fuera), se propuso entonces "ganar tiempo y buscar la manera" de liberarse de Zapata y Villa sin caer en Carranza,

Pero esperar quería decir defenderse -defenderse del amago más próximo, que era el de Zapata y Villa-, por donde nos fue preciso desarrollar una de las políticas más incongruentes de cuantas pueden concebirse: contribuir a que nuestros enemigos declarados -los carrancistas- vencieran a nuestros sostenedores oficiales -los villistas y zapatistas- a fin de que eso nos librara un tanto de la presión tremenda con que nos sujetaba el poder más próximo (p. 408).

Incapaces en la práctica de convertirse en la tercera opción que querían ser, los gutierristas actuaron como quinta columna carrancista, inmovilizando la ofensiva del Ejército Libertador del Sur sobre Veracruz, y levantando barreras que serían decisivas entre villistas y zapatistas. Adolfo Gilly, cuya interpretación de esta difícil y confusa coyuntura comentaré extensamente en su momento, dice:

Es cierto que Guzmán puede exagerar su propia traición para hacer méritos ante los vencedores y extraños méritos al revés ante la historia. Es cierto también que el papel de estas traiciones [...] no fue lo decisivo. Pero fue de todos modos importante.⁷³

Volviendo a Guzmán, sigue una feroz requisitoria contra los crímenes de Pancho Villa, Tomás Urbina y Rodolfo Fierro.⁷⁴ Estos excesos terminaron por fin con la falsa alianza entre Villa y Gutiérrez. Guzmán no se enteró de la causa inmediata del rompimiento, pero dice haber asistido, escondido, a la escena en la que rompieron el presidente y el jefe de la División del Norte, en la que estuvieron Roque González

⁷² Llamo "convencionistas" a los zapatistas, a los villistas y a los grupos que terminaron jugándose a con ellos. A los que Guzmán y Vasconcelos llaman "convencionistas", yo los llamo "gutierristas".

⁷³ Adolfo Gilly, *La Revolución interrumpida*, p. 194.

⁷⁴ "La muerte de David Berlanga" y un capítulo anterior, "La fiesta de las balas", son dos de las más plásticas y logradas piezas de la literatura mexicana. En ella se lleva a Rodolfo Fierro a "la literatura de lo macabro", como dice José Vasconcelos.

Garza, Vito Alessio Robles⁷⁵ y Rodolfo Fierro. La amenaza de muerte que había hecho huir a Vasconcelos y la incautación por Villa de los ferrocarriles fueron los hechos que Guzmán oyó que Gutiérrez reclamaba. Al final, pese a las amenazas de Villa, Gutiérrez le aseguró que por no quedarse con él se iría "aunque sea en burro". Y así se fue. Roque González Garza hizo frente a la crisis desatada por la huida de Eulalio Gutiérrez reuniendo los restos de la Convención y asumiendo interinamente el poder ejecutivo.

Martín Luis Guzmán no era precisamente un dechado de virtudes cívicas, y El águila y la serpiente se escribió cuando Alvaro Obregón todavía era El Caudillo, así que el libro, siendo en apariencia un ataque contra todos los carrancistas de 1915, tiene algunas lecturas que indican "la obligatoria exaltación del narrador" de que habla Héctor Aguilar Camín,⁷⁶ la autopromoción política y, como dice Gilly, sus ganas de hacer méritos ante los vencedores, no sólo "exagerando su traición" pasándole la factura a los sonorenses; también en páginas de sutil pero efectivo elogio de Obregón, no tanto en el capítulo que se le dedica expresamente ("Orígenes del Caudillo") como en el relato de su actitud conciliadora y desprendida en los días de Aguascalientes.

El águila y la serpiente es una crónica, no un libro de historia ni una autobiografía, de ahí que no pretenda ofrecer una explicación de la Revolución. No encontramos en sus páginas las causas y razones (según la perspectiva del autor) de la derrota de Villa y Zapata, y tampoco existe casi la justificación del movimiento gutierrezista. Pero es una magnífica crónica en la que las pistas que llevan a la "tercera opción" gutierrezista y a la lucha velada de esa facción contra el zapato-villismo son numerosas y muy ricas. Por último, la actitud de Guzmán ante el ala popular del villismo y ante el zapatismo, que, como veremos, comparte en buena medida con José Vasconcelos y Luis Aguirre Benavides, muestran claramente en qué posición ("de clase", añadiría Gilly) estaban dentro de la frágil alianza convencionista. En fin,

⁷⁵ Debía haber sido Miguel Alessio Robles, miembro del gabinete de Gutiérrez, y no su hermano Vito, secretario de la Convención.

⁷⁶ "En la índole de ese universitario [Guzmán] hay algo más que ver y narrar, hay la pretensión moral y el ánimo descalificador, la óptica de clase y el horror ilustrado ante situaciones que lo rebasan, hay la gana de decir que los buenos, los limpios, los idealistas, los civilizados, eran el narrador y sus amigos mientras que la canalla eran los otros, era la Revolución". Héctor Aguilar Camín. Saldo de la Revolución, p. 203.

aunque no es una historia, me parece un excelente punto de partida para explicar la derrota de los villistas.

Por lo que respecta a la División del Norte, para Guzmán, en sus filas había dos clases de gentes, los bandoleros a la Fierro y Urbina, que estaban en la Revolución para dar rienda suelta a sus criminales instintos y medrar en beneficio propio; y los idealistas, los verdaderos revolucionarios, los auténticos maderistas, que procuraban inclinar al movimiento por cauces liberales y democráticos.

Francisco Villa se debatía entre las influencias de unos y otros, aunque al fin su incultura y su hambre de poder prevalecieron sobre su generosidad y su natural - aunque feraz- inclinación por la justicia. Y como en términos de fuerza era el hombre del momento, dio al traste con el intento del grupo al que Guzmán llama convencionista.

JOSE VASCONCELOS (1882-1959)

A principios del cardenismo, José Vasconcelos, de regreso de su segundo exilio prolongado, publicó de un tirón los cuatro primeros títulos de su autobiografía, en la que discutía con virulento sarcasmo la historia oficial del pasado inmediato. No sería ni el primero ni el último de los escándalos públicos que protagonizaría Vasconcelos, quien antes de cumplir el medio siglo había probado todos los triunfos y los fracasos en la política, el amor y la creación intelectual, y sólo le restaba vivir "el asco de ser sin placidez ni plenitud".⁷⁷

Nada más lejos de mis propósitos que escribir en estas páginas una biografía de Vasconcelos, pero me siento obligado a delinear algunos rasgos sueltos que nos permitan aproximarnos a la manera en que trata a los villistas en sus memorias..

En 1910 José Vasconcelos era ya una celebridad, un prestigiado abogado, un bohemio sibarita que vivía un escandaloso romance con una de las mujeres más interesantes de México y un cercano colaborador de Francisco I. Madero; era, como dice Alvaro Matute, "un ganador". Por si eso fuera poco, había publicado una tesis

⁷⁷ Ver José Joaquín Blanco, Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, pp. 169 y ss.

que anunciaba la revolución filosófica que intentaría perpetrar, y se le reconocía, con Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña, como uno de los capitanes del Ateneo de la Juventud.

Su participación en la Revolución no fue nada mediocre, primero al lado de Madero, su gran héroe, y luego con los constitucionalistas. Fue el ideólogo de la Convención de Aguascalientes y del primer gobierno emanado de ella. Acompañó a Eulalio Gutiérrez en su azarosa huida de México, tras su rompimiento con Villa, y sorteando múltiples dificultades logró salir del país escapando de villistas y carrancistas, enemigos suyos por igual.

Regresó en 1920 a hacerse cargo de la Universidad Nacional y la Secretaría de Educación Pública, que estructuraría conforme a unos planes entusiastas y ambiciosos, profundamente nacionalistas, que le ganaron una bien merecida fama de descolonizador en otros países de América Latina. Su obra lo coloca como uno de los grandes educadores de México, al lado de José María Luis Mora, Justo Sierra y Jaime Torres Bodet.

¿Y después? Candidato presidencial opositor en 1929, defensor de la cultura hispana, originalísimo filósofo, escritor infatigable, faro de la ultraderecha mexicana...

Con una vida como esa no hacía falta buscar en la imaginación personajes de novela, por eso, según la mejor tradición mexicana decimonónica, cuyos historiadores y literatos eran políticos en receso, Vasconcelos escribió la novela de su vida.

La autobiografía de Vasconcelos es una obra polémica, rabiosa, llena de rencor, escrita en la derrota. Vasconcelos escribe su vida porque por primera vez no puede vivirla, porque tiene que hacer algo para soportar el amargo sabor de sus ambiciones perdidas. Es una obra que no se encierra en el pasado que recrea, no sólo fustiga despiadadamente a los epígonos de la política nacional desde el fin del porfiriato hasta el cardenismo (y más allá); también quiere ser profética, quiere desentrañar los destinos de México, quiere justificar su ardiente nacionalismo criollo, su beligerante antiyanquismo, su hispanismo radical.

El Ulises criollo⁷⁸ es un conjunto de cuadros magníficos, que narran la vida de un joven inusualmente culto, individualista, soberbio, en un mundo que le queda

⁷⁸ José Vasconcelos, Ulises criollo, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, 2 v.

estrecho. La Tormenta⁷⁸ es un libro polémico, en cuyas páginas Vasconcelos es implacable con los caudillos revolucionarios. La impaciencia febril con que narra su historia, la urgencia que denota el texto, lo hacen uno de los libros más atractivos escritos en México; un libro furioso, que aplica hierro candente a la herida; de estilo apresurado, descuidado pero atractivo. Vasconcelos grita en sus páginas "Mientras no concluya el cruel relato, por dentro sangrará mi corazón".

La Tormenta cuenta las andanzas de Vasconcelos entre 1913 y 1920 (o mejor dicho, aprovecha estos sucesos para hacer lo que arriba digo).

En los años 1913-1914, Vasconcelos fue villista, según todos los testigos excepto José Vasconcelos. El Villa de La Tormenta es un personaje pintado en tonos sombríos, es Atila que cae sobre Occidente, es un bárbaro inculto y sanguinario que amenaza, por pura inconsciencia, destruir lo mejor de México y que impide el triunfo de la labor regeneradora de la Revolución. Pero frente a él, Carranza y sus partidarios son igualmente escarmentados por Vasconcelos. No hay contraste entre reaccionarios y revolucionarios, según los conceptos oficiales.

Hablando de Villa, lo primero que le preocupa a Vasconcelos es deslindarse de él. Villa, es cierto, salvó militarmente a la Revolución cuando Carranza sembraba, por donde quiera que pasaba, "la discordia, la vacilación, la torpeza" (p. 53). El Centauro había reconocido la jefatura del gobernador de Coahuila, "Y si en torno suyo fue formándose una camarilla enemiga del Primer Jefe, no fue ciertamente Villa quien la formara, sino el mismo Primer Jefe". Este grupo lo integraban, en su mayor parte, gentes a las que Carranza había rechazado, "por dignos a unos, porque eran hombres de capacidad y de criterio propio, como Díaz Lombardo, y porque, en suma, el Primer Jefe rechazaba toda sospecha de valer personal" (p. 54).

La semilla de la escisión revolucionaria se incubaba: Villa, a pesar de toda su incultura y su barbarie, era un obstáculo para la dictadura carrancista. Por el otro lado estaba Zapata, enemigo de Carranza y favorito de los norteamericanos, que siempre soñaron con un indígena que se alzara contra el México hispánico. Pero la razón principal de la ruptura entre los revolucionarios fue que a los Estados Unidos no les

⁷⁸ José Vasconcelos, La Tormenta, México, Editorial Jus, 1978. 396 p.

convenía un México fuerte, que empezara una obra de construcción, sino una nación dividida y débil para que los destinos de México se decidieran en Washington.

Triunfante la Revolución, hubo desde el principio tres gobiernos, el de los carrancistas, el de los villistas y el de los zapatistas; y en cada gobierno, muchas facciones. El Primer Jefe convocó a una Asamblea en la capital que lo único que hizo fue ratificarlo como señor absoluto. Entonces la mayoría de los revolucionarios, hartos de aquella farsa, resolvieron citar a una Convención Nacional Revolucionaria en Aguascalientes, una ciudad relativamente libre "de la influencia, que ya era terrorista, de los tres jefes de facción: Carranza, Villa y Zapata" (p. 89).

Vasconcelos, que había estado con Carranza porque era el jefe de la Revolución, pero que por negarse a adherirse incondicionalmente terminó atrayéndose la enemistad de aquel, llegó a Aguascalientes huyendo de su persecución.

En la Convención los grupos que trabajaban por los tres caudillos habían sido rebasadas por los independientes.

Lo más vigoroso y meritorio de la revolución estaba con la mayoría libre de consignas: Eulalio Gutiérrez, Alvaro Obregón, Eugenio Aguirre Benavides, José Isabel Robles, Lucio Blanco, Antonio I. Villarreal y un centenar de jefes jóvenes, sanos, patriotas (p. 106).

Lo primero que hizo Vasconcelos, por encargo de Villarreal, que presidía los debates, fue un estudio jurídico que demostraba la soberanía de la Convención. Apoyándose en la Constitución de 1857 Vasconcelos probaba que los constitucionalistas eran los herederos del último presidente constitucional, Francisco I. Madero. Que ciertamente se vivía un estado de excepción, pero mientras no hubiera un gobierno emanado del voto popular, la Convención era el único poder legítimo, pues representaba al pueblo armado, en quien recayó la soberanía al desaparecer los poderes legales.

En el mismo documento se esbozaba el plan que poco después haría suyo el gobierno surgido de la Convención: debía restaurarse en todo su vigor la Carta de 1857, sobre todo en lo referente a las garantías individuales y las libertades públicas, pues ni estas ni la Constitución misma estorbaban, como algunos afirmaban, "la resolución del problema agrario". Se debía legislar provisionalmente en materia

agraria para acabar con el carácter feudal de la explotación de la tierra, mediante la reducción del latifundio a pequeña propiedad familiar. (Firmado por José Vasconcelos, Aguascalientes, 29 de octubre de 1914, pp. 107-115).

Esos eran los ideales. El material humano que los echaría a perder se le reveló en su primer encuentro con Francisco Villa, la fiera suspicaz y astuta.

Teniendo mayoría los independientes, parecía natural que el general Antonio I. Villarreal saliera electo presidente. Pero Villarreal, siendo presidente, abriría el camino para la democracia civil, y eso no convenía ni aun a los independientes, de manera que para sorpresa de la mayoría, salió electo Eulalio Gutiérrez.

Era este un generalote norteño "sencillo, inteligente y honesto", que apoyaba la candidatura de Villarreal y no reclamaba un voto para sí, pero una vez electo se mostró dispuesto a cumplir con su deber. Se nombraron comisiones para notificar a Villa y a Carranza que estaban destituidos, y a Villa lo fueron a ver José Isabel Robles, Raúl Madero y Vasconcelos. Villa aceptó de muy mala gana su destitución y aun se permitió amenazar al gobierno.⁶⁰

Sin embargo, Eulalio Gutiérrez cometió el error de nombrar a Villa jefe de operaciones militares, dándole así a muchos carrancistas el pretexto que necesitaban para violar sus compromisos con la Convención e irse con el Primer.⁶¹ Y permitió a un Villa desenfrenado extender el teatro de sus correrías a media República, desprestigiándose y desprestigiando al gobierno con sus desmanes. (Gobierno en el que José Vasconcelos era una especie de primer ministro aunque oficialmente desempeñara la cartera de Educación).

La ocupación de la Ciudad de México por los convencionistas está pintada con tonos sombríos y sangrientos: aparecen así la ridícula figura de Eufemio Zapata en Palacio, los crímenes cotidianos que zapatistas y villistas cometían, los fusilamientos sumarios, la estafa y el robo, la alianza de los enemigos de la Revolución con el

⁶⁰ La versión de la violenta reacción de Villa, seguramente falsa -ya veremos que la comisión encargada de informar al Centauro de su deposición no estaba formada por Robles, Madero y Vasconcelos- la dieron por buena muchos historiadores posteriores.

⁶¹ Esta historia es como la de la gallina y el huevo: según Alvaro Obregón y los demás carrancistas, los convencionistas que se pasaron al bando del de Cuatro Ciénegas lo hicieron porque Gutiérrez le extendió a Villa ese nombramiento. Según los convencionistas, Eulalio Gutiérrez nombró a Villa jefe de los ejércitos de la Convención porque Obregón y los suyos se fueron con Carranza. Vasconcelos vacila entre ambas posiciones.

zapatismo, la voracidad de los aduladores de Zapata y Villa, la soberbia de Villa, el recelo de Zapata, la impotencia del Gobierno... y por fin, el inevitable rompimiento.

Gutiérrez y los suyos, incapaces de hacer frente al poderío de Villa, decidieron destituirlo, lo mismo que a Zapata, y poner prudente distancia entre sus personas y la Ciudad de México. El manifiesto firmado por Gutiérrez y su gabinete, publicado el 13 de enero de 1915, día en que se escaparon de México con las tropas (villistas) de José Isabel Robles, Eugenio Aguirre Benavides y Mateo Almanza, es un documento que hay que glosar cuidadosamente, pues cuenta la historia del efímero gobierno en una versión escrita al calor de los acontecimientos.

La Convención -decían-, resuelta a impedir el caudillaje militar que se cernía sobre el país, resolvió desintegrar los cuerpos de ejército y cesar en el mando a sus jefes, los divisionarios Francisco Villa, Alvaro Obregón y Pablo González. Al mismo tiempo se determinó que el señor Carranza dejara su cargo y que Emiliano Zapata, cuando sus fuerzas reconocieran a la Convención, también se retirara. Por último, se eligió a Gutiérrez presidente provisional.

Pero a raíz de la elección de este último, muchos jefes ligados a Carranza desconocieron a la Convención, y Manuel M. Diéguez desde Jalisco, Francisco Coss desde Puebla y Luis Caballero desde Tamaulipas marcharon en pie de guerra contra esa Asamblea, contrastando su actitud con la sumisión de la División del Norte. Ante esta situación, los generales Alvaro Obregón, Pablo González y Antonio I. Villarreal declararon que combatirían a la Convención mientras no se retirara a Francisco Villa, que era ya el único sostén firme del gobierno ante la defección de los carrancistas y la indefinición de otros jefes.⁸²

Si estos señores generales en vez de aliarse de nuevo con el señor Carranza hubieran permanecido fieles a la Convención, habría sido innecesaria la campaña y, por lo mismo, inútil también el nombramiento del General Villa como jefe de las operaciones sobre la ciudad de México (p. 150).

El nombramiento de Villa fue inevitable porque Carranza, con todos esos elementos, formó gobierno aparte, en rebeldía contra la Convención, y no había otro

⁸² Es de hacer notar que, en esos momentos, la fuerza militar de Diéguez, Coss y Villarreal era tan importante, por lo menos, como la de Obregón y González, pues entre los tres (ya unidos Murguía a Diéguez y Caballero a Villarreal) tenían a sus órdenes más de treinta mil hombres.

jefe con el prestigio de Villa para hacer respetar los acuerdos del gobierno. Pero desde que Villa avanzó sobre la Capital, empezó a desobedecer al presidente, cometió múltiples atentados,⁸³ y sobrepuso su autoridad a la del gobierno, y no sólo en cuestiones militares, pues la administración de los ferrocarriles y los telégrafos y el nombramiento de autoridades en los territorios conquistados los hacía sin consultar para nada al gobierno. Zapata hacía lo mismo en la zona que dominaba, en la que no imperaba más que una feroz dictadura militar.

Ni en el Norte ni en el Sur se hacían las reformas sociales que la Revolución exigía: en Morelos se perpetuaba el latifundio y en Chihuahua hacían usurpaciones arbitrarias no apoyadas en ningún derecho ni cambio legislativo (cfr. pp. 149-157).⁸⁴ Como Guzmán, Vasconcelos le pasa la factura a los vencedores: ellos, los gutierristas, impidieron el triunfo "del canibalismo zapato-villista". Dice Vasconcelos:

Y lo que es más importante, creamos ese estado moral que es el que define las batallas aun allí donde no hay opinión. El desprestigio que hicimos caer sobre Villa fue tal, que un sargento cualquiera lo hubiera derrotado a la postre (p. 158).

Los delegados zapatistas y algunos villistas eligieron presidente a Roque González Garza, mientras Villa formaba un remedo de gobierno en el Norte, en el que no imperaba más que su voluntad aunque hubiera "hombres tan capaces como Díaz Lombardo y el Doctor Silva".

La peregrinación del gobierno fue desastrosa. Por indicación del Presidente, Vasconcelos trató infructuosamente de atraerse a su bando al general Felipe Angeles, que con Tomás Urbina, había desalojado de San Luis a las fuerzas gutierristas. Vasconcelos, después de contar alguna de las múltiples anécdotas de crueldad protagonizadas por Urbina, pinta en un párrafo a los dos afamadísimos jefes villistas:

Tal era el General que acababa de apoderarse de San Luis, asesorado por el ex aguilucho de Chapultepec, el artillero y matemático ex discípulo de Saint Cyr, y hombre bueno, además, el General Don Felipe Angeles... La más grande iniquidad de la caérrela es que pone el

⁸³ Sobre todo, se le reclamaban los asesinatos del general Guillermo García Aragón y del coronel David Berlanga, destacados convencionistas.

⁸⁴ Firman Eulalio Gutiérrez, Lucio Blanco, José Isabel Robles, Manuel Rivas, Miguel Alessio Robles, Mateo Almanza, José Vasconcelos, Adrián Aguirre Benavides, Daniel Cerecedo, Carlos Domínguez, "etc."

talento, el mérito, el honor, al servicio de la brutalidad, la incompetencia, el encanallamiento beodo (p. 172).

Vasconcelos cuenta la derrota militar de su partido en un párrafo riquísimo, tanto en explicaciones que no quiere entender, como en errores:

En Torres Mochas la brillante división de Aguirre, el "as" del villismo, el vencedor de la batalla de Tierra Blanca, había sido destrozada por un cabo villista, un caporal de nombre sonoro: Medinabeytia [...] A los primeros disparos comenzaron las desertiones. El grito "viva Villa" desarmaba a los de Aguirre, que corrían a fraternizar con el enemigo (p. 173).⁸⁵

La aventura gutierrista no tenía futuro. Dice Alvaro Matute:

La emancipación de Gutiérrez del villismo-zapatismo fue un fracaso. El éxodo era inminente y don Eulalio lo asumió con entereza. Si hay relatos dignos de toda antología de sucesos de la Revolución, escojo el de Vasconcelos de esa huida, de ese peregrinar desde la capital hasta la frontera norte.⁸⁶

La derrota inevitable del convencionismo echó a México en manos de Carranza, "un asesino peor que Villa" como lo demostraba el incalificable fusilamiento de Eugenio Aguirre Benavides y sus acompañantes, perpetrado por Emiliano Nafarrete por órdenes de Carranza.

Terminados. Hemos visto cómo para José Vasconcelos dentro del villismo, en tiempos de la lucha contra Huerta, había dos clases de gente: criminales de una ferocidad inaudita, desenfrenados, simbolizados por Rodolfo Fierro, Tomás Urbina y el propio Francisco Villa; y revolucionarios liberales y demócratas, honestos y capaces, que se acogieron a la División del Norte por no tener cabida al lado de Carranza, que no quería sino subordinados incondicionales y serviles. Nunca explica Vasconcelos cómo estos últimos (Miguel Díaz Lombardo, Miguel Silva, Felipe Angeles) podían subordinarse al feroz jefe de la División. Un tercer grupo, formado por algunos generales de la División, jóvenes y patriotas (Robles y Aguirre Benavides,

⁸⁵ Probablemente no sea tan excesivo decir que el general Eugenio Aguirre Benavides era el "as" del villismo como hacerlo el vencedor de Tierra Blanca. En ese sentido, la de Tierra Blanca es una batalla curiosa: según Juan Barragán fue ganada por Maclovio Herrera; según Vasconcelos, por Aguirre Benavides; y según los villistas, por Villa. Luego, el comandante de las tropas villistas en San Felipe Torresmochas no fue el general Manuel Medinabeytia sino el general Agustín Estrada, y a ninguno de los dos es justo decirles "caporales". Por último, la desertión o incorporación al enemigo de las tropas que mandaba Aguirre Benavides al notar que combatían contra villistas -dato que corroboran otras fuentes- es bastante explícita para saber con quién estaban los soldados.

sobre todo), que por razones militares fueron villistas, terminaron alineándose con el elemento independiente en la Convención, rompiendo con Villa.

Cuando Villa, perdido todo freno, fue desconocido por la Convención; el villismo se convirtió en una facción de criminales que no tenía ninguna oportunidad de triunfar porque no tenía prestigio alguno, ni otra bandera que el asesinato y el pillaje.

Todos los incultos y ambiciosos caudillejos surgidos de la Revolución eran títeres inconscientes de la política de Washington, que a través de ellos pretendía destruir la cultura hispánica para hacer de nuestro país una colonia superexplotada y desculturizada.

Quisiera cerrar con una cita que explica el meollo del problema, tal como Vasconcelos lo veía, ante el indigenismo, no sólo de los zapatistas, sino de casi todas las facciones:

El peligro no es, claro está que México vuelva a lo indígena: No tiene fuerza para ello el indio; el peligro y el plan es que el México de España ceda el sitio al México texano. El anglosajón de propietario, de constructor y el indio de clavavías y de labriego y de fellah (p. 181).

²⁴ Alvaro Matute, La Revolución mexicana. Actores, escenarios y acciones, pp. 132-133.

CAPITULO II

REVOLUCIONARIOS FUERON TODOS

A mediados de los años treinta empezó a cambiar la imagen oficial del villismo: con la elección presidencial del general Lázaro Cárdenas y el desplazamiento del poder del grupo Sonora y con la búsqueda de banderas para la política populista del nuevo gobierno, coincidente a nivel internacional con el auge de los frentes populares antifascistas, Pancho Villa empezó a ser cautelosamente incorporado al panteón oficial.

Al mismo tiempo, se fue consolidando la interpretación de la Revolución mexicana como fundamento histórico del Estado de ella emanado, y aunque nunca faltaron críticos de esa versión, esa idea se fue afirmando en el lenguaje gubernamental y en la historiografía:

La imagen de la revolución que divulgaron era la de una revolución popular, agrarista, nacionalista y antiimperialista, que confrontó a los campesinos sin tierra con los latifundistas y derrocó a un régimen autoritario y opresivo.¹

En este nuevo momento de la historiografía, a Pancho Villa le tocaba jugar el papel de ser uno más de los héroes que nos dieron patria. Un héroe contradictorio y discutido, equivocado a veces, pero un héroe al fin y al cabo.

Los escultores de la broncea estatua -ecuestre, por supuesto- de Pancho Villa fueron, en primer lugar, los memorialistas que habían militado en la División del Norte y que ahora sí, escriben páginas y más páginas alabando a su jefe. A los libros de estos hombres van a seguir docenas de biografías, generalmente muy malas, que continuaban haciendo de Villa un héroe contradictorio o protestaban rudamente y regresaban al Centauro a su condición anterior, de criminal inescrupuloso. Por fin, se incluyen en este capítulo los estudios monográficos de la Convención, escritos entre 1949 y 1966.

¹ Enrique Florescano, El nuevo pasado mexicano, México, Cal y Arena, 1991, p. 73.

1.- HISTORIAS DE VILLISTAS

En este nuevo contexto, la defensa de Villa adquirió acentos más decididos y beligerantes. Los veteranos villistas que se sintieron capaces de tomar la pluma saltaron a la palestra en defensa de su antiguo caudillo, y según la costumbre de la época, escribieron en periódicos y revistas sus memorias y otros relatos, y haber militado en la División del Norte dejó de ser un baldón. Algunos de estos textos fueron recopilados en libros de aparición posterior.

MARTIN LUS GUZMAN (1887-1976)

Las Memorias de Pancho Villa son el más importante de estos monumentos, el más leído y el que más contribuyó a cambiar la imagen de Villa. Las primeras cuatro partes de las Memorias..., que cubren la vida de Villa hasta noviembre de 1914, aparecieron en El Universal en 1937 y 1938, y serían publicadas en forma de libro en 1951, con una quinta parte que llega hasta mayo de 1915.²

Guzmán conoció a Villa como a ningún otro caudillo de la Revolución,³ y a pesar de la multitud de prejuicios con que lo abordó y de la enorme distancia cultural que lo separaba, no pudo sustraerse a la poderosa influencia de la fuerte personalidad del jefe de la División del Norte, cuyo sello quedó indeleblemente impreso en él. Esta atracción irresistible, aunque ambigua, mezcla de admiración y repulsa y la acumulación de materiales originales sobre Pancho Villa, le permitieron trazar un relato aún no superado del más famoso y discutido de los caudillos revolucionarios, una verdadera epopeya moderna.⁴

² Martín Luis Guzmán, Memorias de Pancho Villa, México, Editorial Porrúa, 1984, 612 p.

³ Véase la glosa de El águila y la serpiente en las páginas anteriores.

⁴ Aquí hay que decir que las "Memorias" dictadas por Villa a Manuel Bauche Alcalde en 1914 constituyen el cuerpo principal de todo el libro primero y una parte del segundo. Antes que Guzmán las utilizara Ramón Puente y Rafael F. Muñoz, según ya vimos. Guadalupe Villa vio esos cinco cuadernos manuscritos, de los cuales el último, según ella, es de puño y letra del Centauro. La nieta del general se queja de que Guzmán haya intercalado en el texto de Bauche Alcalde "historias tomadas de quien sabe donde", y descalifica a Guzmán diciendo que pese a lo que él diga, en ninguna fuente aparece como colaborador de Villa. Guadalupe Villa, Francisco Villa: historia, leyenda y mito, p. 266.

El Pancho Villa de las Memorias, es ya un Villa identificable con su leyenda popular: el bandolero social que se vio obligado a echarse al monte por defender el honor familiar; el maderista leal, el invencible jefe de la División del Norte, el caudillo norteño con mayor vocación popular y agraria, y un hombre esencialmente justo, aunque contradictorio.

Es marcado el contraste que hay entre la narración de las batallas y la de las maniobras políticas o reformas sociales del villismo: un porcentaje muy elevado de páginas se dedica a los hechos de armas de las tropas villistas, en los que pueden verse la influencia de otras plumas, nunca citadas. Por ejemplo, en la detallada narración de la segunda batalla de Torreón, todos los datos y la línea general del desarrollo de la batalla están tomados del cuidadoso diario que llevaron en esos días el coronel Roque González Garza, el coronel Ramos Romero y Enrique Pérez Rul.⁵ En cambio, las acciones de Villa al frente del gobierno de Chihuahua no merecen ni tres capítulos completos (cuatro, si le agregamos el de la muerte de Benton).

Hay cosas que el lector no podrá encontrar fácilmente. Las motivaciones sociales de Villa, las reformas efectuadas en los territorios dominados por sus tropas, las formas de gobierno y administración, "la reforma agraria en las filas villistas", el proyecto del grupo convencionista y cosas así, sólo merecen menciones aisladas, casi entre líneas, y siempre con poca profundidad y menos claridad.

Pero vayamos por partes, intentando ver cómo define Guzmán al villismo a lo largo del libro

De las aspiraciones y características de los hombres que se incorporaron a Villa entre marzo y agosto de 1913, no se dice más que sus lugares de origen (pueblos de los distritos serranos de Chihuahua) y los nombres de sus capitanes: Fidel Avila y Juan N. Medina, los primeros; y Toribio Ortega con la gente de Cuchillo Parado. La única reivindicación que se escucha es la de vengar las muertes de Madero, Pino Suárez y Abraham González

En la junta de La Loma, el 29 de septiembre de 1913, los jefes de la brigada Villa y los grupos de revolucionarios de Chihuahua, Durango y La Laguna que se le habían unido desde la toma de San Andrés, el 26 de agosto de 1913, resolvieron formar una

⁵ Y publicado íntegro en varias partes, vgr.: Luis y Adrián Aguirre Benavides, Las grandes batallas de la División del Norte al mando del general Francisco Villa, México, Editorial Diana, 1964, pp. 86-123.

sola unidad de combate, la División del Norte, y eligieron jefe de ella a Francisco Villa. La División del Norte surgió, pues, como la confederación de los jefes rebeldes nortehos unidos por las necesidades militares.

Cuando los villistas se adueñaron de Chihuahua, después de una brillante campaña militar, empezaron a llegar a territorio del estado políticos enemistados con Obregón o Carranza; antiguos maderistas algunos de ellos, buenos revolucionarios casi todos, a los que Villa amparó y dio cargos y comisiones. En pocas semanas ya estaban ahí Luis Aguirre Benavides, Miguel Trillo, Enrique Pérez Rul, Enrique C. Llorente, Roque y Federico González Garza, Manuel Bauche Alcalde, Ramón Puente, Manuel Bonilla, Miguel Silva, Martín Luis Guzmán, Ramón P. Denegri, Miguel Díaz Lombardo y algunos otros. No se habla de ellos como de un grupo político con objetivos precisos.

Entre las peripecias bélicas largamente descritas y los breves respiros que se dan al lector entre una y otra batalla, se reafirma que durante toda la lucha contra Huerta no fue la División del Norte otra cosa que un sector más -el más poderoso, si se quiere- del Ejército Constitucionalista, sin más cohesión entre sus jefes, militares o civiles, que las necesidades militares y el afán de lavar la afrenta infringida al pueblo mexicano con el asesinato de Madero. La insubordinación contra Carranza en junio de 1914 tuvo los mismos orígenes: obedecer al Primer Jefe era un absurdo desde el punto de vista militar y hubiera retrasado el triunfo de la Revolución; no hubo otra razón detrás de los violentos telegramas firmados por los generales de la División, tanto así que tomada Zacatecas se subordinaron nuevamente a la Primera Jefatura.

Pero para entonces ya estaba podrida la relación entre la mayoría de los jefes de la División y el señor Carranza, a causa del despotismo y la mezquindad con la que el Primer Jefe había venido actuando contra los villistas. La desconfianza que entre los jefes villistas había nacido contra el jefe de la Revolución fue la que los empujó a poner las condiciones que para seguir reconociéndolo como tal expresaron en las Conferencias de Torreón, que tuvieron lugar los primeros días de julio de 1914. Es decir, que el villismo como grupo político nació por oposición al Primer Jefe.

Las condiciones del Pacto de Torreón muestran qué exigían los villistas y cuáles fueron sus banderas -coyunturales-.⁶ Venustiano Carranza aceptó las disculpas de los jefes de la División del Norte pero no aprobó ninguno de los principales acuerdos de Torreón. En lugar de la Convención reclamada por los villistas⁷ llamaría "a junta a todos los generales de las tropas constitucionalistas, y a todos los gobernadores, para que ellos decidan las reformas que convenga hacer y todo lo concerniente a las futuras elecciones" (p. 341).

Para los generales de la División del Norte todo esto anunciaba un gobierno dictatorial encabezado por Carranza y sus incondicionales, y así se lo expresaron al Primer Jefe, afeándole además su conducta con los maderistas, a quienes había rechazado y postergado por venerar la memoria del presidente mártir, y porque no tolerarían otra dictadura ni cejarían en su lucha "por la causa del pobre". De ahí a desconocer a Carranza no había más que un paso.

La guerra entre los revolucionarios hubiera estallado desde luego a no ser por las idas y venidas que en son de paz hicieron muchos generales carrancistas, como Eduardo Hay, Antonio I. Villarreal, Eulalio Gutiérrez y Lucio Blanco, que encontraron eco en Francisco Villa y sus subordinados. De todo eso salió la Convención de Aguascalientes.

Roque González Garza llevó a la Convención la representación del general Villa, y en su nombre propuso la elección de un gobierno provisional presidido por un civil, que ejecutara el programa revolucionario, esto es, reforma agraria, leyes en defensa de los trabajadores y restauración de las formas democráticas de la Constitución. También exigió que se invitara a los zapatistas a la Convención.

Pese a todos los obstáculos que Carranza le iba poniendo, la Convención se declaró soberana y eligió presidente provisional al general Eulalio Gutiérrez. Cuando el Primer Jefe puso como condición para retirarse que Villa y Zapata también lo hicieran, el Centauro renunció a la jefatura de la División del Norte, poniéndose a disposición de la Convención y llegando a proponer que se le fusilara junto con el Primer Jefe.

⁶ Las partes referentes a la Convención y la cláusula octava del Pacto se transcriben íntegramente. Se enfatizan también la exigencia de que Carranza asumiera la presidencia y la de respetar la investidura de José María Maytorena.

⁷ En la que habría un delegado por cada mil soldados revolucionarios.

Entonces Carranza desconoció a la Convención y arrastró en su desobediencia a un buen número de generales.

Los primeros disparos de la nueva guerra fueron de papel, dedicándose los carrancistas a llenar de panfletos contra Villa y sus partidarios cuantas ciudades estaban ocupadas por ellos. Entre tanto Gutiérrez, considerando que en esas circunstancias el retiro de Villa era más perjudicial que útil, le dio al Centauro el mando en jefe de los ejércitos convencionistas, que iniciaron su avance sobre la ciudad de México sin encontrar resistencia.

Villa llegó a Tacuba el 2 de diciembre de 1914 y dos días después salió al encuentro de Emiliano Zapata, que tenía su cuartel general en Xochimilco. Ya en los días de Aguascalientes los delegados de uno y otro habían llegado a acuerdos importantes, y en esos momentos sus ejércitos eran los principales sostenedores de la Convención, de manera que la reunión sólo terminaría de sellar una alianza que ya marchaba. Ambos caudillos coincidieron en señalar a Carranza como un hombre que no buscaba las reformas sociales que exigía el pueblo y que intentaba convertirse en otro dictador, por lo que había que combatirlo. En los acuerdos privados dividieron el país en dos grandes zonas para combatir al enemigo común: el sur para los zapatistas, el norte para los villistas.

Villa no estaba muy seguro de que los zapatistas fueran capaces de desbaratar a los carrancistas de Puebla y Veracruz, que era la línea de sus armas, más aun considerando que Felipe Angeles argumentaba que estando ahí el gobierno carrancista y la poderosa columna, aun en formación, de Obregón, ese debía ser el objetivo prioritario de la División del Norte; pero deseoso el Centauro de darle su lugar a los surianos y sabiendo que si marchaba contra Veracruz corría grave peligro de perder todo el norte, dispuso la formación de tres columnas, que marcharían sobre Saltillo y Monterrey la primera, a las órdenes de Angeles; sobre Tampico la segunda, con Tomás Urbina a la cabeza; y sobre Jalisco la tercera, mandada por Villa en persona. Las operaciones militares marcharon bien en un principio, con la entrada de Villa a Guadalajara y las victorias de Zapata en Puebla y de Angeles en Ramos Arizpe.

Mientras, Eulalio Gutiérrez y sus ministros, disgustados con Villa por cuestiones de procedimiento, entraron en tratos con un numeroso grupo de generales que exigían el retiro de Villa para desconocer a Carranza. Las maniobras del gobierno contra Villa

terminaron con la publicación de un manifiesto por el que se desconocía a Villa y a Zapata, y la salida de Gutiérrez de México con numerosas tropas y el dinero de la tesorería. La Convención se reunió de emergencia, deponiendo a Gutiérrez y nombrando en su lugar a Roque González Garza.

Después de eso, las Memorias, se vuelven otra vez una crónica de guerra, aunque de paso se diga cómo se estableció un gobierno villista en el Norte, que de inmediato empezó a legislar en materia agraria y social.

No me queda más que explicar las razones de Villa para atacar a Obregón en Celaya, contra los consejos de Angeles y otros militares de carrera. Villa se daba cuenta que el tiempo obraba en favor de los carrancistas, fortaleciéndolos; que sus tropas en El Ebano, en Jalisco y en Monterrey, y los zapatistas en México, enfrentaban a contingentes muy poderosos, y la lucha amenazaba desequilibrarse en favor del enemigo; y que mientras los territorios bajo dominio de la Convención estaban agotados, los carrancistas tenían asegurada la afluencia de metálico. Todo eso podría revertirse con la destrucción de la columna de Obregón, que permitiría a Villa reubicar sus tropas para desequilibrar en favor suyo los demás frentes. Las cosas no salieron como Villa esperaba, pero las razones no eran tan malas como las han pintado.⁸

Resumamos. Durante la lucha contra Huerta, la División del Norte no fue más que una corporación militar nacida de las necesidades de la lucha, aunque bajo sus banderas se hayan acogido muchos antiguos madenistas que no tenían cabida al lado de Carranza. Fue cuando vieron que el carrancismo avanzaba a pasos agigantados a una nueva dictadura, que los jefes de la División decidieron oponerse al Primer Jefe y dieron forma a sus demandas de democracia política y reformas sociales, con lo que no hacían sino retomar las banderas de la Revolución traicionadas por la ambición del Primer Jefe.

Las Memorias, no son una obra historiográfica: ni se plantean jamás esa pretensión ni cumplen con los cánones de la época, esto es, los juramentos de verdad al principio, la reproducción textual de un centenar de documentos originales y la descalificación de otros memorialistas e historiadores del suceso. La intención de

⁸ Sobre la exageración de las bajas villistas en el parte de Obregón de la segunda batalla de Celaya, dicen las Memorias: "Y decía haberme hecho cuatro mil muertos, y cinco mil heridos, y seis mil prisioneros. O sea, que para las expresiones de su gloria había yo perdido toda mi gente y tres o cuatro mil hombres más" (p. 589).

Guzmán fue escribir una tercera gran obra literaria sobre la Revolución, aunque como tal, las Memorias no tienen la fuerza ni la maestría de El águila y la serpiente y La sombra del caudillo. Como obra literaria no son, pues, lo mejor de Guzmán, y como libro de historia tienen un buen número de problemas; sin embargo, convencen al lector desprevenido de la épica sencillez de Pancho Villa, de su notable intuición estratégica, de la rectitud de sus acciones y de la pureza de los impulsos sociales que lo llevaron a la Revolución, y después de todo, eso era lo que buscaba el autor.

SILVESTRE TERRAZAS (1873-1944)

Silvestre Terrazas fue durante el porfiriato una especie de versión chihuahuense de don Trinidad Sánchez Santos, el célebre director de El País, diario católico de amplia circulación y de una oposición al gobierno que fue de tibia a franca (cuando apareció en la escena pública don Francisco I. Madero). El Correo de Chihuahua, periódico dirigido por Terrazas, apareció, con múltiples interrupciones, ajenas todas a la voluntad de don Silvestre, entre 1899 y 1935. Durante la Revolución fue decidido partidario del señor Madero y luego de Pancho Villa, que cuando fue gobernador de Chihuahua lo nombró secretario de Gobierno, puesto que ocupó hasta los últimos días de 1915, en que derrotada la División del Norte desapareció el gobierno villista de Chihuahua. Desde entonces y hasta 1924 don Silvestre vivió en el exilio.

Terrazas escribió cincuenta y siete pequeños relatos ordenados cronológicamente y los publicó en la Revista Chihuahuense de Estudios Históricos entre septiembre y diciembre de 1936. En 1984 fueron reeditados como libro.⁹

La historia va de los últimos meses de 1910 a los postreros días de 1915. En ella casi brillan por su ausencia las crónicas militares; no es tampoco, como parecería por la estructura del libro y la personalidad del autor, una historia del gobierno villista de Chihuahua ni un retrato de Villa como gobernante: el libro es un conjunto de pinceladas, de anécdotas, de recuerdos.

El testimonio de Terrazas parecería el más calificado para conocer una faceta de Villa de la que pocos de sus biógrafos -seducidos por los aspectos románticos o

⁹ Silvestre Terrazas, El verdadero Pancho Villa, México, Ediciones Era, 1985, 243 p.

legendarios de la vida del Centauro, o ensordecidos por el fragor de las batallas- se han ocupado (y lo dice Friedrich Katz en la "Presentación"):

¿qué fue lo que hizo mientras estuvo en el poder? Durante los dos años en que Pancho Villa controló el estado de Chihuahua, ¿qué se llevó a cabo? ¿Fue acaso el reino del bandidaje? La respuesta a esta pregunta podría ser decisiva para extraer finalmente a Villa del terreno de la leyenda e insertarlo en el de la historia (p. 11).

Pero Terrazas no aclara eso. Hay imágenes de Villa al frente del gobierno, pero nunca -insisto- nada parecido a una historia del gobierno villista. También es cierto que a Terrazas le preocupa demostrar él había procurado contener los violentos impulsos de Villa, y que eran falsas las acusaciones de corrupción que le endigaban.¹⁰

De todos modos, aunque desordenados y poco claros, los relatos permiten ir armando el retrato de un Villa distinto al que solía presentarse: un Villa ignorante y atrabiliario pero capaz de escuchar, con ánimo de aprender y, sobre todo, un caudillo con vocación popular y con la idea fija, aunque no muy clara, de impulsar una profunda reforma social. Lo que se repite es la acostumbrada idea del Villa dual, que fuera de sí es capaz de las mayores atrocidades, pero que en reposo es bueno y generoso.

Y sobre todo, hay en las páginas de Silvestre Terrazas un respeto por Villa muy poco común. No sin censuras, no sin la enunciación de ciertos hechos de sangre muchas veces ininteligibles para el autor. El personaje mismo se le va a Terrazas, quien puede advertir los rasgos más sobresalientes de su personalidad, pero aprehende eso: rasgos, episodios, momentos; no al personaje. La distancia entre Villa y biógrafos tan lejanos a él en origen y cultura, como Guzmán o Terrazas, parece un obstáculo infranqueable.

Además, este es un libro cuyo protagonista es Villa, en el que los villistas no son, casi, más que los hombres que lo siguen o lo aconsejan

JUAN B. VARGAS (1890-1947)

Juan Bautista Vargas Arreola era un ranchero que se levantó en armas en la zona de Parral desde el 20 de noviembre de 1910. Cuando los guerrilleros de Chihuahua

¹⁰ Una vez más "la obligatoria exaltación del narrador" de que habla Héctor Aguilar Camín.

ESTA TESIS NO DEBE SALIR DE LA BIBLIOTECA

tomaron Ciudad Juárez ya tenía el grado de capitán primero. Participó en la campaña contra Orozco a las órdenes de Raúl Madero.

Cuando empezó la lucha contra Huerta pertenecía a los irregulares de Durango, que mandaban los hermanos Arrieta, con los que hizo la campaña en ese estado hasta que su regimiento fue incorporado a la brigada Morelos (del general Tomás Urbina) de la División del Norte, en septiembre de 1913. Desde entonces combatió al lado de Villa, siendo incorporado muy pronto a la selecta "Escolta Personal del General en Jefe", los famosos "Dorados", participando en todos los hechos de armas importantes, desde la toma de Ciudad Juárez hasta la campaña de Sonora. Fue ascendido a teniente coronel tras la segunda batalla de Torreón y a coronel luego de la de Zacatecas. Derrotada la División del Norte combatió activamente a la Expedición Punitiva y participó en las acciones guerrilleras villistas hasta 1917, en que una grave herida lo obligó a dejar la lucha y exiliarse en los Estados Unidos. Regresó a México en 1920 y por su colaboración en la rebelión de Agua Prieta le fue reconocido su grado de coronel de caballería, con el que se reincorporó al ejército nacional. Murió en 1947 siendo general de brigada y comandante de la 17a. Zona Militar.

Presenta Vargas Arreola muchas características comunes a los oficiales del pie veterano de la División del Norte: campesino libre, oriundo del norte de Durango, rebelde maderista, leal a Villa hasta que una grave herida lo saca de la lucha, y más aun, miembro de los "Dorados", esa pléyade de centauros que son lo más parecido que ha habido en México a un cuerpo militar de élite.

Varios de los colaboradores civiles de Villa escribieron memorias, pero de los generales y jefes de la División del Norte cercanos a Pancho Villa, sólo las escribió el general Vargas, lo que hace de su relato, además de sus otras cualidades, un documento valiosísimo -permítaseme el superlativo-¹¹ Los artículos del general Vargas, aparecidos en Mujeres y deportes en 1938 y 1939 fueron recopilados por su hija, Bertha Vargas de Corona, bajo el título de A sangre y fuego con Pancho Villa¹²

¹¹ Esto se debe en buena medida a que esos jefes villistas afines al Centauro cayeron como las moscas entre 1914 y 1919. El único otro jefe militar villista que escribió, el general Federico Cervantes, era de muy distinta harna, como veremos adelante. Por otra parte, muchos jefes y oficiales villistas que no escribieron, le contaron sus recuerdos a Alberto Calzadaz.

¹² Juan Bautista Vargas Arreola, A sangre y fuego con Pancho Villa, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, 368 p.

En la primera parte del libro se pasa revista a los "dorados", uno por uno. Es esa una galería de retratos que saca a toda una colectividad del anonimato. Dice Jorge Aguilar Mora que los "juaneros" están fuera de la historia...

[Pero] de pronto, pienso que existe un testimonio precioso de descripción de esas singularidades, porque no describe dos o tres sino un grupo completo, y un grupo que como tal tenía además un sentido propio, un grupo que era además otra singularidad inconfundible elevada a una potencia casi impensable. Ese testimonio ocupa toda la primera parte de A sangre y fuego con Pancho Villa de Juan B. Vargas, titulada: "Los dorados".¹³

De acuerdo. A través de esta muestra, no aleatoria pero sí representativa, llegamos más cerca de los soldados de la División que en ninguna otra fuente.¹⁴

En los combates, los "Dorados" funcionaban como escolta personal de Pancho Villa, como caballería de élite empleada para decidir acciones complicadas,¹⁵ y como cuerpo de ayudantes de campo y mensajeros del cuartel general. Gracias a los retratos hechos por Vargas sabemos o podemos deducir varios denominadores comunes a estos hombres: la mayoría eran rancheros de Chihuahua y Durango, más aun, del norte de Durango y de la Sierra de Chihuahua. Casi todos eran campesinos libres. Casi todos se levantaron en armas a la voz de "¡Viva Madero!" desde 1910. Muchos murieron en combate, y casi todos fueron leales a Villa hasta el fin.¹⁶

La segunda parte del libro toca a Francisco Villa más de cerca. Salvo los dos primeros capítulos, referentes a episodios de la Revolución maderista, y otro sobre la toma de Durango por las fuerzas rebeldes de Urbina y los Arrieta en 1913, el libro cuenta la historia de la División del Norte desde la toma de Ciudad Juárez el 15 de

¹³ Jorge Aguilar Mora, Una muerte sencilla... p. 144.

¹⁴ Se acorcan a este testimonio los relatos de la convivencia de John Reed con los hombres de Tomás Urbina y Calixto Contreras, y, por supuesto, los relatos recogidos por Alberto Calzadiaz.

¹⁵ Estas dos funciones eran las que tenía la Guardia de Napoleón Bonaparte.

¹⁶ "Dorados" bravos entre los bravos, casi todos llegados al generalato, fueron Martín López, nativo de la sierra de Chihuahua, mano derecha de Villa en los tiempos de la guerrilla, muerto en combate en 1919. Nicolás Fernández, chihuahuense, que sobrevivió a la Revolución. Candelario Cervantes, segundo de Villa en el ataque a Columbus, chihuahuense también, muerto en combate contra las tropas de Pershing. Jesús M. Ríos, natural de la sierra de Chihuahua, que llegó a ser el jefe de los "dorados" y perdió la razón a causa de una herida en la cabeza recibida en la batalla de Aguascalientes, en julio de 1915. Manuel Baca, chihuahuense muerto en combate en 1916. José I. Prieto, onduño de la ciudad de Chihuahua, que llegó a ser comandante militar de Michoacán y murió en un duelo al estilo del viejo oeste en 1918. José María Arámbula, serrano del noroeste de Chihuahua, muerto en combate en 1917. Nieves Quiñones, alias "el muerto", de San Juan del Río, Durango, que sobrevivió increíblemente a un fusilamiento en 1911, y murió en combate en 1918. Y los Vargas, Joaquín, Cipriano, Ramón y Juan Bautista, cuatro hermanos nativos del norte de Durango.

noviembre de 1913, hasta la disolución de la División, en diciembre de 1915 (un último capítulo consigna el ataque a Columbus).

Es este un libro de historia militar, con lagunas poco comprensibles (es notable la ausencia de las batallas de Torreón -la segunda- y Zacatecas) y logradísimas descripciones críticas de batallas completas (sobre todo, los casos de Trinidad y Aguascalientes).

Según Vargas, Francisco Villa participó en el combate de Las Vacas, en 1908. Es esta la única fuente que relaciona a Villa con los magonistas antes de 1916, y concorda el encono de Regeneración contra Villa en 1913-15, y la desconfianza que Villa le tenía a aquellos, es un dato poco confiable. De todos modos, es importante ver cómo para un veterano de la División del Norte era importante relacionar a los villistas con los magonistas, ya en tiempos de Lázaro Cárdenas.

Salvo esa extrapolación, el libro no da mayores noticias sobre los proyectos políticos del villismo. Militarmente, en cambio, se presenta a Villa como un jefe militar inigualable, reflexivo y valiente a la vez; y a la División del Norte como una aguerrida y disciplinada máquina de guerra de hazañas notabilísimas, derrotada por enemigos más poderosos en número y recursos, pero batiéndose con bizarría, retirándose con orden y combatiendo hasta el fin.

Para Vargas, en la derrota del villismo influyó considerablemente la ingerencia del gobierno norteamericano. Los días 8 y 9 de enero de 1915 Francisco Villa se entrevistó en Ciudad Juárez con el jefe del estado mayor del ejército norteamericano, general Hugh Lenox Scott. El propósito ostensible de la reunión era solucionar los problemas fronterizos que se causaban cotidianamente entre Naco, Anzono, y Agua Prieta, Sonora, donde combatían rabiosamente las tropas de Plutarco Elías Calles contra las de José María Maytorena; pero lo que se trató en realidad fueron las condiciones que ponía el gobierno norteamericano para reconocer al de la Convención: el otorgamiento de "ciertas concesiones y ventajas de las leyes para los ciudadanos norteamericanos" (p. 194) que resultaban indecorosas y lesivas para México. Villa respondió, visiblemente disgustado, que él carecía de facultades para resolver semejantes cuestiones -lo que no era cierto-, y se negó a aceptar el trato, a sabiendas de que su "arrogante y patriótica" actitud causaría su caída, como lo manifestó amargamente ante algunos de sus leales, en el camino de regreso.

No pasó mucho tiempo para que los resultados se hicieran sentir: la endémica escasez de parque que padecieron los villistas en las batallas del Bajío fue uno de los principales factores que le dieron el triunfo a Obregón, y desde entonces, el creciente apoyo norteamericano a los carrancistas se fue descarando.

Antes de terminar esta glosa, mencionemos algunos retratos de jefes villistas:

Rodolfo Fierro aparece como un jefe militar de rara audacia y gran capacidad al que los hombres de la División querían y respetaban. Un Fierro muy distinto -aunque siga dándole gusto a la pistola desmedidamente- del que pintan las fuentes antivillistas.

En la tercera parte, que es una breve galería de retratos, vemos a Calixto Contreras y a Severino Ceniceros representar desde 1906 a los comuneros de Ocuila y Cuencamé, Durango, que exigían la devolución de sus tierras. Encarcelados en 1906, en rebeldía desde 1908, maderistas desde noviembre de 1910, Contreras y Ceniceros lograron la restitución de las tierras comunales en 1912. Generales de la División del Norte, capitaneaban ambos jefes más de seis mil hombres que permanecieron leales a Villa. Contreras, el más respetado de los jefes agraristas integrados al villismo, murió a traición en 1916, en una emboscada planeada por el general Fortunato Maycotte.

En fin. La División del Norte era una poderosa corporación militar que defendía las aspiraciones populares, formada principalmente por campesinos libres y comuneros del Norte de México, rebeldes casi por naturaleza.

FEDERICO CERVANTES (1883-1966)

El general Felipe Angeles se rodeó de un grupo de militares que habían sido discípulos suyos en Chapultepec. Estos oficiales llegaron a la División del Norte siguiendo a su maestro, a cuyas órdenes hicieron las campañas contra Huerta y Carranza, alcanzando algunos de ellos el generalato. Los más distinguidos fueron Vito Alessio Robles, José Herón González ("Gonzalitos") y Federico Cervantes Muñozcaco.

Este último, oaxaqueño de origen, fue en Chapultepec el cadete más distinguido de su generación. En la Revolución fue jefe del Estado Mayor del general Angeles y desde enero de 1915 representó a su ilustre jefe en la Convención, donde fue una de las cabezas de la bancada villista. Con Benjamín Argumedo escoltó al ala villista de la

Convención en su penosa marcha de Toluca a Cuernavaca, en los últimos meses de 1915; y herido en uno de los combates, se exilió en los Estados Unidos.

Cuando en los años treinta el coronel Bernardino Mena Brito inició su rencorosa guerra privada contra el fantasma de Felipe Angeles, Vito Alessio Robles y Federico Cervantes saltaron a la palestra en defensa de su antiguo jefe. El resultado final de esto fue la apologética biografía de Angeles escrita por Federico Cervantes,¹⁷ en la que refuta las imputaciones de Mena Brito.

Según Cervantes, Angeles no tuvo responsabilidad ninguna en la caída de Madero y se incorporó a la Revolución tan pronto pudo, llegando a Sonora en noviembre de 1913, donde se puso a las órdenes de don Venustiano Carranza.

Pero el Primer Jefe despreciaba a los viejos maderistas, responsabilizándolos de los errores y el fracaso del gobierno de Madero, y no consideraba la Revolución que él encabezaba como continuadora de la de 1910, sino distinta en sus orígenes y objetivos; y Angeles, todos lo sabían, era un ardiente maderista. Los maderistas que se incorporaban a la Revolución eran fríamente recibidos por el señor Carranza, y terminaron agrupándose en torno a Villa.

Como además entre los caudillos sonorenses había una marcada animadversión contra los militares de origen federal, la posición de Angeles era muy poco envidiable, terminando por volverse un amanuense del Primer Jefe, a pesar de su cargo formal de subsecretario encargado del despacho de Guerra. Angeles notó cómo Carranza postergaba a los revolucionarios que no eran incondicionales suyos, inclusive a José María Maytorena y Felipe Riveros, gobernadores constitucionales de Sonora y Sinaloa, respectivamente. De la penosa situación en que estaba Angeles lo sacó la petición que Villa le hizo a Carranza -instigada por el mismo Angeles-, de incorporar al ex-director del Colegio Militar a la División del Norte.

Angeles fue muy bien recibido en el campo villista, y en las semanas siguientes, al calor de los victoriosos hechos de armas de la División del Norte, "se estableció un perfecto entendimiento entre el gran guerrero intuitivo Villa y el culto y sapiente militar" (p. 73), naciendo entre ambos una profunda amistad. Exactamente lo contrario fue lo que ocurrió entre Villa y Carranza cuando se conocieron en Chihuahua: el Centauro

¹⁷ Federico Cervantes, Felipe Angeles y la Revolución de 1913. Biografía (1869-1919), México, s/e, 1943, 381 p.

percibió en el Primer Jefe más a un hacendado, a un político porfirista, a un dictador en potencia, que a un auténtico revolucionario; y Carranza vio desde el principio en Villa a un rival peligroso.

El propósito de este libro era hacer la apologética historia del general Angeles, y el autor lo logra. En él la División del Norte, en materia militar, es la agrupación de los revolucionarios del Norte del país, y en materia política, la de los maderistas y demás auténticos revolucionarios que, por su lealtad al presidente martir o su independencia de criterio, no tenían cabida en el círculo que rodeaba al Primer Jefe. Consumada la escisión revolucionaria, el villismo fue la confederación de los antiguos constitucionalistas que querían evitar la formación de una nueva dictadura y la postergación de las reformas sociales que exigía la Revolución, que era el camino que estaban siguiendo don Venustiano Carranza y sus seguidores.

El libro del general Cervantes consolidó una imagen de Felipe Angeles: la del revolucionario generoso y desinteresado, adalid del liberalismo y la democracia; y, claro, el magnífico estratega cuyos consejos habrían dado el triunfo a los convencionistas si Villa lo hubiera escuchado. De manera que el éxito de esta biografía incitó a su autor a publicar una segunda, mucho más ambiciosa: la del general Francisco Villa,¹⁸ aparecida en 1960, que para Guadalupe Villa es la mejor biografía del Centauro, el primer libro que hace el esfuerzo de demostrar "la actuación social de Villa", trascendiendo el ámbito de lo anecdótico.¹⁹

En 1960 ya no sonaba descabellado decir que Francisco Villa era un héroe. Un hombre sanguinario y atrabiliario, sí, pero que lo era por la crueldad misma de la lucha, por su condición de perseguido desde joven, un organizador genial y un estratega intuitivo que había luchado incansablemente contra las dictaduras sucesivas de Porfirio Díaz, Victoriano Huerta y Venustiano Carranza; un hábil administrador del país dominado por sus tropas; y, sobre todo un honrado revolucionario, siempre identificado con las causas populares, que alcanzó como ningún otro un carácter legendario. Ese es el Pancho Villa que nos presenta Cervantes.

¹⁸ Federico Cervantes, Francisco Villa y la Revolución, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1965, 828 p.

¹⁹ Guadalupe Villa, Francisco Villa: historia, leyenda y mito, p. 278.

La División del Norte nació a fines de septiembre de 1913, cuando Pancho Villa logró unificar bajo su mando a las partidas rebeldes de Chihuahua, Durango y La Laguna, después de una vigorosa campaña contra el gobierno de Huerta, empezada el 5 de marzo (sic), cuando Villa cruzó la frontera con un puñado de hombres. Es decir, la División vuelve a aparecer como la alianza circunstancial de los rebeldes del Norte, y Villa fue elegido jefe de ella por su capacidad militar.

Conquistado militarmente el estado de Chihuahua, Villa fue proclamado gobernador provisional por sus generales. Para historiar su actuación al frente del gobierno del estado, Cervantes reproduce íntegro el capítulo "Un peón en política", del libro de John Reed, México insurgente. A continuación inserta, también completos, varios decretos, entre ellos, enfatizándolo, el de confiscación de los bienes de los enemigos de la Revolución, dado por Francisco Villa el 12 de diciembre de 1913, que tuvo efectos importantísimos.²⁰

Villa había recibido una embajada zapatista, encabezada por Otilio Montaño, el 29 de octubre de 1913. De entonces data la cordial relación entre los villistas y los surianos. Villa les dijo a los delegados zapatistas que no estaba dispuesto a seguir el camino que en materia agraria le trazaba el Primer Jefe, que se reducía a no hacer nada... salvo devolver a sus anteriores dueños las tierras repartidas durante el gobierno de Abraham González (p. 66). Cuando estos enviados regresaron a Morelos, llevaban afectuosas cartas, llenas de elogios, de Villa a Zapata.

Los surianos, que se habían negado repetidas veces a reconocer a Carranza como jefe supremo de la Revolución, definieron entonces su actitud por medio del "Acta de Tlapa", firmada el 2 de marzo de 1914 por Emiliano Zapata y los demás jefes del Ejército Libertador del Sur. En ese documento se reconocía a Carranza como gobernador legítimo de Coahuila, pero se le procesaría por asumir, sin derecho alguno, las prerrogativas de encargado del poder ejecutivo, y se declaraba inválido todo lo que hubiera hecho con ese carácter. Al mismo tiempo, se reconocía como jefe de los

²⁰ Pese a la importancia de este decreto nadie lo había publicado ni comentado antes de Cervantes. En él están los primeros pasos del agrarismo villista, que se volverán constantes; como en el proyecto madenista, se contemplaba la reducción a pequeña propiedad de los latifundios y se restituían las tierras usurpadas a los pueblos (esto es, se respetaba la propiedad comunal), pero a diferencia de lo previsto en el Plan de San Luis, los latifundios eran confiscados sin miramientos ni averiguaciones, y entre tanto se disponían las necesarias restituciones y distribuciones, administrados por el Estado en beneficio de la Revolución. Esto era lo que los enemigos del villismo

revolucionarios en el Norte del país, con la misma autoridad que en el Sur tenía Zapata, al general Francisco Villa.²¹

No es extraño entonces que se fueran acrecentando las fricciones entre un revolucionario agrarista, dispuesto a impulsar los principios del maderismo, como era Villa, y un hombre como Carranza, celosísimo del principio de autoridad y nada deseoso de revolucionar las bases de la sociedad.

Para Carranza, el movimiento que él encabezaba no era una Revolución, no tenía mayor relación con los principios maderistas, ni buscaba otra cosa que reestablecer la legalidad (pp. 92-94). Con estas divergencias políticas se mezclaron celos personales: aunque Villa nunca ambicionó la presidencia era visto por el grupo de Carranza como un obstáculo formidable para el encumbramiento dictatorial del de Cuatro Ciénegas.

Del otro lado, los maderistas, despreciados por Carranza, quien los responsabilizaba de la caída de Madero, habían ido formando un grupo en torno a Villa. Los maderistas acogidos por el Centauro, entre los que se distinguía el culto general Felipe Angeles, no fueron los únicos que se acercaron al caudillo de Durango; también los maderistas de Sonora, Sinaloa y Nayarit, encabezados por José María Maytorena, Felipe Riveros y Rafael Buelna, cada vez más disgustados con el despotismo carrancista, se fueron identificando con el Centauro.

Simultáneamente, las brillantes victorias que la División del Norte obtuvo ininterrumpidamente desde Tierra Blanca hasta Zacatecas, destruyendo cinco divisiones federales, habían hecho de ella el ejército más entusiasta y mejor armado y equipado del país. Villa, reconocido por todos sus subordinados y por la opinión pública como un genial organizador y un estratega nato, había hecho de la División el cuerpo militar mejor abastecido y pertrechado de todos.

En nueve meses la División del Norte, esa confederación espontánea de los rebeldes norteños, se transformó en una máquina de guerra insuperable, disciplinada y aguerrida. Villa no era ya el jefe más o menos accidental de un grupo heterogéneo de contingentes armados, sino un caudillo indiscutible.

llamaban "usurpaciones arbitrarias". Hay que decir que como se dispuso se hizo, ya decía el decreto: "Son confiscables y se confiscan..."

Así estaban las cosas cuando las diferencias entre carrancistas y villistas, diferidas en aras de la unidad revolucionaria, salieron a la superficie. La gota que derramó el vaso fueron los mensajes de Carranza a los villistas previos al ataque a Zacatecas.

La desobediencia de los jefes de la División, que repusieron a Villa en el mando y marcharon contra Zacatecas contraviniendo las disposiciones de Carranza, había sido sugerida por Angeles, cuando otros generales proponían atacar a Carranza, en Saltillo, o disolver la División del Norte. El resultado de la desobediencia fue la más perfecta batalla de esa fase de la Revolución, que terminó definitivamente con toda posibilidad de resistencia de los federales. Concluida la batalla, Villa rindió parte al Primer Jefe como si nada hubiera pasado, y la División se retiró a Torreón y Chihuahua.

La escisión que se venía encima fue evitada entonces por las conferencias de Torreón, sugeridas a los villistas por los generales de la División del Noreste, que los exhortaron a preservar la unidad de los constitucionalistas, máxime cuando aún resistían los federales.

Para Cervantes,²² la cláusula más importante del Pacto de Torreón era la octava, que según don Andrés Molina Enríquez "marca el punto más alto alcanzado por los mestizos y los indios" en la historia de México, al afirmar terminantemente el objeto social de la Revolución mediante

la decisión de barrer con todos los obstáculos que se pudieran oponer a las reformas, y el imperativo preciso y categórico de imponer las reformas agrarias fundamentales y las de trabajo complementarias, [que] quedaban consignadas en un acta a la que daban sanción de ejecución inmediata los representantes de las fuerzas armadas de una revolución victoriosa (p. 201).

El 2 de agosto de 1914, los generales de la División publicaron un "Manifiesto" en el que transcribían el Acta de las Conferencias de Torreón y la respuesta de Carranza -que se negó a tomar en cuenta los principales puntos del Pacto-, en la que recalaban la importancia de los dos desacuerdos fundamentales; mientras la Convención propuesta por la División del Norte representaría democráticamente la

²² Otro documento importantísimo ignorado hasta entonces por los historiadores villistas, no así por los zapatistas, dado que Cervantes reproduce el Acta y su glosa del libro de Gildardo Magaña, Emiliano Zapata y el agrarismo en México. Ver en Cervantes, pp. 90-92.

voluntad del pueblo armado, la junta de generales y gobernadores de la contrapropuesta carrancista no representaría más que al Primer Jefe, entre cuyas atribuciones estaban el nombramiento de generales y gobernadores. Y la manera en que Carranza se negaba a "tomar en consideración el acuerdo más importante de las conferencias, el relativo a los principios fundamentales de la Revolución", eran muestra del poco interés que le merecían (p. 208).

Aún no desconocían los villistas a Carranza, pero el rompimiento definitivo era ya inevitable, y estaba basado en dos concepciones muy distintas de lo que la Revolución victoriosa debería hacer.

Caída la ciudad de México en manos de las tropas del Noroeste, Carranza, previendo el rompimiento definitivo con villistas y zapatistas, aprovechó el enorme botín de guerra para armar tres poderosas divisiones.

La actitud del Primer Jefe con los zapatistas fue, desde el principio, amenazante y hostil, diciendo que los perseguiría como correspondía a bandidos, pues no eran otra cosa; y declarando a los enviados zapatistas que la paz sólo podría alcanzarse mediante la sumisión incondicional de los surianos a la Primera Jefatura. Respecto al problema agrario dijo: "Yo no puedo reconocer lo que uds. han ofrecido, porque los hacendados tienen derechos sancionados por las leyes y no es posible quitarle sus propiedades para darlas a quienes no tienen derecho".

Poco antes Carranza había declarado "que no existían problemas de tierras, había más tierra que gentes y no procedía ningún reparto. Convenía sí, fraccionar el latifundio, pero eso se lograría por una ley de impuestos progresivos" (p. 221).

Así las cosas, era natural que los zapatistas se negaran a reconocer la jefatura de Carranza y exigieran que los jefes norteños suscribieran el Plan de Ayala. El intercambio epistolar, cada vez más agrio, entre Carranza y Zapata, terminó con la cancelación de cualquier posibilidad de acuerdo.

Durante los meses de agosto y septiembre de 1914 se pudró la situación entre el Primer Jefe y los zapatistas. Fracasó en Sonora el intento mediador de poner como gobernador a Juan Cabral en lugar de Maytorena y sacar del estado al coronel Plutarco Elías Calles -acuerdo firmado por Maytorena, Villa y Obregón-. Carranza rechazó una

²² Cervantes inserta íntegramente el acta de las Conferencias de Torreón, pp. 197-201.

serie de propuestas que le hicieron Obregón y Villa.²³ El general Obregón estuvo a punto de ser fusilado en Chihuahua, acusado de fomentar la rebeldía de sus subordinados contra Maytorena y de hacer labor divisionista entre los villistas.²⁴ Y por fin, la División del Norte desconoció definitivamente a Carranza, cuando después de todo eso, y a pesar de que los jefes villistas ya habían aceptado concurrir a la famosa junta de generales y gobernadores convocada para el 1o. de octubre, el Primer Jefe ordenó interrumpir el tráfico ferroviario entre las zonas dominadas por sus leales y el territorio ocupado por los villistas.²⁵

La junta convocada por Carranza se reunió en la fecha establecida, pero en un esfuerzo por evitar la escisión revolucionaria sus miembros acordaron con los villistas trasladarla a Aguascalientes, declarada plaza neutral. Los carrancistas y el mismo Obregón tenían la intención de que la Convención les permitiera reestarte importantes elementos al villismo.

Hemos seguido la evolución política del villismo. Ahora, convertido en un grupo con una bandera propia, iba a presentarse a la Convención. Cervantes pasa lista a los principales políticos villistas de ese momento, "para dar una idea de la talla moral e intelectual" del grupo.

La posición de Villa, sus consejeros y sus generales "no podía ser más clara: era constitucionalista y democrática"; exigían que Carranza respetara los compromisos contraídos en Guadalupe y que garantizara las reformas agrarias y sociales y la vuelta al orden constitucional. "La lucha de principios y legalista en la próxima Convención y la lucha armada que le siguió fué, pues, la lucha de la verdadera Revolución contra la dictadura". (pp. 291-292).

Los resultados de una Convención en la que los carrancistas tenían la mayoría eran de esperarse.²⁶ Solo hay que señalar algo que no se ha dicho: vetada por los

²³ En las que por enésima ocasión se instaba a Carranza a asumir la presidencia provisional, restaurar el orden constitucional, nombrar un gabinete revolucionario y convocar a elecciones, cosas que venían siendo exigidas de tiempo atrás por los jefes de la División del Norte y hubieran puesto fin a las facultades extraordinarias que Carranza se abrogaba a sí mismo. También salía a relucir la necesidad de solucionar el problema agrario, mediante el reparto inmediato de la tierra.

²⁴ Según Cervantes, La separación de la División del Norte de Maclovio Herrera primero, y de José Isabel Robles y Eugenio Aguirre Benavides después, se fraguó durante la estancia de Obregón en Chihuahua.

²⁵ El "Manifiesto al pueblo mexicano" firmado por Villa en septiembre de 1914, por medio del cual se desconoce a Carranza, se reproduce aquí íntegramente, como en tantos otros lados, pp. 261-265.

²⁶ Cervantes hace suya en gran medida la versión de Vito Alessio Robles, que veremos más adelante.

zapatistas la candidatura presidencial del general Antonio I. Villarreal, por quien los carrancistas llevaban línea de votar, Obregón propuso a la del general Eulalio Gutiérrez, por quien votaron en bloque los delegados carrancistas, derrotando al general Juan Cabral, que obtuvo los sufragios villistas y maytoerenistas, y que tenía también el apoyo de los zapatistas.²⁷

En sus últimos días en Aguascalientes, la Convención, o lo que de ella quedaba tras la desertión de los carrancistas, dictó dos decretos importantes: el primero era el programa mínimo de gobierno, cuyos tres primeros puntos eran la destrucción del latifundio, reduciéndolo a pequeña propiedad individual; la restitución de los ejidos de los pueblos; y la nacionalización de los bienes de los enemigos de la Revolución. El segundo fue el nombramiento de Villa, que había entregado sin condiciones el mando de la División del Norte, como jefe del ejército de operaciones contra los carrancistas. Cervantes señala que el nombramiento de Villa se hizo cuando los principales generales de las tropas del Noreste y el Noroeste ya se habían ido con Carranza.

La Convención, pues, hacía suyo el programa agrario de sus sostenedores, villistas y zapatistas, y nombraba jefe militar al más prestigiado caudillo popular. El pacto entre norteros y surianos se ratificó el 4 de diciembre, en Xochimilco, cuando Villa y Zapata se entrevistaron y el Centauro suscribió el Plan de Ayala, salvo en las partes que atacaban a Madero, y se selló la alianza militar de sus ejércitos.

Mientras dos columnas realizaban brillantes campañas en Jalisco y el Noreste, los zapatistas eran derrotados en Puebla por la escasez y la mala calidad de los pertrechos que el gobierno de Eulalio Gutiérrez tenía que entregarles: ya Gutiérrez y sus ministros habían decidido traicionar a Villa y a Zapata y entenderse bajo cuerda

²⁷ También se explica cómo Obregón faltó a su palabra optando por el Primer Jefe cuando dos de sus principales subordinados, los generales Benjamín Hill y Manuel M. Diéguez, lo mismo que el coronel Calles, le expresaron que dejarían de reconocerlo como jefe si permanecía leal a la Convención.

Hay vanas cosas que agregar: en ese momento, el grueso del Ejército del Noroeste estaba formado por las divisiones de Lucio Blanco, Salvador Alvarado, Hill y Diéguez. Sólo el primero de los cuatro permaneció leal a la Convención. Los jefes de la División del Noroeste que tenían inclinaciones convencionistas tenían mucho menos tropas a sus órdenes -salvo Blanco-, estaban varados en sus guarniciones, amagados por elementos carrancistas, y no habían reconocido de buen grado la jefatura de Obregón (eran Juan Cabral en Sonora, Felipe Riveros en Sinaloa y Rafael Buena en Nayarit).

Esto quiere decir que si Obregón hubiera optado por la Convención, se habría quedado sin el grueso de su ejército. También hay que señalar que antes de Celaya, Obregón no era un caudillo militar indiscutible, como se ve en la actitud de sus principales subalternos, que estaban decididos a actuar por su propia cuenta.

con Obregón. Gutiérrez era dominado por Vasconcelos, Robles y Aguirre Benavides, y bajo su influjo publicó un manifiesto desconociendo a Villa, en el que se olvida por completo el estado de guerra en el que estaba el país y se repiten las acusaciones que contra el Centauro proclamaba la propaganda carrancista. Los gutierristas pretendían marcar al jefe militar convencionista altos en la guerra, mientras ellos caían en la celada de quien ya era su director tras bambalinas, el general Obregón. Los resultados de las hábiles maniobras del sonorenses fueron la separación de Gutiérrez y Villa y el estrepitoso naufragio del intento de gobierno presidido por don Eulalio.

Los convencionistas, que permanecieron fieles en su mayoría, entendieron la huida de Gutiérrez como un golpe de estado, y reunidos de emergencia lo depusieron, eligiendo en su lugar a Roque González Garza. Los primeros acuerdos del nuevo gobierno fueron adoptar como sistema de gobierno el parlamentario, y ratificar al general Villa como jefe de operaciones militares.

Durante los primeros meses de 1915 los villistas y zapatistas dentro de la Convención fueron distanciándose a causa de las intrigas de los delegados surianos Manuel Palafox, Rodrigo Gómez y Antonio Díaz Soto y Gama. Villa y Angeles urgían a Zapata para que interrumpiera las comunicaciones de la columna de Obregón con el puerto de Veracruz, sin lograr que el caudillo suriano moviera a sus tropas, dejando gravitar todo el peso de la campaña sobre la División del Norte.

Cuando Obregón, al frente de su poderosa columna, se asentó en Celaya, los villistas se batían en El Ebano (Tomás Urbina y Manuel Chao), Matamoros (José Rodríguez), Monterrey (Felipe Angeles y Raul Madero), Jalisco (Rodolfo Fierro y Pablo Seañez), guamicionaban el Norte y socorrían a las tropas convencionistas que se batían en Sonora, Sinaloa y Yucatán. Aunque en varios de esos frentes se habían obtenido notables victorias (sobre todo en la Cuesta de Sayula, donde Villa y Fierro destrozaron la columna de Diéguez y Murguía; y en Ramos Arizpe, donde Angeles batió a Villareal y Maclovio Herrera), la situación general permanecía indecisa y los zapatistas no movían un dedo.

Así las cosas, Villa aun tuvo que disponer otra columna para atacar Celaya, y se lanzó contra Obregón el 7 de abril de 1915, en circunstancias adversas y con hombres y municiones en número insuficiente. La derrota de Villa fue parcial, pero preparó el terreno para la mucho más dolorosa del siguiente ataque a Celaya, los días 13 al 15 de

abril. Sin embargo, Villa logró retirarse en orden salvando la mayor parte de su ejército y fortificándose en León, donde esperó el ataque enemigo. Las batallas de Trinidad y Aguascalientes, donde ambos ejércitos se batieron con bizarría, terminaron de sepultar a la División del Norte, aunque no pusieron fin a la ineludible resistencia de Villa.

El 15 de octubre de 1915 el gobierno de Carranza ganó una importante batalla diplomática al ser reconocido como gobierno de facto por el gobierno de los Estados Unidos y otros países americanos; y el primer resultado práctico fue la movilización de cuatro mil soldados por territorio norteamericano, para reforzar la guarnición de Agua Prieta, atacada por Villa desde el 10. de noviembre; esto nulificó los audaces planes de Villa, cuyas fuerzas fueron derrotadas en Sonora, y tuvo que replegarse al estado de Chihuahua, atacado por varias columnas enemigas. Así pues, la División recibió el último golpe de manos de los norteamericanos.

En un apéndice, el general Cervantes reproduce las leyes agrarias emitidas por el gobierno villista. El primer decreto transcrito, de septiembre de 1914, declaraba expropiables por utilidad pública los terrenos incultos, las tierras que habiendo sido de pueblos y comunidades hubieran pasado a otras manos, y las aguas de regadío; ese decreto complementaba al ya visto, de confiscación de los latifundios. Las tierras así expropiadas se dividirían en parcelas individuales o se adjudicarían a colonias agrícolas impulsadas por el gobierno.

Entre el 27 de septiembre de 1914 y el 7 de febrero de 1915, el gobierno de Chihuahua emitió 9 leyes de repartición y fomento agrario. Estas leyes prepararon el camino de la definitiva "Ley General Agraria" firmada por Francisco Villa el 24 de mayo de 1915, en la que considerando que el problema de la tierra era la causa de la Revolución, y su solución su solemne promesa, se ponían límites a la propiedad para evitar el latifundio, se expropiaban todos los latifundios y las tierras incultas, con las que se dotaría de parcelas individuales a los agricultores o de terrenos ejidales y comunales a los pueblos.

La legislación convencionista alcanzó su punto máximo con la promulgación del "Programa de Reformas Política Sociales de la Revolución", aprobada en septiembre de 1915 por la Convención zapato-villista.²⁸ En ese programa se suscribía la eterna

²⁸ Este documento es poco conocido, a diferencia del programa reformado por los zapatistas, publicado en Jojutla en abril de 1916.

demanda de reducción del latifundio a pequeña propiedad y restitución o dotación de tierras ejidales y comunales; y además se defendían los derechos laborales de asociación y huelga; la adopción de un gobierno parlamentario, y otra serie de reformas.

Resumamos. Es evidente que Guadalupe Villa no se equivocó cuando calificó al libro que nos ocupa como la mejor biografía de Villa, considerando que es la primera que estudia cuidadosamente las tendencias revolucionarias del villismo, aunque a veces sea difícil avanzar por sus páginas, pletóricas de datos y documentos.

Encontramos aquí notables afirmaciones; ya no son solamente las rencillas y las ambiciones personales las causantes de la escisión revolucionaria; no son tampoco sus causas la oposición un poco indefinida de los villistas contra el creciente despotismo de Carranza. No, aquí encontramos, desde que unos y otros -carrancistas y villistas- están en posición de dictar condiciones en sus respectivas áreas, dos proyectos distintos, dos divergentes formas de actuar en materia social y política.

Por primera vez -y casi única- en la historiografía villista descubrimos la política social del villismo en Chihuahua, el proyecto agrario, opuesto al carrancismo. Y de paso, vemos a un Primer Jefe que intenta frenar a la División del Norte no sólo por mezquindad y egoísmo -como era común en las historias villistas-, sino para detener un proyecto opuesto al que él enarbolaba.

Vamos viendo, a lo largo del texto, cómo es prioritario para los villistas la resolución del problema agrario. Cómo es permanente la idea -y la acción- de destruir el latifundio, aunque no quede muy claro con qué se la va a sustituir -confusión común, por otro lado, a todas las facciones agraristas de la Revolución-: con la pequeña propiedad, con colonias agrícolas modernas o con tierras ejidales y de comunidad.²⁹

²⁹ Lo único claro es la necesidad de la destrucción del latifundio. Las tres soluciones propuestas -y combinadas- son, me parece, banderas de tres grupos diferentes al interior del villismo: para los liberales tipo Manuel Bonilla, Felipe Angeles y Miguel Díaz Lombardo, la pequeña propiedad era la panacea; para los rancheros chihuahuenses como José Rodríguez, Tonbio Ortega, Agustín Estrada y Fidel Avila, la solución estaba en las colonias agrícolas; por fin, para un grupo minoritario dentro del villismo, encarnado por Calixto Contreras y Celerino Ceniceros, había que respetar los derechos comunales de los pueblos, posición reforzada por la alianza con los zapatistas. También es importante señalar que, de acuerdo con el tradicional respeto de Villa por los revolucionarios de cada región, la ley agraria del 24 de mayo de 1915 dejaba buena parte de la solución a los gobiernos estatales, más conocedores de las peculiaridades locales.

Los liberales de viejo cuño, que proponían un gobierno democrático y parlamentario y la panacea del parvifundismo, confluían en el seno del villismo con los revolucionarios agraristas. Unos y otros tenían clara la necesidad de revolucionar la base económica de México.

La División del Norte nació como la confederación de los jefes rebeldes norteños, y terminó siendo el ejército popular que luchaba por imponer esos principios, y que fue derrotado por los caudillos militares defensores del personalismo despótico de Carranza, apoyado por los Estados Unidos.

LUIS AGUIRRE BENAVIDES (1886-?)

Los hermanos Aguirre Benavides, parientes de Francisco I. Madero, militaron en la División del Norte entre 1913 y 1915. Eugenio, afamado general asesinado por Emiliano Nafarrete en 1915, fue jefe de la brigada Zaragoza, una de las mejores de la División; Adrián, que fue diputado maderista en la XXVI Legislatura, desempeñó diversas comisiones que le encomendó Francisco Villa; y Luis, que había sido secretario particular de don Gustavo Madero y del licenciado Francisco Escudero - cuando éste fue encargado del despacho de Hacienda, en el primer gabinete carrancista-, desempeñó el mismo cargo al lado de Francisco Villa.

Los tres hermanos abandonaron a Villa en enero de 1915, Eugenio y Adrián abiertamente, jugándose a con Eulalio Gutiérrez, en cuyo gobierno el primero era subsecretario de Guerra; pero Luis desempeñó un papel mucho más deslucido.

Ramón Puente y Nellie Cambobello dicen que el ex-secretario particular del Centauro traicionó a su jefe con dolo y mala fe, entregando a Obregón información militar de gran importancia y contribuyendo notablemente a la campaña de desprestigio montada contra Villa.³⁰

Medio siglo después de los hechos, cuando las cosas habían cambiado mucho y Villa ya era un héroe oficial, Aguirre³¹ dio a luz una de las más tardías memorias de

³⁰ Ramón Puente, *Villa en pie*, p. 103; y Nellie Campobello, *Apuntes sobre la vida militar de Pancho Villa*, p. 103. Los panfletos de Luis Aguirre Benavides contra Villa fueron recogidos y comentados por Alvaro Obregón y Juan Barragán.

³¹ Sólo aquí, Aguirre a secas será don Luis.

revolucionarios.³² Hay que decir que en ellas lamenta, sin disculparse, su torpe actitud de 1915, y por tardía que sea la autocrítica, no deja de ser valiente.

Luis Aguirre Benavides fue invitado a desempeñar la secretaría particular del jefe de la División del Norte en noviembre de 1913. Caracteriza entonces detalladamente los dos tipos de influencias que campeaban alternativamente en el ánimo del que fue su jefe durante todo 1914, poniendo de un lado a los criminales como Fierro y Urbina, y del otro a quienes inclinaban al Centauro a la sensatez y la cordura, a las que también era sensible.

Villa era un individuo sumamente contradictorio, en el que se fundían "el odio ancestral del pueblo contra sus verdugos, el bien y el mal en proporciones desconcertantes". No fue un ideólogo ni un "místico" (como Zapata, según Aguirre) de la Revolución, fue el rayo de la guerra, el enemigo natural de los explotadores. Las insuperables capacidades militares de este hombre fueron la causa de que se fueron uniendo en torno suyo los rebeldes del norte del país, dando origen a la División del Norte, que fue el arma decisiva de la Revolución constitucionalista.

El grupo de políticos que serían llamados villistas empezaron a llegar a Chihuahua poco después de la caída de la capital del estado en manos de Villa. La mayoría llegaban ahí por haber sido mal recibidos por Carranza, en cuyo círculo se respiraba un ambiente marcadamente antimaderista. Ese grupo pronto recibió el refuerzo del general Angeles, "revolucionario de corazón, extraordinariamente culto y honradísimo", mal visto por Obregón y Carranza por su "sincero maderismo" (p. 98).

La División tomó un respiro entre las batallas de Ojinaga y Torreón, y Aguirre lo aprovecha para contar un rosario de anécdotas en las que intenta mostrar lo que llama el lado humano de Villa. Aparece, pues, el Centauro lo mismo en sus violencias que en sus arranques de generosidad y sus esfuerzos por vencer su ignorancia y su carácter impetuoso.

Desde que Villa y Carranza se conocieron en Chihuahua, después de la toma de Torreón,³³ creció la antipatía mutua que ya alentaban sus consejeros. El primer

³² Luis Aguirre Benavides, De Francisco I. Madero a Francisco Villa. Memorias de un revolucionario. México, A. del Bosque, 1966, 283 p.

³³ Hay evidencias gráficas que ya se conocían en mayo de 1911: poco después de la toma de Ciudad Juárez aparecen en una misma foto con los principales colaboradores civiles (Carranza ya formaba parte del gabinete maderista) y militares (Villa era el jefe militar más amentado de la Revolución en Chihuahua, después de Pascual Orozco) de Francisco I. Madero.

problema serio que los enfrentó fue que Chao, sintiéndose apoyado por la estancia del Primer Jefe en Chihuahua, empezó a obrar con independencia de Villa y dejó de guardarle las consideraciones que hasta entonces tenía con él.³⁴ Villa llegó a Chihuahua (en abril de 1914) y reprimió severamente a Chao, llegando a amenazarlo con el fusilamiento, pero eso fue todo. Cuando Carranza se enteró ya estaba Chao en libertad.

El conato de fusilamiento del general Obregón cuando estuvo en Chihuahua permite a Aguirre insistir sobre las dos clases de influencias que pesaban sobre el ánimo de Villa. Incitaban la ejecución del sonoreense los generales Tomás Urbina, José Rodríguez, Anacleto Girón, Pedro y Macario Bracamontes, Manuel Banda, y otros. Trabajaban en sentido contrario los generales José Isabel Robles y Eugenio Aguirre Benavides, los coroneles Raúl Madero, Roque González Garza y Manuel Medinaveytia, el doctor Miguel Silva, don Angel Caso, Luis Aguirre Benavides y el licenciado Miguel Díaz Lombardo.³⁵ Al fin, Robles y Eugenio Aguirre Benavides salvaron a Obregón.

En los meses de agosto y septiembre de 1914 se fueron separando los bandos que se combatirían durante el siguiente año. Cuando el rompimiento entre Carranza y Villa fue definitivo los generales Maclovio y Luis Herrera, de la División del Norte, se levantaron en Parral contra su antiguo jefe, siendo batidos rápidamente. También, durante la estancia de Obregón en Chihuahua, los generales Robles y Aguirre Benavides le manifestaron al caudillo de Sonora que estaban dispuestos a separarse de Villa a la primera oportunidad, en el entendido de que estaban con él en atención a las necesidades de la campaña, pero no aprobaban sus procedimientos. Aguirre, a su vez, le dijo a Obregón que él seguiría los pasos de su hermano.

La reunión de la Convención de Aguascalientes fue el más importante intento de evitar la colisión entre las facciones revolucionarias y, a la vez, de darle un programa a la Revolución y un gobierno al país. Eulalio Gutiérrez, electo presidente, era un revolucionario sincero y honrado

Contra los acuerdos de la Convención, Carranza no se separó de su cargo. Villa aceptó su retiro, y entonces -dice Aguirre- Gutiérrez debió nombrar en su lugar a

³⁴ Chao, según Aguirre, había sido nombrado gobernador sin que Carranza hubiera tenido la delicadeza de consultar a Villa.

³⁵ Aunque Obregón dice en sus memorias que Angeles y Díaz Lombardo eran de los que más ganas tenían de fusilarlo.

alguno de los generales más prominentes de la División, como Robles, Aguirre Benavides, Angeles o Madero; pero en lugar de eso, cometió el gravísimo error no sólo de reponer a Villa en el mando de sus tropas, sino de nombrarlo jefe de los ejércitos de la Convención.

Esto permitió a los carrancistas encontrar un pretexto y una razón para desconocer a la Convención, cuyos acuerdos fueron rasgados por su propio presidente.

Desde aquel momento, considero que quedó anulada y sin ninguna fuerza moral, legal o política la Convención de Aguascalientes, consecuentemente la lucha armada se tomó una vulgar contienda de ambiciones y caudillos al estilo latino-americano, entre los dos colosos Francisco Villa y Venustiano Carranza (pp. 198-199).

Alvaro Obregón era un convencionista sincero que hubiera apoyado decididamente al gobierno de Gutiérrez a no mediar el nombramiento de Villa; pero el mal estaba hecho, y Villa, crecido su poder, inició la marcha sobre la capital de la República

Los zapatistas habían ocupado la capital, y "contra lo que se esperaba, se portaron bastante bien"; y cuando llegó Villa, lo primero que hizo fue buscar una entrevista con el caudillo suriano. El histórico encuentro tuvo lugar el 4 de diciembre de 1914, y en él se selló la alianza entre la División del Norte y el Ejército Libertador del Sur, que tenía tres puntos principales: la suscripción del Plan de Ayala -salvo los ataques a Madero- por los villistas, una coalición militar en la que Villa se comprometía a abastecer de implementos bélicos a los surianos, y el compromiso de llevar a la presidencia de la república a un revolucionario civil.

En cambio, entre Villa y el gobierno hubo roces continuos: el Centauro nombró gobernador del Distrito Federal, jefe de policía y director de los ferrocarriles sin consultar para nada al general Gutiérrez. Al mismo tiempo empezó una ola de asesinatos perpetrados sobre todo por Tomás Urbina y sus secuaces. "Gutiérrez era un rey de burfas", y no podía proteger ni a sus más próximos colaboradores.

Ante esta situación, no le quedaba a Gutiérrez más remedio que retirar a Villa de su cargo o romper con él. Trató sin éxito de atraer a su causa a Alvaro Obregón y otros jefes carrancistas; y a Angeles, los hermanos Madero y otros villistas. Angeles, en una dura carta a Eugenio Aguirre Benavides, explicó que Gutiérrez estaba traicionando la

causa del pueblo, al debilitar y atacar desde adentro a los convencionistas. Fracasados estos intentos, los gutierristas salieron de México, para ser derrotados por los villistas de ahí a poco y terminar rindiéndose a los carrancistas. Así acabó la historia de aquel gobierno, "constituido por hombres honrados, demasiado idealistas y poco prácticos" (p. 240).

Aguirre, por su parte, cuando los gutierristas -entre los que estaban sus hermanos- huyeron de la capital, se escondió hasta la entrada de Obregón, el 27 de enero de 1915. Fue bajo presión del de Huatabampo que escribió los artículos contra Villa que se publicaron en El Pueblo de Veracruz.

Cierran las memorias de Luis Aguirre Benavides los retratos de cinco jefes villistas: Eugenio Aguirre Benavides, José Isabel Robles y Santiago Ramírez, revolucionarios honestos, limpios, bien intencionados; Tomás Urbina, rapaz bandido de mediocre inteligencia; y Rodolfo Fierro, villista sincero y leal, inescrupuloso y sanguinario, inteligente y capaz.

Al final, nunca queda muy claro qué era Villa para Aguirre: un criminal o un héroe. Seguramente las dos cosas. Y la División, una vez más, no es más que el ejército mandado por Villa. Hay en el libro dos clases de villistas: los bandidos que buscan la aventura y el medro personal, y los revolucionarios liberales y demócratas, que al final rompen con el Centauro.

Cuatro años antes de la aparición de las memorias de Luis Aguirre Benavides, éste y su hermano Adrián (1879-1968) publicaron un librito titulado Las grandes batallas de la División del Norte al mando del general Francisco Villa, en el que reunían una serie de materiales de primera mano sobre las batallas que Pancho Villa mandó en jefe, desde la de San Andrés, el 26 de agosto de 1913, hasta la de Zacatecas, el 23 de junio de 1914.

Entre los partes, diarios e informes se intercalan relatos y observaciones de los autores. Los documentos recopilados en este libro ya habían sido publicados en los libros de Juan Barragán y/o Federico Cervantes. Sin embargo, es un valioso homenaje al genio militar del Centauro.

Más que con Villa, el joven Marte Rodolfo Gómez estuvo con Zapata: fue de los alumnos de la Escuela Nacional de Agricultura que seducidos por la pirotecnia verbal de su maestro Antonio Díaz Soto y Gama, empaquetaron sus teodolitos y se fueron a medir y deslindar las tierras dominadas por el Ejército Libertador del Sur. Durante todo 1915, Gómez trabajó en la Comisión Agraria del distrito de Yautepec.

Después haría carrera en las filas carrancistas y los sucesivos gobiernos "emanados de la Revolución", manteniéndose siempre en el candelero por no haber legado nunca demasiado alto; pero nunca olvidó su pasado zapatista, y en la administración pública buscaba puestos en las instituciones encargadas de la reforma agraria oficial.

Muchos años después, Gómez contó la historia de la repartición y restitución de tierras en Morelos, en Las comisiones agrarias del Sur (1961), que complementaría con La reforma agraria en México (1964) y el libro que aquí nos interesa: La reforma agraria en las filas villistas³⁰

Gómez no se propone escribir una historia más de la Revolución, "ni introducir más confusiones en la historia de una época que fue ya de por sí, bastante confusa" (p. 13), sino establecer que el villismo, que como corriente política existió desde antes de proclamarlo, tenía un programa agrarista distinto del que pugnaban por llevar a cabo los zapatistas y los constitucionalistas, y explicar en qué consistía ese proyecto agrario y cómo se aplicó. El autor no pretende ser neutral: es marcada su inclinación por el carrancismo, y desde esa óptica, invalida la legitimidad de los villistas como potencial grupo gobernante, presentándolo como rebelde a la autoridad emanada de la Primera Jefatura.

Como señala don Marte, no se puede entender el agrarismo villista sin estudiar la propiedad de la tierra en Chihuahua antes de la Revolución. Así se hace aquí, recordando que don Luis Terrazas tenía dos millones y medio de hectáreas, y él y una

³⁰ Marte R. Gómez, La reforma agraria en las filas villistas. Años 1913 a 1915 y 1920, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1966, 355 p.

docana de hacendados poseían la mitad del territorio del estado, la mitad mejor y más productiva, como es natural.³⁷

Siendo gobernador de Chihuahua don Abraham González, se estudió una ley agraria que arreglara la situación, pero la Decena Trágica dejó el proyecto del gobernador maderista en el cajón de algún escritorio. Y aunque en el campo villista se hablaba mucho de reforma agraria, no se haría nada en la práctica³⁸ hasta que adoptaron en la Convención el Plan de Ayala y el agrarismo como banderas de lucha contra los constitucionalistas.

Después de esa sucinta explicación, en el capítulo segundo Gómez glosa los decretos y leyes agrarios publicados por los villistas en los periódicos de que dispusieron de diciembre de 1913 a diciembre de 1915. La mayor parte del libro está formada por 32 anexos que reproducen los documentos arriba dichos, desde septiembre de 1914 hasta abril de 1916, firmados por las autoridades villistas o las convencionistas.

Antes de la alianza con el zapatismo, pero ya separados de Carranza, el proyecto agrario villista podría resumirse así:³⁹

Se reducirían a propiedad individual las tierras confiscadas a los enemigos de la Revolución y las expropiadas a las haciendas por causa de utilidad pública; también se parcelarían todas las tierras ejidales o del común. Se fomentarian las colonias agrícolas, pero también en ellas la propiedad de la tierra sería privada. Ninguna expropiación se haría sin indemnización inmediata, ninguna adjudicación de tierras sería gratuita -se pagaría en módicos abonos-. No se destruiría la hacienda sino que se le gravaría mediante una nueva política impositiva, y se protegerían los derechos de los peones y aparceros. Por fin, la ley agraria del 24 de mayo de 1915, más radical que toda la legislación villista anterior, es, según Gómez, una copia de la ley carrancista del 6 de enero de 1915.

En el terreno de los hechos, las tierras confiscadas no se dividieron, sino que fueron ocupadas por los principales generales de la División del Norte, "y a la postre,

³⁷ Según el Anuario Estadístico de Chihuahua, publicado en 1909, el estado más grande de México tenía una superficie de 20 174 525 hectáreas, de las que 138 774 eran de riego, 238 375 de temporal, 4 125 265 de bosques, 5 839 415 de tierras incultas y 9 839 696 de pastizales. Citado en la página 53.

³⁸ El mismo Marte Gómez se encargaría de contradecir esta afirmación, como se verá.

³⁹ Los documentos están en el apéndice del libro de Gómez.

los jefes villistas pudieron sentirse como latifundistas, sustitutos o legatarios" (p. 85).⁴⁰ Así pues, no hubo en la práctica más que agua de borrajas. No se repartió nada a los campesinos, pero esto "es hasta cierto punto explicable":

A los que se consideraba con derecho a recibir los beneficios de la Revolución, era a quienes la estaban haciendo triunfar con las armas en la mano o, lo que es lo mismo, los soldados villistas. En el estado de Morelos, donde no había corporaciones militares encuadradas en regimientos, brigadas o divisiones, a Zapata no le había costado ordenar que se les repartieran tierras a los pueblos y los contingentes de cada uno de ellos -las famosas compañías-, con su jefe al frente, dejaban de tiempo en tiempo las operaciones militares -con el natural quebranto de éstas, en la ofensiva, pero con indudable ventaja cuando, ya en la derrota, se requirió mantener en alto la bandera de las reivindicaciones agrarias-, y regresaban a sembrar, a cultivar o a cosechar, las que ya eran sus tierras. En Chihuahua no pudo haber nada parecido (p. 87).⁴¹

Pero tanto como "nada" tampoco: a pesar de las vicisitudes de la guerra, hay repetidos informes, a lo largo del primer semestre de 1915, de que a semejanza de lo que ya estaba ocurriendo en Morelos, comisiones de agrónomos y agrimensores empezaban a trabajar en todo el territorio ocupado por la Convención, lo mismo en el Estado de México que en Nayarit, en Sinaloa que en Chihuahua.

La Comisión Agraria de Chihuahua estuvo presidida por el ingeniero Manuel Bonilla, honorable ministro maderista. Los ingenieros adscritos a la comisión trabajaron en el estudio de las posibilidades de las cuencas hidrológicas, en la medición de tierras, etc., preparando la ejecución de las leyes agrarias villistas. Pero los trabajos se quedaron en ese nivel: en noviembre de 1915, con los carrancistas a las puertas de la fortaleza villista, la Comisión se disolvió. El sueño de Bonilla, en el que trabajaron los agrónomos de la Comisión, era una reforma en tres etapas: primero, la creación de la pequeña propiedad y el establecimiento del crédito agrícola; más tarde, la construcción de grandes obras de irrigación; y por fin, el trazo de vías de comunicación.

Hemos visto cómo para los villistas era claro que el de la tierra era -como lo señaló don Andrés Molina Enríquez en Los grandes problemas nacionales- el mayor de

⁴⁰ Sin embargo -sin darle mayor importancia-, Gómez cuenta que en la sesión de la Convención del 3 de febrero de 1915, el delegado norteño López (?) rebatió al zapalista Méndez, que decía que los villistas eran reaccionarios y conservadores, diciendo que "entre los hombres de la División del Norte no había reaccionarios, que en Chihuahua las haciendas de los terratenientes enemigos de la Revolución estaban intervenidas y se administraban en beneficio de la colectividad" (p. 82).

los "problemas de orden primordial". No diferían en esta apreciación de las otras corrientes revolucionarias.

Pero si estaba clara la naturaleza del problema no pasaba así con la solución. El programa villista, inspirado por los consejeros liberales del Centauro -Manuel Bonilla, Miguel Díaz Lombardo, etc.-, consistía en la reducción a pequeña propiedad de los grandes fundos y de las tierras comunales, el impulso de las obras de irrigación y comunicación, y la implantación del crédito agrícola. El latifundio no desaparecería de golpe: salvo las tierras decomisadas a los enemigos de la Revolución, a los latifundistas se les quitarían -previa indemnización- las tierras incultas y las susceptibles de expropiar por causas de utilidad pública, y las haciendas desaparecerían lentamente gracias a una política impositiva adecuada.

No queda sino consignar que como complemento de esta obra, Gómez publicó después una pequeña y respetuosa -aunque carrancista- biografía de Villa (la enésima). Una semblanza rápida de los avatares de la vida aventurera del Centauro.⁴²

⁴¹ Como se ve, ya antes de Womack los historiadores mexicanos conocían el carácter del Ejército Libertador del Sur. Este sólo párrafo, claro y comprensivo, suaviza toda la dureza de Gómez para con los villistas.

⁴² Marte R. Gómez, Pancho Villa, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, 85 p.

2.- LA PROLIFERACIÓN DE LAS BIOGRAFÍAS

Hasta aquí hemos visto de qué manera los veteranos de la Revolución metidos a historiar construyeron meticulosamente las dos opuestas imágenes de Francisco Villa. Pues bien, abierta la brecha, el camino fue seguido por un buen número de escritores, que adscribiéndose a alguna de las versiones establecidas, se dieron a la poco útil labor, aunque muy en boga, de publicar biografías del Centauro.

El número de biografías de Francisco Villa escritas en las tres décadas que siguen al cardenismo rebasa la inaudita cifra del medio centenar. Poco hay en la mayoría de ellas que no se hubiera dicho antes. Poco aportan no ya al conocimiento de la División del Norte, sino al del mismo general Villa. Casi todos sus autores siguen los caminos ya delimitados, esto es, el del Villa heroico, el del feroz cabecilla, o el más común, por más cómodo, quizá por más truculento, la del contradictorio caudillo, pueril y generoso, cruel y arrebatado. Pasemos rápida revista a algunas de estas biografías.

Como reacción al rescate oficial de Villa, Celia Herrera escribió un libro lleno de feroces recriminaciones contra el Centauro. Es natural el encono de Celia Herrera, quien creció en un ambiente en el que se odiaba a Villa, y con razón. Hija de uno de los hermanos del general Maclovio Herrera, supo de la muerte de su aguerrido tío Maclovio combatiendo a los villistas; vio ejecutar a su abuelo, don José de la Luz, por órdenes de Villa, cuando el guerrillero tomó Parral, en 1919; sabía de los cinco años de guerra atroz contra los villistas, entre 1916 y 1920, en la que otro de sus tios, Luis, jugó un papel muy importante; en fin, Celia Herrera era el retoño de un clan al que Villa hubiera querido borrar de la faz de la tierra.

De manera que cuando se empezó a hacer del Centauro un héroe, la señorita Herrera pegó un fuerte respingo y escribió un libro rabioso contra Villa, publicado en 1939 y reeditado en 1964.⁴³

Para Celia Herrera, Villa era un criminal de la peor especie, un asesino despiadado, un ladrón sin freno, un ferocísimo cabecilla sin más bandera que el saqueo, el asesinato, la violación de mujeres. Lo mismo eran los zapatistas y los generales leales a Villa. Juntos, o cada uno por su lado, esolaron las ricas tierras de

⁴³ Celia Herrera, Francisco Villa ante la historia, México, s/e, 1964, 318 p.

Chihuahua, Durango y Morelos, convirtiéndolas en desiertos. El libro recoge y cuenta todos los crímenes cometidos por el Centauro, los saqueos por él ordenados, los asesinatos por él cometidos, las mujeres que violó.

Al principio, subordinado a Carranza, daba a sus desmanes cierta apariencia de legalidad; los elementos conscientes de la División del Norte lo seguían para no entorpecer la marcha ascendente de la Revolución, se subordinaban al bandido en aras del triunfo. Pero una vez que se separó de Carranza, Villa no capitaneó más que una partida de forajidos.

Esta feroz requisitoria contra Villa va a ser seguida por un buen número de biógrafos.

De los soviéticos dedicados a historiar la Revolución mexicana, Iosiff Lauretski, que sepamos, fue el único en escribir una biografía de Villa,⁴⁴ que -con los errores que tiene, por la falta de datos, por la mala traducción argentina- es un trabajo que merece ser revisado.

Como la mayoría de las biografías de Villa escritas por extranjeros, esta parece destinada a informar de la existencia y hazañas del Centauro a gente que, cuando mucho, lo ha oído mencionar de paso. Es un libro para extranjeros, y para extranjeros tan lejanos -geográficamente- como los soviéticos. Es, pues, un libro de difusión.

Villa es en esta obra el bandido generoso, el bandolero social que combate a la tiranía. Ya en la Revolución es el más capaz de los jefes populares, y se convierte, con Zapata, en el representante de los intereses del pueblo. El libro construye en torno a Villa una novela de realismo socialista haciéndolo una especie de versión mexicana de Semión Budiony, o quizá un Lenin inculto, derrotado por la falta de experiencia política de las masas y, sobre todo, por la falta de unidad entre los obreros y los campesinos.

La División del Norte es el ejército de los campesinos rebeldes que tienen claro el fin, es decir, la transformación revolucionaria de la sociedad, pero no los medios.

⁴⁴ Iosiff Lauretski, "Pancho Villa", en I. Lauretski y Adolfo Gilly, Pancho Villa, Dos ensayos, México, Editorial Macehual, 1978, 229 p. La traducción al español y la publicación del libro en Argentina es de mediados de los años sesenta.

He querido ilustrar mediante dos ejemplos opuestos lo que eran estas biografías y el poco valor que tenían. No son los únicos autores destacados del medio centenar de biógrafos de Villa:

Roberto Blanco Moheno escribió una apología del buen ladrón y del guerrillero heroico, en un tono mucho más literario que historiográfico.⁴⁵ Víctor Ceja Reyes escribió varios relatos sobre Villa, al modo de Elías L. Torres, aunque sin el cariño de aquel por el Centauro.⁴⁶ Pere Foix es el extranjero asombrado ante el contradictorio y mexicanísimo personaje.⁴⁷ El general Luis Garfías escribió una biografía militar de Villa, que no es precisamente lo mejor salido de su pluma.⁴⁸ En fin, Fernando Medina Ruiz publicó en editorial Jus una biografía que lleva el inconfundible sello de la casa.⁴⁹

Un cuidadoso recuento de todas las biografías de Villa atargaría despiadadamente esta tesis sin enriquecerla gran cosa. Además, el trabajo ya lo hizo Guadalupe Villa, y respecto a todas estas biografías dice: "En realidad podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que de todo el material al que tuvimos acceso es factible contar con los dedos de las manos lo que de verdad tiene valor histórico".⁵⁰ Y estoy de acuerdo con ella.

⁴⁵ Roberto Blanco Moheno, Pancho Villa que es su padre, México, Diana, 1969, 285 p.

⁴⁶ Víctor Ceja Reyes, Yo decapité a Pancho Villa, México, Costa-Amic, 1971, 206 p.

⁴⁷ Pere Foix, Pancho Villa, México, Editorial Xóchitl, 1950, 278 p.

⁴⁸ Luis Garfías Magaña, Verdad y leyenda de Pancho Villa: Vida y hechos del famoso personaje de la Revolución mexicana, México, Panorama, 1984, 165 p.

⁴⁹ Fernando Medina Ruiz, Francisco Villa: Cuando el rencor estalla..., México, Editorial Jus, 1972, 189 p.

⁵⁰ Guadalupe Villa, Francisco Villa: historia, leyenda y mito, p. 278. Las excepciones que Villa Guerrero destaca son los libros de Federico Cervantes y de Marte R. Gómez.

3.- LA HISTORIA DE LA CONVENCION⁵¹

Para algunos historiadores, la Convención fue la cresta de la ola de la Revolución popular. Para otros, no fue más que la reunión de los elementos irresponsables, capitaneados por los bandoleros Francisco Villa y Emiliano Zapata. Sea lo que se quiera, lo cierto es que la Convención es un momento muy importante de la historia de la Revolución y que los villistas fueron en ella y en torno a ella actores principalísimos.

Aunque tardíamente, la Convención fue cuidadosamente estudiada. En 1949 y 1950 Vito Alessio Robles publicó una historia por entregas que luego sería reunida por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana en un grueso volumen. Y en los años sesenta la estudiaron Robert E. Quirk y Luis Fernando Amaya, siempre desde el marco de la idea oficial de la Revolución nacionalista, popular, agraria e indivisible.

VITO ALESSIO ROBLES (1879-1957)

Vito Alessio Robles, oriundo de Saltillo, era teniente coronel del ejército federal y un reconocido técnico militar cuando se integró a la Revolución constitucionalista, a principios de 1914, después de haber sido perseguido y encarcelado por protestar contra la deposición y asesinato del presidente Madero. Miliitó a las órdenes de Francisco Villa y del general Alberto Carrera Torres, y representó al general Eduardo Carrera G. en la Convención de Aguascalientes, en la que desempeñó diversos papeles importantes. Se retiró del ejército a principios de 1915, dedicándose al periodismo y la política, en la que cosechó varias derrotas señaladas, y a la investigación histórica.

Escribió la historia de la Convención desde una posición única: por su destacada participación en la historia que contaba, su agitada vida política y su obligado retiro de ésta, era uno más de los veteranos de la Revolución metidos a defender la bandera que siguió durante sus mocedades; pero al mismo tiempo era un

⁵¹ Las actas de las sesiones de la Convención fueron reunidas y editadas por don Florencio Barrera Fuentes, Crónicas y debates de la Soberana Convención Revolucionaria, México, Instituto Nacional

erudito historiador del extenso norte novohispano y decimonónico, un investigador acucioso y detallista. Utilizando palabras del doctor Alvaro Matute, Alessio combinó los dos modos -excluyentes salvo en su caso- de escribir historia en sus tiempos: el erudito-tradicionalista y el pragmático-político. Por supuesto, la historia de la Convención pertenece al segundo grupo.

Publicada por entregas en la revista Todo durante 1949 y 1950,⁵² La Convención revolucionaria de Aguascalientes⁵³ es la primera monografía sobre esa asamblea y los gobiernos de ella emanados.

La historia empieza con la insubordinación de los generales de la División del Norte en junio de 1914, cuando ignoraron las disposiciones del Primer Jefe y reponiendo a Pancho Villa en el mando de la División marcharon a tomar Zacatecas. Las órdenes dadas por Carranza tenían la intención de restar elementos y prestigio a Villa, aunque éste siempre había sido un leal subordinado del Primer Jefe.

Las dos causas principales de la Revolución eran el continuismo -la dictadura y sus males- y el latifundismo. El "anhelo agrario" del pueblo mexicano ya se había expresado tibiamente en el Plan de San Luis y encontrado eco en el Plan de Ayala y en las disposiciones de generales revolucionarios como Francisco Carrera Torres y Lucio Blanco. En cambio, el de Guadalupe, un plan eminentemente político, ignoraba el prioritario problema de la tierra.

De manera que cuando se reunieron en Torreón los representantes de las divisiones del Norte y del Noreste con el fin de limar las asperezas surgidas entre los villistas y el Primer Jefe, los delegados no dejaron pasar la oportunidad de exigir la solución del problema agrario y de otras demandas sociales en un documento que tenía el poderoso respaldo de dos ejércitos revolucionarios victoriosos. Hubo otros dos acuerdos fundamentales: la convocatoria de una Convención y la declaración de que

de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1964-1965, III 1.

⁵² La primera edición de la obra es la de 1989. Antes se citaban -cuando se hacía, cosa más bien rara- sus artículos en Todo. Por ejemplo, Robert E. Quirk lo cita (1962), pero Luis Fernando Amaya no lo hace (1968); y ya Felipe Avila cita el libro (1991). En una tesis monográfica sobre don Vito, aunque se hace una larga lista de su profusa obra, no aparece por ningún lado el libro que nos ocupa, aunque se aclara que dejó regados numerosos artículos sobre la Revolución. También hay que decir que la tesis sólo se ocupa del trabajo de don Vito como historiador "erudito-tradicionalista": Vicente Javier Gutiérrez Rivera, Don Vito Alessio Robles, un ilustre historiador coahuilense, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, Tesis de licenciatura en historia, 1977, 397 p.

⁵³ Vito Alessio Robles, La Convención revolucionaria de Aguascalientes, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1989, 475 p.

los revolucionarios seguirían sobre las armas hasta la destrucción del ejército federal y la implantación del gobierno democrático y las reformas exigidas por la Revolución.

La correcta -y hasta sumisa- actitud de la División del Norte recibió una respuesta intransigente y altanera del señor Carranza, que desestimó todos los puntos de los acuerdos de Torreón, salvo las satisfacciones que por su insubordinación le daban los villistas. Eso agravó la división entre los revolucionarios.

Durante los meses siguientes los villistas insistieron en la necesidad de la emisión de leyes sociales y el restablecimiento del orden constitucional mediante la elevación del señor Carranza a la presidencia y la inmediata convocatoria a elecciones; pero el de Cuatro Ciénegas dio largas una y otra vez a esas peticiones alegando que los militares no tenían vela en ese entierro. Lo único que hizo don Venustiano fue convocar a una junta de gobernadores y generales que tendría carácter consultivo y en la que estaba en condiciones de asegurarse una mayoría leal, en lugar de la Convención soberana reclamada por los villistas o del Congreso cuya elección exigieron Villa y Obregón.⁵⁴ En respuesta, la División del Norte desconoció la jefatura de Carranza.

Cuando los villistas desconocieron al Primer Jefe, exigieron la resolución de los problemas políticos y sociales que habían originado la Revolución, resolución eludida o diferida por el Primer Jefe. Las propuestas políticas se pueden resumir en la instalación del orden constitucional y de un régimen democrático, y las sociales eran la reforma agraria y una legislación laboral y social. Simultáneamente, en tierras del sur, se cancelaba la posibilidad de entendimiento entre el Primer Jefe y los zapatistas, pues uno y otros permanecían intransigentes en sus posiciones.

La junta de gobernadores y generales convocada por Carranza se reunió el 10. de octubre de 1914 en la ciudad de México, con la ausencia de los partidarios de Francisco Villa, Emiliano Zapata y José María Maytorena. Carranza fingió entregar la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista, pero un hábil recurso parlamentario de Luis Cabrera logró que la asamblea, carrancista cien por ciento, regresara el mando a don Venustiano.

⁵⁴ Carranza respondió fraccionando el Ejército del Noroeste quitándole a Alvaro Obregón el mando directo de las principales corporaciones, y el sonorenses maniobró todos esos meses sin el poderoso respaldo militar que había tenido. Ya habló de la falsa situación en que Obregón se encontró en esos

Habiendo aceptado los villistas acudir a la junta a condición de que las sesiones se celebraran en una plaza neutral, los delegados resolvieron trasladarse a Aguascalientes dejando la ciudad de México, ocupada por los incondicionales del Primer Jefe, que cometían innumerables tropelías y atentados.

Entre el 6 y el 10 de octubre se acordaron las bases de la Convención en una serie de juntas previas: sólo podrían ser delegados los ciudadanos armados, es decir, los militares; la junta estaría integrada por los generales y gobernadores o sus delegados amplia y debidamente autorizados.

Tal convenio concedía desde luego, una enorme ventaja para los intereses de Carranza, ya que la mayoría de los gobernadores habían sido designados por él, y las fuerzas que todavía lo reconocían como jefe contaban con un gran número de generales (pp. 123-124).

Esto le daba a los adictos a Carranza las dos terceras partes de los votos. En los acuerdos de Torreón se convino que la Convención se integraría por un delegado por cada mil soldados revolucionarios, pero los carrancistas, que controlaban la junta reunida en México y que se habían trasladado en bloque a Aguascalientes, ignoraron ese acuerdo. Cuando el 14 de octubre se declaró instalada la Convención, había en la ciudad 57 gobernadores y generales y 95 representantes de unos y otros. Los que más influencia tuvieron fueron el general Eulalio Gutiérrez, el general Alvaro Obregón, el general Felipe Angeles, el general Antonio I. Villarreal, el general Eduardo Hay, el coronel Roque González Garza (representante del general Francisco Villa), el general Lucio Blanco, el coronel David Berlanga (representante de Alberto Fuentes Dávila, gobernador de Aguascalientes), el general José Isabel Robles, y algunos otros. Hubo generales, como Tomás Urbina, Santos Bañuelos y Pánfilo Natera, que permanecieron prácticamente mudos. La mesa directiva de la Asamblea se integró con el general Villarreal como presidente, los generales Robles y Natera como vicepresidentes, y como secretarios el general Mateo Almanza y los coroneles Marciano González, Samuel M. Santos y Vito Alessio Robles.

Para sorpresa de los treinta y seis delegados villistas, los carrancistas no exigieron la ratificación del Primer Jefe, sino que trabajaron por la elección presidencial del general Villarreal; otros acuerdos que generaban consenso eran la necesidad de

invitar a los representantes del Ejército Libertador del Sur, la eliminación de los Cuerpos de Ejército y la deposición de Carranza y los generales Francisco Villa, Alvaro Obregón, Pablo González y Emiliano Zapata.

Estas medidas suscitaron una serie de reacciones importantes: Benjamín Hill reinició sus actividades contra Maytorena, las tropas de Pablo González se fortificaron entre Querétaro y Lagos de Moreno en actitud amenazadora, la prensa metropolitana - carrancista- llenó de insultos a la Convención, y los delegados de los generales incondicionales del Primer Jefe obtuvieron un receso de tres días para ver cómo podían evitar la deposición de don Venustiano.

Las siguientes sesiones se fueron sin resolver nada importante, mientras en los pasillos los partidarios de Eduardo Hay y Antonio I. Villarreal impulsaban sus respectivas candidaturas presidenciales, manteniendo abierta la posibilidad de una alianza entre ambos contra un posible candidato villista y zapatista. Los de la División del Norte no presentaron ninguna candidatura alterna.

La animosidad del Primer Jefe contra la Convención y la incomodidad de sus incondicionales se fue acentuando. En los territorios ocupados por los generales carrancistas se reclutaban y armaban nuevos soldados.

Carranza, que creía que la Convención lo ratificaría en su cargo, había sido respetuoso y obediente con ella, pero cuando comprendió el giro de los acontecimientos cambió radicalmente de actitud. Por el contrario, Villa se presentó en Aguascalientes y juró obedecer a la Convención, su actitud y sus palabras lo mostraron tal cual era en ese instante:

Ya el general Villa no era el réprobo, el bandido, el ambicioso que anhelaba detentar el poder, como lo pintaba la prensa de la capital de la república. Era el simple ciudadano nimbado con la gloria de sus triunfos que se puso humildemente a las órdenes de los legítimos representantes de la revolución (p. 179).

La asamblea continuó sus agitadas sesiones entre el futurismo de los partidarios de Villarreal, que ya lo veían electo presidente; las invectivas de la prensa de la capital, la lucha entre los soldados de Hill contra los de Maytorena y los de Maclovio Herrera contra los villistas; y los reiterados intentos de Carranza por hacerla fracasar.

Ese era el panorama cuando llegaron los delegados zapatistas, entre los que se distinguían Paulino Martínez, Antonio Díaz Soto y Gama, Otilio Montaña, Alfredo

Serratos, Genaro Amezcua y Juan Banderas. Los seguidores de Villarreal, más de ochenta, hicieron cuentas alegres: treinta y siete delegados villistas, tres maytoenistas y veintiseis zapatistas seguían estando en minoría; pero los delegados surianos traían instrucciones de permanecer sólo como observadores, con voz, pero sin voto, para no obligar al Ejército Libertador a cumplir los acuerdos de la Convención. Los zapatistas calculaban que los villistas habían caído en la trampa de someterse a una asamblea mayoritariamente carrancista, que impulsaba la candidatura presidencial del carrancista Villarreal y que seguía sin tener más principios que los del "plan rancho" de Guadalupe, que no preveía otra cosa que la elevación presidencial de Carranza.

En su primer discurso, el jefe de la delegación suriana don Paulino Martínez, explicó el significado del Plan de Ayala, y dirigió una feroz filípica contra las ambiciones personalistas de Carranza, que anunciaban una nueva dictadura. Don Paulino fue seguido por Soto y Gama, quien causó un escándalo formidable al hablar de la bandera, pero sobre todo,⁵⁵ desenmascaró a la Convención diciendo que en ella se fraguaban maniobras ajenas a la voluntad revolucionaria, al espíritu del Plan de Ayala y a los acuerdos de Torreón, y que se había instalado con una falsa mayoría carrancista. En respuesta, Roque González Garza, Felipe Angeles y los demás delegados de la División del Norte expresaron su firme adhesión a los principios del Plan de Ayala.

En las sesiones siguientes se discutieron y aprobaron los principios sociales y políticos del Plan de Ayala. El último artículo en suscribirse fue el 13, que disponía que una convención revolucionaria nombraría un presidente provisional, con lo que Carranza quedó formalmente separado del cargo de Encargado del Poder Ejecutivo.

Carranza contestó que se quería deponerlo para facilitar la tiranía militar de Villa y/o Zapata, y para eliminar la garantía que él era de llevar a su término la Revolución, pero que si la Convención le garantizaba que su separación era necesaria para restablecer la unidad revolucionaria y para realizar las reformas sociales que exigía el pueblo, lo haría con la condición de que se estableciera un gobierno constitucional, y que Villa y Zapata se retiraran con él de todos los negocios públicos e incluso del país. De no ser así -advertía-, le quedaría claro que su separación sólo pretendía eliminar el obstáculo que veían ante sí la dictadura militar y la reacción, y no se iría.

⁵⁵ Esa es la parte más importante del discurso de Soto y Gama, eclipsada por el famoso episodio de la bandera.

No obstante, la Convención votó por mayoría el cese de Carranza y Villa y la necesidad de elegir un nuevo gobierno.⁵⁴ Carranza respondió de inmediato diciendo que él no había renunciado, sino "que estaría dispuesto a renunciar" siempre y cuando se cumplieran sus condiciones. Entre las exigencias crecientes de los zapatistas y los mafiosos subterfugios de Carranza, se iba haciendo cada vez más difícil evitar la guerra.

Pero habiéndose votado la separación del Primer Jefe, los delegados carrancistas cabaron la trampa: se elegiría por mayoría a Villarreal, a quien se tenía por incondicional del Primer Jefe, y éste llamaría de inmediato a elecciones, en las que se presentaría la candidatura de Carranza con todo el respaldo del presidente Villarreal. Mientras tanto, don Venustiano se movía a Puebla, y empezaba a preparar la guerra contra la Convención.

Así se llegó a la sesión del 10. de noviembre, en la que habría de elegirse al nuevo presidente. Los adictos a Villarreal creían segura la elección del neoleonés, pero Paulino Martínez, hablando a nombre de la delegación suriana, dijo que esta tenía instrucciones terminantes de oponerse a la elección presidencial del general Villarreal, proponiendo como candidatos a los generales Juan Cabral, José Isabel Robles y Eugenio Aguirre Benavides. Este último, a su vez, dijo que los generales de la División del Norte habían acordado no aceptar para ninguno de ellos la presidencia, por lo que se adherían a la candidatura de Cabral, general de la División del Noroeste. Parecía cierta la elección del jefe sonoreense cuando Obregón logró sacar adelante la candidatura alterna del general Eulalio Gutiérrez, que triunfó por ochenta y ocho votos contra los treinta y siete votos villistas en favor de Cabral. El nuevo presidente apareció como hechura del general Obregón.

Paulino Martínez a nombre de los surianos y José Isabel Robles como portavoz de los villistas, juraron completa lealtad al nuevo presidente. Se enviaron sendas comisiones a Carranza y Villa para notificarles su cese, quedando integradas por Villarreal, Aguirre Benavides, Obregón, Hay y Felipe Gutiérrez de Lara la que partió hacia Puebla, alcanzando al Primer Jefe en Córdoba; y por Juan Cabral, Miguel

⁵⁴ La resolución fue redactada por las comisiones de Guerra y Gobernación, formadas la primera por Alvaro Obregón, Felipe Angeles, Eugenio Aguirre Benavides y Eulalio Gutiérrez; y la segunda por Manuel Chao, Martín Espinosa, Guillermo García Aragón, Raúl Madero y Miguel Peralta.

Peralta, Martín Espinosa, Fidel Avila, Samuel Vázquez y Enrique W. Paniagua, la que marchó a Zacatecas.⁵⁷

Villa aceptó renunciar a la jefatura de la División del Norte, mientras Carranza, visto que lo de su cese era un hecho, hizo que sus parciales desconocieran a la Convención. Cerraron el desfile de deserciones los epígonos de la asamblea, Obregón y Villarreal.⁵⁸

El general Francisco Villa había entregado el mando de la poderosa División del Norte al joven ministro de Guerra, el general José Isabel Robles, mientras las divisiones del Noroeste y del Noreste, con Obregón y González al frente, iniciaban sus movimientos hostiles contra la Convención. Cuando la rebeldía de Carranza, basada en consideraciones de despota y argumentos de tinterillo, cerró toda posibilidad de acuerdo, y numerosos jefes militares apoyaron su actitud, a Eulalio Gutiérrez no le quedó más remedio que dar la jefatura de los ejércitos convencionistas a un general de inigualable renombre y que se había mostrado todo lo leal posible para con la Convención: Francisco Villa.

La Convención levantó sus sesiones el 18 de noviembre acordando reunirse en México, y nombró una Comisión Permanente presidida por el flamante general Roque González Garza.

Iniciaron las operaciones militares con la marcha incontenible de la División del Norte hacia México. El grueso del Ejército del Noreste, acantonado en el Bajío, emprendió una desastrosa retirada hasta Tampico; y las tropas que guarnicionaban México se retiraron a Puebla. El 24 de noviembre la vanguardia del Ejército Libertador, a las órdenes del general Antonio Barona, ocupó la ciudad con un orden y una conducta tales que desmintieron de golpe todo lo que la propaganda interesada había construido en torno a la feroz barbarie zapatista.

⁵⁷ Y no Vasconcelos, Robles y Raúl Madero, como pretende el primero en La Tormenta, agregando que Villa respondió con una brutal amenaza. La versión de Vasconcelos es, según Alessio Robles, enteramente falsa. Ver pp. 315-316.

⁵⁸ Hemos visto que el Primer Jefe había fraccionado al Ejército del Noroeste: las infanterías de la plaza de México las mandaba el general Salvador Alvarado, las caballerías el general Lucio Blanco (ambos eran acérrimos rivales del de Huatabampo), y las columnas mandadas por Manuel M. Diéguez en Jalisco y por Benjamín Hill y Plutarco Elías Calles en Sonora, se pronunciaron decididamente por Carranza. Así, el vencedor de Santa Rosa y Orendáin sólo podía recuperar su privilegiada posición si desconocía su palabra y se sometía a Carranza, y eso hizo. Por su parte, Villarreal, viendo fracasadas sus ambiciones personales, también volvió al redil carrancista.

Poco después fueron llegando a la capital los jefes de los ejércitos (Villa y Zapata), el presidente y sus ministros y gran número de tropas. Alessio cuenta cómo entregó Palacio Nacional el general Eufemio Zapata al general Eulalio Gutiérrez, en una ceremonia respetuosa y sencilla.⁵⁹

Al día siguiente, 4 de diciembre, Villa y Zapata se reunieron en Xochimilco, sellando la alianza militar entre los ejércitos que ambos mandaban; y el día 6 entraron a la ciudad de México al frente de poderosos contingentes. Ese mismo día se hizo público el gabinete de Gutiérrez. El día 10, una junta militar en la que participaron Gutiérrez, Robles (secretario de Guerra y Marina), Villa y Zapata, decidió que el grueso del Ejército Libertador caería sobre Puebla, mientras la División del Norte atacaría Apizaco, y luego de apoderarse de la capital poblana, ambos ejércitos marcharían hasta Veracruz. Poco después el general Villa, cometiendo un grave error, cambiaría el plan de operaciones militares al enviar al general Angeles con una fuerte columna a Torreón, ante el disgusto del artillero para quien la equivocación era evidente.

En los siguientes días la situación se fue complicando: Gutiérrez, encumbrado por los carrancistas en Aguascalientes, había sido abandonado por ellos y no se sentía tranquilo entre los villistas y zapatistas, máxime cuando Guillermo García Aragón y David Berlanga fueron asesinados. El presidente estaba sometido a múltiples presiones que lo orillaron a desconocer a Villa y Zapata: su hermano mayor, el general Luis Gutiérrez, y sus antiguos subordinados, le recriminaban no estar con Carranza; los generales Alvaro Obregón y Antonio I. Villarreal le ofrecían ponerse a sus órdenes con todos sus hombres si desconocía a Villa y Zapata; y su secretario de Educación -que funcionaba como primer ministro-, José Vasconcelos, también lo instaba a separarse de los caudillos populares.

El nunca resuelto asesinato de Paulino Martínez y el encarcelamiento del general zapatista Juan Bandejas por instancias de Vasconcelos; las innumerables trabas que el general Robles ponía a las tropas zapatistas que operaban en Puebla para surtirlos de combustible y municiones; y el hecho de que ningún suriano figurara en el gabinete, distanciaron definitivamente a Zapata de Gutiérrez. Esta actitud de los surianos se fue extendiendo a Villa.

⁵⁹ Muy distinta de las truculentas escenas escritas por Martín Luis Guzmán y José Vasconcelos.

La Convención se reunió en pleno en los primeros días de enero de 1915 y los zapatistas propusieron el sistema parlamentario con ministros responsables ante el Congreso. Así mismo, exigieron la sustitución de Gutiérrez por alguien leal, mientras los villistas sugirieron aplazar la cuestión.

Pero tras la brillante victoria obtenida por el general Felipe Angeles en Ramos Arizpe, el archivo del general Villarreal cayó en poder del ameritado jefe villista, y con ello se descubrieron las intrigas de Gutiérrez con Villarreal y Obregón para deponer a Villa y Zapata. Gutiérrez y sus leales tuvieron que huir en la madrugada del 16 de enero, cayendo en la trampa tendida por el astuto general Obregón, que sin ninguna intención de separarse de Carranza, había logrado hacerle creer a Gutiérrez que lo haría. Al salir de México, los gutierristas dejaron un manifiesto torpe y lleno de inexactitudes por el que desconocían a Villa y Zapata.

El general Roque González Garza, presidente de la Convención, evitó que la fuga de Gutiérrez sumiera a los convencionistas en el caos, al asumir de emergencia el poder ejecutivo, dar las órdenes pertinentes a las corporaciones militares leales que quedarían en la ciudad de México y sus alrededores, y citar de urgencia a una sesión plenaria de la Convención que depuso a Gutiérrez.

Mientras tanto, en Veracruz, Carranza, instigado por Luis Cabrera, trataba de dar a su gobierno tanto la apariencia reformista que siempre le había repugnado, publicando una ley agraria coja que dejaba en pie el latifundio; tanto así que cuando Obregón marchó hacia la capital y de ahí al Bajío, tras sus victoriosas tropas llegaban los encargados de devolver a sus dueños las haciendas incautadas y fraccionadas por los villistas y los zapatistas (ver pp. 413-415).⁶⁰

Hasta aquí, la historia de Alessio Robles no podía ser más detallada, pero el resto lo despacha en tres rápidos capítulos (o entregas, mejor dicho). La Convención, presidida por González Garza, estudiaba el plan de gobierno mientras salía y entraba de México al ritmo de los avatares bélicos. Los villistas, representados por el presidente González Garza y los ministros Francisco Lagos Cházaro, Francisco Escudero y Miguel Díaz Lombardo, tenían frecuentes fricciones con Zapata y los surianos del gabinete, Miguel Mendoza López, Otilio Montaña, Francisco Pacheco y, sobre todo, el inefable

⁶⁰ Esta versión de la contrarreforma agraria carrancista, que hay que poner en tela de juicio, fue retomada años después -como veremos- por Friedrich Katz.

Manuel Palafox. La situación se agrió con la insistente exigencia de González Garza a los jefes zapatistas para que cortaran las comunicaciones de Obregón con Veracruz; y al fin, el presidente renunció el 10 de junio, siendo nombrado en su lugar Francisco Lagos Cházaro.

La derrota militar del villismo señaló el ocaso de la Convención, que al final se disolvería tras una penosa peregrinación de Toluca a Cuencamé, Durango, tierra del general villista Calixto Contreras.

Durante su breve y agitada existencia la Convención zapato-villista suscribió las demandas sociales del Plan de Ayala y proclamó un importante número de reformas revolucionarias (que adelante resumo).

Resumamos. Es evidente la existencia de dos convenciones: la primera fue una junta de gobernadores y generales, reunida con los criterios de representatividad carrancistas, y cuyo fin era evitar la escisión revolucionaria. Esta Asamblea, ya trasladada a Aguascalientes, se declaró soberana, depuso a Villa y a Zapata y nombró un presidente provisional.

Los villistas tenían en ella treinta y siete representantes por aproximadamente cien delegados carrancistas; y los zapatistas no tenían voto ni compromiso de respetar los acuerdos tomados en la asamblea. El presidente electo, Eulalio Gutiérrez, antiguo subordinado de Pablo González, era un carrancista.

Con todo eso, los villistas siempre fueron leales a los acuerdos de la Convención y la acataron en todo; y cuando los carrancistas la fueron desconociendo -empezando por Coss y Murguía y terminando por Obregón y Villarreal-, se convirtieron en su más firme apoyo militar.

El gobierno emanado de esa Convención estaba más cerca de Obregón y Villarreal que de Villa y Zapata. Una serie de circunstancias bien poco claras habían hecho de Gutiérrez el jefe nominal de sus enemigos, los villistas y los zapatistas, y Gutiérrez intentó socavar su poder, hasta que sus intrigas condujeron al inevitable rompimiento

La segunda Convención se reunió en los primeros días de enero de 1915 en la ciudad de México y representaba exclusivamente a los zapatistas, los villistas y elementos afines. Fue elegido presidente de debates el representante del general Villa, Roque González Garza, que asumió la presidencia de la República tras la traición de

Gutiérrez. Esta Convención expresó y sintetizó las demandas políticas y sociales y el programa de gobierno de los villistas y zapatistas. La División del Norte fue su sostén más importante; tanto así que cuando se eclipsó la estrella militar del villismo desapareció la Convención.

A través de las reformas y decretos de la Convención podemos conocer el programa de la alianza zapato-villista. Era éste un programa liberal en materia política: se buscaba la restauración de la Constitución de 1857 en todo su vigor, de ahí la necesidad de la eliminación de la vicepresidencia, el senado y las jefaturas políticas, instauradas durante el porfiriato; y la necesidad de recalcar la libertad municipal y la soberanía estatal. Pero se iba más allá: se quería un gobierno parlamentario -ya la Constitución de 1857, con su vigoroso poder legislativo unicameral, apuntaba hacia eso.

En materia de política económica, el Estado surgido de la Revolución estaría dentro de los más ortodoxos principios liberales del laissez faire. Habría fomento industrial y agrícola, y se prohibirían los latifundios y los monopolios. La pequeña propiedad agraria y la libre competencia serían los pilares de la economía.

En materia social se destruiría el latifundio reduciéndolo a pequeña propiedad particular. Se respetaría la propiedad comunal de los pueblos que así la quisieran, devolviendo los ejidos y tierras de comunidad a los pueblos a que se les hubieren arrebatado durante el porfiriato. Se aprobaría el divorcio y se legislaría en favor de los hijos naturales. Se eliminaría la educación confesional. Y se legislaría en favor de la reducción de la jornada laboral, del derecho de huelga y de la libre asociación. Como se ve, en este sentido sólo hubo diferencias de forma -sobre todo en lo referente a la extensión máxima de la tierra- con el programa del ala radical del carrancismo que se impuso en el Congreso Constituyente.

Las principales diferencias con el carrancismo, que además fueron las causantes de la escisión -el despotismo carrancista, que apuntaba a una nueva dictadura-, fueron las políticas.

Pancho Villa es en este libro el victorioso jefe de los ejércitos revolucionarios, un honrado revolucionario que no ambiciona ningún cargo público porque reconoce su ignorancia, un hombre siempre dispuesto a reconocer y a obedecer a las autoridades legítimamente emanadas de la Revolución. Si rompió con Gutiérrez fue porque éste no

lo traicionaba a él, sino a todo lo que representaban el villismo y el zapatismo. Era atrabiliario, sí, y enfurecido podía llegar al crimen, pero sus desmanes son mucho menores de lo que le achaca, y además, "las revoluciones no se hacen con santos".

ROBERT E. QUIRK

En 1962 el historiador norteamericano Robert E. Quirk publicó el primer libro de historia de la Convención.⁶¹ Era un libro con todas las reglas académicas de los historiadores norteamericanos dedicados al estudio de la Revolución mexicana, y considerando que su objeto era un tema atractivo e inédito,⁶² el libro fue bien recibido.

Para Quirk, la División del Norte ganó las principales batallas contra los defensores de Huerta y esas victorias fueron infatuando a su valiente e impulsivo jefe. Después de la campaña de La Laguna, en marzo y abril de 1914, las relaciones entre el señor Carranza y el jefe de la División del Norte se fueron agriando cada vez más. Entonces Carranza se propuso evitar que los villistas fueran los primeros en llegar a México y demostrar que Villa no era indispensable para el triunfo de la Revolución. Lo que resultó de eso fue la espectacular victoria de Paredón, el fracaso de Natera en Zacatecas, la desobediencia de los generales villistas y la decisiva toma de Zacatecas.

Después, la División del Norte fue inmovilizada por Carranza, que dominaba la cuenca carbonífera de Coahuila, y el general Obregón entró a México recogiendo los frutos de lo sembrado por la División del Norte. Pero el distanciamiento entre Villa y Carranza,⁶³ aunque no llegó a la sangre en ese momento, fue definitivo.

Carranza tenía una visión mucho más clara que Villa de las necesidades del país y de la política exterior, pero era conservador y sólo promulgó las leyes sociales

⁶¹ Robert E. Quirk, La Revolución mexicana 1914-1915. La Convención de Aguascalientes, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1969, 253 p.

⁶² La detallada historia de Vito Alessio Robles, anterior a ésta, se publicó por entregas en la revista Todo, como digo atrás.

⁶³ Quirk consultó archivos norteamericanos que permanecían vírgenes para los historiadores mexicanos, y se apoya en numerosos documentos desconocidos hasta entonces: por ejemplo, George Carothers y León Cánova tuvieron una larga entrevista con Carranza el 10 de julio de 1914, de la que enviaron sendos informes al secretario de Estado norteamericano. Son notorios en ambos informes la profunda animadversión del Primer Jefe contra Villa, y las grandes ganas que tenía de deshacerse de él.

indispensables, a finales de 1914 y principios de 1915, como único medio de evitar el naufragio de su partido.

Cuando los constitucionalistas ocuparon la ciudad de México la ruptura definitiva con el villismo nublaba el horizonte y las relaciones con los zapatistas eran más hostiles que amistosas. Villistas y zapatistas exigían la reunión de una Convención revolucionaria, y los villistas y otros constitucionalistas exhortaban a Carranza para que asumiera de inmediato el cargo de presidente interino. Carranza desechó con uno u otro pretexto todas las demandas que se le hicieron y convocó a una junta de generales y gobernadores para el 1o. de octubre de 1914.

Sin embargo, es muy significativo que se refiera siempre a ese organismo como una "junta" y no como una "convención". El primer término significaba que se había reunido un grupo de personas con mandato del Primer Jefe para darle consejo, grupo que discutiría pero no decidiría. Se podía presumir que una convención, que era lo que pedía la mayoría de los revolucionarios, se consideraría competente para conocer cuestiones tales como la reforma social, política y económica (p. 64).

La personalidad de los caudillos es determinante en esta historia: la obstinación de Carranza y los atrabiliarios impulsos de Villa fueron reduciendo la posibilidad de conciliación, hasta que las gestiones de revolucionarios de todos los matices lograron evitar el rompimiento de las hostilidades y acordaron trasladar la junta de generales y gobernadores a Aguascalientes, en donde si asistirían los villistas.

La junta que se reunió en México estaba bajo la férula absoluta de Carranza, en cuyas oficinas se decidía quién era delegado y quién no. De todos modos, la revuelta de algunos de los principales caudillos militares eliminó al numeroso grupo de civiles cercanos a Carranza que, comandados por Luis Cabrera, pretendían conducir la junta.

Los generales que habían logrado convencer a los villistas de asistir a Aguascalientes, entre los que destacaban Obregón, Blanco y Villarreal, convencieron a los demás de mover la junta a esa ciudad, donde se declaró Convención Soberana, afirmando su independencia y competencia, y aprobó otro mecanismo para la calificación de delegados: mientras en México fue Carranza quien decidió quien era delegado, en Aguascalientes se eligió, por insistencia de los villistas, además del cargo

de gobernador o el grado de general, el que estos tuvieran por lo menos mil hombres a sus órdenes y se hubieran unido a la Revolución antes de la batalla de Zacatecas.⁶⁴

Aunque la prensa de la ciudad de México y muchos historiadores han dicho que la cercanía de las fuerzas villistas coartaba la libertad de acción de los convencionistas, éstos siempre la tuvieron, como lo demuestran las actas de las sesiones.

Desde la llegada de los zapatistas fue clara la unidad entre los villistas y los surianos, que a pesar de esta alianza seguían en minoría frente a los carrancistas; máxime cuando no se les concedió a los zapatistas el derecho de voto.

Cuando se votó la separación de Carranza, los candidatos más fuertes para hacerse cargo de la presidencia eran Antonio I. Villarreal y José Isabel Robles, pero los zapatistas vetaron al primero y los carrancistas no estaban dispuestos a aceptar a un villista. Entonces Obregón logró que fuera electo el general Eulalio Gutiérrez, quien no era una figura de relieve, pero sí un perfecto candidato de compromiso.

Carranza y Villa sólo estuvieron dispuestos de dientes para afuera a renunciar a sus cargos, el país se fue hundiendo en el caos y el rompimiento se hizo inevitable. A los revolucionarios, independientemente de las coberturas legales, no les quedaban más que dos opciones: estar con Villa o estar con Carranza, y en la primera quincena de noviembre de 1914 cada jefe decidió como quiso o como pudo.

Eulalio Gutiérrez era un presidente de nombre: ni Villa ni Zapata lo tomaban en cuenta para nada y cada uno actuaba por su lado. No había otra autoridad que la militar. Los dos caudillos delinearon en su encuentro en Xochimilco la campaña contra los carrancistas. En seguimiento del plan, los zapatistas tomaron Puebla en la mayor batalla del Ejército Libertador del Sur, pero ese fue su límite máximo: para los surianos la Revolución estaba cumplida, no veían más allá de Morelos, que ya habían ganado y repartido. Los zapatistas no siguieron adelante y todo el peso de la campaña cayó sobre la División del Norte, que al cederle la vital línea de ataque de Puebla y Veracruz a los surianos había perdido la mejor oportunidad de ganar la guerra.

Porque pasada esa oportunidad, dos fuertes columnas carrancistas se acercaron amenazadoramente a Irapuato y Torreón, con lo que cortarían a la División

⁶⁴ Nadie más dice esto. En general se acepta que tenían voz y voto los generales y gobernadores o sus representantes amplia y debidamente autorizados. El requisito de los mil hombres fue desechado.

del Norte de sus bases económicas y militares, y Villa tuvo que hacerles frente dejando Veracruz para después.

La posición del gobierno de Gutiérrez se hacía insostenible por el poco caso que se le hacía y el incremento de los desmanes de villistas y zapatistas. Gutiérrez entró en tratos con Alvaro Obregón, Antonio I. Villarreal y Pablo González, intentando unirse a ellos para deshacerse de Villa y Zapata. Cuando se enteró el Centauro de los planes del presidente se suscitaron violentos altercados entre ambos, que terminaron con la huida de Gutiérrez y sus partidarios de la ciudad de México. La Convención eligió otro presidente en la persona de Roque González Garza, y se dio a la larga tarea de elaborar el programa de reformas que implementaría la Revolución victoriosa.

En los albores de 1915 casi todo parecía indicar que la victoria militar se inclinaria por el bando convencionista. Villa y Zapata dominaban la parte más importante del territorio nacional y tenían mejores ejércitos. Pero los constitucionalistas tenían los vitales centros económicos del Yucatán henequenero, los veneros petrolíferos de la Huasteca con su llave, Tampico; y el puerto de Veracruz. Carranza, viéndose acorralado, promulgó leyes sociales y agrarias que nunca estuvo dispuesto a cumplir.

La unidad entre villistas y zapatistas empezó a resquebrajarse. Roque González Garza y Federico Cervantes (representantes de Villa y Angeles, respectivamente), jefes de la bancada villista, pugnaban por el establecimiento de un gobierno liberal clásico, con ejecutivo fuerte y separación de poderes; en tanto que Antonio Díaz Soto y Gama y Otilio Montaño, jefes de la delegación zapatista, que al fin se impuso, abogaban por un gobierno parlamentario a imagen de la Convención francesa de los días de Robespierre (papel que en su fuero interno ambicionaba Soto y Gama). Los delegados villistas se vieron defendiendo los principios liberales frente al creciente radicalismo zapatista.

Cuando a fines de marzo de 1915 la Convención regresó de Cuernavaca a México era una asamblea que representaba a los zapatistas, en la que los villistas estaban en franca minoría. Cada vez era más notorio que González Garza no tenía ninguna autoridad sobre los zapatistas, y los jefes surianos eran cada vez más altaneros con los delegados villistas. Así, el enérgico presidente renunció a principios de junio.

Haciendo poco caso a las reiteradas peticiones de González Garza, Zapata se encerró en Tlaltizapán sin obedecer a la Convención ni colaborar efectivamente en la campaña contra los carrancistas. Obregón, que tras desalojar a los zapatistas de Puebla entró a México, dio a sus tropas unas semanas de descanso y luego avanzó rápidamente hasta Celaya.

González Garza intentó trasladar la Convención, mientras quedara tiempo, a Torreón o Chihuahua, pero los zapatistas se opusieron. La primera quincena de abril marcó el viraje definitivo de la situación: la División del Norte nunca pudo reponerse de las dos derrotas de Celaya, donde terminó el mito de la invencibilidad de Villa y se afianzaron sus enemigos en el Bajío; también se alivió la presión que los villistas ejercían sobre las líneas Guadalajara-Manzanillo, El Ebano-Tampico y Monterrey-Matamoros, y los carrancistas empezaron a avanzar en todos los frentes. Las costosas derrotas de Villa en Trinidad y Aguascalientes sólo fueron el epílogo lógico de Celaya.

La renuncia de González Garza no terminó con las fricciones de los convencionistas. Los villistas culpaban a los zapatistas de las derrotas de la División del Norte, y la actitud de los delegados zapatistas, de los comandantes militares y del mismo caudillo suriano con los villistas fue cada vez más dura. La asamblea, dominada por la aplanadora zapatista, legisló sobre los sindicatos, el divorcio, y la educación laica.

Pero la Convención, dividida y violenta, era ya una asamblea emplazada. El 2 de agosto el ejército de Pablo González ocupó definitivamente la capital. Lo que quedaba de la Convención se fue a Toluca, y en octubre, ante la amenaza de las tropas enemigas, se disolvió. Los delegados zapatistas se fueron a Cuernavaca y los villistas iniciaron una azarosa marcha al norte, escoltados por Benjamín Argumedo y Federico Cervantes. En enero de 1916 desapareció ese remanente de la Convención.

La Convención fue derrotada, pero su espíritu se impuso en el Constituyente de 1917 y se hizo gobierno con Obregón, Calles y Cárdenas. Es decir, la Convención, y con ella los villistas y los zapatistas, fueron parte medular de la Revolución mexicana, popular y agraria, única e indivisible, violenta y fructífera, que al final se convirtió en el

gobierno de democracia y justicia social que los mexicanos gozaron durante largas décadas de paz y crecimiento.⁶⁵

El libro de Quirk es mucho menos detallado que el de Vito Alessio Robles. El autor no está, ni de lejos, tan familiarizado con el drama y sus protagonistas como don Vito y sus páginas tienen muchos errores y omisiones, no sólo de apreciación, también en la consignación de los hechos. Muchos de estos errores se hubieran evitado con una cuidadosa lectura de los artículos del saltillense. Quizá lo más importante del libro como trabajo histórico sea el apoyo de los informes que León Cánova, George C. Carothers, John Silliman, Hugh L. Scott y otros representantes oficiales u oficiosos del gobierno norteamericano, rendían al presidente Wilson o al secretario de Estado Bryan; y la historia de las maniobras y la actitud del gobierno norteamericano con las distintas facciones revolucionarias.

LUIS FERNANDO AMAYA (1915-1969)

Hemos revisado dos historias de la Convención, la primera, hija de Vito Alessio Robles, ve en el de esa asamblea el fracaso de lo mejor de la Revolución; en la segunda los convencionistas son un grupo más, errado y caótico a veces, de la gran Revolución mexicana. Ahora revisaremos una tercera historia, en la que a los convencionistas les corresponderá un papel menos lucido, aunque al final también sean revolucionarios: la historia de la Convención del maestro normalista chihuahuense Luis Fernando Amaya.⁶⁶

Como en el libro de Quirk -y un poco también en el de Alessio Robles-, en el fondo de la historia está la interpretación vigente -u oficial- de la Revolución: fue ésta un movimiento que liberó al pueblo de México y devolvió a la nación su soberanía política y económica, entregadas al capital extranjero por una larga y ominosa dictadura. Fue "la primera revolución popular antiimperialista del siglo" (p. 8).

⁶⁵ Si éste párrafo no reflejara lo dicho por Quirk, el lector tendría pleno derecho a percibir el tono irónico que le hace falta.

⁶⁶ Luis Fernando Amaya C., La Soberana Convención Revolucionaria, 1914-1916. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1989, 468 p.

La historia de la Convención empieza con la escisión revolucionaria. Tiempo después de los hechos se popularizó una interpretación según la cual la causa del distanciamiento entre Villa y Carranza fue ideológica: mientras el Centauro, hombre del pueblo, anhelaba una profunda transformación social; don Venustiano, terrateniente y senador porfirista, veía en la Revolución un movimiento exclusivamente político. Pero hasta las Conferencias de Torreón no apareció nada parecido a esto, y el agrarismo de Villa surgió entonces como una maniobra para atraerse a los zapatistas. Las causas de la ruptura, pues, fueron los resentimientos personales del atrabiliario e impetuoso general Francisco Villa contra el Primer Jefe, que se acentuaron con la llegada del rencoroso general Felipe Angeles a la División del Norte, donde pronto se convirtió en el director de la política villista.

La lucha sorda entre los seguidores de Villa y Carranza afloró a la superficie con la desobediencia de los jefes villistas en junio de 1914. Las Conferencias de Torreón fueron el primer intento por evitar la guerra civil. El acuerdo más importante para los villistas era que una vez derrotado el enemigo, Carranza se comprometiera a asumir la presidencia de la República y a convocar a una Convención revolucionaria a razón de un delegado por cada mil soldados, que fijaría la fecha de las elecciones y discutiría el programa del gobierno revolucionario. Desafortunadamente, el Primer Jefe no le concedió ningún valor al Pacto de Torreón, aunque convocó a una Convención en términos distintos a la reclamada en Torreón.

Mientras las diferencias entre villistas y carrancistas se ahondaban, se entablaba un diálogo de sordos entre los jefes zapatistas y Carranza y sus representantes -Luis Cabrera y Antonio I. Villarreal-, que no condujo a ninguna parte.

A fines de septiembre de 1914, la División del Norte desconoció definitivamente al Primer Jefe. Para éste, Villa ya era un instrumento inconsciente de la reacción al que se derrotaría no con el disperso y débil carrancismo, sino lentamente, mediante el antivillismo que el Centauro se encargaría de fortalecer con sus atrocidades.

Un grupo de jefes constitucionalistas impidió que la ruptura llegara a la sangre formando un Comité de Pacificación, encargado de acordar con los jefes villistas la reunión de una Convención que representara a todos los revolucionarios, en

Aguascalientes u otra plaza neutral.⁶⁷ Tras largas pláticas los villistas aceptaron unirse a la Convención en Aguascalientes el 10 de octubre. También se acordó invitar al Ejército Libertador del Sur.

Los "pacificadores" tuvieron que asistir a la junta convocada por Carranza y convencer a la mayoría de trasladarse a Aguascalientes. Lograron excluir a los civiles carrancistas, pero fue rechazada una propuesta que exigía la revisión de los antecedentes militares de los delegados.⁶⁸

Así que la junta se trasladó en bloque a Aguascalientes. La ciudad había sido escogida por considerarse plaza neutral, pero esa neutralidad estaba garantizada por las fuerzas del general Pánfilo Natera, partidario de Villa, y en Zacatecas, con vía expedita hasta Aguascalientes, estaba el cuartel general de la División del Norte. Pocos días después la brigada del sanguinario general villista Tomás Urbina se movió a Rincón de Romos, a tiro de piedra de la sede convencionista.

En el seno de la Convención había tres grupos definidos: el villista, capitaneado por Felipe Angeles, "que buscaba el control de la Convención a todo trance" (p. 106); el carrancista, indeciso y sin dirección; y el de los independientes, que buscaban honestamente la unificación revolucionaria. En este último grupo, que tenía la mayoría, figuraban Villarreal, Hay, Obregón, Gutiérrez y Blanco, y se atraerían a algunos de los más conscientes elementos villistas, como Robles y Aguirre Benavides.

En las juntas preparatorias se volvieron a discutir los criterios de acreditación de delegados: Rafael Buena, David Berlanga y Carlos Prieto propusieron que fueran delegados los gobernadores y los generales con mando de más de mil hombres que se hubieran integrado a la Revolución antes de la batalla de Zacatecas, o sus representantes debidamente autorizados. Esa era, en esencia, la propuesta de la División del Norte en Torreón.⁶⁹

⁶⁷ Los coordinadores de este comité, integrado por 49 jefes militares, eran los generales Lucio Blanco, Rafael Buena, Eduardo Hay, Ignacio Pesqueira, y Medina (¿Julían?). Alvaro Obregón se incorporaría poco después.

⁶⁸ La propuesta partió del joven y aguerrido general Rafael Buena, uno de los "pacificadores". Amaya -seguro desconocía los méritos guerreros del bravo sinaloense-, dice que Buena no tenía suficiente prestigio militar para proponer algo tan descabellado. Aprovechemos la ocasión para remitir a un temprano y valioso texto de José C. Valadés, Rafael Buena, Las caballerías de la Revolución, México, Leega-Júcar, 1984, 158 p.

⁶⁹ La propuesta de la División del Norte en Torreón no incluía a los gobernadores, nombrados por Carranza en su mayoría y cuyos votos estarían comprometidos con el Primer Jefe, como lo señaló acertadamente el general Francisco Villa en el "Manifiesto al pueblo mexicano" en el que desconoce a Carranza, publicado en Chihuahua a finales de septiembre de 1914. Ni Buena ni Berlanga eran

Pero Roque González Garza declaró que la División del Norte estaba de acuerdo en aceptar a todos los generales, independientemente del número de tropas que tuvieran a su mando. Eso parecía una concesión a los carrancistas, pero se trataba en realidad de una maniobra villista, pues el Ejército Libertador del Sur, seguro aliado de la División del Norte, "tenía pocos hombres, pero muchos generales". Al final se aceptó la fórmula de conceder voz y voto a los gobernadores y a los generales, o a sus representantes.

Felipe Angeles tenía la pretensión de unir a los villistas y los zapatistas con sus simpatizantes de otras divisiones y conducir al país a una dictadura militar en la que se asignaba a sí mismo el papel principal, y la actuación de muchos villistas en la Convención no parecía tener otra guía que ese programa. Cuando llegaron los delegados surianos, la verba demagógica de Soto y Gama y Paulino Martínez terminó de inclinar las discusiones en favor de la alianza zapato-villista.

Esa actividad disolvió los grupos anteriores dividiendo a la Convención en dos: villistas y antivillistas. Entre los segundos estaban los carrancistas y casi todos los independientes. Así se llegó al momento de elegir presidente provisional. La candidatura que parecía más fuerte, la del general Antonio I. Villarreal, fue vetada por los zapatistas, que propusieron una tema formada por Juan Cabral, José I. Robles y Eugenio Aguirre Benavides. Este último declaró que los villistas se habían comprometido a no aceptar la presidencia, e hizo un encendido elogio de Cabral, y cuando la elección de éste parecía asegurada, el general Obregón solicitó un breve receso para que se pensaran mejor las cosas y no hubiera un candidato único. Tras el receso se presentó una nueva tema integrada por Cabral, Robles y Eulalio Gutiérrez, saliendo electo éste último.

Elegido el nuevo presidente sendas comisiones salieron de Aguascalientes a notificar a Villa y a Carranza sus respectivos ceses. El Centauro respondió con un salvaje exabrupto.⁷⁰ Después enviaría a la Asamblea un mensaje dictado por Angeles

villistas, y el coronel Carlos Prieto representaba a Cándido Aguilar, uno de los jefes más adictos a don Venustiano. (Ver las lista de representantes y representados en Florencio Barrera Fuentes, *Crónicas y debates de las sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria*, tomo I, pp. 19-23).

⁷⁰ Amaya cita y da por bueno el relato de Vasconcelos en *La Tormenta*, según el cual fueron el ilustre caxaqueño y los generales Robles y Raúl Madero los que llevaron el mensaje al Centauro. Ya vimos en la detallada historia de Alessio que la comisión enviada a Villa la integraban Juan Cabral, Miguel Peralta, Martín Espinosa, Fidel Avila, Samuel Vázquez y Enrique W. Paniagua. Y hay que decir que mientras las fuentes de Alessio eran las Actas de Sesiones de la Convención y una

en el que aceptaba su cese y le añadía de su cosecha la proposición de que lo fusilaran junto con Carranza.

Carranza no aceptó su deposición y respondió a los mensajes de Eulalio Gutiérrez con sofismas y triquiñuelas mientras sus leales aprestaban las armas para luchar contra la Convención. Pablo González, Jacinto B. Treviño, Cándido Aguilar, Francisco Coss, Francisco Murguía, Manuel M. Diéguez y otros jefes menos significados retiraron a sus representantes de la asamblea revolucionaria.

Eulalio Gutiérrez buscó por todos los medios honrosos avenirse con Carranza, pero cuando la rebeldía del de Cuatro Ciénegas fue evidente comprendió la inminencia de la guerra civil, y le confirió el mando de los ejércitos de la Convención al general Villa, que de inmediato inició las hostilidades.

"La medida fue funesta" pues les dio el pretexto que necesitaban a todos los que buscaban zafarse de su compromiso con la Convención, y, sobre todo, puso a los verdaderos convencionistas, los independientes, ante la terrible disyuntiva de subordinarse al terrible guerrillero duranguense, que ya se perfilaba como dictador militar, o de desconocer a la Convención, optando por el partido carrancista. La Convención era a estas alturas un instrumento villista, y la mayoría de los independientes, con Alvaro Obregón a la cabeza, se fueron con Carranza.

La Convención como asamblea pacificadora había fracasado, y ambos bandos tuvieron su dosis de responsabilidad, pues más que la unidad lo que buscaban era imponerse. Ahora había dos partidos que se combatirían con furia.

La situación militar era extremadamente favorable para los convencionistas, que en pocos días ocuparon la ciudad de México. Zapata y Villa se encontraron en Xochimilco, intercambiaron víctimas y dejaron bien clara la bandera del caudillismo militar que ambos tremolaban.

Con la ocupación de la ciudad de México por las tropas villistas se multiplicaron las tropelías de jefes y soldados. Villistas y zapatistas competían en atentados contra vidas y propiedades y la inseguridad era el pan de cada día. Gutiérrez quiso poner freno a los innumerables abusos, atrayéndose la cólera del Centauro.

Convencido de que no podía establecerse ningún gobierno honorable bajo el yugo villista, don Eulalio buscó atraerse a los convencionistas honestos que se habían ido con el Primer Jefe, pero Obregón había adoptado decididamente la bandera carrancista y Gutiérrez vio fracasar sus ambiciones.

Mientras, lo que quedaba de la Convención volvió a reunirse. La nueva asamblea representaba solamente a los adictos a Villa y a Zapata, y estaba dividida en los bandos norteño y suriano, que como no habían tenido en común más que su anticarrancismo, empezaron a chocar a cada paso.

Las dos bancadas actuaban en bloque, de modo que tenía el control de la Convención el que llevara más delegados, mayoría que tuvieron pronto los surianos. La jefatura de la delegación villista pareció recaer en Federico Cervantes, culto y distinguido ex-alumno del Colegio Militar, que representaba al general Angeles.

Las dos primeras escaramuzas en la nueva Convención fueron la aprobación del gobierno parlamentario -contra la que votó Cervantes-, y la necesidad de hacer frente a la defección de Eulalio Gutiérrez y los suyos. La Convención eligió presidente al general Roque González Garza, revolucionario a carta cabal y hombre bueno y generoso, pero de gran ingenuidad, "escasa cultura, inteligencia mediana, espíritu subalterno" (p. 200).

El vigoroso empuje del general Obregón obligó a la Convención a irse más que aprisa a Cuernavaca, con lo que la mayoría zapatista se reforzó aun más. Del 31 de enero al 11 de marzo de 1915 la Convención sesionó en Cuernavaca, y en esos días recrudesció la pugna ideológica entre norteños y surianos, y aunque la mayor parte del tiempo se fue en estériles disputas, se empezó a discutir el "Proyecto de reformas político-sociales de la Revolución", documento que era más expresión de los zapatistas que de la Convención. Cada vez era más evidente el liberalismo de los delegados villistas y su falta de comprensión del problema agrario: no parecían tener otra bandera que el restablecimiento del orden constitucional y de un gobierno que emulara al de don Francisco I. Madero, con la Reforma juarista como faro; así, cuando se discutió la legalidad de los sindicatos, los delegados norteños afirmaron que dicha libertad estaba comprendida en el artículo 9o. constitucional, que concedía a los mexicanos el derecho de asociación; en tanto los surianos, que atacaban cada vez que podían a la Constitución de 1857, exigían una legislación explícita sobre el asunto.

La dividida Convención tenía sus días contados: durante los tres primeros meses de 1915 la situación militar estuvo indecisa, pero en abril los villistas perdieron las dos batallas de Celaya y en junio la de Trinidad. En julio el general Obregón le dio el golpe final a la División del Norte en Aguascalientes y el general Pablo González tomó definitivamente la ciudad de México. El 19 de octubre, el gobierno norteamericano reconoció al de Carranza como gobierno de facto de México.

Cuando era inminente la toma de la capital por las tropas de don Pablo, la Convención se fue a Toluca. Poco quedaba de ella: muchos de los más distinguidos delegados se pusieron al frente de sus tropas ante la difícil situación militar, otros se fueron a Cuernavaca. La alianza entre villistas y zapatistas se acercaba a su fin, y nadie hacía caso al gris presidente que sustituyó a González Garza: Francisco Lagos Cházaro. Sin embargo, el 27 de septiembre se aprobó por fin el programa de reformas, que era todo un plan revolucionario de gobierno. Hecho eso, ya nada unía a lo que quedaba de la Convención, y el 10 de octubre se disolvió la asamblea, aunque los delegados surianos, que se fueron a Cuernavaca, instalaron una junta a la que siguieron llamando Soberana Convención Revolucionaria.

Sorprende que la Convención, a pesar de las limitaciones de quienes la integraron, de la incomprensión general hacia su labor, de las traiciones que padeció, de la sumisión a veces abyecta a los caudillos, de todas las vicisitudes de su vida azarosa, de la penuria, de las rivalidades surgidas en su seno; en fin, de tantos factores que sumados forman una montaña, haya podido cumplir el más importante de sus deberes: señalar las metas de la Revolución Mexicana [...]

El mensaje convencionista [...] volvió a oírse en los debates del Congreso Constituyente de 1917. Ha seguido escuchándose cual voz que emerge del subsuelo revolucionario, en cada momento crucial de la vida de México, señalando siempre una ruta invariable cual aguja magnética de la mexicanidad (p. 443).

En esa asamblea de vida tan complicada los villistas jugaron dos papeles: cuando la Convención surgió como la vía para lograr la unidad revolucionaria los villistas la hicieron naufragar con sus ambiciones de mando; sobre todo, por el hambre de poder de Felipe Angeles y la aspiración dictatorial de Francisco Villa. Cuando la Convención se convirtió en el organismo colegiado de la frágil alianza zapato-villista, la División del Norte fue su más firme sostén militar y sus representantes en la Convención eran el ala derecha, liberal clásica, de esa asamblea.

CAPITULO III

UNA SOLA REVOLUCION

En el pórtico del capítulo anterior explicamos, a vuelo de pájaro, la interpretación de la Revolución vigente entre 1935 y 1968. Conforme esa idea se afianzaba, lo mismo que el sistema político mexicano, parecía más inamovible. Los últimos años de la década de los cincuenta y los ocho primeros de la siguiente vieron la consagración del paradigma.

Pero lo más importante de esos años fue la llegada de los historiadores académicos, que no creían que haber presenciado los hechos fuera condición sine qua non para escribir la historia de la Revolución. Esta academización -discutida por los últimos veteranos, que seguían reclamando el monopolio de la verdad- fue inaugurada por una generación de historiadores a la que don Luis González bautizó con un nombre acertado y explícito: "Los restauradores de la prudencia".¹ A ella pertenecen hombres como Daniel Cosío Villegas -a quien no veremos aquí, pero que me parece que es símbolo de su generación-, Jesús Silva Herzog, José C. Valadés, Manuel González Ramírez, Miguel A. Sánchez Lamego y Florencia Barrera Fuentes, acuciosos investigadores, constructores de las grandes, detalladas y bien hechas historias de la Revolución, fundadores de una nueva forma de hacer historia y de los lugares donde va a hacerse: la academia, en el sentido estricto de la palabra.

Es decir, fue entonces cuando se escribieron las grandes historias de la Revolución. Con cuatro excepciones,² los libros revisados en este capítulo se escribieron durante los gobiernos de Adolfo López Mateos y Gustavo Díaz Ordaz. La idea de la Revolución popular, agraria y nacionalista; una e indivisible, mexicana hasta la médula, va a construir sus grandes monumentos poco antes de llegar al hartazgo y, sobre todo, a la evidencia -con el '68- del agotamiento del modelo que defendía.

La crítica de esa idea, surgida de las filas de la oposición de derecha, no hacía sino reafirmar su vigencia: después de todo, eran los reaccionarios, los eternos enemigos de la Revolución, los que seguían estando contra ella

¹ Luis González, "Setenta y cinco años de investigación histórica en México", pp. 667 y ss.

² No muy lejanas: Vera Estañol publicó su libro en 1957, y las multivoluminosas obras de Sánchez Lamego y Calzadiaz también empezaron a publicarse en las postrimerías del sexenio de Adolfo Ruiz Cortines. La gran excepción en ese sentido, como en tantos otros, es don Francisco Bulnes, que está en éste capítulo a pesar de haber publicado su libro en 1920.

1.- LAS HISTORIAS GENERALES.

En este apartado veremos los grandes monumentos historiográficos construidos en la década de los sesenta, las historias generales de la Revolución escritas por "los restauradores de la prudencia". Las obras que establecieron de la mejor manera posible la idea de la Revolución popular, agraria y antiimperialista, una sola, desde Madero hasta el presidente en turno.

Los autores aquí revisados son, en su mayoría, prestigiados académicos, constructores de instituciones o fundadores de tradiciones, dueños de plumas fecundas e incansables y, todavía, políticos o diplomáticos cuando hacía falta. ¿Sus nombres? Jesús Silva Herzog, José C. Valadés, Manuel González Ramírez y Miguel Ángel Sánchez Lamego.

No deja de ser curioso que estos libros sean, al mismo tiempo, el canto del cisne de esa interpretación de la Revolución mexicana.

MIGUEL ANGEL SANCHEZ LAMEGO (1897-?)

Es común oír que en México no existe la historiografía militar... o casi. A diferencia de lo que pasa en Europa o los Estados Unidos, donde ha recibido la atención de militares dedicados de tiempo completo a estudiar los hechos de armas y los ejércitos, y de historiadores profesionales especialistas en temas castrenses, en nuestro país la historia militar, rama de la política, no ha sido estudiada más que tangencialmente por los historiadores; y muy pocos son los militares que escriben más allá de un libro o dos, de algún anecdotario o panfleto.

Los generales Luis Garfías Magaña, Juan Manuel Torrea y Miguel Ángel Sánchez Lamego son los tres más conspicuos historiadores militares posrevolucionarios. En su abundantísima obra se puede confirmar lo atrás dicho,

debidamente matizado, claro. Su obra es un importante punto de partida para escribir la historia militar de México, pero de ninguna manera es esa historia militar.³

Aquí revisaremos la Historia militar de la Revolución constitucionalista⁴ y la Historia militar de la Revolución en la época de la Convención,⁵ de Sánchez Lamego. De entrada hay que decir que el autor procuraba no meterse con el discurso político, y que el objeto de estudio de estos libros son los hechos de armas, no los ejércitos, de manera que sólo entre líneas es posible encontrar qué era la División del Norte como corporación militar.

Basándose casi exclusivamente en los archivos militares (el Archivo Histórico y el Archivo "Cancelados" de la Secretaría de la Defensa Nacional), nuestro autor hace, en la Historia militar de la Revolución constitucionalista, una detalladísima crónica de los hechos de armas ocurridos entre febrero de 1913 y agosto de 1914. De todo ese cúmulo de información se pueden deducir varias cosas.

Cuando empezó la Revolución constitucionalista Chihuahua era uno de los estados mejor guarnecidos por el ejército federal, pues todavía estaban en él buena parte de los cuerpos que habían combatido a la rebelión oroquista, cuyos ecos aun no se apagaban. No obstante, en los últimos días de febrero y los primeros de marzo de 1913, se levantaron en armas Manuel Chao y Tomás Urbina en el sur del estado, Rosalío Hernández y Maclovio Herrera en el centro, Toribio Ortega en el noreste y Francisco Villa en el noroeste.

Para fines de junio de 1913, aunque cada una de estos jefes obraba por su cuenta, Chao, Ortega, Hernández y Urbina, ya habían reconocido a Villa como jefe y empezaban a actuar coordinadamente. Así mismo, todos habían reconocido el Plan de Guadalupe como bandera y a Venustiano Carranza como Primer Jefe.

³ Remito al lector a un inteligente estudio sobre las características de estos militares historiadores a través de uno de los más notables de sus representantes: Bernardo Ibarrola, Juan Manuel Torre, Biógrafo de banderas. Una aproximación a la historiografía militar. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, Tesis de licenciatura en historia, 1996, VIII-231 p. Véase sobre todo pp. 212 y ss..

⁴ Miguel A. Sánchez Lamego, Historia militar de la Revolución constitucionalista. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1956-1960, VI.

⁵ Miguel A. Sánchez Lamego, Historia militar de la Revolución en la época de la Convención. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1963, 210 p.

También en el mes de junio, la partidas revolucionarias de Domingo Arrieta, Martín Triana, Calixto Contreras y Orestes Pereyra, mandados en jefe por Tomás Urbina, habían tomado la capital duranguense.

En el tercer tomo vemos cómo, después del brillante triunfo obtenido en San Andrés por la Brigada Villa, el 26 de agosto de 1913, los revolucionarios de La Laguna, que tenían meses amagando Torreón, invitaron a Villa a colaborar en un ataque definitivo a esa plaza.

Toribio Ortega ya se había incorporado a la brigada Villa, y en el camino hacia La Laguna lo harían Maclovio Herrera y Tomás Urbina. Villa citó a los diversos contingentes en La Goma (sic), cerca de Torreón, a donde llegaron las tropas de Orestes Pereyra, Calixto Contreras, Eugenio Aguirre Benavides, José Isabel Robles, Domingo Yuriart y otros cabecillas. Se realizó una junta entre los comandantes de las diversas brigadas y Villa fue elegido jefe de todas esas tropas, naciendo así la División del Norte, a la que se agregarían los demás revolucionarios chihuahuenses -Manuel Chao y Rosalío Hernández- después de la toma de Torreón (1o. de octubre de 1913), que reafirmó la autoridad de Villa. De Torreón, Villa regresó a Chihuahua al frente de la División, y tres brillantes batallas libradas en noviembre de 1913 le dieron el control militar del estado.

En el quinto tomo se ve la culminación de la campaña. Conquistado el estado de Chihuahua, el grueso de la División permaneció tres meses casi inactiva, organizándose y pertrechándose, y a mediados de marzo de 1914 marchó hacia la Perla de La Laguna. Los combates iniciaron el 20 de marzo, y la División entró victoriosa a Torreón el 3 de abril, coronando la batalla de la Revolución más completa e importante librada hasta entonces, aunque Sánchez Lamego critique la "inconsciente táctica" de Villa. Del 8 al 12 de abril Villa alcanzó y derrotó en San Pedro de las Colonias a los restos de las divisiones federales del Nazas (José Refugio Velasco) y del Bravo (Joaquín de Maure). Con esas dos batallas, la División del Norte concluyó la campaña de La Laguna y se concentró en Torreón preparando su avance al sur.

Ese avance se retardó cuando por órdenes expresas de Carranza la División marchó a tomar Saltillo, destruyendo a una fuerte columna federal en estación Paredón,

el 17 de mayo, con lo que la guarnición de Saltillo evacuó precipitadamente la capital coahuilense. Villa la ocupó, la entregó a Pablo González, y regresó a Torreón con toda su División.

Mientras, el general Pánfilo Natera con los revolucionarios de Durango y Zacatecas planeaba el asalto a la capital zacatecana, que inició el día 9 de junio, siendo rechazado con pérdidas. Carranza había pedido a Villa que enviara refuerzos a Natera, pero el Centauro, que consideraba que Zacatecas estaba dentro de la línea de sus armas, no obedeció. El resultado fue la insubordinación de los generales villistas, la marcha de la División a Zacatecas y la toma de la ciudad, el 23 de junio. La batalla fue brillante, consiente Sánchez Lamego, pero se ganó gracias a la inmensa superioridad numérica de los atacantes.⁶

Aquí termina la más detallada historia de las batallas entabladas por los villistas. Es constante el afán de restarle méritos militares al general Villa y a sus tropas, lo mismo que en el resto del libro es común la exaltación de Carranza y la atención excesiva prestada a la División del Noreste. Sin embargo, el autor se ve precisado a reconocer que fue en la línea de la División del Norte en la que los federales recibieron los más duros golpes, envaneciéndose Villa de tal manera con sus notables victorias

que sintiéndose amo y señor de los destinos de México, desconoció la autoridad del señor Carranza como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y creando una grave escisión en las filas revolucionarias, condujo al país a una nueva lucha armada que sangró mucho a la patria (V, p. 389).

Pero además de Villa se distinguieron sobremanera los generales Alvaro Obregón y Pablo González. El autor resume así las características que como jefe militar tenía Villa, comparándolas con la de los otros dos caudillos mencionados:

El General Villa, que poseía poca o ninguna cultura, era impulsivo, soberbio, tenaz y sanguinario. El mando lo ejercía por medio de la violencia y el temor; así, por ejemplo, para que sus subalternos cumplieran con las misiones que les encomendaba, los amenazaba con la muerte si no llegaban a cumplirlas. (V, p. 386).

⁶ Según Sánchez Lamego, los revolucionarios eran 23 000 y los federales 5 000, no los 12 000 que dicen todos los autores revolucionarios, (V, pp. 251 y 258).

Y aunque por los resultados pareciera que el mejor modo de ejercer el mando era el de Villa, hay que subrayar que en las grandes batallas de la División del Norte se perdían siempre muchísimos hombres, contrastando con las de la División del Noroeste, mucho menos espectaculares pero más efectivas por sus resultados y menos costosas en vidas humanas.

Más de veinte años después Sánchez Lamego publicó su Historia militar de la Revolución en la época de la Convención, un librito de 210 páginas que contrasta con los tres gruesos volúmenes -más los dos de anexos- de su historia militar de la fase anterior de la Revolución. El estudio de las batallas no se acerca ni de lejos al que hay en el anterior, pero sí hay una explicación política de los hechos de que el otro carece.

El autor se siente obligado a explicar las causas de la escisión revolucionaria diciendo que las rutilantes victorias obtenidas por la División del Norte, exageradas por los aduladores del general Villa, hicieron que el Centauro se volviera ambicioso y engreído, actitud que alentaron sus más cercanos colaboradores, como el general Angeles Carranza, considerando los peligros que esta actitud podía traer, intentó restarle importancia a la División del Norte, con lo que se llegó a la insubordinación de los generales villistas en vísperas del ataque a Zacatecas.

El general Pablo González intentó evitar la escisión promoviendo las Conferencias de Torreón, pero los acuerdos tomados en ella no fueron aceptados por Carranza, y aunque Obregón medió en el conflicto y Carranza convocó a una junta de generales y gobernadores, la División del Norte terminó por desconocerlo.

Cuando se reunió la junta de generales y gobernadores convocada por Carranza, ante la ausencia de los jefes villistas, la asamblea decidió trasladarse a Aguascalientes, considerada plaza neutral, e invitar también a los zapatistas.

Desde que ocupó la capital de la República, el señor Carranza se puso en contacto con los jefes del Ejército Libertador del Sur en aras de alcanzar un acuerdo entre los revolucionarios; pero las condiciones puestas por los surianos eran absolutamente inaceptables.

La Convención reunida en Aguascalientes se declaró Soberana, eligió presidente interino al general Eulalio Gutiérrez y depuso al señor Carranza y al general Villa. Como Carranza no obedeció, fue declarado rebelde por el gobierno convencionista, que le dio el mando de sus tropas a Pancho Villa. Al deslindarse los campos, los convencionistas contaban con 60 000 hombres de la División del Norte y 30 000 del Ejército Libertador del Sur; mientras los constitucionalistas no eran más de 35 000.⁷

El gobierno de Gutiérrez se caracterizó por su completa falta de autoridad, por los continuos desmanes y conflictos entre villistas y zapatistas, y el absoluto desprecio de los jefes militares, Villa sobre todo, por las órdenes emanadas del gobierno. Gutiérrez terminó separándose de Zapata y Villa y su bandera desaparecería pronto de la escena nacional.

A la postre, una pléyade de magníficos jefes militares -Alvaro Obregón, Pablo González, Manuel M. Diéguez, Francisco Murguía, Cesáreo Castro, Francisco Coss, Jacinto B. Treviño, Luis Caballero, Benjamín Hill y todos los demás- redujo a polvo en los campos de batalla a la soberbia División del Norte.⁸

⁷ Son tan exagerados estos datos que el mismo autor se contradice: por ejemplo, en la página 30 dice que cuando Murguía se unió a Diéguez en Jalisco, las fuerzas de ambos jefes sumaban 7 000 hombres; para después decir, en la página 123, que cuando Diéguez se quedó en Jalisco como gobernador y comandante militar del Estado tenía 14 000 hombres, a los que agregó seis batallones más antes de declararse definitivamente por el bando carrancista. Por su parte, el general Francisco Murguía tenía 9 000 hombres cuando se vio obligado a evacuar Toluca, y cuando se incorporó a Diéguez, en Tuxpan, Jalisco, tenía 6 000 soldados, con lo que las tropas de ambos ascendieron a 9000 efectivos (p. 130).

Así pues, de hacer caso a la cifra que me obligó a abrir esta nota, al consumarse el rompimiento, Diéguez y Murguía tenían a sus órdenes a más de las dos terceras partes de los soldados carrancistas, y, por lo tanto, Obregón, González, Coss, Villarreal y los demás, reunirían juntos apenas 10 000 soldados.

⁸ Hablando de historia militar, un año después de la publicación de los últimos tomos de la Historia militar de la Revolución Constitucionalista, apareció un libro que intentaba, con poca fortuna, ser la historia militar del villismo: Arturo Langley Ramírez, El ejército villista. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1961, 163 p.

JESUS SILVA HERZOG (1892-1985)

En 1960 don Jesús Silva Herzog publicó su Breve historia de la Revolución Mexicana,⁹ un libro que estaba destinado a ser un best-seller. Los ejemplares vendidos de esta obra pasan del millón, lo que en un país como México es verdaderamente extraordinario. La razón de eso quizá sea que se trata de una versión sintetizada, bien escrita y asequible a un público muy amplio, de la interpretación vigente de la Revolución mexicana; además de ser una edición barata respaldada por la reconocida autoridad de don Jesús.

Es decir, que si en algún libro podemos encontrar las líneas principales de la interpretación de la Revolución mexicana que rigió entre 1935 y 1968, claramente enunciadas y fácilmente comprensibles, es en éste.

En él, el porfiriano fue un régimen que permitió que se agravara el injusto sistema en que descansaba la propiedad territorial en México, al acrecentar y fortalecer el poder y la extensión de los latifundios; que fomentó y privilegió al capital extranjero; y en el que el pueblo, hambriento y miserable, carecía de derechos políticos y sociales. Contra esa situación se levantaron en armas los mexicanos en 1910.

Después del asesinato del presidente Madero, la insurrección cundió con mayor fuerza. En Chihuahua se destacó Francisco Villa, un antiguo abigeo feroz, astuto y desconfiado que se reveló como un extraordinario guerrero intuitivo. Villa, al frente de la aguerrida y fogueda División del Norte se adueñó de Chihuahua y La Laguna tras una serie de terribles batallas libradas entre noviembre de 1913 y abril de 1914. Al mismo tiempo, los generales Alvaro Obregón, Pablo González y Emiliano Zapata, al frente de sus respectivos ejércitos, también ganaron posiciones importantes.

En ese periodo la Revolución asumió el carácter de lucha de clases: con los revolucionarios estaban el pueblo y algunos intelectuales de la clase media; con Huerta estaban "el ejército pretoriano del general Díaz, el Clero y la grande y mediana burguesía nacional y extranjera" (II, p. 97).

⁹ Jesús Silva Herzog, Breve historia de la Revolución mexicana, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, II tomos.

Las dificultades entre Carranza y Villa surgieron desde marzo de 1914, cuando con un motivo baladí el Centauro ordenó fusilar al general Manuel Chao, gobernador de Chihuahua, y el Primer Jefe se lo impidió. A partir de entonces Villa fue para con el señor Carranza un subordinado descortés y renuente.

Villa era "violento, impulsivo, rudo e inculto [y] lo habían mareado sus victorias militares y el grupo de políticos que lo rodeaban, haciéndole creer que su significación en la guerra civil superaba en mucho a la del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista", y como además mandaba un ejército poderoso e invicto, "fácilmente se comprenderán su soberbia sin medida y el despertar de su ambición". (II, p. 136).

Las dificultades se agudizaron la primera quincena de junio de 1914: Carranza no quería que la División del Norte tomara Zacatecas, y Villa "quería añadir una victoria más a sus laureles". "El resultado fue gravísimo": la insubordinación de los generales de la División del Norte.

Pero por razones militares y patrióticas, los jefes villistas no consumaron su rebelión y se reunieron sendas delegaciones de las divisiones del Norte y del Noreste en Torreón, para limar asperezas. Entre las cláusulas del acuerdo al que se llegó destaca una en la que se ve con claridad el interés de los revolucionarios por resolver los problemas fundamentales de la nación: el agrario, el laboral y el político. Carranza, sin dejar de desconfiar de la actitud de Villa, apoyó tácitamente el Pacto de Torreón.

Consumado el triunfo, el Primer Jefe procuró entenderse con los zapatistas, que nunca habían reconocido su autoridad. Nada se obtuvo porque las desorbitadas demandas de los surianos exigían que los jefes de la victoriosa Revolución constitucionalista se subordinaran "a un campesino iletrado, débil, debilísimo desde el punto de vista militar", y que se aceptara incondicionalmente el deficiente e impracticable Plan de Ayala.

A pesar de los acuerdos de Torreón, Villa actuaba cada vez más sospechosamente. El Primer Jefe envió como mediador al general Obregón, que estuvo a punto de ser fusilado (de lo que logró salvarse "gracias a la ayuda decidida" de los generales José Isabel Robles y Eugenio Aguirre Benavides). "La insubordinación

de Villa se consumó el 22 de septiembre", mediante un telegrama en que le reprochaba al Primer Jefe poner continuos obstáculos a cualquier arreglo satisfactorio.

Lo que había hecho Carranza no había sido otra cosa que invitar en tono cortés a Francisco Villa a concurrir con los generales a sus órdenes a la Convención de generales constitucionalistas convocadas para el 1o. de octubre en la capital de la República con el objeto de discutir el programa de la Revolución (II, p. 146).

Villa sabía que en esa Convención estaría en minoría frente a los jefes leales y fracasaría su intención de apartar a don Venustiano y hacerse con el poder. La ambición del rústico caudillo había sido despertada por algunos letrados que estaban a su lado, y por sus lugartenientes "Rodolfo Fierro y Tomás Urbina, criminales natos de la peor ralea".

Un grupo de generales evitó el rompimiento al llegar al acuerdo de trasladar la Convención a Aguascalientes, considerada plaza neutral. Ahí la Convención se proclamó soberana, destituyó a Villa y a Carranza, empezó a discutir el programa social de la Revolución, y nombró presidente provisional al general Eulalio Gutiérrez. Pero fracasó en su cometido principal, que era evitar la guerra entre las facciones revolucionarias: Carranza se negó a someterse a Gutiérrez y éste nombró a Villa jefe de las operaciones contra los constitucionalistas.

La División del Norte avanzó sin encontrar obstáculos hasta la ciudad de México, en la que pronto empezaron las desavenencias entre Zapata, Villa y Gutiérrez, sobre todo entre los dos últimos, a causa de los desmanes y tropelías del Centauro y sus subordinados. Por fin, "Gutiérrez y sus consejeros comprendieron que Villa era ingobernable, ambicioso y brutal" (II, p. 164), y concibieron el plan de formar una facción independiente de Villa, Zapata y Carranza. Descubierta su plan por el Centauro, no pudieron ponerlo en práctica y fueron anulados rápidamente.

En enero de 1915 los villistas y zapatistas tenían importantes ventajas militares, pero la mejor dirección política y militar la tenían los constitucionalistas. Mientras en la zona convencionista imperaba la anarquía, en Veracruz se iniciaban las reformas sociales de la Revolución con la expedición de la ley del 6 de enero, que arrebató el monopolio de la bandera agraria a los zapatistas, y tuvo un papel importantísimo en la

victoria del constitucionalismo. Carranza tenía razón -al menos en parte- al llamar "reaccionario" a Villa, porque muchos enemigos de la Revolución se acogieron a su sombra. Desde marzo de 1914, el villismo se convirtió en el ala derecha del movimiento revolucionario.

Entre el 6 de abril y el 10 de julio de 1915, el poderoso ejército del general Obregón destruyó en cuatro memorables batallas a la División del Norte. La lucha entre villistas y carrancistas continuó durante todo 1915, hasta reducir a la División del Norte a un puñado de hombres. Todavía durante un lustro Pancho Villa fue un problema de seguridad nacional.

La Convención, por su parte, aunque signó un interesante programa revolucionario, se fue debilitando y dividiendo conforme el villismo fue siendo arrinconado, hasta que se disolvió. Pese a todo lo dicho, tanto la ley agraria villista como el programa de reformas de la Convención muestran que también los villistas eran revolucionarios y también estaban interesados en la resolución de los grandes problemas nacionales.

Terminamos: Francisco Villa era un jefe militar atrabiliario e impetuoso, cuya ignorancia y ambición fueron explotadas por un grupo de políticos. Su ejército fue importante para derrotar a la usurpación, pero después fue, en parte, el instrumento de algunos enemigos de la Revolución. Sin embargo, los villistas también eran revolucionarios: el Pacto de Torreón, la ley agraria villista y el programa de la Convención muestran que se lanzaron a la lucha impulsados por los mismos ideales que los demás revolucionarios.

MANUEL GONZALEZ RAMIREZ (1904-1980?)

Don Manuel González Ramírez dirigió el Patronato para la Historia de Sonora (de la que fueron mecenas Aarón Sáenz y Luis L. León, entre otros), bajo cuyo sello se editó una colección de documentos de la Revolución (sobre todo los Ocho mil kilómetros en campaña) e investigaciones históricas.

Su carrera como historiador empezó en 1939, cuando terció en defensa del general Obregón en la polémica que sobre los Tratados de Bucareli mantenían Aquiles Elorduy y Antonio Gómez Robledo. En 1960 empezó a publicar los tres tomos de La Revolución social de México,¹⁰ en la que se proponía interpretar esa Revolución nacionalista y popular, recogiendo la antorcha de los sonorenses, que ya no estaban para escribir ni lo harían con la seriedad y disciplina propias de don Manuel. Casi podríamos decir que es esta la historia que los sonorenses sobrevivientes hubieran querido escribir, pasados algunos años de haber dejado el timón del estado. Es a la luz de ese enfoque que veremos aquí a los villistas.

En ese sentido, es riquísimo en el Tomo I, "Las ideas-La violencia", el apartado titulado "La escisión Carranza-Villa".

Francisco Villa, antiguo capitán de bandoleros, no entendía mayor argumento que la fuerza. Fue un subordinado constante. Su adhesión al constitucionalismo fue precaria desde el principio. Consideraba que Chihuahua era su feudo, que sus soldados estaban a su servicio personal y que sus órdenes eran indiscutibles.

El distanciamiento entre el Centauro y el señor Carranza comenzó cuando llegó el Primer Jefe a Chihuahua, en marzo de 1914. El conato de fusilamiento del general y gobernador Manuel Chao, impedido por Carranza; la intervención del Primer Jefe en los ferrocarriles villistas y otras medidas administrativas, fueron separando a ambos caudillos.

Otro elemento de discordia fueron los maderistas que entre marzo y octubre de 1913 ofrecieron sus servicios al Primer Jefe de la Revolución, siendo rechazados con el argumento de que habían demostrado su ineptitud al ser incapaces de sostener al gobierno del señor Madero cuando tenían todo el poder en sus manos. Los maderistas respondieron diciendo que habían sido rechazados por los antecedentes porfiristas de don Venustiano, y porque éste era un autócrata ambicioso.¹¹

¹⁰ Manuel González Ramírez, La Revolución social de México, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, III t.

¹¹ Por supuesto, para el autor quien tenía razón era Carranza, y se apoya en una confianza hecha por Madero, en sus últimos momentos, a don Manuel Márquez Sterling, en la que reconoció la mediocridad de sus colaboradores. (Aunque por el contexto Madero parece referirse más a gente como Rafael Hernández y Gustavo Salas que a los maderistas tipo don Gustavo Madero, Federico González Garza o Miguel Díaz Lombardo, ver I, p. 478).

Estos maderistas, salvo los pocos que Carranza consideró útiles, rodearon a Villa, adulándolo, exagerando hiperbólicamente sus méritos y llenándolo de desconfianza contra Carranza; logrando al fin hacerle creer que él llevaba el peso principal de la Revolución. Los enviados del gobierno norteamericano, Hugh L. Scott y George C. Carothers también contribuyeron a despertar la ambición de Villa y a distanciarlo del Primer Jefe. El resto lo hizo el carácter levantisco e insubordinado del Centauro.

Cuando el Primer Jefe ordenó que Pánfilo Natera atacara Zacatecas lo guiaba la preocupación por la insubordinación de Villa, que ya se cernía en el horizonte; y, sobre todo, el riesgo, "de ninguna manera supuesto sino real", de que tomada Zacatecas, la División del Norte avanzara hasta México, concertando una alianza con el ejército federal a través del general Felipe Angeles, alianza que salvaría a los personeros del antiguo régimen y haría de Villa el árbitro de la situación. Pero el intento de Carranza por disciplinar a Villa terminó con la insubordinación no sólo del Centauro, sino de todos los generales de la División del Norte.

Algunos generales revolucionarios mediaron entonces entre ambos rivales logrando que se celebraran unas conferencias en Torreón. Lo que estaba a discusión era la unidad de mando del Ejército Constitucionalista, pero los delegados villistas de entrada se quejaron del incumplimiento del Plan de Guadalupe, trataron de excluir al Primer Jefe, propusieron la celebración de una Convención revolucionaria; pero, sobre todo, de acuerdo con los delegados del Noreste, se comprometieron mediante la "cláusula de oro", a combatir hasta la destrucción del enemigo, y a no desarmarse hasta la resolución de las demandas del pueblo. Nada práctico salió de estas conferencias, pues Carranza rehusó o modificó los principales acuerdos. Los villistas lo siguieron llamando dictador y el Primer Jefe siguió apoyándose en el principio de autoridad que habría de salvar a la Revolución.

Tras la rendición incondicional del ejército federal, el general Obregón trató de mediar en los dos conflictos que amenazaban la unidad revolucionaria. En Sonora, el gobernador Maytorena, que había abandonado su puesto en la hora más grave,

luchaba contra el paladín del constitucionalismo, Plutarco Elías Calles; y en Chihuahua iba tomando cuerpo la insubordinación villista.¹²

A fines de septiembre de 1914, Villa y Maytorena, cada quien por su lado, desconocieron al Primer Jefe en sendos documentos cuya argumentación principal era insostenible: lo que importaba al fin era el desconocimiento final del constitucionalismo.

El factor de la escisión había sido el general Felipe Angeles, prestigiado general del viejo ejército, maderista, de esos maderistas "medias tintas"¹³ que contribuyeron a la caída del régimen. La actuación de Angeles durante la Decena Trágica fue, por lo menos, sospechosa. Se unió tardíamente a la Revolución, y lleno de resentimientos personales contra Carranza y Obregón, se convirtió en el jefe de todos esos maderistas que militaban en las filas villistas. Fue Angeles el responsable final de la desobediencia al Primer Jefe en el asunto de Zacatecas.

Si por espíritu de casta Angeles pertenecía al ejército federal, por sus ideas políticas estaba más cerca de los Manuel Calero y los Jorge Vera Estañol que de los revolucionarios. Ya en la División del Norte, Angeles logró que muchos jefes federales se fueran sumando al villismo, que empezaba a ser una carta del régimen derrotado.

Cuando parecía inevitable que se rompieran las hostilidades se llegó al acuerdo de trasladar la Convención a Aguascalientes, con la participación de todos los jefes constitucionalistas. La plaza de Aguascalientes pronto dejó de ser neutral para caer bajo la influencia de los villistas.

En un principio, parecía que las fuerzas villistas y constitucionalistas estaban equilibradas, pero pronto se fueron imponiendo los villistas, guiados por Felipe Angeles. Prueba de ese dominio fueron la invitación a los zapatistas y la declaración de que la Convención era soberana.¹⁴

La llegada de los zapatistas fortaleció el anticarrancismo de la asamblea y la posición de los maderistas: en la alianza zapato-villista se reunieron los tres grupos que

¹² Me abstengo de comentar los viajes de Obregón a Chihuahua y sus resultados, porque no hacen sino reproducir la versión del divisionario sonorense aparecida en sus Ocho mil kilómetros en campaña.

¹³ Esta frase le fascina al autor, que la usa una y otra vez cuando se refiere a los viejos maderistas que militaban en las filas villistas.

¹⁴ Y agrega el autor- el nombramiento del huertista Vito Alessio Robles como secretario, que desde entonces, haciéndose pasar por revolucionario, seguiría atacando a la Revolución.

se habían escindido de la Revolución, los madero-villistas, los magonistas y los vazquezgomistas (zapatistas y crozquistas), y la Convención navegó de la mano de las intrigas de un militar federal, Felipe Angeles, y de la oratoria demagógica de un anarcomagonista, Antonio Díaz Soto y Gama.

Pronto se vio que el verdadero interés de villistas y zapatistas no era discutir el programa de la Revolución sino desplazar a Carranza, en quien se veía el mayor obstáculo para el encumbramiento de la alianza Villa-Zapata-Angeles-Maytorena. La estatura moral de la asamblea se empequeñecía por momentos, conforme la intriga se abría paso y mediocridades como Roque González Garza dominaban las discusiones y la tribuna. Por fin fue electo presidente un militar que no tenía compromisos con el constitucionalismo, Eulalio Gutiérrez, y Carranza se dispuso a combatir a los sostenedores de ese ilusorio gobierno.

Pronto se vio que aun para sus parciales la Convención era un mero elemento decorativo. Villa y Zapata, sin consultarla para nada, firmaron un pacto en el que se atribuyeron el papel de árbitros del futuro de México. Los caudillos y sus lugartenientes cada vez tomaban menos en cuenta al presidente Gutiérrez y lo desobedecían abiertamente, no habiendo más gobierno que la dictadura militar de Zapata en el sur y la dictadura militar de Villa en el norte. Gutiérrez terminó separándose de ellos. A Carranza y Obregón les tocaría vencerlos.

Para resumir, cuatro fueron los factores principales de la escisión Carranza-Villa: a) a posición de los viejos maderistas, rechazados por el señor Carranza por su mediocridad evidente y su escaso compromiso revolucionario, y que a la sombra de Villa intriguaron contra el constitucionalismo; b) la labor de Felipe Angeles, representante de los intereses del antiguo régimen; c) el juego político del gobierno norteamericano, para quien Villa era un peón usado contra el nacionalismo carrancista y; d) la personalidad de Francisco Villa, sus veleidades, su insubordinación natural, sus impulsos y su desaforada ambición, que fueron campo fértil para las intrigas de los anteriores.

Es decir, que el villismo, sin dejar de ser una corriente de la Revolución, era la de los "medias tintas" que con su tibieza e incapacidad habían llevado al fracaso al

régimen maderista. Esa tibieza hizo posible que el villismo fuera el refugio natural de los derrotados defensores del antiguo régimen.

En el tomo II, "Las instituciones sociales-El problema económico", que apareció en 1965, hay un apartado que complementa la visión de las diferencias entre carrancistas y convencionistas: "La Convención militar".

Los "ciudadanos armados" que se rebelaron contra la usurpación huertista recurrieron a la violencia con el objeto de restaurar el sistema constitucional,

Pero las intrigas divisionistas de Carothers, de Felipe Angeles y de los antiguos maderistas "media tinta", así como la embriaguez de poder que asaltó a Villa y la irreductible rebeldía de Emiliano Zapata, ahondaron el distanciamiento que surgió entre el Centauro del Norte y Venustiano Carranza (II, pp. 215-216).

Los dos grupos en que se dividió la Revolución se preocuparon por legislar en materia social, a pesar del estruendo de las armas y de las ambiciones personales. El instrumento reformador de la facción zapato-villista fue la Convención Militar de 1914-15.

Las primeras ideas sobre la necesidad de reunir una asamblea revolucionaria se encuentran en el Plan de Ayala, pero el antecedente directo de la Convención es el Pacto de Torreón, que exigía la reunión de una Convención que estudiara el programa de la revolución, integrada con un delegado por cada mil soldados revolucionarios.

La Convención reunida en Aguascalientes se integró por generales con mando de más de mil hombres, o sus delegados autorizados, siempre que fueran militares. Con eso se excluyó a civiles de intachable trayectoria revolucionaria mientras se autorizaban los nombramientos de huertistas como Vito Alessio Robles y Federico Cervantes. A esos se agregó una creciente delegación zapatista, a la que nunca se le impusieron los rigurosos criterios de acreditación que tuvieron que sortear los delegados carrancistas.¹⁵ Después de la separación de los carrancistas, las

¹⁵ El autor olvida que para ser delegado en Aguascalientes no había que mandar mil hombres, sino ser general; olvida que también eran delegados los gobernadores, nombrados en su mayoría por el Primer Jefe; omite que la exclusión de los civiles carrancistas (Luis Cabrera y los demás) se hizo en la junta carrancista reunida en México y no en la Convención de Aguascalientes; y por fin, hay que decir que ni Vito Alessio Robles ni Federico Cervantes sirvieron al régimen de Huerta.

delegaciones villista y zapatista -esta sobre todo- dejaron de lado toda lógica en la acreditación de los delegados.

El problema agrario era el que más preocupaba a los revolucionarios, y en Aguascalientes se adoptó el Plan de Ayala. Esto le dio al villismo la bandera agrarista de que carecía en su rebelión contra el constitucionalismo. Sin embargo, las deliberaciones de la asamblea zapato-villista nunca cristalizaron en una legislación adecuada.

En la Convención se discutió todo lo baladí, se ventilaron todas las rivalidades entre norteños y surianos, y se concretó muy poco. Pese a todo, se aprobó un programa revolucionario.

"La Convención fue el instrumento de que se valió Francisco Villa" para justificar su desconocimiento de Carranza. Logrado eso, poco o nada le importó "la seguridad, el prestigio y la integridad de la Asamblea Militar", antes al contrario. (II, p. 244). Villa y Zapata, a despecho de la Convención y su gobierno, fueron los amos de la situación.

Pero la Convención no sólo fue el instrumento de división entre villistas y carrancistas; también dividiría a los zapatistas de los villistas: discursos tan reaccionarios como los de Federico Cervantes, representante de Felipe Angeles, indignos de una asamblea revolucionaria, enfurecían a los anarquistas que dirigían a la delegación suriana. La rivalidad entre ambas facciones arreciaba por momentos y, al fin, dio al traste con la asamblea.

Francisco Villa, cabeza verdadera de esa facción, fue el "genuino representante de las fuerzas irracionales, desbordadas e implacables". Fue un bandolero sobre cuyo pasado se tejió una falsa leyenda de vengador del honor familiar y de bandido generoso, grata a Felipe Angeles y George C. Carothers. La "quimera" que hizo de Villa un bandido generoso, un jefe militar inigualable y un gran revolucionario, complementándola con la imagen de un Carranza despótico, porfirista y lleno de envidia contra Villa, fue construida y explotada por los norteamericanos y los enemigos de la Revolución.

Villa fue un criminal que al servicio de la Revolución prestó valiosos servicios, pero que no fue capaz de disciplinarse y de participar de la fase constructiva de la

lucha. Sus principales consejeros eran Felipe Angeles, un enemigo de la Revolución incrustado en sus filas, y el personero del gobierno norteamericano, George C. Carothers, que amasó una fortuna al lado del Centauro.

El villismo era el grupo mediante el cual la política exterior norteamericana buscaba tener un gobierno mexicano propicio a sus intereses. Pero la falta de unidad y de doctrina del villismo, pese al apoyo norteamericano, nada pudieron contra el constitucionalismo.

En el tomo III, "El problema agrario", es evidente que, para el autor, el villismo no aportó nada significativo para la resolución de un problema en el que la energía de los sucesivos gobiernos revolucionarios (de Venustiano Carranza a Gustavo Díaz Ordaz) fue ejemplar.

JOSE C. VALADES (1901-1976)

En sus mocedades, don José C. Valadés fue testigo de la Revolución. Cuando aun no se apagaban los ecos del movimiento participó en las juventudes comunistas y luego, más identificado con el anarcosindicalismo, fue dirigente de la Confederación General de Trabajadores. En 1940 publicó un libro que hizo época: El porfirismo, historia de un régimen, con el que entró con el pie derecho en el gremio de los historiadores, que ya no abandonaría.

Entre 1963 y 1965 dio a la luz los diez volúmenes de la Historia general de la Revolución mexicana,¹⁶ que llegan hasta el periodo presidencial de Díaz Ordaz. Como la mayoría de los libros de Valadés, éstos son desordenados, a veces difíciles de leer, pesados. Sin embargo, la suya es una extensa y ambiciosa historia general de la Revolución que presenta una amplia visión sobre el proceso histórico del México contemporáneo.

¹⁶ José C. Valadés, Historia general de la Revolución mexicana, México, Editorial del Valle de México, 1965, 5 v.

Para Valadés, como para la mayoría de los historiadores de su época, la Revolución fue casi un acto de justicia elemental, y también, una revuelta de la periferia contra el centro, una Revolución de lugareños contra ciudadanos.

Si la Revolución de 1910 fue la guerra de los ideales, la de 1913 fue la del desquite político, de la satisfacción personal, de la restauración constitucional; la guerra que cobraría todos los agravios pendientes. "La era de los impulsos sustituye a la era de la razón" (I, pp. 662-663).

La Revolución constitucionalista tuvo su mayor empuje en Sonora, Coahuila y Chihuahua. En este último estado los maderistas se levantaron con gran fuerza, convirtiéndose Francisco Villa, de manera casi accidental, en su caudillo.

Sería difícil hallar en la época que remiramos, otro hombre con la cualidad de percibir clara y prontamente los deseos del pueblo, como si este se los comunicara en secreto. El alma de Villa era un reflejo del alma popular (II, p. 91).

El altísimo ideal de justicia que tenía el pueblo se reflejaba en Villa, que sin ser orador ni político sabía arrastrar a la gente hasta llevarla al mayor entusiasmo y disciplina. Pronto se convirtió en un caudillo popular sin rival: a sus dotes de dirigente se unía el valor inaudito de sus hombres, la determinación de destruir al ejército de Huerta como único programa, y su desinterés personal.

Tras una excepcional campaña guerrillera, Villa logró que los capitanes rebeldes de Chihuahua, Durango y La Laguna se reunieran en un solo cuerpo, la División del Norte, y que lo reconocieran como general en jefe. En las semanas siguientes el novel ejército ganó varias batallas, apoderándose de todo el estado de Chihuahua.

Mientras tanto, en Sonora, en tomo el Primer Jefe de la Revolución se iba formando un partido personalista, naciendo el carrancismo. Uno de los primeros errores políticos de este grupo fue la torpe exclusión del general Felipe Angeles, militar de la vieja escuela, amigo leal del presidente Madero, digno y desinteresado, de profundas convicciones políticas y de una honorabilidad a toda prueba.

La división entre los revolucionarios empezó cuando Carranza decidió convertir al general Obregón en el caudillo militar del constitucionalismo, en detrimento de los otros jefes, Villa sobre todo, a cuya sombra empezaba a formarse un partido

capitaneado por los antiguos maderistas Manuel Bonilla, Miguel Díaz Lombardo, Felipe Angeles, Roque González Garza y Raúl Madero, que, como los soldados y generales de la División, no reconocían otra autoridad que la de Pancho Villa.

Con los imponentes triunfos de la División del Norte en Torreón y San Pedro de las Colonias (marzo y abril de 1914), el villismo reafirmó su poderío y ganó para la Revolución todo el norte del país. Después se dio a la tarea de organizar su ejército y de preparar el avance sobre Zacatecas, no sin antes obtener otra victoria en Paredón y apoderarse de Saltillo, que cedió a las tropas del Noreste.

La independencia de criterio de Villa y la gestación de un partido villista que amenazaban la unidad constitucionalista y su jefatura indiscutible, hicieron que Carranza quisiera restarle fuerzas a la División del Norte e impedir su avance hacia el sur, con tan poco tacto que lo único que logró fue ser desobedecido por los jefes villistas en pleno, que fueron a Zacatecas por su mayor victoria.

Pero no estaba en el ánimo de los villistas romper con Carranza cuando todavía había enemigo al frente, así que mediante el Pacto de Torreón volvieron a someterse a la autoridad del Primer Jefe, mientras las tropas del Noroeste ganaban la batalla de Orendáin y El Castillo y avanzaban incontenibles sobre la capital. Villa se sintió injustamente postergado.

A la hora del triunfo, Carranza enfrentó el hecho de que ya los zapatistas y los villistas habían iniciado los trabajos de la reforma agraria en Morelos y Chihuahua. Carranza tenía claro qué hacer en materia política, pero aun en su mismo campo cada quien opinaba sobre lo que la Revolución era y sobre lo que debía hacerse. A eso había que sumar las ambiciones personales, las envidias y las rencillas entre los múltiples caudillos.

La imposibilidad de llegar a un acuerdo entre Carranza y Zapata, y sobre todo, las desavenencias de Maytorena y Villa con Carranza, oscurecían sobremanera el futuro. La profunda discordia en Sonora entre el gobernador José María Maytorena y el coronel Plutarco Elías Calles era la más fuerte amenaza para la paz. Obregón y Villa mediaron entre ellos, haciéndolos llegar a un acuerdo que nadie estaba dispuesto a cumplir. Como complemento, los dos caudillos más ameritados presentaron al Primer

Jefe un proyecto de recomposición política en el que se exigía el retorno al orden constitucional, con el complemento, entre líneas, de la eliminación política de Carranza.

El Primer Jefe contestó convocando a una junta de generales en la ciudad de México, en mal momento, porque no estaban las cosas para parlamentos con los ánimos tan soliviantados y los ejércitos revolucionarios preparándose para romper lanzas entre sí.

Villa, ignorante y desconfiado, no aceptó que sus hombres concurrieran a una junta en la que veía una maniobra de Carranza. El Centauro veía en los actos del Primer Jefe una réplica del porfiriismo y su autoridad sombría y abusiva. A la par de negarse a asistir, desconoció al carrancismo.

Con eso, Villa logró que a la junta sólo asistieran los jefes de indudable filiación carrancista, que acordaron entonces trasladar la junta a una plaza neutral para que tuviera como objeto principal el restablecimiento de la unidad revolucionaria.

En Aguascalientes se reunieron los representantes de la Revolución: más de cien individuos de armas tomar, violentos y belicosos, más o menos iletrados, "rústicos de solemnidad", con pasado terrible o legendario. Sin saber qué era la Revolución, sin saber bien a bien qué querían, supliendo la instrucción con la intuición, aquellos hombres tenían la intención de dar programa y unidad a los revolucionarios.

Dos grupos había en la Convención: a la derecha estaban los constitucionalistas, encabezados por Alvaro Obregón y Lucio Blanco; a la izquierda los villistas, guiados por Felipe Angeles y Roque González Garza. Faltaban los zapatistas, y la primera propuesta de Angeles, aprobada por aclamación, fue invitarlos.

El villismo, formado por muchas personalidades que habían brillado en la democracia maderista, tendía hacia ella, sin tener, no obstante, un estadista de la talla de Carranza. En cambio, tenía en Francisco Villa al caudillo popular, al hombre desinteresado pero veleidoso, errático e incierto que se dejaba guiar por sus impulsos.

La razón de la desconfianza de los villistas por Carranza estaba en que veían en él la reencarnación del porfiriismo, de la autocracia personalista, y para evitar su encumbramiento estaban resueltos a llegar hasta las últimas consecuencias.

La llegada de los delegados zapatistas a Aguascalientes fortaleció la posición villista. Los surianos no habían querido reconocer más autoridad que la de Zapata, y veían en el reconocimiento del Plan de Ayala la única garantía de que sus demandas agrarias serían satisfechas. Cuando los villistas aceptaron dicho plan ambos grupos sellaron una alianza de hecho.

El tono dominante en la Convención era la ingenuidad y el espíritu de concordia. Los zapatistas, que no tenían proyecto ni visión nacional señorearon la tribuna. Los villistas confiaban en su fuerza. Y el general Obregón esperaba que llegara su turno: ya se había dado cuenta que ni los planes zapatistas tenían validez para la República, ni la Convención llevaría a la paz.

Lo que se discutía era la cuestión del poder. Y Carranza, observando desde lejos, sabía que una asamblea deliberando en medio de un ambiente tan exaltado no llegaría a ningún lado; que los zapatistas y villistas, idealizando la Revolución, destrozaban el principio y las bases de la autoridad, mientras él preservaría ese principio y llevaría con inteligencia y decisión el timón de la nave del Estado.

La Convención, por fin, sin estar capacitada para gobernar, destituyó a Carranza y a Villa y nombró presidente de la República al general Eulalio Gutiérrez, por encima de candidatos más capaces y populares, como los generales Antonio I. Villarreal, Felipe Angeles y Alvaro Obregón. Con la elección de Gutiérrez los villistas se fueron por un lado y los carrancistas por el otro, dejando al general potosino en tan comprometida posición, que tuvo que ponerse en manos de Villa, y la escisión revolucionaria, diferida desde junio de 1914, fue un hecho a partir de noviembre. Los convencionistas ocuparon la capital y Villa y Zapata hicieron un pacto de alianza militar, pero el Centauro cometió varios errores fatales: en lugar de atacar Veracruz, de inmediato le dejó esa responsabilidad a los zapatistas, que carecían de empuje guerrero, y abandonó la capital, dejando el problema de la falta de organización y pedrechos de los zapatistas a Gutiérrez, que no tenía capacidad ni ganas de resolverlos.

La ciudad se hundió en el caos, los jefes subalternos villistas y zapatistas desobedecían a Gutiérrez y peleaban entre ellos. La autoridad del presidente fue en

rápido descenso. La verdad era que entre tantas divisiones personalistas como había, sólo dos partidos parecían tener posibilidades de triunfar: el villista y el carrancista. Las rencillas y lealtades personales y la ambición de los illetrados caudillos pesaban mucho más que cualquier definición ideológica o política.

Pero el bando carrancista tenía una sola cabeza y una sede firme en Veracruz; y desde ahí se dio un programa, una doctrina y un cuerpo jurídico que sus enemigos tardaron en imitar: con un mismo propósito, Venustiano Carranza gobernaba, Luis Cabrera legislaba y Alvaro Obregón batallaba. Ese fue el triunvirato que dio el triunfo a los constitucionalistas.

En cambio el villismo, pese a las grandes cualidades militares de Pancho Villa, carecía de unidad nacional y de un programa firme; el caudillo, por su incultura, no era capaz de comprender la magnitud nacional de los acontecimientos y dar una coherencia y unidad a los diversos frentes de guerra. El desinterés y la popularidad de Villa no bastaban para formar un gobierno.

La Convención era incapaz de unir a sus seguidores: Gutiérrez conspiró contra Villa y Zapata y descubierto tuvo que huir. En su lugar se nombró presidente al villista Roque González Garza, que a cada paso tropezaba con la oposición de los zapatistas. Los conflictos entre unos y otros crecían en intensidad y virulencia. Sin embargo, también con ellos estaban la voz y los ideales de la Revolución, lo que hacía de esa tercera guerra civil una verdadera lucha fratricida.

Los frentes de guerra se multiplicaron, y aunque los villistas obtuvieron algunas victorias la situación se mantuvo más o menos equilibrada hasta el avance del ejército de operaciones del general Obregón hasta el Bajío.

Villa, que había sido capaz de organizar un poderoso ejército, de administrarlo y conducirlo al triunfo, no supo medir los alcances de su enemigo. Subestimó al general Obregón, no planeó bien las acciones y no puso en la balanza el peso de sus mejores tropas. De eso resultaron las dos derrotas de Celaya.

Sólo el general Obregón supo desde entonces que la derrota de Villa era un hecho consumado. Ni Carranza y sus asesores, ni los mismos villistas, creían que la de Celaya fuera la acción de armas definitiva. Villa volvió a presentar combate cometiendo

otra vez errores de imprevisión y tacto mientras el jefe enemigo avanzaba calculándolo todo. Derrotado otra vez en Trinidad y Santa Ana del Conde, y después en Aguascalientes, vio, ahora sí, apagarse su estrella. Desde entonces, los desastres se sucedieron unos a otros, tanto en el terreno militar -ya era imposible detener el avance de los carrancistas- como en el político: para el villismo fue un golpe mortal el reconocimiento del gobierno de Carranza por parte de los Estados Unidos.

Mientras Villa retrocedía hacia el norte empujado por Obregón, la Convención seguía debatiéndose en rivalidades y polémicas infructuosas. La poca actividad bélica de los zapatistas acrecentaba las disputas entre los surianos y Roque González Garza y los delegados villistas en minoría. Por fin, González Garza, incapaz de llegar a acuerdos con los zapatistas, dejó la presidencia el 9 de junio de 1915. La renuncia de don Roque debilitó aún más a la Convención, que no tardaría en disolverse.

Villa se jugó su última carta en la campaña de Sonora, en la que luchó contra fuerzas muy superiores que acabaron desbaratando los restos de la División del Norte. Desde diciembre de 1915 muy otro sería el género de guerra que encabezaría.

La tercera guerra civil de la Revolución, causada por el villismo, costó al país cien mil hombres y el gasto y la destrucción de incalculables riquezas.

La División del Norte es en la historia de Valadés una corporación militar formada por hombres del campo, sin mucha conciencia política, que idolatraban al general Villa, con quien se identificaban, en quien veían el adalid de las causas populares, y por quien estaban dispuestos a morir.

Como grupo político, el villismo estaba integrado por los viejos maderistas que luchaban por la instauración de un gobierno plenamente democrático, a semejanza del maderista, y por el restablecimiento del orden constitucional. Carecían, sin embargo, de una cabeza visible, de unidad y de programa.

Francisco Villa era un caudillo popular que personificaba los anhelos de reivindicación de las masas, desinteresado y generoso, pero que carecía de formación y brújula política, y que obraba demasiadas veces de manera impulsiva.

Fueron derrotados porque enfrentaron a un partido mucho más sólido política, ideológica y militarmente.

LA ESCUELA SOVIETICA

En 1960 aparecieron en México dos libros sobre la Revolución mexicana que habían sido publicados por historiadores soviéticos en 1955 y en 1958. Es natural la rápida traducción y publicación en México de estos libros, en una época en la que la Unión Soviética era el faro obligado de un importante sector de la izquierda.

La Revolución mexicana no solo fue la favorita de los norteamericanos: antes de que el auge revisionista la hiciera objeto de estudio de franceses, británicos y austriacos, ya otros extranjeros habían rivalizado con ellos. Desde la trinchera enemiga los soviéticos, muy lejos de los recursos y las posibilidades de nuestros vecinos, produjeron algunos trabajos interesantes, entre los que descuella el clásico libro de Antol Shulgovskii, que no tiene vela en este entierro; y de alguna manera, también los trabajos de Alperovich y Rudenko.

La Revolución mexicana. Cuatro estudios soviéticos¹⁷ explica el porfiriato diciendo que fue una dictadura militar al servicio de los intereses de los latifundistas reaccionarios y -sobre todo- del capital extranjero. La Revolución, apellidada "democrático-burguesa", estaba dirigida contra ese régimen, que para 1910 era el principal obstáculo para el desarrollo del capitalismo en México, al permitir que la nación se convirtiera en un vagón a remolque del imperialismo.

Pero dentro de esa Revolución democrático-burguesa se gestó un fuerte movimiento campesino, acaudillado por Francisco Villa y Emiliano Zapata, que en su avance fue destruyendo todas las fuerzas de la reacción. Sin embargo, la lucha de los campesinos no pudo encontrarse con su aliado y dirigente natural, el proletariado, incipiente y controlado por líderes anarco-sindicalistas apolíticos. Eso permitió que los liberales burgueses retomaran la iniciativa.

¹⁷ M. S. Alperovich, B. T. Rudenko y N. M. Lavrov, La Revolución mexicana. Cuatro estudios soviéticos, México, Ediciones Los Insurgentes, 1960, 177 p.

Villa, un peón ignorante, se convirtió en un querido caudillo popular, en un militar de gran talento que dirigía el mayor ejército campesino; pero no tenía una perspectiva clara de la transformación revolucionaria de México.

Cuando Villa y Zapata tomaron el poder, no supieron consolidarlo en el terreno político: "Sin la dirección revolucionaria del proletariado, los campesinos deben sufrir inevitablemente la derrota" (p. 115).

Los constitucionalistas, que representaban a los terratenientes liberales y a la burguesía nacional, y que tenían una perspectiva mucho más amplia, lograron derrotar a la revolución campesina.

Tres años después de la publicación en la Unión Soviética de los ensayos revisados, Alperovich y Rudenko presentaron al público su libro sobre la Revolución mexicana y sus relaciones con el gobierno norteamericano,¹⁸ en el que se desarrollan con más profundidad las tesis antevistas.

Conforme fue creciendo la lucha contra Huerta, al interior del bando revolucionario se fueron agudizando las contradicciones "entre las masas campesinas y los elementos burgueses latifundistas. El rompimiento entre Villa y Carranza era inminente" (p. 189).

A pesar de que controlaban la capital y la mayor parte de la República, los campesinos no supieron consolidar sus éxitos.

Mostráronse incapaces de instaurar un gobierno nacional que llevara a efecto las transformaciones económicas, políticas y sociales indispensables en un sentido democrático. Esto reveló la falta de dirección de la clase obrera, lo que condicionó la espontaneidad y la debilidad política y organizativa de los campesinos ante un adversario tan fuerte y peligroso como la clase terrateniente-latifundista, coaligada con la burguesía (p. 196).

A pesar de eso, los campesinos eran la principal fuerza motriz de la Revolución, por lo que bajo la presión de las masas, la dirección burguesa tuvo que dictar una serie

¹⁸ M. S. Alperovich y B. T. Rudenko, *La Revolución mexicana de 1910-1917 y la política de los Estados Unidos*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1973, 294 p.

de reformas sociales y agrarias para minar la base de los ejércitos campesinos y aliarse con las organizaciones obreras, para poder ganar la guerra civil.

En esta interpretación la Revolución mexicana, llamada democrático-burguesa, sigue siendo popular y antiimperialista, aunque se lamenta la derrota de los caudillos campesinos por su falta de visión y sobre todo, por su incapacidad de aliarse con una inmadura clase obrera.

Esta idea no tuvo mucho eco en México: ni José Mancisidor, prosoviético en política, la hizo suya en su historia de la Revolución,¹⁹ en la que Pancho Villa, bandido y justiciero a la vez, es derrotado por la falta de solidez política de su grupo, enfrentado a un enemigo con mayor claridad programática.

¹⁹ José Mancisidor, Historia de la revolución mexicana, México, LibroMex Editores, 1966, 387 p.

2.- LA CRITICA DE LA DERECHA

Hasta 1968 los principales críticos de la idea oficial de la Revolución salieron de las filas de la derecha: antiguos porfiristas, como Francisco Bulnes y Jorge Vera Estañol; revolucionarios derrotados o arrepentidos, como José Vasconcelos -él, sobre todo-; historiadores que no fueron actores del drama, entre los que destaca principalmente Alfonso Taracena; o activos políticos cuya idea de Revolución no cristalizaba en sesudos libros, pero sí en su influyente opinión, como don Manuel Gómez Morán.

FRANCISCO BULNES (1847-1924)

El ingeniero, periodista y legislador porfirista Francisco Bulnes inició su polémica y brillante carrera como historiador en la primera década del siglo, publicando una serie de estudios que criticaban asperamente los lugares comunes de la historia oficial de la época juarista. Sus libros suscitaron la feroz respuesta de muchos de los más prestigiados historiadores del porfiriato, que saltaron en defensa de la hierática figura del Benemérito.

Como miembro de una élite política derrotada, Bulnes tuvo que exiliarse durante los años revolucionarios, y fue en el exilio donde publicó, en inglés en 1920, una durísima requisitoria contra la Revolución, sus caudillos, sus frutos, y su patrocinador Woodrow Wilson.²⁰

Siguiendo el crítico método sociológico que caracterizaba sus libros y basándose en una rica documentación, Bulnes destruye sistemáticamente las justificaciones de la Revolución y sus promesas, y exhibe las miserias del movimiento y el salvajismo de sus caudillos.

Para Bulnes, la reforma agraria propugnada por los revolucionarios descansaba en bases falsas: ni la tierra mexicana tiene -ni de lejos- la excepcional riqueza que erróneamente se le atribuye, ni los terratenientes eran un factor que agravara

particularmente la miseria del pueblo mexicano. Los datos y las reflexiones de Bulnes, parcialmente correctas, han permitido que algunos de los historiadores contemporáneos (vg. Jean Meyer y Francois Xavier Guerra) pongan en tela de juicio muchos de los datos sobre el campo mexicano dados por los historiadores de la Revolución para explicar sus causas.²¹

Aunque Bulnes no sataniza el porfiriato y destaca el progreso de México durante las tres décadas anteriores a la Revolución, si considera que para 1910 ya hacía rato que la dictadura estaba en franca decadencia. El presidente Madero sustituyó el régimen tuxtepecano con una democracia incipiente cuyo fracaso fue costosísimo para México: fue el asesinato de don Francisco I. Madero lo que abrió las esclusas del desastre nacional y puso en primera fila al triunvirato que lo causó, "el Primer Jefe, don Venustiano Carranza; el genio militar, don Francisco Villa; el presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson". Pocas defensas del régimen huertista tan bien pensadas y fundamentadas como la que se encuentra en estas páginas: sin dejar de reprocharle sus injustificables crímenes,²² Bulnes muestra que el gobierno del militar jalisciense no fue el oscuro reino del terror y la reacción que sus enemigos han pintado.²³

En Sonora, la causa principal de la sublevación más que el asesinato de Madero y Pino Suárez, fue el interés de la nueva élite por conservar y acrecentar sus posiciones. En Coahuila iban por buen camino las negociaciones con el gobernador Venustiano Carranza, cuando la noticia del asesinato de Abraham González impulsó al de Cuatro Ciénegas a proclamar el Plan de Guadalupe,²⁴ que no tenía otro principio que "bájate para que me suba" (se argumenta hasta la saciedad sobre la falta de

²⁰ Francisco Bulnes, *Toda la verdad acerca de la Revolución mexicana. La responsabilidad criminal del presidente Wilson en el desastre mexicano*, México, Libro-Mex Editores, 1977, 313 p.

²¹ Aunque en general, tanto Meyer como Guerra le dan poco crédito a Bulnes como precursor de sus tesis.

²² Sobre todo los asesinatos de Francisco y Gustavo Madero, José María Pino Suárez, Abraham González, Serapio Rendón, Federico Burrón, Solían Arguello y Belisario Domínguez.

²³ Es notable el desprecio profundo que Bulnes siente por el pueblo mexicano, una raza bárbara, incapaz para la vida democrática. Una definición entre tantas "la gentuza de la ciudad y mucho menos al populacho del campo, cuyo licencioso desenfreno llegaba a un punto de inconcebible bestialidad" (p. 199). Bulnes se concebía como parte de una élite política y científica cuya misión era solucionar esa situación mediante la evolución social y la educación, pero nunca borrado de golpe las necesarias diferencias entre las clases.

principios sociales del carrancismo), y que sumió al país en una terrible guerra civil que enfrentó al inmoral Huerta y su soldadesca contra Carranza y sus demagogos.

Tres eran los elementos de la Revolución: la determinación de la nueva élite sonorense

para preservar su soberanía e independencia a cualquier costo; la facción de Villa, que representaba a la familia de Madero y que buscaba, con el apoyo del presidente Wilson, restaurar su poder; y el señor Venustiano Carranza, leal e incorruptible partidario de los intereses del señor Venustiano Carranza.

Los procedimientos de estas tres facciones, opuestas a la única que tenía principios verdaderos -la de Zapata- eran innobles, antisociales y consecuentemente antipatrióticos. La demagogia, con su mentalidad deformada y envenenada, cargaba con la misión de interpretar los principios reales de la Revolución (p. 209).

En este contexto -y sin pasar revista a los fracasos de la Revolución-, la villista era una más de las facciones personalistas y demagógicas que ensangrentaron a México. Peor a veces porque Villa era, sin duda, un bandido vulgar.

La mayor fuerza de la facción villista provenía de Chihuahua, un estado poblado por rancheros libres que no necesitaban tierras sino agua (es decir, a quienes beneficiaría no una reforma agraria revolucionaria sino un programa de fomento como el que planeó en los últimos años del porfiriato don Olegario Molina), semibárbaros y ferozmente autonomistas.

JORGE VERA ESTAÑOL (1873-1958)

En 1957 don Jorge Vera Estañol, que nunca pudo sacudirse el estigma de haber sido secretario de Instrucción Pública en el primer gabinete de Victoriano Huerta, publicó un

²⁴ Bulnes conoció y trató personalmente a Carranza desde antes de que fuera Primer Jefe. El retrato del caudillo coahuilense salido de su pluma es asaz duro, pero sustentado en una argumentación muy sólida. Véase pp. 188-190.

serio y ambicioso libro sobre la Revolución,²⁵ cuyo punto de partida es: "Las revoluciones destruyen, no crean".

Para Vera Estañol, lo censurable de Díaz no fue haber instaurado una dictadura que era necesaria y que impulsó el desarrollo del país, sino "haber inmovilizado ese régimen indefinidamente" (p. 85). Contra lo que se levantaron los antirreeleccionistas fue contra esa inmovilidad. El moderado programa de Madero tardó mucho en ver como necesaria la substitución de Díaz, y sólo la dureza de la lucha lo fue llevando a posiciones cada vez más radicales. Pero saltemos todo esto para empezar, según hemos hecho, en 1913.

El régimen surgido del cuartelazo de la Ciudadela tuvo desde el principio tres graves problemas que a la postre lo llevaron al fracaso: el primero era la personalidad de Huerta, que inició su gestión con el injustificable asesinato de Madero y Pino Suárez; el segundo, la oposición sistemática de Woodrow Wilson; y el tercero, la existencia de los llamados cuerpos irregulares.

Estos cuerpos irregulares eran antiguas partidas revolucionarias conservadas como "rurales", que abundaban sobre todo en los estados septentrionales. Levantiscos, indisciplinados, dirigidos por antiguos cabecillas rebeldes, eran la materia prima para cualquier insurrección, y sólo les hacían falta una ocasión, un programa y caudillos decididos para constituirse en el núcleo en torno al que se agruparían los eternos enemigos del orden.

Venustiano Carranza, personaje ambicioso que había sido un porfirista incondicional, fue el director político que estos elementos necesitaban. Su caudillo militar fue Francisco Villa, un antiguo abigeo, un asesino nato, un criminal acabado, "dotado de gran poder magnético sobre las clases bajas y la canalla" (p. 293).

La Revolución constitucionalista tuvo su génesis en las ambiciones personales de Carranza, su pie veterano lo formaron los restos organizados del maderismo revolucionario, fue atizada por los profesionistas y estudiantes mediocres que vieron la oportunidad a río revuelto, fue alentada moralmente por el presidente de los Estados

²⁵ Jorge Vera Estañol, La Revolución mexicana: Orígenes y resultados, México, Editorial Porrúa, 1957, 797 p.

Unidos, y su fuerza la recibió con la movilización "de las chusmas subcivilizadas", "los criminales, la canalla, los enemigos innatos de la sociedad".

Derribado el gobierno de Huerta por la combinación de todos estos factores, los revolucionarios fueron los árbitros del país. Habían barrido con los sostenedores del antiguo régimen, pero a la hora del triunfo estaban divididos en tres cabezas.

Zapata había reformulado el artículo 3o. del Plan de San Luis convirtiéndolo en un programa verdaderamente agrario, y con esa bandera había combatido a De la Barra, a Madero y a Huerta. La Revolución en el Sur era eminentemente agraria.

En el Norte, la Revolución, eminentemente política, fue dirigida por dos grupos de hombres: por un lado, los revolucionarios de nueva homada o ex-maderistas que no lograron destacar durante aquel periodo y que no querían ligas ni compromisos políticos o ideológicos con el maderismo. Este grupo tenía en Carranza su cabeza visible.

El otro grupo lo formaban los antiguos maderistas, entre los que destacaban tras bambalinas Ernesto Madero y Rafael Hernández, y abiertamente Manuel Bonilla, Miguel Díaz Lombardo y la mayoría de la gens maderista y de los prohombres de ese régimen. El caudillo del grupo era el bandolero Francisco Villa, a quien se debían los mayores éxitos militares de la Revolución.

Los desacuerdos entre los dos grupos norteños hicieron crisis en junio de 1914, agriándose cada vez más a pesar de diversas tentativas de reconciliación.

En cada uno de los tres grupos, que previsiblemente se enfrentarían con gran rudeza, se agudizaron las ambiciones y las bajas pasiones que eran el motor de la mayoría; pero también crecerían las aspiraciones de los pocos que luchaban por el mejoramiento del pueblo.

Los del sur pondrían por delante de toda cuestión social o política la reforma agraria proclamada en el Plan de Ayala; los villistas darían la preferencia al restablecimiento del orden constitucional, para vincular en la legitimidad del nuevo régimen político el planteamiento de los ideales revolucionarios; los carrancistas pretenderían que la ley era el camino de la reacción y que la Constitución, lo que menos falta hacía para la reformación del país (p. 385).

Pero lo más grave no era esta tricefalia, sino que las tres cabezas carecían de control sobre los innumerables grupos adscritos a ellas. Aunque el zapatismo tenía cierta cohesión política y el villismo mayor disciplina militar, todos los pequeños jefes procuraban actuar con independencia. Los soldados, ciudadanos en armas, eran los únicos mexicanos con derechos. "La casta militar, en desorganizado caudillaje" asumió la verdadera soberanía. Excusado es hablar de la infinidad de desmanes de tantos "tigres de charreteras".

La escisión entre villistas y carrancistas era inevitable, sin embargo, la fuerza de ambas banderías estaba tan equilibrada que se hicieron esfuerzos aparentes de conciliación mientras unos y otros buscaban acrecentar su fuerza y disminuir la del contrario.

El Primer Jefe fue aumentando sus facultades: en vez de asumir la presidencia provisional inventó que se estaba en un periodo "preconstitucional" y siguió actuando al margen de cualquier ley; trató de llegar a un acuerdo con Zapata con resultados muy poco satisfactorios, y al final lo desconocieron Villa y Maytorena.

Cuando las hostilidades parecían a punto de romperse se acordó realizar en Aguascalientes una Convención de generales que trazaría el programa de la Revolución y conciliaría los intereses de las facciones encontradas.

Esta asamblea excluía al noventa por ciento de los mexicanos, pues sólo representaba a los "ciudadanos en armas". Así y todo, se abrogó la soberanía nacional. Los delegados, en su mayoría casi analfabetos, criminales muchos de ellos, soberbios y arrogantes todos, fueron incapaces de darle un programa a su Revolución. Se hablaba mucho de reformas sociales pero nadie presentó un programa comprensivo, y si al fin se aceptó el Plan de Ayala fue por la terquedad de los surianos.

Las cuestiones políticas, económicas y sociales ocupaban un lugar secundario en las discusiones: lo que verdaderamente importaba era quién tendría el poder. Carranza lo ambicionaba públicamente. Villa renunció expresamente a la presidencia, porque lo que quería era deshacerse de Carranza y dejar en el ejecutivo a alguien que reconociera su supremacía. Los enemigos de Villa buscaban destruir su poder militar y

no tenían especial empeño en reconocer a Carranza, y algunos, como Obregón, Hay y Villarreal, anhelaban para sí la presidencia.

Cuando se eligió presidente, los villistas y zapatistas lo aceptaron. Eulalio Gutiérrez, el mandatario electo, no tenía fuerza para imponerse a los caudillos. Los enemigos de Villa se retiraron de la Asamblea plegándose al partido de Carranza, quien no dejó de intrigar contra la Convención y de buscar pretextos para desconocerla durante todo el tiempo que aquella sesionó en Aguascalientes.

La lucha que se desató era el fruto de todas esas ambiciones. Todos los caudillejos se alinearon con el gran jefe que les garantizara mayor licencia a sus desatados instintos. Al fin triunfó Carranza, que logró mantener la unidad militar y política de su partido mientras el otro estaba dividido desde el principio en villistas, zapatistas y gutierrezistas y siguió subdividiéndose.

No fue pequeña la responsabilidad que el mandatario norteamericano tuvo en la tragedia del pueblo mexicano: tras haber cavado la tumba del huertismo, inclinándose ya por Villa, ya por Carranza, dejando que ambas facciones se destrozaran, Woodrow Wilson le dio al fin todo su apoyo a los carrancistas, permitiéndoles ganar la guerra.

Hasta aquí Vera Estañol. En su libro, los villistas son uno más de los grupos de bandoleros que jugaron con la suerte de México durante los violentos años revolucionarios. Brazo militar del antiguo maderismo, el villismo era más legalista y más cuidadoso de las formas que otras banderías y en sus filas militaron revolucionarios honradísimos, como el doctor Miguel Silva; pero sus propuestas de restablecer el orden constitucional se quedaron siempre en promesas, porque al bandolero Villa y a los demás atrabiliarios capitanes no les interesaba en lo absoluto llevarlas a la práctica. Villa era un bandolero que no ambicionaba el poder formal pero sí el real.

ALFONSO TARACENA (1901-?)

Para don Alfonso Taracena, como para José Vasconcelos, que prologa su monumental historia,²⁶ la verdadera Revolución fue la maderista, desvirtuada por los constitucionalistas -aunque quizá, no propiamente por el señor Carranza- y todos los que siguieron. La obra de Taracena es un minuciosísimo diario de la Revolución en el que se rescatan los principales acontecimientos del movimiento. Prácticamente no cita sus fuentes.

La División del Norte nació en la junta de La Goma, el 29 de septiembre de 1913, después de varios meses de lucha de las diversas partidas guerrilleras del Norte y de que Francisco Villa hiciera a un lado a sus rivales -primero Manuel Chao, y luego Tomás Urbina y Juan E. García- para que su jefatura fuera aceptada por los otros jefes revolucionarios.

Desde noviembre de 1913 empezaron a hacerse evidentes las diferencias entre Villa y Carranza en materia de política agraria, al negarse Villa a devolver a sus antiguos dueños las tierras repartidas durante el gobierno de Abraham González, como Carranza le pedía que hiciera.

Ya meses antes de Zacatecas, Carranza había tratado de reducir los triunfos de Villa al ordenar que Natera mandara el ataque a Ojinaga y después, que Chao dirigiera el ataque a Torreón; ambas maniobras fracasaron. Carranza decía que el movimiento dirigido por él no era una Revolución y que el maderismo fracasó por las múltiples torpezas de Madero y sus partidarios, por lo que no tenía intenciones de apoyarse en ninguno de los viejos maderistas, muchos de los cuales estaban con Villa.

Fueron esos y otros problemas, que habían minado seriamente la relación entre Carranza y Villa, los que afloraron violentamente a la superficie en la primera quincena de junio de 1914, cuando los jefes villistas desobedecieron a Carranza.

Consumada la toma de Zacatecas, los villistas volvieron a subordinarse a Carranza y sus delegados sostuvieron con los representantes de la División del

²⁶ Aquí se tratan sólo los cuatro primeros de los dieciséis volúmenes de: Alfonso Taracena, La verdadera Revolución Mexicana, México, Editorial Jus, 1960.

Noreste las Conferencias de Torreón. Según don Andrés Molina Enríquez, la cláusula octava del Pacto de Torreón,

constituye "la afirmación terminante del objeto social de la Revolución", por lo que la llama "La Cláusula de oro", inspirada por el ingeniero Manuel Bonilla, el doctor Miguel Silva y, en la parte irreligiosa, por el general Antonio I. Villarreal (II, p. 218).

Carranza desestimó los dos acuerdos principales del Pacto, es decir, la convocatoria de la Convención y la cláusula octava; y a pesar de la supuesta reconciliación con los villistas, hostilizó al general Felipe Angeles y a los hermanos Raúl y Emilio Madero, a quienes culpó de sus dificultades con Villa.

De la lectura del libro puede deducirse que la tragedia del villismo, en el que militaban los mejores elementos revolucionarios, como Manuel Bonilla, Miguel Silva y Felipe Angeles, era que el mando supremo lo ejerciera un bandolero ignorante y brutal a pesar de sus rasgos de generosidad; y que con los villistas honrados convivieran auténticos criminales, como Tomás Urbina.

3.- LA HISTORIA DESDE CHIHUAHUA

Esta parte la integran dos historiadores chihuahuenses que por su edad corresponden a la generación de "los restauradores de la prudencia", aunque por su forma de trabajar sólo lo sea Francisco Almada.

El texto de Francisco Almada sigue las reglas y los cánones de los que estaban escribiendo la historia de la Revolución en los años sesenta. Por el contrario, Alberto Calzadiaz escribió una historia apasionadamente villista, en la que las fuentes principales son los relatos de viva voz hechos por los veteranos villistas en agradables veladas transcurridas en evoluciones de botellas.

Es la de ellos, la de Calzadiaz sobre todo, la versión de los chihuahuenses de una historia en la que sus coterráneos jugaron un papel nada despreciable. La riqueza de ambos textos me permite usarlos para resumir la historia de las brigadas de la División del Norte (Calzadiaz) y de los gobiernos villistas (Almada).

ALBERTO CALZADIAZ BARRERA (1905-?)

Alberto Calzadiaz nació en Namiquipa, uno de esos pueblos de la sierra de antiguo distrito Guerrero de donde salieron muchos de los jefes villistas más ameritados y famosos. Era demasiado joven para tomar las armas, pero acusó recibo de la pasión que campeaba en uno de los principales bastiones villistas.

Calzadiaz escribió una multivoluminosa historia, más de los villistas que de la Revolución,²⁷ cuya mayor riqueza está en los relatos de los veteranos villistas. Dice José de la Fuente Riveroll en el prólogo al primer tomo, que del paciente trabajo de localizar y escuchar a los viejos villistas surgió una novedosa y verídica historia de la Revolución, que tiene el apoyo de los relatos de testigos presenciales, y "De estos

²⁷ Alberto Calzadiaz Barrera Hechos reales de la Revolución, México, Editorial Patria, 1958-1982, VIII tomos.

hombres si se puede creer todo lo que relatan o hayan relatado porque nadie se lo contó, porque lo vieron y lo vivieron" (I, p. 10).²⁶

Apasionadamente villista, la olvidada obra de Calzadiaz es una fuente invaluable para la reconstrucción de la historia de la División del Norte.

El primer tomo, publicado en 1958, pasa rápidamente -en un capítulo- por la vida de Villa hasta 1910, y después resume en más de medio centenar de páginas la historia de la Revolución en Chihuahua hasta la derrota de la rebelión de Orozco.

Calzadiaz también está con la interpretación oficial de la Revolución: los rancheros chihuahuenses que se levantaron en armas en noviembre de 1910, no lo hicieron sólo para hacer posible el "sufragio efectivo, no reelección".

Contra quien tomaron las armas fue contra un régimen caduco, contra un sistema de opresión, que por favorecer a unos pocos empobrecía a los más.

¿Qué es la Revolución? [...] Es la protesta de los oprimidos para hacerse escuchar. Es esencialmente la rebelión de los oprimidos y vejados contra los poderosos (I, p. 36).

La Revolución cundió como el fuego en Chihuahua. El coronel Francisco Villa era desde entonces un ídolo popular y un gran conductor de hombres,

Claro es [cuentan los informantes de Calzadiaz] que se trataba del verdadero Pancho Villa, del Villa que nosotros los chihuahuenses conocimos y no el Pancho Villa que los escritores capitalinos nos han fabricado (I, p. 41).

Cuando Villa escapó de la prisión militar de Tlatelolco, en diciembre de 1912, conocía los planes de Félix Díaz y Bernardo Reyes, y tan pronto llegó a El Paso alertó al presidente Madero de la inminencia del cuartelazo; más como viera que no se hacía nada empezó a reunir dinero y a enviar mensajes a sus antiguos subordinados. Así, cuando el 8 de marzo de 1913 entró a territorio mexicano, ya había tejido los hilos de la rebelión, lo que le permitió reunir en pocos días varios cientos de hombres, casi todos serranos de Chihuahua que llevaban al frente a Trinidad Rodríguez, Juan N. Medina, Agustín Estrada, Porfirio Omelas y otros jefes que serían famosos. En las semanas

²⁶ Por todo esto, la obra de Calzadiaz es más cercana a la de los memorialistas que a la de sus contemporáneos.

siguientes se unirían a su brigada los sonorenses de Anacleto Girón y los hermanos Bracamontes, y la gente del noreste de Chihuahua que dirigía Toribio Ortega.

Al mismo tiempo que Villa se levantaron en armas Rosalío Hernández, Maclovio Herrera y Manuel Chao en Chihuahua; Tomás Urbina, Calixto Contreras y Celerino Ceniceros en Durango; y Orestes Pereyra, Eugenio Aguirre Benavides y José Isabel Robles en La Laguna, todos ellos futuros generales de la División del Norte.

El 27 de agosto la brigada Villa obtuvo una importante victoria en San Andrés. De ahí se retiró a Ciudad Camargo, donde se le unieron los hombres del general Maclovio Herrera. Más adelante, en Ciudad Jiménez, se incorporaron los jinetes del general Tomás Urbina, con el que venían Faustino Borunda y Rodolfo Fierro.

Villa se dirigió a Torreón, y en el camino se presentaban todos los días voluntarios que querían engrosar sus fuerzas. De Jiménez pasó a la hacienda de La Loma, en donde había citado a los jefes revolucionarios que asediaban la Perla de La Laguna. En una reunión de jefes se acordó unificar el mando de todos los grupos ahí reunidos y nombrar un general en jefe. Calixto Contreras propuso a Pancho Villa, que fue elegido por aclamación.

La División del Norte se estrenó tomando Torreón el 2 de octubre de 1913, y ahí Villa, ratificada su autoridad con la victoria, organizó a las distintas brigadas, imponiendo la ordenanza militar y la disciplina a generales y tropa. Dejando a la brigada Juárez de Durango (Contreras) en Torreón, el grueso de la División avanzó a Chihuahua. En Jiménez se fusiló por órdenes de Villa al general Domingo Yuniart, que era el que más se oponía a la ordenanza del ejército, y se incorporaron las brigadas Chao (Manuel Chao) y Leales de Camargo (Rosalío Hernández).²⁹

En menos de un mes, la División así organizada sitió Chihuahua, tomó Ciudad Juárez y batió a los federales en Tierra Blanca. Los restos de la División del Norte federal se refugiaron en Ojinaga, donde Villa les daría la puntilla en enero de 1914. Todo el estado de Chihuahua quedó así dominado por los revolucionarios.

²⁹ Por esos días se dividió en tres la brigada Villa, mandada hasta entonces por Toribio Ortega, formándose las brigadas González Ortega (T. Ortega), Cuahtémoc (Trinidad Rodríguez) y Villa (José E. Rodríguez).

Pancho Villa se hizo nombrar gobernador de Chihuahua, dictando en pocos meses un buen número de disposiciones revolucionarias entre las que destacan la confiscación de siete millones de hectáreas de los latifundios de los enemigos de la Revolución, que fueron la garantía del Banco de Chihuahua, que emitió papel moneda y fomentó la agricultura y la industria; la fundación de escuelas primarias y la conversión de la Escuela de Artes y Oficios de Chihuahua en un internado para huérfanos y niños pobres, dotado de grandes talleres; la publicación del diario Vida nueva; el nombramiento de autoridades civiles en todo el estado; la repartición provisional de una parte de las tierras confiscadas; y la distribución de carne y otros básicos a los pobres. Después de eso, Villa encargó el gobierno de estado al general Manuel Chao y se fue a proseguir la lucha.

Durante los meses de enero y febrero de 1914 se trabajó activamente en armar, uniformar y organizar a la División. A fines de febrero llegó a Ciudad Juárez el ilustre general Felipe Angeles, siendo recibido por Villa con los brazos abiertos.

El 16 de marzo de 1914 los trenes de la División del Norte salieron de Chihuahua a Yermo, que sería la base de las operaciones contra Torreón. La batalla de Torreón fue larga, difícil y sangrienta; la División perdió en ella cerca de dos mil hombres, y entre los heridos se contaron cuatro jefes de brigada: Trinidad Rodríguez, Máximo García, Calixto Contreras y José Isabel Robles. Crecieron en ella el prestigio y la autoridad de Villa.

El general Villa era un magnífico jefe militar que contaba con subordinados valientes y hábiles, de los que sabía hacerse respetar y obedecer.

El admiraba el valor, no lo envidiaba: por eso estimaba a sus jefes, los estimulaba y les hacía entender que él comprendía la importancia que ellos tenían como hombres revolucionarios. Es por eso que éstos lo apoyaban decididamente (pp. 202-203).

El 3 de abril cayó Torreón en manos de los villistas, y el 13 de abril le tocó el turno a San Pedro de las Colonias, defendida por 12 000 federales.

Mientras Villa preparaba el ataque a San Pedro de las Colonias, Carranza había llegado a Chihuahua, y la inmensa popularidad de Villa caló tan hondo en su ánimo, que empezó a prestar oídos a las intrigas de varios de sus colaboradores.

Villa regresó a Chihuahua el 18 de abril, saludó al Primer Jefe y luego riñó severamente al general Chao, que había impedido que el coronel Pedro Bracamontes cumpliera unas disposiciones de Villa y había obstaculizado las tareas de la comisión confiscadora. Chao prometió no volver a estorbar las órdenes de Villa, y ahí terminó el incidente sobre el cual se han tejido tantas mentiras: ni Villa ni Angeles dieron orden alguna de fusilar al gobernador de Chihuahua. Por lo demás, Chao fue fiel a Villa hasta el fin de la División. De todos modos, todas esas intrigas convencieron a Villa de sustituir al gobernador Chao por un hombre de toda su confianza, el general Fidel Avila. Carranza no quería a su lado más que incondicionales, no quería revolucionarios sino carrancistas, y Pancho Villa no era de esos. En los pocos días que estuvieron Carranza y Villa juntos en Chihuahua los desencuentros fueron múltiples y nació y se alimentó una mutua desconfianza que sería definitiva. Por fin se fueron, Carranza a Durango y Villa a Saltillo, derrotando a los federales que en Paredón le cerraban el paso a la capital de Coahuila.³⁰

Capturado Saltillo, Villa concentró en Torreón al grueso de la División para atacar Zacatecas. A la mitad de los preparativos recibió de parte de Carranza la orden de enviar refuerzos a Natera empantanado frente a Zacatecas. Ese telegrama disgustó profundamente a todos los generales de la División del Norte por el absurdo militar que encerraba y el despotismo que reflejaba. Los generales, a una voz, le manifestaron a Villa la necesidad de que todas las brigadas de la División permanecieran unidas.

Así que no es de extrañarse la actitud que tomaron los generales cuando desobedecieron las ordenes de Carranza y se vieron en la necesidad de decirle en el último telegrama, fechado el 14 de junio, que Villa no debía renunciar

por sujetarse a un principio de obediencia, a un jefe que va defraudando las esperanzas del pueblo, por su actitud dictatorial, su labor de desunión en los Estados que recorre y su desacierto en la dirección de nuestras relaciones exteriores (I, p. 268).³¹

³⁰ La batalla de Paredón se dio el 18 de mayo. En ella murió el general Miguel González, jefe de la brigada Guadalupe Victoria, que a partir de entonces, por decisión de sus hombres, se fundió con la Cusuhémoc.

³¹ Calzadiaz agrega a los nombres de los firmantes, los de Agustín Estrada, jefe de la recién formada brigada guerrero, y Andrés U. Vargas, jefe de un regimiento de la brigada Villa, que no aparecen en otras fuentes como firmantes del telegrama. Manuel Chao llegó a Torreón al día

Esa dura pero merecida respuesta la firmaban todos los generales que estaban en Torreón. La batalla de Zacatecas, librada el 23 de junio de 1914, representa el cenit de la carrera militar de Villa y fue la última en la que contó con la flor y la nata de los generales que se formaron bajo su mando.³²

La División se retiró a Torreón y Chihuahua, aumentando sus efectivos a 40 000 hombres. Se reforzaron las brigadas Guerrero y Bracamontes, la brigada Villa se multiplicó por cuatro y la Chao por dos. Mientras, se celebraron las Conferencias de Torreón que no tuvieron otro resultado práctico que perder un tiempo precioso. El Ejército federal se rindió incondicionalmente a mediados de agosto, y durante unas semanas la situación estuvo indecisa.

Cuando Obregón fue a Chihuahua por segunda vez llevaba la misión de restarle elementos a Villa. Ahí se decidió la traición de los Herrera. Además, el sonorense intentó separar a José Isabel Robles, Eugenio Aguirre Benavides y Raúl Madero de la División del Norte.

Si en el primer tomo quedó claro que la Revolución fue un movimiento popular contra la tiranía, en el segundo notamos, de entrada, que la Revolución es única, que las circunstancias separaron a carrancistas y villistas, pero el ideal era el mismo en todos, y al final triunfó la Revolución. Calzadiaz nota que a don Venustiano le va mal en su obra, así que el preámbulo del segundo tomo es casi una apología del Primer Jefe. Y a lo largo del libro, cuando se describen las furiosas batallas entre villistas y carrancistas, una y otra vez aclaran Calzadiaz y sus informantes que esa era una lucha entre hermanos con los mismos ideales, aunque separados por intrigas, por las rivalidades de sus jefes, por la ambición de Carranza y su camarilla. Pero volvamos a los villistas.

A fines de agosto de 1914 llegó Obregón a Chihuahua, llevando la comisión de mediar, junto con Villa, en el conflicto de Sonora. Para entender ese asunto, el autor

siguiente camino de Saltillo, donde tomaría el mando de la escolta de Carranza; al enterarse de lo ocurrido telegrafió al Primer Jefe sumándose a la actitud de sus compañeros y avisándole que se reincorporaba a la División. "De un plumazo mandó al diablo la intriga inventada por un falderrito que acompañaba al Primer Jefe" (el invento de su pretendido fusilamiento por Villa. El "falderrito" es Alfredo Breceda. I, p. 268).

³² Muriéron en Zacatecas el general Trinidad Rodríguez, y pocos días después el general Toribio Ortega, dos de los jefes más cercanos a Villa.

pasa revista a la Revolución en Sonora desde 1910, y los pleitos innumerables entre las facciones sonorenses. Los dos ameritados divisionarios consiguieron que don José María Maytorena y el general Plutarco Elías Calles firmaran unas paces que no estaban dispuestos a cumplir, y se regresaron a Chihuahua.

El segundo viaje de Obregón a Chihuahua, a mediados de septiembre fue muy distinto. Ya vimos cómo uno de los propósitos de Obregón era sembrar la discordia en las filas villistas. Pero además, todo indicaba que Carranza tenía el propósito de deshacerse del general Obregón: los telegramas llenos de insultos contra Villa que se le interceptaron al general Antonio I. Villarreal, el rompimiento de las hostilidades en Sonora por parte de Benjamín Hill, y las órdenes dadas a Pánfilo Natera por el Primer Jefe de destruir la vía entre Aguascalientes y Zacatecas (es decir, de aislar a los villistas del centro del país), no parecían tener otra intención que los villistas, que obligar al Centauro a pasar por la armas al de Huatabampo.³³

Cuando Carranza dio a Natera la orden antedicha ya iban hacia México el general Obregón y los delegados de la División del Norte a la junta de gobernadores y generales convocada por Carranza para el 1o. de octubre, pero cuando Villa se enteró de los actos hostiles del Primer Jefe ordenó dar marcha atrás, y en una junta de generales los villistas resolvieron desconocer definitivamente al Señor Carranza, mediante un telegrama fechado el 21 de septiembre.

La División del Norte empezó su avance hacia el sur, encontrándose en Zacatecas con una comisión de generales que venían a conferenciar con los jefes villistas para evitar la guerra. De ese encuentro surgió la idea de trasladar la Convención a Aguascalientes, en donde se nombró presidente provisional al general Eulalio Gutiérrez y jefe de operaciones militares al general Francisco Villa. Con ello se consumó la escisión revolucionaria.³⁴ Levantadas las sesiones de la Convención en Aguascalientes, la División del Norte empezó su incontenible marcha hacia el sur.

³³ Es falso, dice el autor, que la influencia de los generales Robles, Aguirre Benavides, Madero y Angeles y del coronel González Garza, haya salvado a Obregón, pues todos los demás jefes de la División estaban en favor del fusilamiento del sonorensé.

³⁴ En los días de la Convención los generales Maclovio y Luis Herrera se separaron definitivamente de Villa, atacando a traición Parral. Maclovio Herrera fue puesto en fuga porque sus infanterías se pasaron al otro bando cuando se enteraron que combatían contra villistas.

llegando a Tacuba el 2 de diciembre. El día 4 de diciembre se entrevistaron Villa y Zapata en un ambiente festivo y cordial, comprometiéndose a seguir la lucha hasta someter a Carranza. El 6 de diciembre desfilaron juntos, en las calles de la capital, nutridos contingentes de la División del Norte y del Ejército Libertador del Sur. Contrastaban los brillantes uniformes, el magnífico armamento, el marcial continente y la férrea disciplina de los norteños con las desordenadas filas y el disparate armamento y vestimenta de los surianos. Unos y otros, pero más los villistas, fueron rabiosamente vitoreados por la multitud.

Villa estableció el cuartel general en Irapuato y ordenó el avance de tres poderosas columnas sobre Monterrey (Angeles), Tampico (Urbina) y Guadalajara (Villa); mientras columnas menores operaban en Michoacán (José I. Prieto), Guanajuato (Agustín Estrada), Sinaloa (Rafael Buelna) y otros estados.

Poco después de ocupar Guadalajara, Villa tuvo que salir rumbo a Ciudad Juárez para conferenciar con el general Hugh L. Scott, representante del gobierno de Washington. En una conferencia secreta sostenida el 7 de enero de 1915, Scott expuso "con brutal franqueza" las condiciones que ponía el gobierno norteamericano para reconocer al gobierno de la Convención. Villa escuchó con tristeza y evitó dar una respuesta categórica.

El haberse negado Villa a aceptar las condiciones impuestas por Washington explica la derrota militar del villismo, dicen Calzadiaz y sus informantes. Pocos días después, ante Enrique Pérez Rul, Miguel Silva, Andrés Villarreal y otros testigos, Villa dijo:

-Señores: han dicho no sé cuantas cosas por enlodarme y ahora, según yo veo, quieren tener motivos para llamarme traidor a mi patria ¡Qué equivocados están! Yo, Pancho Villa, les digo a todos ustedes, que antes de firmar ese reconocimiento que me han ofrecido, por medio del general Hugh L. Scott, me voy a la sierra. Si, señores. Seré más feliz en la sierra comiendo carne charrascada. No me importa perder el dominio militar (II, p. 112, subrayado en el original).

Ahí Villa firmó su derrota y estaba consciente de ello. Las pruebas de eso son los hechos siguientes:

Primero: Estas conferencias se celebraron antes de que el gobierno de los Estados Unidos reconociera beligerancia a D. Venustiano Carranza [...]

Segundo: Tres semanas después de esta entrevista, comenzaron las dificultades para el paso de elementos de guerra a través de la frontera, para el general Villa [...]. Y el parque que se logró pasar fue parque de salva y, por indicaciones oficiales del gobierno norteamericano, el agente financiero de la División del Norte retiró el depósito que se había hecho en Guaranty Trust Company, de Nueva York, más otros hechos irrefutables, que más adelante conoceremos (II, p. 112).

En los primeros días de enero el general Angeles obtuvo una sonada victoria en Ramos Arizpe, y cayeron en poder del jefe villista -que de inmediato se los envió al Centauro- los documentos que probaban los acuerdos secretos que tenía Eulalia Gutiérrez con Obregón, Villarreal y otros jefes carrancistas, para deshacerse de Villa.

Descubiertos, Gutiérrez, Robles, Aguirre Benavides y los suyos salieron por la sierra hidalguense rumbo a San Luis Potosí. El general villista Agustín Estrada los alcanzó y combatió cerca de San Felipe Torresmochas. Cuando los soldados de las brigadas Almanza, primera Robles y Zaragoza supieron que combatían contra villistas, se pusieron a las órdenes del general Estrada consumando el desastre de los gutierristas.

Mientras Villa conferenciaba en El Paso y dictaba el cerco de los gutierristas, los villistas destacados en Jalisco fueron derrotados por Diéguez y Murguía y desalojados de Guadalajara. Con esa victoria Diéguez amenazaba el vital nudo de Irapuato, por lo que Villa tuvo que marchar precipitadamente a recuperar Guadalajara. La campaña de Jalisco de febrero de 1915 fue una guerra de posiciones que enfrentó a dos ejércitos poderosos y con la moral alta. El 17 y 18 de febrero se entabló la batalla en la cuesta de Sayula, poniendo Villa en fuga a los carrancistas.

Villa planeaba perseguir a Diéguez y Murguía y echarlos al mar, pero un urgente mensaje de Angeles, amagado en Monterrey por poderosos elementos, lo obligó a suspender la campaña de Occidente y salir hacia el Norte con una fuerte columna.

La guerra seguía en todo el país: en El Ebano, 15 000 hombres mandados por Urbina y Chao se batían contra las inexpugnables fortificaciones dispuestas por Jacinto

B. Treviño; en Querétaro, el general Agustín Estrada esperaba el avance de Obregón; en Michoacán el general José I. Prieto derrotó a Gertrudis Sánchez y Joaquín Amaro; por el norte de Coahuila avanzaba la columna de Rosalío Hernández con la intención de flanquear a los contingentes carrancistas que atacaban Monterrey; en Guadalajara quedaron las gentes de Rodolfo Fierro, Pablo Seáñez y Calixto Contreras, con órdenes de contener a Diéguez y Murguía. Y el grueso del ejército villista, con Villa y Angeles a la cabeza, se concentraba entre Torreón y Monterrey. Villa derrotó a Pablo González obligándolo a levantar el sitio de Monterrey, y cuatro columnas villistas avanzaron sobre Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, derrotando a cada paso a las debilitadas huestes carrancistas.

Estando en Monterrey, Villa supo del avance del ejército de operaciones del general Obregón hacia el Bajío, y empezó a dictar sus órdenes para que se concentraran tropas en Irapuato. Las municiones escaseaban cada vez más, pues los cargamentos eran detenidos en El Paso. Los jefes de los cuerpos que se concentraban en Irapuato exigían ser municionados, y Villa tenía que enfrentar graves problemas para surtirlos en cantidades insuficientes. También llegaron amenazas disfrazadas desde Washington: casi se le ordenó a Villa que detuviera el ataque de las tropas de Cabral y Maytorena sobre las plazas fronterizas de Sonora.

Por fin, Villa logró que se dejara pasar un embarque de cartuchos máuser, que envió rápidamente a Irapuato. Sólo que en esa remesa iban revueltos los cartuchos buenos con parque falso.

Angeles aconsejó a Villa no salir al encuentro de Obregón en Celaya, pero Villa veía el rápido avance de Obregón y se sabía ya que Amaro iba a reforzarlo. Era evidente que caído Irapuato en manos de Obregón, nada impediría que se le unieran Diéguez y Murguía, y todo Jalisco caería por su propio peso en manos constitucionalistas. Villa entendía que era necesario que Obregón no pasara de Celaya.

La inactividad de los zapatistas permitió que hasta la víspera del combate, Obregón siguiera recibiendo refuerzos y pertrechos, y Villa atacó a un enemigo

fortificado, más numeroso y mejor pertrechado. La batalla se libró los días 6 y 7 de abril, y los villistas tuvieron que retirarse por falta de parque.³⁵

El 13 de abril estaban otra vez los villistas frente a Celaya, con una dotación de 175 cartuchos por plaza, realmente insuficiente para una batalla como la que se preveía. Para el 15 de abril los villistas habían hecho avances importantes pero se agotaron las municiones, entonces el cuartel general ordenó el repliegue: ese era el momento que esperaba Obregón, que lanzó una formidable contraofensiva en la que Villa perdió cerca de tres mil quinientos hombres y toda su artillería, pero logró salvar el grueso de su ejército.

En León, Villa ordenó que las tropas que mantenían el frente de Jalisco se incorporaran al Cuartel General, y muchos civiles, que habían sufrido los desmanes de las tropas de Diéguez y Murguía en Guadalajara, salieron con los soldados de Fierro. Se concentraron también muchas de las tropas que hacían la campaña del noreste y otros contingentes villistas. El gran problema seguía siendo la escasez de municiones, que ya sólo podían pasarse de contrabando en embarques reducidos.

Desde el 24 de abril empezaron las escaramuzas entre León y Silao. Esta vez es Villa el que ha escogido el campo. La batalla, larga y sangrienta como ninguna otra, estuvo llena de alternativas y de heroísmo por ambas partes. Fue entonces cuando los villistas echaron mano a las últimas remesas de parque pasadas de contrabando, encontrando que venían municiones falsas revueltas con las buenas. La contraofensiva carrancista, detalladamente planeada por Obregón y hábilmente ejecutada por sus subalternos, los generales Cesáreo Castro, Benjamín Hill, Manuel M. Diéguez y Francisco Murguía,³⁶ dio la victoria a los carrancistas los días 3, 4 y 5 de junio de 1915.³⁷

³⁵ En esta batalla murió el general Agustín Estrada.

³⁶ Obregón no participó en las últimas acciones de la larga batalla: estaba en cama, convaleciendo de la amputación de su brazo, perdido en la Hacienda de Santa Ana del Conde, una de las posiciones de sus tropas.

³⁷ Obregón perdió el brazo el 3 de junio. Castro, Hill, Diéguez y Murguía fueron ascendidos a divisionarios por los hechos de armas de las últimas jornadas, las decisivas, de la batalla de Trinidad. Contribuyeron a las derrotas del Bajío las traiciones en la línea de fuego del general Dionisio Triana, en Celaya, y del general Magdaleno Cedillo en Trinidad, así como la desobediencia del general Pánfilo Natera.

El tercer tomo³⁶ empieza señalando que la de Trinidad fue casi una victoria pírrica: el ejército de Obregón quedó tan maltrecho que los villistas tuvieron tiempo suficiente para reponerse en Aguascalientes.

Villa, en Aguascalientes, además de preparar la siguiente batalla tuvo que hacer frente a la crisis del frente de El Ebano, causada por las vacilaciones y dudas del general Tomás Urbina; y a la aún más trascendente causada por la renuncia de Roque González Garza a la presidencia de la Convención, forzada por sus crecientes desacuerdos con los zapatistas. Villa envió una columna mandada por Rodolfo Fierro y Canuto Reyes con la misión de escoltar a la Convención rumbo al Norte y de hacer lo que los zapatistas no habían hecho, es decir, sembrar el desorden en la retaguardia del ejército de Obregón y, de ser posible, cortar sus comunicaciones con Veracruz.

El 12 de junio, Duval West, enviado del presidente Wilson, le ofreció a Villa asegurarle el dominio militar de la República a cambio de la cesión de Baja California. Villa envió su respuesta por medio de Felipe Angeles, que salió de Aguascalientes rumbo a Washington con la difícil misión de evitar el reconocimiento de Carranza.

La última de las batallas decisivas, la de Aguascalientes, empezó el 2 de julio de 1915 y terminó el día 10. La División del Norte presentó una tenaz resistencia, pero desde Trinidad, su suerte estaba echada. Lo que peleó en Aguascalientes fue el enorme prestigio del general Villa y de la División del Norte. El malparado ejército villista se retiró hacia el Norte. Había sido derrotado por Washington y Wall Street más que por Obregón y sus huestes.

En Torreón se refugiaron los villistas, y se empezaron a concentrar los contingentes que no habían participado en las batallas del Bajío. Pero no todos obedecieron esas órdenes: los generales Pánfilo Natera, Rosalío Hernández y Tomás Urbina³⁹ inauguraron la ola de defecciones del villismo, que siguió don José María Maytorena, quien se pasó a los Estados Unidos a mediados de septiembre.

³⁶ Que se editó independientemente con el título de El fin de la División del Norte, y fue incorporado a la obra completa en ediciones posteriores.

³⁹ Natera y Hernández se pasaron al carrancismo. El compadre Urbina no corrió esa suerte: Villa en persona, con la brigada Fierro y los "Dorados" asaltó la Hacienda de las Nieves, donde estaba Urbina, y lo cogió preso. Villa perdonó a su compadre, pero los generales Rodolfo Fierro, Canuto Reyes, José Ruiz, Pablo Seáñez y Manuel Banda le exigieron que lo ejecutara. Villa cedió al final y Fierro acabó con el afamado general Tomás Urbina.

Una junta de generales planeó la campaña de Sonora, y para prepararla, salieron a mediados de septiembre Juan Banderas y Orestes Pereyra rumbo a Sinaloa, con la misión de frenar el avance de Manuel M. Diéguez y Enrique Estrada por la costa del Pacífico.

Mientras se preparaba en Casas Grandes la invasión de Sonora, en octubre de 1915, la División resintió varios golpes más: los generales Manuel Chao y Roque González Garza, dos de los más capaces jefes villistas, se fueron a Estados Unidos comisionados por el Cuartel General; desertaron los generales Tomás Ornelas, Alfredo Rueda Quijano y Donato López Payán; los generales sinaloenses Rafael Buelna y Felipe Riveros se exiliaron voluntariamente, desertando de las filas convencionistas; y murió ahogado en la laguna de Guzmán uno de los más leales, capaces y valientes -y el más cruel- jefes villistas, el general Rodolfo Fierro.

Pero eso no era nada: el 19 de octubre, con el ejército villista camino de Sonora, Wilson reconoció al de Carranza como gobierno de facto de México. Inútiles fueron las gestiones de los tres ilustres representantes de los convencionistas, los generales Felipe Angeles, Manuel Chao y Roque González Garza.

Por fin, el 31 de octubre estaba Villa frente a Agua Prieta, defendida por cinco mil hombres mandados por el inmovible general Plutarco Elías Calles, quien tenía un año defendiéndose contra efectivos superiores.⁴⁰ Cuando empezaba la batalla empezaron a cruzar desde Douglas, Arizona, 8 000 soldados que a las órdenes del general Francisco Serrano venían a reforzar a Calles. Esas tropas se habían movido en tren, por el lado americano, desde Eagle Pass, Texas. Una muestra más de quién estaba derrotando a los villistas. Por si eso fuera poco, el 1o. de noviembre se abrió fuego de ametralladoras desde al lado americano contra los villistas.

Esta flagrante intervención de los norteamericanos arruinó el plan de Villa, que tuvo que levantar el campo y marchar hacia Hermosillo. Cuando los villistas llegaron a Naco las autoridades norteamericanas cerraron la frontera. En vista de todo lo acontecido, Francisco Villa se encerró con Federico González Garza para redactar el muy poco conocido "Manifiesto de Naco", en el que Villa ataca a Woodrow Wilson con

una ferocidad nunca antes vista en sus manifiestos, se desliga de la obligación de salvaguardar las vidas de los extranjeros y se desentendiende de cualquier cosa que pueda pasar entre México y Estados Unidos. de ahí a Columbus no había más que un paso.⁴¹

El resto de la campaña de Sonora fue una acumulación de desastres, inevitables por la gran superioridad del enemigo. La columna de Juan Banderas y Orestes Pereyra había sido derrotada en Sinaloa, y Diéguez, con el grueso de su columna, esperaba a Villa en Hermosillo. Mientras, por el lado americano de la frontera seguían desplazándose soldados de Obregón, llegando el mismo caudillo a ponerse al frente de las tropas que marcharon contra la columna del general José E. Rodríguez.

Del 21 al 25 de noviembre Villa sitió Hermosillo, hasta que la noticia de que Jacinto B. Treviño al frente de 10 000 soldados salió de Torreón con el objetivo de tomar Chihuahua, lo obligó a levantar el campo. La columna de Villa cruzó a pie la sierra haciendo frente a condiciones climáticas muy adversas, mientras la de José Rodríguez era despedazada por el general Obregón. Cuando llegó a Chihuahua, el 15 de diciembre, la División estaba reducida a su mínima expresión. Muchos jefes militares y colaboradores civiles se habían rendido al enemigo o estaban en Estados Unidos, pero el general Fidel Avila seguía teniendo el control del estado.

El general Cruz Domínguez había retrocedido lentamente desde Jiménez, conteniendo el avance de la fuerte columna de Jacinto B. Treviño, eso le dio a Villa unos días para arreglar la evacuación de Chihuahua, que se hizo el 19 de diciembre de 1915. Los restos de la División del Norte se concentraron en la hacienda de Bustillos, donde Villa liberó de sus compromisos a quienes no quisieran seguirlo: el combatiría

⁴⁰ Entre las tropas de Calles, bueno es decirlo, estaba el joven coronel michoacano Lázaro Cárdenas del Río.

⁴¹ Véase III, pp. 117 y ss. En dicho Manifiesto y en una carta al general Angel Flores, defensor de Hermosillo, Villa sintetizaba las condiciones que, estaba seguro, Carranza había aceptado para ser reconocido, entre las que se contaban la cesión, para todo fin práctico, de la soberanía mexicana sobre Baja California y Tehuantepec. En la explicación del ataque a Columbus que hace Calzadiaz - y que en buena parte retomaría Friedrich Katz -, esas "condiciones" tienen un peso importantísimo: Villa intentaba evitar la tutela norteamericana que, según sus cuentas, había aceptado Carranza. Véanse el tomo IV de esta obra (editado originalmente con el explícito título de Villa contra todo y contra todo. Y en pos de la venganza frente a Columbus), y Friedrich Katz, "Pancho Villa y el ataque a Columbus, Nuevo México", en Ensayos mexicanos, México, Alianza Editorial, 1994, 467 p., pp. 257-302.

sin cuartel al gobierno de Carranza, en las condiciones que fueran. Se licenció a toda la infantería y en los días siguientes se rindieron cuarenta generales villistas.

En los últimos meses de 1915 y los primeros de 1916 murieron los generales Orestes Pereyra, Juan Banderas, José Herón González ("Gonzalitos"), Calixto Contreras, Rodolfo Fierro, José E. Rodríguez, Benjamín Argumedo, y algunos otros.

La División del Norte ya no existía. Su acta de defunción la escribió el general Villa el 20 de diciembre de 1915 en la hacienda de Bustillos, Chihuahua. Empezaba una nueva etapa del villismo.

Las andanzas guerrilleras del villismo abarcan los volúmenes cuatro al seis de los Hechos reales de la Revolución.⁴² El séptimo tomo es una biografía del general Martín López, el más famoso lugarteniente de Villa en la época que se inicia en 1916. El tardío octavo tomo (aparecido en 1982) es mucho más desordenado que los anteriores, y revela una prisa y cierto hastío de que los otros carecen; no arroja mayor cosa, pues los relatos de las batallas en que participó el general Angeles está tomados casi textualmente de los primeros tomos, y se dedica una buena parte del libro a las andanzas de Angeles con Villa en 1918 y 1919.

En síntesis, para Calzadiaz la División del Norte es un ejército revolucionario, formado por rancheros libres, valientes hasta la temeridad, leales y honrados, mandados por jefes que les hacían honor y por un general en jefe que a pesar de su incultura, era un revolucionario a carta cabal, un estratega nato, un caudillo generoso y leal.

No había nada como la División del Norte y como su jefe, el general Francisco Villa. Villa es recibido apoteóticamente en todas las ciudades que conquista, sus generales lo respetan, sus soldados lo idolatran, sus enemigos le temen.

Y ese poderoso ejército recibe, a lo largo de nueve meses, los golpes demoledores que le asesta el enemigo que tiene al frente, ayudado por la traición de los peores, y, sobre todo, merced a la ayuda del gobierno norteamericano.

⁴² Los tomos cuatro y cinco aparecieron en una primera publicación, bajo el sello de Editores Mexicanos Unidos, con el título de Villa contra todo y contra todos. Y en pos de la venganza frente a Columbus, en 1962.

Pero sus hazañas se convirtieron en leyendas, y su furia derribó a la tiranía oligárquica, y su ideal fue retomado por otros revolucionarios que lo llevaron a la práctica.

Y, claro está, no hubo mejores revolucionarios, no hubo hombres más valientes, que los de Chihuahua.

FRANCISCO R. ALMADA (1896-1986)

Francisco Almada, oriundo de Chínipas, Chihuahua, dedicó su vida a la historia de su estado natal. En su rica y abundante obra destaca la historia de la Revolución en Chihuahua, en la que los villistas protagonizan el segundo tomo.⁴³

Como dictaban los cánones, la Revolución fue la lucha del pueblo oprimido contra la tiranía, la opresión económica y la venta de la nación, y en Chihuahua tuvo importantes precedentes en los motines de varios pueblos y en las revueltas magonistas. Iniciada la Revolución, en Chihuahua prendió como en ningún lado el Plan de San Luis y se definió el triunfo de Madero.

Después del cuartelazo de la Ciudadela y asesinados Madero, Pino Suárez y, en Chihuahua, Abraham González,⁴⁴ en el estado se levantaron en armas numerosos grupos desde febrero de 1913, empezando por los cuerpos irregulares maderistas mandados por el coronel Tomás Urbina (en Rosario, Durango), el coronel Tonbío Ortega (en Cuchillo Parado),⁴⁵ el teniente coronel Manuel Chao (en Hidalgo del Parral), el teniente coronel Rosalío Hernández (en Estación Ceballos), el mayor Maclovio Herrera (saliendo de Casas Grandes a Parral) y los capitanes José E. Rodríguez, Martiniano Servín y Mateo Almanza (en Ciudad Guerrero). Pocos días después el

⁴³ Francisco R. Almada, *La Revolución en el estado de Chihuahua*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1964-1985, II t.

⁴⁴ Los irregulares maderistas que guarnicionaban la ciudad de Chihuahua fueron desarmados, y sus jefes, los tenientes coroneles Trinidad Rodríguez e Isaac Arroyo, futuros generales villistas, fueron encarcelados con el gobernador Abraham González.

⁴⁵ Tonbío Ortega, enarbolando el Plan de San Luis, se levantó en Cuchillo Parado varios días antes del 20 de noviembre. Después sería uno de los más ameritados generales villista, Almada cita a Francisco de P. Ontiveros, *Tonbío Ortega y la brigada González Ortega*.

general Francisco Villa cruzó la frontera para unirse con las tropas rebeldes de Benito Artalejo y José Rodríguez, ocupando Ciudad Guerrero el 25 de abril. Para fines de mayo, la actividad de estas guerrillas había reducido a las fuerzas gobiernistas a la capital del estado, Ciudad Juárez y algunas plazas secundarias.

La actividad de Villa hizo de su guerrilla la más fuerte de todas, de manera que Ortega, Urbina y Herrera lo reconocieron como jefe dando origen, en Jiménez, a la División del Norte, la segunda quincena de septiembre. Estas tropas, unidas a las duranguenses de Calixto Contreras y Celerino Ceniceros, tomaron Torreón a principios de octubre.

El relato de la batallas libradas en Chihuahua en noviembre de 1913 sólo agrega a las tantas veces escritas la utilización de una fuente hasta aquí desconocida o ignorada: las "Rectificaciones históricas" del general Salvador Mercado, gobernador huertista de Chihuahua y jefe de la División del Norte federal hasta su completa desaparición, en la batalla de Ojinaga, el 10 de enero de 1914.

El 8 de diciembre de 1913 la División del Norte ocupó la ciudad de Chihuahua, y en una junta de generales, Villa fue nombrado gobernador provisional del estado. El nuevo gobierno dictó varios decretos en pocos días: ofreció el indulto a los enemigos de la Revolución que se rindieran desde luego, emitió papel moneda, dictó medidas de policía y buen gobierno y confiscó las propiedades de los enemigos de la Revolución, que serían la garantía con la que empezaría a funcionar el Banco del Estado.

El 8 de enero de 1914, Villa resignó el gobierno en manos de Manuel Chao, y se dedicó de lleno a la organización militar de la División. Poco antes de salir a continuar la campaña pidió y obtuvo que se le incorporara el general Felipe Angeles, quien recibió desde luego el mando de la artillería villista.

Don Venustiano Carranza salió de Sonora rumbo a Chihuahua el 20 de marzo. Dejaba tras de sí una profunda división entre los revolucionarios sonorenses que enfrentaba al gobernador José María Maytorena con el jefe de las fuerzas fijas del estado, coronel Plutarco Elias Calles. En Chihuahua, Carranza fue recibido por el gobernador Chao, pues el grueso de la División estaba peleando frente a Torreón. Los partes rendidos por Villa de las victorias de Torreón y San Pedro de las Colonias

mostraban, como todas sus anteriores comunicaciones al Primer Jefe, respeto y subordinación.

Los primeros conflictos entre Villa y Carranza fueron resultado de la expulsión de los españoles de Torreón, decreto de Villa por el que Carranza tuvo que enfrentar los consecuentes problemas diplomáticos. Otra disposición de Villa recién tomado Torreón fue la confiscación de las oficinas bancarias de La Laguna.

Después de la batalla de San Pedro de las Colonias, Villa regresó a Chihuahua para presentarse al Primer Jefe. Por esos días los norteamericanos ocuparon Veracruz y Villa, en Ciudad Juárez, hizo a la prensa declaraciones de amistad con el pueblo americano que fueron acremente censuradas por el Primer Jefe. El general Chao apoyó la firme actitud del Primer Jefe y Villa, a quien dijeron que Chao intrigaba para obtener el mando de la División, aprehendió y ordenó fusilar al gobernador, cosa que fue evitada por la oportuna intervención del señor Carranza. De cualquier modo, el incidente impedía que Chao continuara al frente del gobierno, por lo que renunció, pasando a ocupar el cargo el general Fidel Avila el 20 de mayo de 1914.

Las relaciones entre Villa y Carranza se fueron descomponiendo aceleradamente hasta la insubordinación de los jefes de la División, el 14 de junio de 1914. Esa desobediencia de generales improvisados que desconocían la ordenanza militar fue impulsada por el general Angeles, que la conocía perfectamente.

El Primer Jefe respondió destituyendo a Angeles como subsecretario de Guerra, acción plenamente justificada. El distanciamiento entre Carranza y Angeles había empezado el 20 de marzo de 1914, cuando Angeles se separó del de Cuatro Ciénegas para integrarse a la División del Norte.

Aunque la División del Norte obtuvo una sonada victoria en Zacatecas no pudo continuar su marcha triunfal, pues Carranza impidió el paso de combustible y pertrechos. Los villistas tuvieron que retroceder a Torreón, donde se celebraron unas conferencias de mediación entre sus representantes y los de la División del Noreste. La División del Norte permaneció estacionada en Torreón y Chihuahua mientras la del Noroeste triunfaba en Orendáin y El Castillo y la del Noreste ocupaba el Bajío.

Mientras, el general Fidel Avila, gobernador de Chihuahua, había ordenado que se reiniciaran los trabajos de los centros mineros y de las fundidoras. Por su parte, la Comisión Agraria presidida por el ing. Manuel Bonilla,⁴⁰ había trabajado seriamente en el estudio y medición de las tierras a repartir, de las aguas y de las empresas agroindustriales; y se redactaron leyes de expropiación por causa de utilidad pública, agrarias, de deuda agraria; sobre la aparcería rural, el patrimonio familiar y el establecimiento de colonias agrícolas.

Durante los días que siguieron a las Conferencias de Torreón, Villa, Angeles, Rodolfo Fierro y Carlos Domínguez (ayudante de campo de Villa) hicieron a la prensa declaraciones anticarrancistas que expresaban su disgusto por haber sido marginados del triunfo constitucionalista. Los villistas se preparaban para combatir a Carranza, cuya elevación a la presidencia no estaban dispuestos a aceptar, y con ese fin iniciaron los tratos que condujeron a su alianza con los partidarios de Emiliano Zapata y José María Maytorena.

Los conflictos de Sonora y los combates entre las tropas constitucionalistas y las zapatistas fueron amargando aún más la relación entre Villa y Carranza. El último comunicado de Villa a Carranza en el que le da el trato de Primer Jefe, el 21 de septiembre de 1914, el Centauro manifestó su desacuerdo por la forma de la junta de gobernadores y generales convocada para el 1o. de octubre; insistía en la exigencia - que los villistas venían repitiendo desde las Conferencias de Torreón- de que asumiera la presidencia provisional y convocara de inmediato a elecciones; y que se aprobaran "medidas cuyo resultado sea el reparto inmediato de tierras" (II, p. 160)

El general Villa, arrastrando a sus subordinados, que no se atrevían a contradecirlo ni eran capaces de hacerlo, se lanzaba decididamente por la pendiente de la guerra civil: los actos de reto y desobediencia de Villa -las órdenes giradas al general Hill, el conato de fusilamiento del general Obregón-, su parcialidad por los rebeldes declarados Zapata y Maytorena, las condiciones que exigía para asistir a la junta de generales, etc.-, determinaron que el Primer Jefe ordenara la interrupción de las comunicaciones con el territorio dominado por la División del Norte. En respuesta a

⁴⁰ Creada por decreto del general y gobernador Francisco Villa, en diciembre de 1913.

esa medida, Villa se descaró finalmente, desconociendo a la Primera Jefatura. Así se consumó la escisión revolucionaria.

En términos generales, todos los elementos que militaban en las filas de la División del Norte, guiados por la adhesión personal, la disciplina o el terror y el gobernador Maytorena siguieron sin objetar a su jefe en aquella trágica aventura de tipo personalista que había de costar un mar de sangre a la nación (II, p. 164).⁴⁷

Numerosos generales interesados en evitar la guerra civil lograron un acuerdo de compromiso, mediante el cual se trasladó la junta de generales a Aguascalientes, tomando el nombre de Convención. La Convención de Aguascalientes no discutió ni aprobó la adopción de plan alguno de reformas político sociales, y salvo la aceptación de los principios agrarios del Plan de Ayala, no hizo otra cosa que dejarse llevar por las pasiones personalistas que habían dividido a villistas, carrancistas y zapatistas.

La Convención se declaró soberana, cesó a Villa y a Carranza y nombró presidente provisional por veinte días al general Eulalio Gutiérrez. Villa respondió con violencia a la disposición que le quitaba el mando de la División del Norte,⁴⁸ y luego hizo evidente que no pensaba acatar dicha disposición. Por su parte, Carranza se negó a retirarse mientras no fuera un hecho el cese de Villa, y al fin fue declarado rebelde por la Convención. Con eso empezó la nueva fase de la guerra civil, pues Gutiérrez nombró a Villa jefe de las operaciones militares, causando la protesta de los generales Alvaro Obregón, Pablo González, Antonio I. Villarreal, Cesáreo Castro y muchos otros, pues el nombramiento violaba uno de los principales acuerdos de la Convención Como resultado de eso, los generales citados se unieron a Carranza.

La nueva guerra fue responsabilidad del presidente Gutiérrez, que pasó por encima de los acuerdos de la Convención, y del general Villa, llevado de su ambición. Los villistas habían actuado con dolo durante la Convención, violando flagrantemente la neutralidad de Aguascalientes e intrigando incansablemente para deshacerse de Carranza. Por su parte, también la delegación zapatista puso innumerables condiciones

⁴⁷ Las excepciones fueron los Arrieta (Domingo y Mariano, que nunca fueron villistas) y los Herrera (Macedonio y Luis).

⁴⁸ Atimada suscribe la versión, difícilmente sostenible, como hemos visto, de José Vasconcelos.

para reconocer a la Convención, y sin comprometerse a cumplir sus resolutivos, una y otra vez obligó mediante amenazas a que se tomaran acuerdos que los beneficiaran.

Rotas las hostilidades, los villistas y los zapatistas alcanzaron la capital de la República sin encontrar oposición militar. El 4 de diciembre Zapata y Villa se entrevistaron en Xochimilco sellando un pacto militar y la división del país en dos grandes zonas de influencia, sin considerar para nada al gobierno. Así siguió actuando Villa: nombró directores de correos y telégrafos, puso a funcionar comisiones agrarias, ordenó las ejecuciones de David Bertanga y Paulino Martínez, entregó a Zapata -para su ejecución- al general Guillermo García Aragón, y llegó incluso a amenazar al presidente. En todo obraba de acuerdo con su criterio sin consultar nunca al gobierno.

El general Villa abrió las puertas del ejército convencionista a los antiguos federales, que fueron distribuidos en diversos cuerpos. Esto disgustó profundamente al general Gutiérrez e incluso a algunos generales villistas, como Tomás Urbina. Entre los jefes federales incorporados a la Convención destacaban los generales Eduardo Ocaranza, José Delgado, Arnaldo Caso López e Ignacio Morelos Zaragoza.

Todos estos actos del general Villa obligaron al presidente Gutiérrez a desconocerlo, así como a Zapata; el presidente y su comitiva salieron de la ciudad de México rumbo a San Luis Potosí. La Convención, reunida de emergencia, destituyó a Gutiérrez eligiendo presidente a Roque González Garza.

Aquí el autor abre un paréntesis para describir a grandes rasgos la labor del general Fidel Avila al frente de gobierno de Chihuahua. Durante ese tiempo se decretaron y pagaron pensiones a los deudos de los revolucionarios caídos en combate y a los combatientes lisiados; se creó la Escuela Normal; el departamento de Hacienda y el presupuesto estatal no funcionaban normalmente, sino respondiendo a las necesidades militares de la División del Norte y a las facultades ilimitadas del general Villa, sin embargo, no se descuidaron los pagos de las comisiones agrarias, el establecimiento y sostenimiento de numerosas escuelas primarias rurales y del gigantesco orfanato en que se había convertido la Escuela de Artes y Oficios; la Comisión Agraria continuó sus trabajos de medición y estudio de los latifundios, de las posibilidades de las cuencas hidrológicas, y preparando la magna reforma agraria que

proyectaban los villistas.⁴⁹ En materia laboral se establecieron el salario mínimo y los tribunales laborales y se abolieron las tiendas de raya; se legisló para evitar los despidos injustificados y para obligar al pago de compensaciones, indemnizaciones e incapacidades. Y se limitó el fuero militar de que gozaban los jefes villistas.

En los últimos meses de su gobierno, Avila tuvo que enfrentar la creciente crisis económica causada por el ocaso militar de la División del Norte. El 20 de diciembre de 1915, el general Villa dio por terminada la campaña de la Convención, y ese mismo día su compadre Fidel Avila dejó el gobierno de Chihuahua, exiliándose varios años. No volvió a figurar en política y falleció en Ciudad Juárez en 1954.

Cerrado el paréntesis, el autor retoma el hilo principal. Con la separación de Gutiérrez, hubo durante varios meses tres cabezas de la Convención: la del citado Gutiérrez, la de González Garza en México, y la de Villa en el norte, siendo éste último quien ejercía el poder en la práctica. Esta falta de unidad y de acción del bando convencionista fue determinante para su fracaso, pues trajo primero el desorden y la anarquía, y luego su derrota a manos de los carrancistas.

Para todo sentido práctico, la autoridad desde Irapuato hasta la frontera la ejercía Villa dictatorialmente. El 2 de febrero emitió un decreto por el que se formaban tres departamentos: el de Relaciones Exteriores y Justicia, a cargo de Miguel Díaz Lombardo; el de Gobernación y Comunicaciones, a cargo de Luis de la Garza Cárdenas; y el de Hacienda y Fomento, a cargo de Francisco Escudero. Poco después se hicieron los nombramientos oficiales de gobernadores y comandantes militares.

El general Villa, que oficialmente sólo era el jefe de las operaciones militares, ejerció todas las funciones políticas y administrativas propias de un jefe de estado, además de dirigir personalmente la campaña contra los carrancistas. La administración pública villista, que intentó en un principio poner en vigor las garantías constitucionales, respetar la soberanía de los estados y la división de poderes, se convirtió pronto en un

⁴⁹ La abundante documentación sobre los estudios y reparticiones de las haciendas de Chihuahua, debidas a la diligente actividad de la Comisión Agraria presidida por Manuel Bonilla, se perdió en el incendio del palacio de gobierno de Chihuahua, en 1941.

Francisco Villa ordenó que se repartieran tierras a los "pacíficos", cosa que se hizo desde luego, pero que las haciendas de los Terrazas, decomisadas desde diciembre de 1913, se reservaron para ser parceladas entre los soldados de la División del Norte después del triunfo. Véase II, p. 212.

gobierno de tiempos de guerra, al servicio de las necesidades militares y en desesperada lucha contra la carestía, la depreciación de la moneda villista y la falta de productos básicos; problemas que crecían conforme se iba perdiendo terreno frente al enemigo. Así mismo, el despacho de Relaciones, encargado a Díaz Lombardo, tuvo que enfrentar la cada vez más activa intervención del gobierno norteamericano: no la actitud conciliadora del gobierno villista, ni el nombramiento de Felipe Angeles, Roque González Garza y Manuel Chao como delegados para negociar en Washington, pudieron impedir el reconocimiento formal del gobierno de Carranza, cuyos resultados prácticos inmediatos fueron el cierre definitivo de los puertos fronterizos controlados por los villistas y el paso de tropas constitucionalistas por territorio norteamericano para reforzar Agua Prieta, atacada por Villa.

Entre las disposiciones dictadas por el gobierno villista se cuentan la ley de caducidad minera, que intentaba hacer frente a la paralización de la actividad minera en el territorio villista, dictando que la propiedad minera se perdería "por la falta de pago del impuesto, en los términos que establece la ley respectiva; por la paralización de los trabajos y por su explotación deficiente" (II, p. 263); y la ley agraria.

Mientras el villismo intentaba gobernar, la División del Norte estaba perdiendo la guerra. En las batallas del Bajío fue crónica la falta de municiones en las filas villistas. Eso, la falta de previsión del general en jefe y la capacidad del comandante enemigo fueron las causas militares de la derrota. Las batallas de León y El Eban, perdidas simultáneamente por Villa y Urbina, fueron el golpe definitivo aunque no el final, que esperaba a los exiguos restos de la División en la tierra de sus más firmes enemigos, Sonora.

Derrotada la expedición a Sonora, Villa reapareció en Chihuahua el 10 de diciembre de 1915. Por un momento, a sugestión de algunos de los fieles que le quedaban, como el general Fidel Avila, intentó negociar una rendición y exilio honrosos, pero puesto fuera de la ley por el general Obregón y amenazado por el gobierno británico, que dijo que exigiría su extradición [recoldos del caso Benton] o que fuera puesto en manos de Carranza tan pronto pisara territorio norteamericano, se resolvió a enfrentarse resueltamente a la suerte que las circunstancias le

deparaban y a subsistir con las armas en la mano, luchando en contra de sus poderosos enemigos (II, p. 299).⁵⁰

El 20 de diciembre se entregó a los carrancistas la plaza de Ciudad Juárez, rindiéndose un numeroso grupo de jefes villistas. Las autoridades carrancistas declararon que todos los convencionalistas tenían derecho a la amnistía con excepción de Francisco e Hipólito Villa.⁵¹

Ese mismo día el general Villa arengó a sus hombres desde el balcón central del Palacio de Gobierno de Chihuahua, dando por terminada la campaña y diciendo que todos los que quisieran podían irse a sus casas. Con ese acto se considera terminado el gobierno villista de Chihuahua y disuelta la División del Norte.

El día 22 cayó la plaza de Chihuahua, entregándose al gobierno los generales Rosalío Hernández, Máximo García, Petronilo Hernández y otros. En los días siguientes se fueron entregando diversos cuerpos, hasta completar 15 000 hombres y 40 generales, sin contar los grupos que, sin entregarse, se disolvieron.

Los villistas que permanecieron a las órdenes del Centauro, encabezados por Martín López, Candelario Cervantes, Nicolás Fernández, Calixto Contreras y otros jefes, empezaron la nueva fase de la lucha con la toma a sangre y fuego de Columbus, Nuevo México, en febrero siguiente.

Hemos visto en Villa un personaje atrabiliario e impetuoso, director de un partido personalista que ensangrentó al país por las ambiciones personales de sus jefes. Lo hemos visto como dictador del norte de México y como jefe militar. Pero lo más importante del libro está en el seguimiento de los actos de los gobiernos villistas de Chihuahua y el norte del país, con la obvia conclusión de que, a pesar de su disidencia frente a Carranza, Villa fue un notable caudillo revolucionario.

⁵⁰ Para Friedrich Katz, una de las pruebas más importantes de que Villa no era un bandido es el hecho de que al ser derrotado, en lugar de irse a un exilio dorado con el dinero de la tesorería del estado -como un Batista o un Somoza cualquiera-, Villa se quedó en México, dispuesto a resistir y a evitar por todos los medios posibles, la cesión de la soberanía que, creía él, Carranza había pactado. A pregunta expresa mía sobre estas negociaciones de Avila -de las que el texto de Almada es la única fuente-, el profesor Katz dijo que sí existieron, pero que Avila las hizo motu proprio, sin consultar al Centauro, que estaba combatiendo en Sonora.

⁵¹ Sin embargo, pocos días después el general José E. Rodríguez, uno de los más amentados jefes villistas, intentó amnistiarse encontrando que tenía cerrada esa vía. En enero fue aprehendido y fusilado.

CAPITULO IV

LOS REVISIONISTAS

Tengo que incurrir en el manido tópico de referirme al '68 como un parteaguas en la historia contemporánea de México. En nuestro caso, el '68 puso punto final a la idea de Revolución que hemos visto: al demostrarse fehacientemente el fracaso del modelo político mexicano se imponía una revisión crítica de la justificación histórica en que descansaba.¹

Dentro de los historiadores hasta aquí revisados, Martín Luis Guzmán y Roberto Blanco Moheno, por poner dos ejemplos, llegaron al extremo de la identificación de los gobiernos posrevolucionarios con la idea de la Revolución popular y antimperialista, una y continua:

El 7 de junio de 1969, el escritor Martín Luis Guzmán, el mayor prosista de su tiempo, cerca ya de sus ochenta años, fue el orador en la comida de la Libertad de Prensa [...]. Martín Luis Guzmán dijo entonces, en su portentoso discurso, que el presidente Díaz Ordaz había salvado a la nación matando a los estudiantes en la Plaza de las Tres Culturas. Hubo un aplauso cerrado.²

Por su parte, Roberto Blanco Moheno, autor de una biografía heroica de Pancho Villa y de una historia general de la Revolución que comparte los paradigmas de la idea oficial de la Revolución (y que dejé fuera de este trabajo deliberadamente), dedicó su Pancho Villa... a los estudiantes mexicanos, para que vieran en Villa un auténtico guerrillero, dejando su antipatriótica admiración por el cobarde aventurero argentino a sueldo del imperialismo soviético. Ernesto Guevara; y "al hombre que se atrevió contra el prejuicio" y glorificó oficialmente a Villa: Gustavo Díaz Ordaz. Semanas después de ese libro -aparecido en febrero de 1969- publicó un panfleto apologético de Díaz Ordaz, en el que atacaba con saña a los estudiantes sesentaiocheros.³

¹ Sin embargo, habría que cuidarnos de artibuirle un peso excesivo al movimiento de 1968. En los cien días que fueron del 26 de julio al 2 de octubre de ese año, saltaron a la superficie y se hicieron del todo evidentes una buena porción de cosas que venían de tiempo atrás: para no ir más lejos, ya la discusión académica sobre el sentido de la Revolución mexicana había empezado con un texto luminoso y discutido de don Daniel Cosío Villegas, ¿Ha muerto la Revolución mexicana? Aunque no es este el lugar para preguntarnos por el sentido del '68, sí hay que señalar que nada de lo entonces surgido se dio por generación espontánea ni sólo como resultado directo de esos cien días de euforia.

² Héctor Aguilar Camín, La guerra de Callo, México, Cal y Arena, 1968, p. 199.

³ Los adjetivos endiguados al Ché Guevara provienen de Roberto Blanco Moheno, Tetelolco. Historia de una infamia, México, Editorial Diana, 1969, 286 p.; en Pancho Villa que es su padre (publicado el mismo año) se sugieren con menor virulencia, pero con el mismo sentido.

La de Guzmán y Blanco Moheno es una posición extrema, pero lógica y compartida por varios más de los autores vistos hasta aquí.⁴ Su actitud, por supuesto, contrasta radicalmente con la de los historiadores pertenecientes a la generación que sufrió en carne propia la represión gubernamental:

En 1969, Guillermo Palacios presentó en el Colegio de México su tesis de maestría en historia, La idea oficial de la Revolución mexicana, que dedicaba, "impotente", a los caídos el 2 de octubre pasado, "víctimas de la idea oficial de la revolución mexicana". Para Héctor Aguilar Camín, "el punto de vista articulado de la generación reprimida en el 68 [era]: "un enorme grito de hartazgo por los logros del Milagro Mexicano y su Revolución fundadora".⁵

En palabras del mismo Aguilar Camín, había que "repensar el pasado".

De esta manera, como en tantos aspectos de la vida nacional, el '68 metió una ráfaga de aire fresco a la historiografía de la Revolución. Los historiadores de esta última etapa, vivos, actuantes y ameritados en este 1997, vieron la Revolución desde una postura mucho más crítica y bastante menos entusiasta que sus predecesores.⁶

No contribuyó poco a los magníficos trabajos de esta época el hecho de que por fin hubiera terminado de profesionalizarse el estudio de la historia: aunque algunos de los autores que veremos a continuación -como Adolfo Gilly, Arnaldo Córdova y Héctor Aguilar Camín- aun continúan combinando la investigación histórica con la práctica política o periodística, casi siempre son primero investigadores y luego políticos y no al revés. Y sin insinuar -lejos, muy lejos estoy de tal creencia- que los historiadores deben estar divorciados de la vida política nacional, sí es cierto que ya son historiadores de tiempo completo, profesionales de la historiografía.

Los estudios sobre el "revisiónismo",⁷ como se ha dado en llamar a esta corriente historiográfica (si es que constituye una corriente) forman legión y superan

⁴ Por supuesto, nunca por todos. Por eso digo que Guzmán y Blanco Moheno llegaron al extremo.

⁵ Héctor Aguilar Camín, La guerra de Gaité, p. 109.

⁶ Con todo esto, el sentido de la Revolución ha sido ampliamente discutido, llegando a interpretaciones novedosas y contradictorias, que serían materia de un trabajo tan profuso como este. Véase, por ejemplo, Adolfo Gilly, *et al.*, Interpretaciones de la Revolución mexicana, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Editorial Nueva Imagen, 1979, 150 p.; y Enrique Florescano, "La querrela sobre el significado de la Revolución mexicana", en El nuevo pasado mexicano, México, Cal y Arena, 1991, pp. 119-152.

⁷ Utilizo a partir de aquí el término "revisiónistas" por comicidad, para referirme a la historiografía sobre la Revolución de las últimas tres décadas, aun a sabiendas de las dificultades que ofrece, de

con creces los trabajos sobre la historiografía de la Revolución anterior a 1968. Veamos algunas opiniones:

Enrique Florescano dedica al revisionismo la parte más substanciosa de su obligado texto El nuevo pasado mexicano. Según don Enrique, el revisionismo es resultado del desencanto de los jóvenes con la Revolución y sus resultados, desencanto agravado por la comparación del milagro mexicano con la Revolución cubana y, sobre todo, por la represión del movimiento de '68. Los revisionistas discrepan con la versión anterior, según la cual la Revolución fue popular, campesina y nacionalista e inauguró una nueva época, conducida por los sucesivos gobiernos revolucionarios.

Según Alvaro Matute⁸ el '68 no fue tan determinante en el nacimiento del revisionismo como en el de sus receptores: el movimiento "dio un gran contingente de lectores a la historiografía de la Revolución".⁹ Los historiadores se preguntaron sobre quiénes hicieron la Revolución, de donde venían, qué los llevó a la Revolución y qué hicieron en ella.

Alan Knight dice que

no debe sorprendemos que aquellos historiadores que habían conocido de primera mano la paz del PRI, el llamado milagro, Tlatelolco y las rituales invocaciones oficiales de la Revolución, que tantas veces contradecían la realidad mexicana, llegaran a preguntarse cuál era la realidad de la Revolución y sintieran un deseo de desenmascarar y desmitificar la Revolución deificada.¹⁰

De todo esto quedan dos ideas claras: pocos momentos de la historiografía mexicana en cuanto a calidad y cantidad de lo producido, como los últimos treinta años

que no hay manera de encuadrar a algunos de los historiadores aquí trabajados -como a Charles C. Cumberland- en el grupo, y de que a otros les disgustaría ser llamados así -como a Alan Knight-.

⁸ Alvaro Matute, "Los actores sociales de la revolución en 20 años de historiografía", en Universidad de México. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México, Vol. XLIV, núm. 466 (México, noviembre de 1989), pp. 10-17.

⁹ Eso es indudable: el tiraje alcanzado por las múltiples ediciones de los libros que a continuación se revisarán, sobre todo de los clásicos de John Womack, Adolfo Gilly, Amalfo Córdova, Héctor Aguilar Camín y algunos otros, es verdaderamente espectacular.

¹⁰ Alan Knight, "Interpretaciones recientes de la Revolución mexicana", en Secuencia. Revista Americana de Ciencias Sociales, Vol. 13 (México, enero-abril de 1989), p. 25.

-y no sólo sobre la Revolución-; y como paradójica consecuencia de ello, "Resulta cada vez más difícil explicar la Revolución mexicana".¹¹

Una de las cosas más importantes que perdió la Revolución con los nuevos enfoques fue su carácter unitario y nacional. De esa Revolución unívoca y comprensible los revisionistas fueron extrayendo otra, múltiple y compleja, fragmentada casi hasta la inasibilidad.¹²

Y otra: la Revolución terminó, según cada autor, en 1917, en 1920, quizá en 1940. Ya no se extiende, como era usual, hasta el mejor de los mundos posibles, en el presente gobernado por los revolucionarios "de ahora".

Como en su mayor parte, los autores aquí tratados viven y producen, en éste capítulo abandoné la práctica de dar cualquier noticia biográfica, a pesar del interés de contar, por ejemplo, que Friedrich Katz es hijo de un comunista austriaco llegado a México en 1940, gracias a la hospitalidad de Lázaro Cárdenas; que Héctor Aguilar Camín nació en Chetumal, militó en el Movimiento de Acción Popular y luego se acercó -demasiado- al régimen salinista; ni que Amaldo Córdova como diputado del Partido Socialista Unificado de México fue quizá la mejor cabeza de la primera fracción legislativa de importancia numérica de la oposición de izquierda. Creo que es mejor que el lector se acerque por sí mismo a estos autores.

Para efectos prácticos he dividido el capítulo en tres partes, en la primera veremos el papel de los villistas en las grandes reinterpretaciones globales, en la segunda veremos a los villistas en las historias de otros actores, y, por fin, revisaremos los trabajos dedicados específicamente a los villistas o que los tocan muy de cerca.¹³

Una mención rápida de lo que quedó fuera:

En 1969 Guillermo Palacios presentó su tesis de maestría, La idea oficial de la Revolución mexicana, en la que revisaba la idea de Revolución a través de sus recídivas encarnaciones sucesivas, los Presidentes emanados -o que tal se

¹¹ Paul J. Vanderwood, "Explicando la Revolución mexicana", en Secuencia. Revista Americana de Ciencias Sociales, Vol. 13 (México, enero-abril de 1969), p. 7.

¹² Véase Romana Falcón, "Las regiones en la revolución. Un itinerario historiográfico", en Carlos Martínez Assad (coordinador), Balace y perspectiva de los estudios regionales en México, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990, 451 p., pp.81-89.

¹³ Como cambio es que después de esta larga entrada al capítulo; no consideré necesario presentar a su vez: las tres partes que lo constituyen.

reclamaban- de la Revolución, desde Madero hasta Cárdenas. Los villistas, pues, no tienen ninguna vela en este entierro; pero la transformación de la idea oficial de la Revolución va a explicar -como de alguna manera hemos ido viendo-, la comprensión del villismo. Aparecen además, algunas piedras de toque para explicar el conflicto entre el grupo maderista militante en la División del Norte, y la Revolución Constitucionalista, para Carranza, la Revolución maderista había fracasado, y la Constitucionalista no era, en modo alguno, continuación de la de 1910. Esta idea, presente en los discursos de Carranza, será retomada por los más fervientes memorialistas carrancistas, como Barragán y, sobre todo, Mena Brito, y será un arma contra los Miguel Díaz Lombardo, los Federico González Garza, los Raúl Madero

En 1977 el ilustre polígrafo Fernando Benítez publicó un libro ameno, claro y bien escrito, que es un sentido homenaje a su desaparecido amigo Lázaro Cárdenas, en el que coloca al hombre de Jiquilpan en el amplio contexto del proceso revolucionario. El libro trata a los caudillos campesinos con respeto y cariño, pero es tributario de la interpretación anterior de la Revolución mexicana¹⁴

En 1985 un importante grupo de historiadores, coordinados por Javier Garcadiago, escribieron una historia general de la Revolución bellamente editada y profusamente ilustrada. Aunque los trabajos sobre el villismo o cercanos a él de Carlos González, Amaldo Córdova, Federico Reyes Heróles, Luis Garfías y Alvaro Matute no dejan de ser aportativos y merecen ser leídos, son más de difusión que investigaciones novedosas. Quedan para otra ocasión.¹⁵

En 1988 (1985 en francés) Francois Xavier Guerra publicó uno de los clásicos del revisionismo, una especie de profundización y desarrollo de las ideas antes expresadas por Francisco Bulnes y Jean Meyer, complementadas con el uso de novedosos instrumentos metodológicos, en el que esclarecía el papel de las élites y la vinculación de la Revolución con su pasado reciente, para establecer que el movimiento iniciado en 1910 es mucho menos una ruptura que la continuación de un

¹⁴ Fernando Benítez, Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, III t.

¹⁵ Javier Garcadiago (Coordinador), Así fue la Revolución Mexicana, México, Comisión Nacional para las Celebraciones del 175 Aniversario de la Independencia Nacional, 75 Aniversario de la Revolución Mexicana, 1985, 8 v.

proceso histórico iniciado décadas atrás. No se trata aquí porque el libro termina antes de que el villismo empiece.¹⁶

En 1991 apareció un libro de Lorenzo Meyer que con La guerra secreta en México de Friedrich Katz, coloca a la Revolución mexicana en su justo contexto internacional. Es un libro magnífico y exhaustivo, que no trato aquí porque salvo las complicaciones que el asesinato de William Benton le trajo al villismo, la División del Norte nunca pasó de ser un asunto secundario -a veces molesto, muy molesto- en la difícil relación entre el gobierno británico y la Revolución.¹⁷

La lista podría ser interminable dada la cantidad y calidad de trabajos producidos en los últimos tiempos: la versión global marxista coordinada por Enrique Semo, la polémica visión de Ramón Eduardo Ruiz, la insistencia en las leyes agrarias villistas de Laura López de Lara, las novelas villistas de Eduardo Solares y de Juan Madrid -cuyos personajes pierden mucho, hay que decirlo, cuando se trasladan de Carabanchel al Bolsón de Mapimí-, la biografía del vencedor del villismo de Linda B. Hall, el texto de difusión para jóvenes de Orlando Ortiz, pero dejémoslo aquí.

¹⁶ Francois Xavier Guerra, México: del antiguo régimen a la Revolución, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, II t.

¹⁷ Lorenzo Meyer, Su Majestad Británica contra la Revolución Mexicana, México, El Colegio de México, 1991, 579 p.

1.- LOS VILLISTAS EN LAS REINTERPRETACIONES GLOBALES

ADOLFO GILLY

La Revolución interrumpida¹⁸ de Adolfo Gilly, escrita en el palacio negro de Lecumberri, es un libro que inmediatamente se convirtió en un clásico, tanto por el énfasis que pone en la revolución campesina, como por su prosa "clara y atractiva".

Este libro no es un trabajo de investigación, sino un ensayo de interpretación que enriqueció la visión de la Revolución y abrió líneas de trabajo muy sugerentes, que otros historiadores han seguido, obteniendo resultados valiosos. La historia que se cuenta en él es la

de la interrupción violenta de las masas campesinas,¹⁹ que en un momento de su trayectoria pudieron gobernar sus destinos, pero que fueron sometidas por una minoría que recuperó el mando e interrumpió un proceso real y tangible.²⁰

Los protagonistas del libro son los campesinos rebeldes acaudillados por Villa y Zapata, y derrotados tanto por ellos mismos como por un proyecto burgués que interrumpió el proceso revolucionario de las masas populares. Casi está de más recordar que en 1971 Gilly era uno de los principales dirigentes de la IV Internacional (trotskista) en México y que escribió desde una perspectiva militante.

Desde que se presenta a los villistas notamos que estamos frente a una novedosa interpretación:

La División del Norte es una de las mayores hazañas históricas mexicanas. Su organización fue el punto de viraje en la guerra campesina y en la revolución. Las masas del norte del país y las que se sumaban en su avance, se incorporaron a ella, la organizaron de la nada y contra todos, le dieron su tremendo empuje, alzaron a uno de sus propios filas,

¹⁸ Adolfo Gilly, La Revolución interrumpida, México, El Caballito, 1971, 413 p. En el entendido de que no hay cambios de fondo -ni de forma casi- en la parte que nos interesa, utilizo la edición corregida y aumentada: México, Ediciones Era, 1994, 367 p.

¹⁹ "La historia de las revoluciones es para nosotros, por encima de todo, la historia de la interrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos", León Trotsky citado por Gilly en el apéndice de la edición de 1971. La frase es el punto de partida de su ensayo "La guerra de clases en la Revolución mexicana...", en Adolfo Gilly, et al., Interpretaciones de la Revolución mexicana, p. 22.

²⁰ Alvaro Matute, "Los actores sociales de la Revolución...", pp. 11-12.

Francisco Villa, como el mayor jefe militar de la revolución, barrieron en el camino con cuanto se les puso por delante (p. 122).

Aunque formalmente la División era una de las tres columnas militares en que se apoyaba la dirección burguesa de la Revolución, en la práctica su independencia militar fue abriendo el camino de la independencia política. Su alianza con el zapatismo fue la unión "de la mayor capacidad militar con la mayor capacidad política alcanzadas por las fuerzas campesinas. Equivalía a unir nacionalmente la insurrección campesina" (loc. cit.).

Durante la lucha contra Huerta la División del Norte llevó el peso principal de la campaña militar. Sus filas estaban formadas por campesinos llegados a la Revolución por "la perspectiva de la tierra", y sectores proletarios del norte (sobre todo mineros y ferroviarios).

La sorprendente e ininterrumpida serie de victorias que obtuvo entre septiembre de 1913 y junio de 1914, que terminaron con las principales fuerzas del huertismo, la convirtieron en el polo de atracción de los campesinos rebeldes, que se sumaban a ella y combatían con la convicción de que el triunfo les daría la tierra, la igualdad social, la eliminación de los explotadores y la paz.

Con el villismo los peones, los campesinos sin tierra, "los pobres de siempre", sienten que se incorporan a la vida, que luchan para vencer y decidir el futuro. No tienen programa pero tienen la figura de Villa que representa a los campesinos insurrectos.

En Villa alcanzaban rango heroico los rasgos propios de todos:

el coraje, el odio a los explotadores, la desconfianza, la implacabilidad en la lucha, la crueldad, la astucia y la ingenuidad, la fraternidad, la temura y la solidaridad hacia los pobres y los oprimidos, y también la inestabilidad de carácter (p. 133).

Su personalidad unía y daba dirección "a esas masas en movimiento", era el punto de atracción de múltiples sectores, atemorizaba a sus enemigos e inspiraba plena confianza a sus hombres. El ejército villista era para los campesinos su honor, su fuerza, su partido militar y su personalidad de hombres negada por tanto tiempo, entrando violentamente en la historia contra los patronos, los ricos, los catrines.

Villa fue el organizador de esos hombres que buscaban la justicia y la igualdad. Supo disciplinar a sus soldados, encontrar recursos para armarlos, utilizar correctamente los trenes y la artillería, construir una imponente brigada sanitaria y emplear al máximo los servicios de los técnicos militares -Felipe Angeles el primero-. Sus características principales como jefe militar eran la audacia y la impetuosidad, acompañadas de "un sentido natural de ahorro de fuerzas y de preocupación por la suerte de sus soldados".

El rasgo principal de la División del Norte es que era un ejército campesino, mandado por caudillos campesinos; que levantaba a las masas campesinas a su paso, respondía a su movilización y sembraba la justicia campesina. La movilización villista quedó en la consciencia de México como prueba de que un caudillo campesino puede derrotar a los ejércitos burgueses y que la burguesía como clase no es imprescindible. Por eso Villa, como Zapata, sigue vivo en la memoria del pueblo.

Cuando las victorias villistas en Torreón y San Pedro de las Colonias, la toma de Monterrey por las tropas de Pablo González, la ocupación de Iguala y Chilpancingo por los zapatistas y el desembarco de los manines en Veracruz mostraron que no había poder humano que salvara al régimen de Huerta, pasó al primer plano la contradicción entre la dirección burguesa de la Revolución y los ejércitos campesinos en que se apoyaba en su lucha contra Huerta.

"La política de Carranza no era más que la de toda burguesía nacional débil que necesita apoyarse en las masas en ascenso haciéndoles concesiones y conteniéndolas", y el Primer Jefe había tenido que tolerar los métodos revolucionarios del villismo que, después de todo, dada la carencia de programa de estos, no eran antiburgueses. Al mismo tiempo, la dirección campesina del villismo, con todo su poderío militar, "no podía sobrepasar por sí misma" los márgenes políticos del constitucionalismo; sólo podía arrancarle concesiones para las masas.

Pero desde la caída de Torreón empezó a fraguarse la fase siguiente de la guerra civil, con Carranza intentando contener el avance del villismo, restarle elementos e impedir que ocupara antes que nadie la ciudad de México. Después de algunas escaramuzas entre Carranza y Villa, el conflicto estalló cuando el Primer Jefe

ordenó que la División del Norte permaneciera estacionada en Torreón mientras Pánfilo Natera -con refuerzos villistas- tomaba Zacatecas. Los telegramas cambiados entre Carranza y Villa primero y Carranza y los generales villistas después terminaron con la insubordinación de la División del Norte.

Pero el carrancismo aún no estaba listo para la ruptura, máxime cuando su sector "nacionalista-pequeñoburgués" presionó al Primer Jefe para evitar la escisión. De ahí surgieron las Conferencias de Torreón, y sus acuerdos entre los que destacan la exigencia de convocar a una convención revolucionaria consumado el triunfo, pero sobre todo, la cláusula octava -llamada "de oro"-, que es la primera formulación del programa político del villismo.

El Pacto de Torreón fue el espejo de la relación de fuerzas existente. "La superior fuerza militar y social del villismo es contenida por su debilidad política campesina frente a la dirección burguesa", a la que podía arrancar demandas importantes porque aún no era capaz de romper abiertamente con los caudillos campesinos y porque un sector importante del carrancismo (su "ala nacionalista revolucionaria") apoyaba esas demandas, que eran parte de su propio programa. Pero lo que quería Carranza era ganar tiempo, y cuando Obregón llegó a las puertas de la capital, Carranza desconoció los puntos principales del acuerdo.

A la caída de Huerta los revolucionarios estaban divididos en cuatro grandes facciones. A la izquierda está el zapatismo, que controla el sur. En ruptura con Carranza "y en alianza cada vez más estrecha con Zapata" está el villismo, atrincherado en el norte. A la derecha está Carranza apoyado por Pablo González y su Ejército del Noreste. Y en el centro está el general Obregón con su Ejército del Noroeste, que representa a la pequeña burguesía nacionalista dividida en dos alas; la que propugna por el desarrollo capitalista de México y la que se identifica con las demandas populares y agrarias de los villistas y zapatistas. Villa y Zapata se alían. Carranza se apoya en González y Obregón, mientras éste apoya a Carranza al mismo tiempo que desarrolla su propio juego, que consiste en cooptar y controlar a las masas y no -como el de Carranza- en reprimirlas.

Pero mientras se gestaban estas alianzas y se preparaba la guerra, las masas campesinas se sentían triunfadoras; había una marea imponente que subió hasta la superficie y borró por un momento todo lo que no fuera reivindicación, demanda y justicia agraria; y sólo cuando esa marea necesitase una expresión política -de clase- y no la encuentre, pasará al primer plano la política del otro bando y habrán madurado las cosas para que la decisión pueda ser militar.

Una de las principales ventajas del carrancismo estribaba en que concebía la dimensión nacional de la política y actuaba como Estado nacional, a diferencia del localismo de los caudillos populares. Al ocupar la ciudad de México, Carranza necesitaba tiempo para preparar mejor la lucha, y fingió negociar con zapatistas y villistas. Con los zapatistas la ruptura fue clara. El enfrentamiento con Villa²¹ seguiría un camino más largo y sinuoso pero sería igualmente definitivo.

Obregón emprendió un peligroso juego que casi terminó con su propia muerte, intentando mediar entre el villismo y el carrancismo en provecho de su grupo, y al mismo tiempo restarle fuerzas al villismo en previsión de un enfrentamiento futuro. Pero sus maniobras fracasaron, y combinando eso con la rígida postura de Carranza, los villistas rompieron definitivamente con los constitucionalistas negándose a asistir a una convención²² que no representaría a los revolucionarios sino a Carranza y que no garantizaba que se llevara a cabo la reforma agraria que era de imperiosa necesidad.

Cuando el rompimiento parecía inevitable un grupo de generales constitucionalistas, encabezado por Lucio Blanco, encontró una fórmula de transacción que consistía en trasladar la Convención a Aguascalientes, y se la impusieron a Carranza y sus adictos, que se oponían a ella.

Estos radicales ("pequeñoburgueses") forman la mayoría de la oficialidad carrancista y quieren impulsar una transacción, una Convención de la que emane un nuevo cuerpo de leyes (que nadie tiene muy claro) que haga concesiones al pueblo sin

²¹ En el norte, "la alianza inestable de la dirección burguesa con la dirección campesina se rompió, como siempre, a la hora del triunfo. Con la diferencia en este caso de que la dirección burguesa, cuando intenta volverse para reprimir y masacrar a las masas, se encuentra con que estas están organizadas en un formidable ejército" (p. 161).

²² La presión de los villistas y de los oficiales nacionalistas de las otras divisiones del constitucionalismo habían anulado al Primer Jefe la convocatoria de la Convención, pero Carranza cambió sus bases en provecho de su partido.

llevar la Revolución hasta el fin, que descarte los extremos atrayéndoles al ala pequeñoburguesa del villismo, y que erija como árbitro a uno de ellos, como Alvaro Obregón, Lucio Blanco o Antonio I. Villarreal.

Desde la primera sesión de la Convención se revelan la inexperiencia parlamentaria de los delegados, la falta de programa concreto de las facciones, y que el centro de los debates sería el conflicto entre Villa y Carranza. Cuando llega la delegación zapatista las cosas cambian, pues son los únicos que presentan "un programa que tiene relación con la realidad de las demandas campesinas". Por fin se da la conjunción política entre villismo y zapatismo, que arrastra a toda la asamblea a suscribir los principios de Ayala.

Pero la Convención se empantana al tratar de separar de sus mandos a Carranza y a Villa, y al fin Carranza es declarado enemigo y se da el mando de los ejércitos convencionistas a Villa. Obregón se plega al carrancismo, fracasado "por prematuro" su papel de árbitro. La guerra inició con una declaración de la Convención que exigía la desocupación de Veracruz por los marines, enunciaba los derechos laborales de huelga y asociación y trazaba un programa agrario mínimo.

Diciembre de 1914 marca el punto más alto de la Revolución campesina. La vieja oligarquía ha perdido para siempre su poder y buena parte de sus bienes, y la nueva burguesía no sólo no ha afirmado ese poder en sus manos sino que ha tenido que retroceder ante el embate de los ejércitos campesinos.

En realidad el poder está vacante. La dirección campesina no lo toma, sólo lo guarda para entregarlo a los dirigentes pequeñoburgueses de la Convención. "Ejercer el poder exige un programa. Aplicar un programa demanda una política. Llevar una política requiere un partido. Ninguna de las tres cosas tenían los campesinos, ni podían tenerlas" (p. 173).

Aunque había obreros en las filas villistas, el proletariado como fuerza política independiente no existía, y los pocos líderes sindicalistas estaban más dispuestos a vincularse con el naciente poder burgués que con el incierto destino de los campesinos en armas, sin contar con que tampoco podían ofrecer un programa apegado a la realidad. Los obreros y artesanos de la ciudad simpatizaban con los campesinos

rebeldes, pero esa simpatía, sin programa ni organización, no podía traducirse en una alianza de clases cuya necesidad no notaban ni los caudillos campesinos ni los líderes sindicales. Al mismo tiempo, los campesinos mexicanos estaban aislados en el plano internacional: acababa de estallar la Gran Guerra y el movimiento popular en todo el mundo estaba en su punto más bajo en muchos años.

Los pequeñoburgueses del gobierno de Eulalio Gutiérrez veían con "temor, odio, duda, incompreensión, vacilación y ambigüedad" a las tropas y dirigentes campesinos. Nada tan plástico para expresar esos sentimientos como el capítulo "Los zapatistas en palacio" de El águila y la serpiente de Martín Luis Guzmán.²³ La contradicción interna y la inestabilidad de un gobierno pequeñoburgués montado en un poder conquistado por los campesinos es patente, como lo es la actitud tímida e insegura de los campesinos, que contrasta notablemente con la seguridad y la perspectiva histórica de los obreros y campesinos que tomaron el poder en Rusia tres años después.²⁴

Los pequeñoburgueses son, y lo sienten, intrusos en esa sede del poder que no han tomado y en el que no representan a nadie, y los campesinos no han instalado ninguna dirección en parte alguna. Se insiste: "el poder está vacante".

En el Pacto de Xochimilco solo se delinea la continuación de la campaña militar. No hay nada parecido a un plan de gobierno, que los caudillos siguen queriendo dejar en manos de los pequeñoburgueses del gobierno.

Pero estos tampoco tienen un programa, y en la práctica quieren obrar como barrera de contención del movimiento campesino, y terminarán entregando el poder por la vía de la traición a la dirección burguesa carrancista.

Ante la falta de un programa revolucionario del gobierno de la Convención y de la dirección campesina, la situación se va a desplazar hacia el gobierno de Carranza, que dominado momentáneamente por la facción de Obregón, sí va a presentar un programa que atraerá lo mismo a los vacilantes que a importantes sectores del campesinado y a las incipientes organizaciones obreras.

²³ Cuando hablamos de El águila y la serpiente vimos el significado de la extensa cita de Guzmán en las páginas de GHly.

²⁴ Nomás como primera cosa, porque los bolcheviques empezaron por echar a patadas de esos recintos a los intrusos como estos a quienes Eufemio Zapata ingenuamente paseaba por el palacio desierto" (Eulalio Gutiérrez, José Isabel Robles y Martín Luis Guzmán, p. 178).

Sin embargo, la fuerza militar de los campesinos (el villismo) y su intransigencia política (el zapatismo) revelaron la capacidad de los campesinos mexicanos (única en la historia de las guerras campesinas) para, en un esfuerzo supremo, constituirse como fuerza nacional independiente, atraer momentáneamente a un sector de la pequeña burguesía e influir al otro ("la tendencia radical y jacobina en el constitucionalismo") para terminar expresando en términos políticos más permanentes, el peso de los campesinos en la Revolución.

Al principio de la guerra entre ambas facciones revolucionarias, la situación militar favorecía a los campesinos, que aumentaron sus ventajas con las tomas de Puebla (Zapata), Guadalajara (Villa) y Monterrey (Angeles). Se acepta como buena la versión de los carrancistas que destaca estas ventajas. Pero los caudillos campesinos dejaron ir la oportunidad del triunfo por la "absurda dispersión de fuerzas, nacida de un obtuso criterio localista reclamado por Zapata".²⁵ El criterio localista privó en la mente de ambos caudillos -no sólo en la del suriano-, cuya seguridad y prestigio estaba en su tierra; y fueron desechadas las objeciones puestas por el general Angeles, cuya propuesta, correcta desde el punto de vista militar, era destruir de inmediato el corazón carrancista en Veracruz.

Obregón, que como Angeles veía en perspectiva nacional y luchaba por el poder, aprovechó magníficamente el respiro que le dieron. Aunque aun tendría que demostrarlo en el campo de batalla, su perspectiva nacional y su visión del poder ya le habían dado la victoria.

La ocupación campesina de la ciudad de México ha sido tachada de anárquica y plétórica de crímenes y desmanes por sus enemigos; pero la verdad es que la mayoría de la población conoció la calma -como con ningún otro de los sucesivos gobiernos revolucionarios- y el terror revolucionario sólo se ejerció contra los enemigos de clase.

La traición y el sabotaje de los gutierristas influyeron en la derrota de los campesinos, pero el factor principal fue la desilusión de las masas ante la impotencia política de sus jefes: esperaban que ocupado el poder se diera un vuelco político en su

²⁵ P. 168. Es una cita de Francisco de P. Grajales, prólogo a Alvaro Obregón, Ocho mil kilómetros en camión. La otra fuente en que Gilly se basa en esta parte es la Historia del Ejército y la Revolución Constitucionalista, de Juan Barragán.

favor, se sancionara con una nueva legislación la ocupación de los latifundios (en los hechos fueron Obregón y Carranza quienes respondieron a esa necesidad con la ley del 6 de enero de 1915), se legislara también en materia laboral. Y nada de eso ocurrió. La Revolución había alcanzado su nivel más alto posible con la dirección que tenía - marcada por la "imposibilidad de establecer un gobierno campesino nacional"- y lo que seguía era el inevitable reflujó.

Y ahí estaba el carrancismo listo para entrar en escena. Con la difícil situación militar y por la necesidad de ampliar su base social, el ala radical llevaba la batuta, e hizo el trabajo legislativo que no hicieron los caudillos campesinos. La Revolución retrocedió, cierto, pero nunca hasta su punto de partida.

La ocupación campesina de la ciudad de México desintegró hasta los cimientos del antiguo régimen y rompió la continuidad estatal burguesa que Carranza hubiera querido preservar o reestablecer. Ese momento "fue la culminación que consolidó la confianza en sí mismas de las masas" y "dio una conciencia nacional al campesinado de México [...] Nada más esas dos conquistas, imposibles de medir en términos económicos, valían los diez años de lucha armada" (p. 204).

El avance de Obregón desde Veracruz fue rápido. Derrotó sin mayores problemas a los mercenarios oroquistas que Zapata había dejado de guarnición en Puebla, y ocupó momentáneamente la ciudad de México. Con eso se separó en la práctica a los dos ejércitos campesinos -que ya desconfiaban uno del otro por la traición de Gutiérrez y las múltiples intrigas que los enredaban-. El que entró al corazón de México no era un ejército contrarrevolucionario, sino un ejército revolucionario con una clara visión política de la realidad: Obregón llegó a aplicar las nuevas leyes agrarias, a ganarse a las masas pobres de la ciudad mediante actos populistas y, sobre todo, a sellar un pacto definitivo con la Casa del Obrero Mundial, la mayor organización obrera de México.

Obtenidas esas ventajas, Obregón se movió hacia el Bajío, buscando obligar a Villa a presentar batalla. El tiempo corría en contra del sonorenses, que temía que Villa retrocediera forzándolo a extender sus líneas. Eso fue lo que propuso Angeles, pero la trampa estaba correctamente cebada para atraer a la mentalidad campesina de Villa -

no a la mentalidad militar de Angeles-, y la misma falta de perspectiva nacional, el mismo criterio localista de defensa del terruño conquistado y repartido -esa sensible preocupación por la suerte de sus bases sociales- que hizo que Villa no avanzara sobre Veracruz en diciembre, lo obligaba a atacar Celaya en abril.

Villa sentía también que el reflujo había empezado. Lo percibía en el avance de Obregón, en la defección de algunos de sus jefes, en las intrigas que intentaban separarlo de Zapata, en los pleitos entre villistas y zapatistas en la Convención, en el estado de ánimo de sus soldados y de las poblaciones por las que pasaba y en muchos otros síntomas; y pensó que revertiría todo eso con un golpe militar contundente sobre Obregón. Su carácter lo llevó a buscar una salida militar que no existía.

Entre abril y julio de 1915 se libraron las cuatro grandes batallas del Bajío que agregaron la derrota militar a la derrota política del villismo. Ahí se rompió para siempre la potencia militar de la División del Norte, que por momentos estuvo muy cerca de la victoria. Los villistas culpan de la derrota a los traficantes norteamericanos que les vendieron parque defectuoso, pero la razón profunda de la derrota, como ya está dicho, fue política.

A partir de Aguascalientes -la cuarta batalla del Bajío- comenzó el repliegue definitivo y la disolución de la División del Norte. La certidumbre de la derrota y la carencia de perspectiva política y social fueron fundiendo al ejército villista en su retirada hacia el norte.

Villa se jugó en Sonora su última carta. En octubre se movió de Casas Grandes a Agua Prieta y atacó al general Plutarco Elías Calles, pero tropas de Obregón habían reforzado la guarnición de la plaza fronteriza moviéndose del lado norteamericano de la frontera. El 19 de octubre el gobierno de Carranza había sido reconocido por los norteamericanos y ese era el primer resultado práctico de la decisiva toma de partido del presidente Wilson. Las dos columnas de Villa (una a sus órdenes directas y la otra a las de José Rodríguez) fueron derrotadas y regresaron deshechas a Chihuahua. Sólo

la sólida voluntad de clase del general Villa le permitió continuar durante cuatro años la resistencia guerrillera.²⁶

Durante la Revolución, como a lo largo de la historia de México, el peso potencial de los Estados Unidos tuvo una influencia determinante, pero en los momentos más confusos de la guerra civil no tuvo una injerencia directa por confusión propia: su política fue incierta y contradictoria, secundaria y no decisiva hasta que las derrotas del Bajío hicieron evidente la victoria de Carranza, interviniendo entonces a su lado contra los restos del villismo.²⁷

Resumamos en lo posible. La División del Norte era un ejército de campesinos dirigido por campesinos, sus integrantes eran peones, campesinos sin tierra, mineros, ferrocarrileros, etc., que luchaban por la tierra y la justicia -y una sociedad igualitaria y sin patronos-.

El villismo fue la más poderosa expresión militar de los campesinos mexicanos rebeldes, "una de las mayores hazañas históricas mexicanas", que de la mano con la expresión política de la misma clase -el zapatismo-, alcanzó el más alto punto de la Revolución popular en México al ocupar el centro del poder, destruir hasta los cimientos del antiguo régimen y romper la continuidad del Estado burgués.

Pero no pudo pasar de ahí por falta de un proyecto político, por carecer de una concepción revolucionaria de la nueva nación y por la imposibilidad de aliarse con la incipiente y desorganizada clase obrera. Eso se reveló en la incapacidad de asumir el poder que habían conquistado, empezó a desilusionar a las masas y marcó el inicio del reflujó del movimiento popular y la Revolución campesina. Desde ese momento era inevitable su derrota ante un enemigo que concebía claramente las implicaciones nacionales y políticas de la lucha y estaba decidido a hacer las concesiones necesarias a las masas.

²⁶ La explicación del ataque a Columbus es una de las correcciones y agregados hechos a la edición de 1994: Gilly se adhiere a la versión de Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, que apareció trece años después de la primera edición de *La Revolución interrumpida*.

²⁷ En esta lectura de la política norteamericana hacia México durante los años de 1914 y 1915, Gilly difiere completamente de los soviéticos Alperovich y Rudenko, con cuya visión general está de acuerdo en tantos otros momentos.

Sin embargo, la fuerte influencia que ejercieron sobre el sector radical del carrancismo cristalizó en un cuerpo de leyes perdurable; y su actuación revolucionaria llenó a las masas de confianza en sí mismas y "dio una conciencia nacional al campesinado de México".²⁸

JEAN MEYER

Más incómoda que la nueva versión marxista de Adolfo Gilly, resultó La Revolución mexicana, 1910-1940,²⁹ de Jean Meyer, aparecida en 1973 en París y traducida (muy mal) al castellano ese mismo año (la edición mexicana de Jus, de 1991, es muy superior a la española de 1973).

Según los críticos, en esta obra aparecen ideas que serían moneda corriente en el revisionismo: la Revolución no dio al traste con el México decimonónico (porfirista), sino lo continuó; no rompió, sino aceleró el proceso capitalista; no fue una lucha de clases sino una contienda por el poder; y el nacionalismo fue un instrumento de manipulación ideológica más que de creación de la identidad nacional.³⁰

La imagen de Victoriano Huerta no es nada desfavorable. Del texto se desprende que Huerta tiene que ser estudiado, no anatemizado,³¹ y que su mayor y más fuerte enemigo fue el gobierno norteamericano. Pero la insurrección cundió: Carranza, obligado por los suyos, se levantó en Coahuila, Zapata continuó la lucha que ya llevaba tres años, y después se empezó a hablar de Obregón en Sonora y de Villa en Chihuahua.

²⁸ Habría mucho que comentar. A la luz de investigaciones posteriores que ponen el énfasis en "los actores sociales" y que han estudiado el origen e intereses de los soldados villistas, es difícil estar de acuerdo con la afirmación de que los peones y los campesinos sin tierra integraban el grueso de la División. También es difícil estar de acuerdo con la optimista visión de la alianza zapato-villista. Y salvo la figura de Angeles, aquí brilla por su ausencia el sector maderista del villismo. Pero como no se trata de ofrecer una explicación alterna basta con esto.

²⁹ Jean Meyer, La Revolución mexicana, 1910-1940, México, Editorial Jus, 1991, 297 p.

³⁰ Véanse el prólogo de Luis González y González a esta edición; y lo que de Meyer dice Enrique Florescano, El nuevo pasado mexicano.

³¹ Tarea que ya inició Michel C. Meyer, dice el autor.

La lucha contra el huertismo fue cruel y violenta. La actividad de los oroquistas fue lo único que impidió que Villa llegara sólo a México, permitiendo así que se formaran las columnas del Noreste y del Noroeste. Villa culminó su magnífica campaña militar en Zacatecas, destruyendo los restos del ejército enemigo, pero se quedó en el norte, bloqueado por Carranza.

Caido Huerta, los millares de jefes existentes se agruparon alrededor de tres hombres: Carranza, Zapata y Villa. En torno al primero se gestaba un nuevo militarismo caótico. A Zapata lo seguían los pueblos indígenas del sur, que se aliaron temporalmente con los villistas. El principal adversario de Carranza era Villa, guerrero y revolucionario, "pulsión ciega, a veces con impulsos de justiciero inspirado".

Atrás de Pancho Villa, la División del Norte, ese poema de 15 000 jinetes bárbaros que descienden de sus trenes para enseñar al viejo México del centro lo que es la furia guerrera. Jinetes llegados de Chihuahua y de la frontera, pioneros, mineros y vaqueros, mexicanos y extranjeros, que atraían bastantes voluntarios tras las prodigiosas victorias de 1914. En un tiempo todo el país estuvo a favor de Villa y sus tropas triunfadoras, pues era grande el miedo a los voraces carrancistas (p. 63).

El país cayó en un caos profundo, hubo tres gobiernos divididos en numerosas facciones, y la soldadesca hacía y deshacía a su gusto. Al final se impuso la facción carrancista, decididamente apoyada por el gobierno norteamericano.

La historia de la Convención está tomada de Martín Luis Guzmán y de José Vasconcelos: mientras los partidarios de Villa y Carranza intrigaban en Washington y en los pasillos convencionistas, los independientes, un centenar de jefes jóvenes y entusiastas, intentaron encumbrar a Antonio I. Villarreal, revolucionario culto, honesto e inteligente, que hubiera puesto fin al caudillismo en que la nación se ahogaba. Se eligió presidente a uno de sus partidarios, mucho más gris, el general Emilio (sic) Gutiérrez.

"Carranza rehusó aceptar las decisiones de la asamblea" y Obregón, traicionando su palabra, se le unió. Villa retomó el mando de sus tropas por acuerdo de Gutiérrez y avanzó sin encontrar resistencia hasta la capital de la República.

Parecía que Gutiérrez, Villa y Zapata se impondrían pronto, pero la euforia fue efímera. Los soldados sólo obedecían a sus jefes y estos no obedecían a nadie; Villa y Zapata hacían lo que se les venía en gana, fusilaban, saqueaban, y no tomaban en

cuenta al gobierno. Si la Convención quería triunfar tenía que deshacerse de ambos caudillos, pero descubiertos sus planes, Gutiérrez y sus partidarios tuvieron que huir.

Eso puso la guerra en el primer plano, pues muchos enemigos de Villa se acogieron entonces al carrancismo, que se benefició enormemente con el respiro que Villa le dio al no atacar Veracruz desde luego. Obregón organizó un ejército y al frente de él avanzó sin que los zapatistas, incapaces de conducir una campaña regular, pudieran detenerlo.

La guerra fue cruenta y despiadada. Los fusilamientos masivos, las batallas terribles y el saqueo de las poblaciones eran pan cotidiano en ambos bandos. "En el plano político era la misma guerra, la misma persecución del poder y de la riqueza. División hasta el infinito de las facciones, inextinguible sed de venganza, crímenes atroces, dramas bufos y barbarie grotesca" (p. 67).

Las principales batallas se libraron en el Bajío. Villa avanzaba porque se daba cuenta de que el tiempo jugaba a favor de Obregón. El sonoreense, por su parte, esperaba con prudencia. No hay más táctica en ambos campos que el tronar de las armas, y al final Villa es vencido por falta de municiones.

El ejército villista, derrotado en el Bajío, no difería mucho del oroquista. Sus soldados se reclutaban "entre el proletariado de las pequeñas ciudades que vivían de la mina, del cultivo y de los transportes. Artesanos, pequeños comerciantes y pequeños propietarios formaban parte de él" (p. 77), lo mismo que los trabajadores de las haciendas ganaderas.

Pero no todos los villistas eran norterños. Desde Durango hasta el Bajío, Pancho Villa arrastró tras de sí "a todos los desarraigados, a los hombres jóvenes y solteros, pero también a la gente que veía en él el remedio contra los carrancistas" (p. 77), que eran los peores de todos.

Villa comprendió que buena parte de la impopularidad del carrancismo reposaba en su "anticlericalismo blasfemo", y cambió pronto su política antirreligiosa (él también quemó iglesias y fusiló sacerdotes en 1914). Eso explica el entusiasmo de los católicos de Jalisco, Michoacán, Colima y Guanajuato que pelearon en su ejército. Cuando Villa

fue derrotado y se convirtió en un jefe local, todos esos combatientes formaron gavillas que asolarían el centro y norte de México durante los años siguientes.

En resumen, el de Villa era un ejército de vagabundos.

La mexicana fue una Revolución de las clases medias, de los jóvenes, de los que anhelaban un lugar que el porfirismo les negaba. Fueron ellos los que dirigieron y usufructuaron la Revolución, desde el maderismo hasta los regímenes sonorenses. En todos los partidos ellos se apoderaron de los puestos políticos.

En el campo villista, al lado de los plebeyos como Urbina, Fierro y otros, estaban los hermanos García (Máximo y Benito), hacendados maderistas; el letrado Manuel Chao; Eugenio Aguirre Benavides, "de buena familia maderista"; Raúl Madero, hermano del ex-presidente; Felipe Angeles, el sabio artillero; egresados de Cornell aquí, de Notre-Dame allá, etc. Los caudillos y los ejércitos campesinos no eran más que instrumentos de estos hombres.

La reforma agraria fue uno de los grandes mitos de la Revolución, pero en la práctica se hizo muy poco. Entre los villistas parecía que el objetivo era quitar las haciendas a los aristócratas y dadas a los bandidos o vaqueros llegados a generales. Cada soldado llevaba en su mochila no el bastón de mariscal sino una hacienda.

Y al final, con el triunfo carrancista, lo que pasó en México fue la derrota definitiva de la agricultura de subsistencia, la sustitución del capital europeo por el norteamericano, y la eliminación de los obstáculos que impedían el desarrollo de México como nación capitalista dependiente, lo que permitió el "milagro mexicano", o sea, treinta años de crecimiento económico y demográfico "con tasas sorprendentes".

A pesar de la rapidez con la que se pasa por ellos, hay aquí un esfuerzo importante por explicar quiénes eran y de donde venían los villistas. Eran, sobre todo, desarraigados y vagabundos del norte y del centro de México, a los que se sumaron vaqueros, mineros, y católicos enemigos del anticlericalismo carrancista. Con tintes bandidezcos y sin banderas claras, siguen a Villa mientras puede pagarles y prometerles sus dos horas reglamentarias de saqueo.³²

³² Esto de las dos horas de saqueo lo tomó Meyer de una de sus fuentes favoritas, La Tormenta, de José Vasconcelos.

Esta visión de los villistas parece venir directamente de Francisco Bulnes hasta los dos prestigiados revisionistas franceses, Jean Meyer y Francois Xavier Guerra.

ARNALDO CORDOVA

En 1973 Arnaldo Córdova publicó otro clásico, La ideología de la Revolución mexicana.³³ El libro parte de que México sigue viviendo el proceso histórico iniciado en 1867 y que la Revolución -pese a lo que digan los gobiernos de ella emanados y sus voceros- tiene más similitudes que diferencias con el porfiriano, pues obedecen al mismo proceso histórico, "el desarrollo del capitalismo".³⁴

Córdova buscó en la historia de la Revolución y de las ideas que durante ella se expresaron, los fundamentos ideológicos e históricos del Estado mexicano; logrando, mediante un trabajo agudo y riguroso de interpretación, acercarse al esclarecimiento de su naturaleza.

La lucha contra Huerta sirvió para que los sectores medios, que habían hecho a Madero su caudillo, "se reorganizaran con nuevas ideas y con una perspectiva diferente", y los exponentes de esos sectores (Alvaro Obregón, Lucio Blanco, Antonio I. Villarreal, Salvador Alvarado, Manuel M. Diéguez, Benjamín Hill, etc.), al frente de los ejércitos populares levantados y conducidos a la victoria por ellos, emergieron con un prestigio de conductores políticos a nivel nacional y una decisión que los maderistas no habían tenido. Pero no todos los campesinos se subordinaron a ese tipo de dirigentes, algunos hicieron la guerra por su cuenta. "La legendaria División del Norte, comandada por Pancho Villa, surgió de esa manera", lo mismo que el zapatismo.

Los campesinos tenían programas agrarios que respondían a intereses localistas y sólo pedían un gobierno que aceptara satisfacer sus demandas. Como no planteaban reformas sociales, los carrancistas pudieron llamarlos "reaccionarios".

³³ Arnaldo Córdova, La ideología de la Revolución mexicana. La formación del nuevo régimen, México, Ediciones Era, 1973, 508 p.

³⁴ Hemos visto que esta afirmación es considerada uno de los grandes aportes de Jean Meyer. Aquí hay que decir que La Revolución mexicana de Meyer y La ideología de la Revolución mexicana de Córdova se publicaron el mismo año.

Su odio a los terratenientes no se tradujo en una acción programática coherente contra el capitalismo (En realidad, eran antiterratenientes, pero no anticapitalistas) y su localismo impidió que pudieran hacer frente al programa reformista de los constitucionalistas y luchar por la conquista del poder político, objetivo que, en el fondo, ni siquiera se llegaron a proponer y que cuando lo tuvieron a su alcance no supieron qué hacer con él (p. 25).³³

Por eso perdieron la guerra, anuncia Córdova desde el principio.

La tercera parte del libro, "La otra revolución", revisa con cuidado los dos principales movimientos populares, el zapato-villista y el magonista. Durante la Revolución, "angustiadas hasta la desesperación por su situación real y presente" las masas crearon docenas de caudillos a los que no exigieron más que la defensa de sus necesidades inmediatas y limitadas. Los dos más importantes fueron Zapata y Villa.

"Una necesidad profunda de tierras para los pobres del campo, una fuerza natural desencadenada y una vaga utopía del México del futuro, constituyen el ser y el ideal del villismo". Tanto o más que la exigencia de tierras, los villistas luchaban por la independencia económica y la autonomía local por la que los norteños venían luchando desde el siglo XVIII (pp. 155-156).

La organización social del norte había girado en torno a la constitución, desde un siglo antes, de los grandes latifundios que absorbían la vida de los hombres y los pueblos. El poder sin freno ni medida de los latifundistas y la extensión de las haciendas creció aun más durante el porfiriato.

"Villa nació peón y en cuanto tal se hizo rebelde", odiaba a los ricos y sentía que la Revolución se hacía en defensa de los pobres y los desposeídos. Sabía que el problema fundamental de México era el de la tierra y parte esencial de su programa era el reparto agrario: Villa quería dar tierra a los desarraigados del norte.

El programa agrario villista³⁶ proponía la pequeña propiedad como solución del problema; legitimaba la expropiación por causa de utilidad pública, mediando indemnización; establecía la parcelación de los territorios expropiados y su

³³ La idea de que "los campesinos zapatistas y villistas no tenían una concepción del estado ni un proyecto político y que por eso perdieron la guerra" recibió fuertes críticas, entre las que se destacan las de John Womack y Alan Knight. Véase la inteligente y sarcástica respuesta en Arnaldo Córdova, La Revolución y el Estado en México, México, Ediciones Era, 1989, 393 p., p. 14.

adjudicación mediante pago con facilidades y a largo plazo; y protegía el patrimonio familiar.

Es de hacer notar que en la Ley General Agraria villista se decretaba la reducción a propiedad particular de los bienes de los pueblos y comunidades³⁷ y la delegación de los asuntos legislativos y administrativos de la cuestión agraria a los estados de la federación (otra vez, las autonomías locales y la libertad municipal como parte medular del programa villista). La gran diferencia entre el villismo y el zapatismo en materia agraria estribaba "en el acento puesto por el primero en la formación, consolidación y protección de la pequeña propiedad" (p. 162).

La causa de la escisión entre Villa y Carranza fue la pugna continua por limitar el poder del villismo y el alcance de sus demandas. Antes del rompimiento definitivo los villistas le exigieron al Primer Jefe, reiteradas veces, que se restaurara el orden constitucional a nivel nacional, estatal y municipal, y en un pliego enviado a Carranza en septiembre de 1914 agregaban que tan pronto tomaran posesión los gobernadores interinos de los estados, debían instalar una comisión que se encargara de estudiar y resolver -previa sanción del legislativo local- el problema agrario.

Un año después el villismo había sido destrozado en el campo de batalla y no quedó nada de sus demandas agrarias "y de sus sueños sobre las autonomías locales y las colonias agrícolas militares". Los vencedores hicieron su reforma agraria, con la que demostraron "que el ideal de la pequeña propiedad rural no era sino un trasnochado proyecto reaccionario".

Al legendario Centauro del Norte no se le reconocería, pues, más mérito que el de haber sido un bandolero brutal, asesino y atrabiliario, mientras Zapata era elevado a la calidad de héroe nacional y se decretaba el divorcio entre los jefes de los ejércitos campesinos (p. 165).

³⁶ Del que el principal documento es la Ley general Agraria, que Córdova glosa cuidadosamente.

³⁷ El problema de la reducción a propiedad individual de los terrenos de los pueblos es muy complejo y muestra que, al menos en materia legislativa -es decir, al menos los villistas que redactaban las leyes-, el villismo se inscribía dentro de la corriente principal del liberalismo mexicano. Ese es un problema que sería materia de otro trabajo. Entre tanto, pueden verse Andrés Molina Enriquez, *Los grandes problemas nacionales*, México, Ediciones Era, 1978, pp. 118 y ss; Jean Meyer, *La tierra de Manuel Lozada*, México, Universidad de Guadalajara, 1969, pp. 32 y ss.; y Charles Hale, *El liberalismo mexicano en la época de Mora, 1821-1853*, México, Siglo XXI, 1972, pp. 252 y ss.

Cuando en realidad entre ambos caudillos hay menor distancia de la que quisieran ver sus detractores (sobre todo los de Villa). En los meses en que villistas y zapatistas fueron dueños de la Convención Revolucionaria, "México conoció el debate de los problemas nacionales más auténticamente representativo, popular y democrático que jamás haya habido a lo largo de su historia" (p. 165). No obstante las circunstancias particularmente difíciles que tuvo que enfrentar, la Convención fue el mortero en que se fundieron las demandas de las clases populares de todo el país. La Ley Agraria del 26 de octubre de 1915 y el Programa de Reformas Político-Sociales de la Revolución son los dos documentos que mejor ilustran tanto el programa convencionista como los puntos de contacto entre villistas y zapatistas.

En la Ley se lee que las reivindicaciones agrarias son la "razón íntima y la finalidad suprema de la Revolución" y que todo mexicano tiene derecho a poseer y cultivar una extensión de tierra suficiente para cubrir las necesidades de su familia, en vista de lo cual restituye a "comunidades e individuos" las tierras de que hubiesen sido despojados con posterioridad a 1856; afirma el derecho de los pueblos y comunidades a poseer y gozar bienes comunes; y declara expropiables por causa de utilidad pública y mediante la correspondiente indemnización todas las tierras -salvo las de comunidad- que excedan los límites fijados por la ley, para crear la pequeña propiedad particular. También se permite la formación de cooperativas y colonias agrícolas.

El Programa de Reformas es una tardía respuesta a los problemas políticos y sociales que hasta el momento habían sido desapercibidos por los campesinos rebeldes, y llegó cuando ya no había posibilidad de aplicarlo, pues los villistas ya habían sido derrotados. Este manifiesto "es el canto del cisne de los campesinos armados, el último testimonio de la sapiencia política de las masas populares, de su espíritu democrático" y la confesión de la equivocación que causó su ruina: "El no haber sabido o no haber podido luchar por el poder político, aferrados a su única demanda, la tierra, y al temor y la desconfianza que habían heredado de los gobiernos" (resaltado por el autor, pp. 167-168).

El Programa es el único testimonio del encuentro de los campesinos rebeldes con el resto de la nación. Pone en primer lugar la resolución de la cuestión agraria. En

materia obrera no pide -como los magonistas- la entrega de las fábricas a los obreros, sino una serie de leyes laborales en las que destacan los derechos de huelga y asociación. Propone vigilar estrechamente a las compañías extranjeras. Y en materia política exige la autonomía municipal -demanda principalísima para villistas y zapatistas-, el federalismo, la autodefensa de los pueblos y el gobierno parlamentario. Con ello se llegaba realmente cerca de una plena identificación entre gobernantes y gobernados, de una democracia rural directa y parlamentaria.

El elemento clave de este proyecto era la primacía del poder armado de los campesinos, que se basa en la tenencia o propiedad de la tierra. Era una vuelta al ideal del pasado de la república de los pequeños productores independientes, lo que era imposible en ese momento de auge del capitalismo, en un país que se preparaba a integrarse plenamente a la modernidad pasando "sobre los huesos de la democracia de los pobres".³⁶

No leímos aquí la historia de las andanzas de los villistas, pero sí conocimos su sueño: una sociedad de pequeños productores independientes, armados y agrupados militarmente en pequeñas unidades autónomas, como base de un estado de democracia rural directa. No tenían un verdadero programa revolucionario que ofrecer a las masas no campesinas ni una concepción nacional del poder, y eso los llevó a la derrota.

BERTA ULLOA

En los años setenta El Colegio de México se propuso continuar la magna obra coordinada por Daniel Cosío Villegas sobre la República restaurada y el porfiriato, impulsando una historia general de la Revolución. Obtenido el presupuesto necesario, bajo la égida de don Daniel y la dirección directa de Luis González y Luis Muro, se organizó un equipo de historiadores que se encargarían de los veintitrés volúmenes

³⁶ Una versión anterior de esta interesante glosa del Programa convencionista es "El encuentro de Villa y Zapata con la nación: El Programa de Reformas Político-Sociales de la Revolución...", publicado por primera vez en 1969 y después en Arnaldo Córdova, *La Revolución y el estado en México*, pp. 76-88.

contemplados en el plan de una obra forzosamente heterogénea e irregular, pero indudablemente valiosa.

Los primeros títulos -en ser publicados, no según el plan- de la Historia de la Revolución Mexicana aparecieron a fines de los setenta, los últimos aún no se publican. Los que aquí nos interesan son los volúmenes 3,³⁹ 4⁴⁰ y 5.⁴¹

Berta Ulloa abre La Revolución escindida⁴² con la semblanza y el recuento de las similitudes y diferencias entre los tres principales caudillos revolucionarios en diciembre de 1914, Venustiano Carranza, Francisco Villa y Emiliano Zapata.

Leyendo el retrato del caudillo duranguense nos parece estar ante el Pancho Villa anterior al revisionismo: un Villa impulsivo, de temibles reacciones, inteligente e ignorante, audaz y amoral, estratega nato, de magnética personalidad capaz de inflamar el fanatismo de las masas, "mexicano auténtico"; como militar sentía más que pensaba y atacaba más que planeaba; como político era ingenuo, muy localista e incapaz de consolidar la lucha armada.

Los villistas provenían en gran parte de La Laguna, lugar poblado recientemente por hombres sin intereses de clase definidos ni ataduras al terruño, que habían ejercido y ejercían todas las profesiones posibles. Entre los dirigentes villistas destacaban antiguos maderistas resentidos con los allegados a Carranza. Las caballerías ligeras del villismo habían dado paso a un ejército de 50 000 hombres formidablemente armados y equipados. Villa se preocupaba porque a sus "muchachos" no les faltara nada, y lo logró "vendiendo el ganado que decomisaba y gracias a saqueos y botines de guerra" (p. 8). La burocracia que administraba en los primeros meses el extenso territorio villista había sido reclutada principalmente entre las filas maderistas.

La escisión revolucionaria empezó a gestarse desde antes de la caída de Huerta, tanto por la rivalidad personal entre los tres caudillos como por su diferente

³⁹ La República Costarricense. Interrumpido por el prematuro fallecimiento del maestro Eduardo Blanquel.

⁴⁰ Berta Ulloa, La Revolución escindida, México, El Colegio de México, 1979, 178 p.

⁴¹ Berta Ulloa, La encrucijada de 1915, México, El Colegio de México, 1979, 267 p.

⁴² Hay que entender que éste libro y el siguiente son trabajos que se propusieron ser de difusión. Otra obra de la autora sobre el periodo, de factura muy superior a la de estos dos textos, no fue glosada porque en ella los villistas casi no aparecen: Berta Ulloa, La Revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos (1910-1914), México, El Colegio de México, 1971, XII-455 p.

enfoque de los problemas nacionales. Los choques entre Villa y Carranza empezaron cuando el Primer Jefe llegó a Chihuahua, en la primavera de 1914, y le exigió al Centauro obediencia política y militar. Villa se mostraba arrogante y autoritario en el territorio conquistado por sus tropas, daba órdenes al gobernador nombrado por Carranza -Manuel Chao-, imprimía papel moneda, dictaba confiscaciones, tenía sus propios agentes en el extranjero y se mostró tolerante con el desembarco de los marines en Veracruz.

La discrepancia culminó con la toma de Zacatecas, en junio de 1914, pero los villistas y los jefes del Ejército del Noreste lograron una mejoría temporal de las relaciones mediante el Pacto de Torreón, cuya glosa en estas páginas es la tantas veces repetida, salvo en la equivocada lectura de las cláusulas secretas, a las que se agregan acuerdos anteriores a las Conferencias y una cláusula (inexistente) según la cual Felipe Angeles recibiría el mando en jefe del Ejército Constitucionalista.

Caído Huerta, los conflictos entre revolucionarios fueron agravándose, sobre todo en Sonora, hasta que los continuos alardes de Villa terminaron por provocar el rompimiento. Otra vez fue evitado el choque porque un grupo de generales constitucionalistas propuso como fórmula de transacción la celebración de la Convención en la ciudad de Aguascalientes.

La historia de la Convención no dice nada que no haya dicho la historiografía vigente antes de 1968. Eulalio Gutiérrez fue electo como candidato de compromiso; Villa sólo aceptó su cese de dientes para afuera, y sus tropas violaron la neutralidad de la asamblea y por fin, su vanguardia entró a Aguascalientes; y al final Carranza fue declarado rebelde y Gutiérrez, faltando a los acuerdos de la Convención, le dio a Villa el mando de las operaciones militares, con lo que muchos generales independientes se sintieron relevados de su compromiso y se plegaron al carrancismo.⁴³ Todavía los independientes hicieron varios intentos de conciliación, pero Carranza veía con claridad el problema y no estaba dispuesto a ceder si Villa no se retiraba. La ambición del Centauro y el avance de sus tropas impidieron cualquier acuerdo.

⁴³ Además de repetir esta versión, se cometen varios errores, por ejemplo, decir que la candidatura de Gutiérrez triunfó por 112 votos contra 21.

Los villistas avanzaron sin oposición hasta la ciudad de México, y el 4 de diciembre Villa y Zapata se entrevistaron, sellando la alianza entre sus ejércitos. La victoriosa armada de los convencionistas parecía un hecho: tenían más de 90 000 hombres armados además de otras importantes ventajas.

Pero desde el principio hubo roces entre el presidente Gutiérrez, Villa y Zapata. A la ocupación de la capital siguió una ola de aprehensiones, plagios y ejecuciones perpetradas por jefes villistas y zapatistas, que en pocos días alcanzaron un número alarmante. La ciudad vivió durante dos meses un estado de terror casi continuo. Esta situación y el poco caso que Villa y Zapata hacían del gobierno forzó a Gutiérrez a fraguar la eliminación de los caudillos, pero el plan fue descubierto y Gutiérrez y los suyos tuvieron que huir.

La Convención zapato-villista había vuelto a reunirse, siendo cotidianas las fricciones entre villistas y zapatistas. Cuando Gutiérrez huyó fue nombrado presidente en su lugar el villista Roque González Garza.⁴⁴

Militamente, la alianza entre Villa y Zapata fue un fracaso. Villa no surtió de pertrechos a las tropas zapatistas y se despreocupó de su suerte en la campaña sobre Veracruz. Finalmente Zapata se regresó disgustado a Morelos. Los villistas, por su parte, operaron en Jalisco y el noreste. El resultado fue que la remota posibilidad que tuvieron en diciembre de organizar un gobierno nacional, cayó por tierra en enero de 1915 porque cada jefe veló por sus intereses regionales: Villa se erigió en amo del norte y Zapata se fue a Morelos a proseguir su reforma desentendiéndose de la lucha.

Los dos caudillos sólo amonizaron ocasionalmente, pues a Villa le preocupaba básicamente la campaña militar del norte y el siriano se dedicó a su revolución particular en Morelos. Ambos se desentendieron de la Convención que terminó siendo un caos y una gallera entre los jefes villistas Roque González Garza y Federico Cervantes y los secretarios zapatistas Antonio Díaz Soto y Gama, Manuel Palafox y Otilio Montaño.

La historia prosigue en La encrucijada de 1915, donde se revisa la derrota del villismo y su actuación como facción revolucionaria.

La descripción de las batallas del Bajío tiene por fuente principal los Ocho mil kilómetros en campaña del general Obregón, por lo que dejaremos estas de lado e iremos a la actuación de los gobiernos villistas.

Después de unificar bajo su mando a las partidas revolucionarias de Chihuahua, Durango y La Laguna, "Doroteo Arango" se apoderó del estado de Chihuahua en diciembre de 1913. Chihuahua sería la base desde la que conquistaría La Laguna en la primavera próxima y terminaría la campaña contra el huertismo con la toma de Zacatecas, en junio de 1914.

A continuación se resumen grosso modo la labor legislativa de Pancho Villa como gobernador de Chihuahua y las disposiciones y decretos dictadas desde que Villa asumió el poder ejecutivo en el territorio dominado por sus tropas, el 31 de enero de 1915. Se enuncia la materia de los decretos, pero no se explican ni se ofrece una interpretación de la labor del gobierno villista.

Luego se pasa igual revista a las disposiciones de los gobernadores estatales villistas, a las principales batallas ocurridas en ellos (salvo las del Bajío, que se tratan aparte), y a los padecimientos del pueblo causados por el hambre y por la guerra en los extensos dominios villistas.

El resultado de las disposiciones de los diferentes gobiernos villistas fue casi nulo por culpa de la guerra continua. La carestía y el hambre se hicieron sentir con fuerza. Buena parte de las escasas cosechas eran vendidas por las autoridades a los Estados Unidos para adquirir pertrechos de guerra. La devaluación de la moneda villista, que se imprimió sin ton ni son, fue otra característica notable.

En materia social, los gobernantes incautaron la mayoría de las haciendas, pero no las repartieron a los "desheredados". El desempleo creció con el cierre de minas e industrias. Se adoptó la libertad de cultos como una medida política para contrarrestar el anticlericalismo de los carrancistas.

En 1914 y 1915 la calma y los hombres y recursos necesarios para aplicar cualquier reforma sólo se tuvieron en Chihuahua. Ahí se planeó una reforma agraria cuyas líneas principales eran el fraccionamiento del latifundio, la construcción de obras

⁴⁴ La crónica de los debates de la Convención, cada vez más dividida entre surianos y norteños, está

de regadío y la creación de un banco de fomento. Una Comisión Agraria presidida por Manuel Bonilla trabajó en la preparación de la reforma a partir de los últimos meses de 1914, pero al final la tierra no se repartió. Las haciendas confiscadas las conservó Villa en su poder o las entregó a sus generales para que de ellas pagaran a sus tropas y con la idea explícita de convertirlas en colonias militares una vez que terminara la lucha, pero lo que pasó muchas veces fue que los generales medraran en exclusivo beneficio personal y se hicieron a la idea de quedarse con esas tierras.

En la práctica, "Doroteo Arango" nunca impulsó una reforma agraria amplia ni buscó fraccionar los latifundios en beneficio de los campesinos sin tierra. El y sus subalternos confiscaron las haciendas y se las repartieron entre ellos. Los soldados villistas, mineros y vaqueros antes de la revolución, tampoco exigieron constantemente tierras. En Chihuahua los latifundios se habían extendido sobre tierras baldías más que usurpando los terrenos de los pueblos, por lo que las demandas agrarias carecían de la fuerza y el arraigo que tenían en el centro y sur del país.

Tampoco los trabajadores urbanos se beneficiaron con el gobierno villista de Chihuahua. La situación financiera de los villistas era muy bonancible a principios de 1915, pero la excesiva y desnaturalizada emisión de papel moneda causó una inflación y una carestía brutales.

La nula capacidad de los villistas como gobernantes fue haciendo que el Centauro dejara de ser el caudillo revolucionario favorito de los norteamericanos, como lo había sido durante 1914 por su respetuosa consideración a los intereses y a los enviados gubernamentales de nuestros vecinos, porque era menos radical y porque parecía ser el único capaz de restablecer el orden.

Cuando "Doroteo Arango", su favorito, estaba perdiendo la guerra, los norteamericanos quisieron arreglar por su cuenta la situación mexicana, forzando un entendimiento entre las diversas facciones, pero la firme actitud del Primer Jefe y el desmoronamiento del villismo alejó esa perspectiva; entonces los norteamericanos reconocieron al gobierno de Carranza y permitieron el paso por su territorio de tropas constitucionalistas que reforzaron la plaza fronteriza de Agua Prieta.

tomada del libro de Luis Fernando Araya.

No sólo los norteamericanos le volvieron la espalda a Villa. Desde septiembre fue incontenible la desbandada del villismo, que se agravó con el fracaso de la expedición a Sonora. A fines de diciembre de 1915 el villismo estaba vencido y su jefe se retiró a las montañas para iniciar un género de lucha muy distinto.

En síntesis, puede decirse que estos libros, contribuyen muy poco a la comprensión del villismo.

ALAN KNIGHT

El revisionismo convirtió en pocos años esa Revolución nacional, ese "movimiento autónomo, agrario y popular", en "una serie de episodios caóticos" y fragmentados; y en los extremos (vg. Jean Meyer), "las fuerzas revolucionarias fueron, en el mejor de los casos, instrumentos que manipularon caciques, líderes burgueses en ascenso, o pequeñosburgueses".⁴⁵

En 1984 el historiador británico Alan Knight terminó de escribir una inusitadamente voluminosa reacción contra esa idea, su libro La Revolución mexicana, publicado en inglés en 1986 y en español diez años después. Para el profesor Knight, que se autodenomina "contrarrevisionista", la generación de Tannenbaum había logrado captar la esencia del cataclismo que sacudió a México a partir de 1910, al calificarlo como una Revolución (con todo lo que ello implica) popular y agraria.

Desde el principio del libro se habla de los "muchos Méxicos", de las múltiples lealtades superpuestas, y de la Revolución como un movimiento (en palabras de José C. Valadés, no de Knight) de lugareños contra ciudadanos.

Las lealtades clientelistas, de clase, ideológicas, étnicas y regionales, "juntas o en variadas combinaciones", determinaron la conducta política de los mexicanos durante la Revolución. Para comprender esa Revolución nacional se empieza por tratar de dilucidar las lealtades regionales y étnicas. A lo largo de todo el texto, vamos a ver

⁴⁵ Alan Knight, La Revolución mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional, México, Editorial Grijalbo, 1996, v. I, p. 15.

las peculiares características de los villistas, y sobre todo de su núcleo, formado por los serranos de Chihuahua y Durango.

Las rebeliones campesinas, fundamentales en la Revolución, presentaron dos grandes formas, las agrarias, causadas por el problema de la tierra y de las que la zapatista es la más conocida; y las "serranas", en las que el problema agrario no existía o formaba parte "de un complejo más general de motivaciones". Estas últimas se dieron en lugares donde la densidad de población era muy reducida y muy laxos los lazos de control, tanto de las autoridades como de los hacendados. Los hombres de esas regiones se caracterizaban por su movilidad, su independencia y la facilidad con que recurrían a la violencia. Eran pequeños agricultores o ganaderos que controlaban, aunque no siempre poseyeran, sus medios de producción; y eran, en general, mestizos.

La porción norte de la Sierra Madre Occidental, poblada con hombres bravíos en guerra permanente contra los apaches, sufrió la presión del auge económico del norte del país. Sus habitantes tuvieron que hacer frente durante el porfiriato a la expansión de las haciendas, la reactivación de las minas y el nacimiento de las industrias que el ferrocarril y la nueva situación nacional trajeron consigo.

El resentimiento de los serranos no residía tanto en el despojo de sus tierras - situación que casi no se dio- como en el aumento del poder de los caciques locales y del gobierno estatal; él monopolio que estos ejercieron sobre recursos como los bosques, aguas y pastizales comunes; y las nuevas políticas fiscales y su fraudulenta aplicación por los corruptos funcionarios locales. El cerco se agudizó durante los últimos años del porfiriato, creciendo también las quejas e inconformidades.⁴⁶

El impulso hacia la centralización política, el progresivo aumento de impuestos y, sobre todo, el despotismo de los caciques, causaron una serie de rebeliones de las que la de Tomochic fue la más famosa. Los pueblos que se quejaban fueron los mismos

⁴⁶ Uno de los hacendados más odiados de Chihuahua era el británico William Benton, en pleito con el pueblo de Santa María de las Cuevas. Benton tenía fama de ser un hombre colérico. Ver I, pp. 147-9.

que se levantaron en armas desde 1910⁴⁷ con banderas nacionales, pero con la clara idea de que lo que querían era que los dejaran en paz, que no se metieran con ellos.

La rebelión serrana tuvo desde el principio dos características. Era una rebelión contra una entidad política externa, capaz de movilizar a toda la comunidad, por encima de las divisiones de clases; de ahí que muchos dirigentes fueran propietarios acomodados. Y se alió desde el principio con los bandidos tradicionales, muy comunes en las zonas serranas, donde generalmente tenían añejas alianzas con los lugareños. Quizá no fueran exactamente Robin Hood, pero no hay duda de que algunos de ellos eran contradictorios héroes populares. Imposible dejar de mencionar a Doroteo Arango, alias Pancho Villa, y a su compañero de comerías, Tomás Urbina.

La ambición de estos serranos no era el cambio de las estructuras sociales (como si lo era para los agraristas) ni una utópica sociedad sin clases, sino la expulsión de los fueñeros entrometidos y la supresión de la creciente carga fiscal. No había pues una ideología ni un programa nacional, sino un regionalismo hostil y exclusivista.

Tenían en favor suyo una mayor capacidad de resistencia que cualquier otro grupo popular. Libres, independientes, acostumbrados al combate y al uso presto del acero y del bridón -estos atributos fueron decisivos-. Los serranos chihuahuenses transitaron rápidamente -en noviembre de 1910- de la protesta pacífica a la lucha guerrillera. Eran los hombres ideales para iniciar una revolución pero no para terminarla.

En tierras que después serían villistas fue común la reacción popular contra el conservadurismo -de facto- del régimen de Madero. No sólo Chihuahua fue el campo de la rebelión de Orozco: los rebeldes de Durango y La Laguna mantuvieron la agitación contra los latifundios durante el maderismo. Hay dos nombres importantes, en este proceso: Calixto Contreras en Durango, y Orestes Pereyra en La Laguna.

Tras el asesinato de Madero y a pesar de la deserción de Orozco y sus principales lugartenientes, Chihuahua volvió a ponerse a la cabeza de la revuelta. La ejecución de Abraham González permitió que los jefes campesinos le dieran su propio tinte a la Revolución, "popular, plebeya, desorganizada y descentralizada" (II, p. 591).

⁴⁷ San Andrés, Ciudad Guerrero, Temósachic, Bachiniva, Namiquipa y Cuchillo Parado, en Chihuahua.

La Revolución y su administración tendrían que construirse desde abajo, y en esa labor pronto se destacó Francisco Villa, que ascendió rápidamente de entre los numerosos caudillos locales.

Pancho Villa fue el más importante de los cabecillas chihuahuenses que en 1912 permanecieron leales a Madero. La dureza, la movilidad y el entusiasmo de sus seguidores, y las tácticas aprendidas durante sus años de proscrito y de general maderista ("todo arremetida, inspiración y élan"), hicieron crecer rápidamente el poder de su atractiva personalidad, hasta convertirlo en el principal caudillo militar de la Revolución.

"Villa no tenía principios políticos claros, pero sí gran lealtad hacia los individuos". Los asesinatos de Francisco y Gustavo Madero y de Abraham González, a quienes respetaba y debía múltiples favores; y el que en el bando responsable de esos hechos estuvieran sus enemigos personales Victoriano Huerta y Pascual Orozco, le hicieron las cosas claras. Sus primeros aliados y subordinados eran guerreros de Durango y del sur y el este de Chihuahua, que también se sentían obligados con los Madero: Maclovio Herrera, Tomás Urbina, Toribio Ortega y Rosalío Hernández. Ninguno de los primeros compañeros de Villa en 1913 provenía del corazón de la sierra, que era oroquista.⁴⁶

Poco a poco los rebeldes fueron controlando el pago chihuahuense, conectando así las zonas de las rebeliones pioneras, Sonora y Coahuila. Luego el peso de la lucha se desplazó a Durango y La Laguna. La caída de Durango en manos de Urbina, Pereyra y los Arrieta fue seguida por un violento saqueo que mostró que era muy laxo e inseguro el control de los líderes sobre las desordenadas huestes rebeldes. Peor era la indisciplina que campeaba en La Laguna, donde Calixto Contreras ejercía una dirección muy discutida.

Carranza, Urbina y Contreras fracasaron frente a la estratégica plaza de Torreón, que no cayó en poder de los revolucionarios sino hasta que Pancho Villa con

Todos serían villistas desde 1913.

⁴⁶ Esta última afirmación es, por lo menos, muy ligera. Hay que leer las fuentes bibliográficas villistas para ver que la primera región en la que operó Villa en la primavera de 1913, donde se le incorporaron Fidel Avila, José Rodríguez, Trinidad Rodríguez, Agustín Estrada, Juan N. Medina, Miguel González, Martín López y otros, fue, precisamente, la de los distritos Guerrero y Galeana.

2000 chihuahuenses llegó a hacerse cargo de la jefatura de las operaciones. La actitud de Villa contrastó de inmediato con la de los otros jefes, pues no hubo saqueo y se mantuvo un orden casi impecable.

Villa demostró la importancia de tener contentos a los extranjeros, impuso préstamos forzosos y empezó a pagar salarios y gratificaciones a sus tropas, reorganizó las actividades económicas, y, sobre todo, aumentó la disciplina y el profesionalismo de sus tropas. Es importante señalar que en ese momento (octubre de 1913), ninguno de los hombres después considerados "eminencias grises" de Villa (Angeles, Carothers, los Madero, etc.) estaban a su lado. El mando de Villa sobre esas hasta entonces inconexas bandas guemilleras no tenía más legitimidad que el éxito.

Los chihuahuenses no parecían muy conformes con la jefatura formal de la Revolución. Carranza los excluyó de la toma de decisiones importantes, los puso formalmente dentro del Ejército del Noroeste y nombró gobernador y comandante militar del estado al general Manuel Chao. El disgusto de los caudillos norteños obligó a Carranza a reconocer la independencia militar de la División del Norte y el mando de Villa con igual jerarquía que los de Obregón y Pablo González; pero cuando el Centauro intentó hacer a un lado a Chao como gobernador, el Primer Jefe lo impidió. Villa tuvo que esperar hasta abril de 1914 para imponer el gobernador que él quería.

Otro de los conflictos importantes fue causado por el asesinato del hacendado británico William Benton. Además de los problemas diplomáticos que Carranza tuvo que enfrentar, el caso revelaba una importante diferencia entre los revolucionarios. "Para Carranza, la revolución debía procurar el orden y la legalidad"; mientras para Villa "y otros como él", era natural entrar desde luego en conflicto directo -y arbitrario- con hombres como Benton, terrateniente duro y ambicioso, notorio enemigo de la Revolución.

Mientras Villa aseguraba el control de Chihuahua, Carranza montaba su corte y gobierno en Sonora, donde eran pan cotidiano las intrigas entre "revolucionarios de 1910" (maderistas) y "revolucionarios de 1913" (carrancistas), entre militares revolucionarios (Treviño y Obregón) y oficiales de carrera (Angeles), entre sonorenses y coahuilenses, entre "pesqueyristas y maytorenistas", entre civiles y militares. Pronto

se fueron imponiendo los "pragmáticos", los "carrancistas", los "revolucionarios de 1913" y haber sido maderista empezó a ser mal visto: significaba fracaso político, oía a derrota, amenazaba desplazar a los nuevos. Y los viejos maderistas empezaron a peregrinar a Chihuahua, de la corte de Carranza a la de Villa. Y a Chihuahua se fueron Felipe Angeles, Martín Luis Guzmán, Luis Aguirre Benavides, Francisco Escudero, Raúl y Emilio Madero, Manuel Bonilla y tantos otros.

Era natural que los maderistas vieran en Villa el contrapeso del carrancismo y su seguro de regreso al poder: el caudillo duranguense había probado su lealtad al maderismo, y los intelectuales de ese grupo soñaban ser los Aristóteles del Alejandro serrano. Villa los recibió bien, pues no le importaba mayormente la política y todos esos secretarios podían conducir la administración pública. Pero además llegaron técnicos militares muy útiles, sobre todo Felipe Angeles, un general federal con intachable hoja de servicios que había sido leal a Madero. Angeles llegó al campo villista en vísperas de la victoriosa y decisiva ofensiva de la primavera de 1914.

En los meses anteriores la División del Norte había conquistado Chihuahua y Villa instaló un gobierno "personal y arbitrario, pero metódico", que impuso el orden, reactivó el comercio, la industria, la minería y los transportes, y saneó las finanzas estatales. Al mismo tiempo fue un régimen popular que confiscó los bienes de los enemigos de la Revolución, fusiló a algunos de ellos y acabó con el dominio de la élite económica. Los revolucionarios administraron las plantas eléctricas, los transportes, los abastecimientos y sectores importantes de la producción. Este gobierno empezó a funcionar casi sin rastros de los asesores civiles y "eminencias grises", que empezarían a llegar a Chihuahua poco después.

Las fuentes son poco claras para saber si esas confiscaciones no tenían otro sentido que alimentar la guerra o si eran también indicios del radicalismo villista y la intención de mejorar la situación de las clases bajas. Las fuentes que simpatizan con el villismo atribuyen al Centauro "sólidas, aunque desarticuladas intenciones reformistas, en las que hay cierto matiz agrarista" (John Reed), hablan de la reforma y repartos agrarios en Chihuahua (Alberto Calzadiaz), o llaman a la División del Norte "ejército de la revolución agraria" (M. N. Lavrov); pero el historiador "más autorizado en la materia"

(Marte R. Gómez) "se muestra escéptico acerca de que hubiera una verdadera reforma agraria" en el territorio villista (II, pp. 665-6).

Había dos factores que desalentaban el reparto. La estructura agraria del norte, caracterizada por la escasez de agua y mano de obra, no presentaba el clásico conflicto del centro y sur entre haciendas y pueblos, salvo en los valles fluviales (como Cuencamá). El problema agrario era otro, de rechazo a los caciques y autoridades, y la pequeña propiedad no era muy viable en las dilatadas estepas del norte. No había pues una presión agraria fuerte en las filas villistas. El otro factor era económico: las haciendas ganaderas de Chihuahua y las algodoneras de La Laguna mantenían la maquinaria bélica villista, de manera que desintegrar las unidades productivas existentes hubiera sido suicida. Así, los latifundios fueron administrados por el gobierno militar o por generales villistas, lo que no quiere decir necesariamente que las usufructuaran en beneficio personal, considerando que la mayoría de las propiedades confiscadas en el norte eran administradas por comisiones estatales de acuerdo con los "usos y costumbres" locales.

No hubo cambios profundos, pero el statu quo agrario no se mantuvo intacto: huyeron los terratenientes y los administradores, se abolieron el sistema de deudas y la adscripción de los peones a la tierra, aumentaron los salarios, se redujeron los abusos del sistema de aparcería y, en algunos lugares sí se parcelaron las haciendas.⁴⁹ La Comisión Agraria que trabajó en Chihuahua elaboró una ley "que facilitaría el crecimiento de la pequeña propiedad y la división de los latifundios, aunque de manera gradual y burocrática" (II, p. 669). No hubo muchos cambios en la estructura agraria, pero los cambios en la mentalidad fueron de gran importancia histórica. Después del villismo quedó descartada la posibilidad de reestablecer el trabajo forzado y la sumisión de los peones, y nacieron fuertes sentimientos igualitarios.

El régimen villista era de "bandolerismo social institucionalizado", débil ideológicamente y sin un plan para una reforma estructural, pero generoso y popular. Las reformas se basaban en la confiscación y ejecución de los enemigos -personales y políticos- y en la recompensa de los amigos y una generosidad asistemática -y a veces

princesca- con los necesitados. Eso dejó de funcionar con claridad cuando el villismo se expandió, porque el sistema se basaba en el conocimiento personal de las cosas y la gente. Por eso se delegaba en los revolucionarios locales el poder de aplicar esas medidas familiares, lo que a veces era bueno y a veces muy malo para la Revolución y el prestigio popular de los villistas.

En la imaginación popular se veía a Villa como el gran benefactor del pueblo, "el amigo de los pobres", el hombre al que temían los tiranos y los déspotas, el que ponía en el poder a *rancheros* y *bandidos* expulsando a los tiranos. Era también el mejor jinete, el que bailaba, jugaba a los gallos, bromeaba y comía con sus soldados y la gente común. Pronto surgió la leyenda del héroe invencible, el generoso bandolero, el personaje de romance (o corrido).

Al mismo tiempo floreció la corrupción, pues "mientras Villa y algunos de sus oficiales más quisquillosos" evitaban el soborno y nunca buscaron la riqueza personal, otros medraron en el imperio villista. Como resultado, la gente empezó a preguntarse si no había cambiado un grupo de amos deshonestos por otro.

En marzo de 1914 la División del Norte salió a conquistar La Laguna. Era un ejército heterogéneo "producto de la fusión de varios cabecillas y su gente bajo el liderazgo de Villa"; los cuerpos se bautizaron con nombres de los héroes liberales (Juárez, Guadalupe Victoria, Zaragoza) o de revolucionarios (Madero, Robles, Villa), "pero era bien sabido que todos tenían inspiración en lealtades personales o regionales". Era un ejército poderoso, bien armado y disciplinado.

Sin embargo, era precario el equilibrio entre el profesionalismo y lo popular. Muchos caudillos de Durango y La Laguna se resistían a someterse a la ordenanza y sus soldados -como los de Contreras- eran leales antes que nada "a sus jefes y a su patria chica". Otros, como Urbina y Fierro, nunca aceptaron la disciplina militar, y Villa lo toleraba porque respetaba y estimaba a esos guerrilleros "testarudos, independientes y montoneros".

La larga y sangrienta batalla de Torreón puso a prueba a este ejército, en el que los oficiales se debatían entre la estrategia impuesta por el cuartel general y su

⁴⁹ Se desprende del texto que eso lo hicieron por su cuenta algunos generales villistas, como Calixto

inspiración sobre el terreno. El mayor entusiasmo de los villistas decidió la batalla, y los federales se retiraron. A esta victoria siguieron las de San Pedro de las Colonias, Paredón y Zacatecas (la derrota más costosa del ejército federal), no sin que afloraran a la superficie las diferencias entre Carranza y los villistas.

Las Conferencias de Torreón, que siguieron en pocos días a la batalla de Zacatecas, solucionaron de manera temporal e imperfecta el conflicto entre Villa y Carranza. De ellas surgió la idea de convocar a una convención después del triunfo. Los jefes militares -en especial los villistas- no estaban dispuestos a que se les hiciera a un lado, como en 1911. La necesidad de reunir la convención se hizo más apremiante cuando se rompieron las pláticas entre Carranza y los zapatistas. Parecía que sólo una asamblea que reuniera a todos los revolucionarios podía resolver las fracturas.

Antes de que la asamblea pudiera reunirse cristalizó la escisión: zapatistas, maytoreñistas y villistas se separaron definitivamente del Primer Jefe. La incertidumbre y las desconfianzas crecientes ahondaron las diferencias, aunque algunos jefes constitucionalistas lograron encontrar una fórmula de transacción: reunir una Convención que representara a todos los grupos en la neutral plaza de Aguascalientes.

A Aguascalientes llegaron unos 150 delegados, 37 de los cuales eran villistas y 26 zapatistas. Del resto, la mayoría eran independientes y unos pocos eran carrancistas intransigentes. Según los criterios de selección los delegados debían ser generales y gobernadores de reconocida trayectoria revolucionaria, con lo que en cierto modo, se consiguió una muestra representativa del liderazgo militar revolucionario. La mayoría de los delegados eran rudos e iletrados.²⁰

Los que más influencia tenían eran "los líderes nacionalistas más conscientes de la política", los civiles habilitados como militares y algunos generales no totalmente desprovistos de letras. La mayoría de los militares carrancistas más competentes y prestigiados no se apersonaron.

Contreras en Cuernavaca y Matías Pazuengo en Cuernavaca.

²⁰ El ministro británico escribió: "La Convención de Aguascalientes... se parece bastante, por lo visto, al congreso de los monjes que el señor Kipling describe en el libro de la selva" (II, p. 817).

Los zapatistas lograron hacer aprobar los principios del Plan de Ayala, pero después cayeron en un complicadísimo juego político que enturbió los ánimos de los convencionalistas.

La Convención se abrogó la soberanía, destituyó a Villa y a Carranza, y eligió presidente provisional a Eulalio Gutiérrez ("fanfarrón, simple, desarticulado"). Pero la asamblea, "nacida en la esperanza y el optimismo, no pudo formar un régimen alternativo e independiente", no hubo tiempo para que cristalizara esa tercera fuerza que los independientes ansiaban, porque los grandes caudillos desconfiaban de sus rivales ("con razón") y ninguno se retiró. "La minoría villista debe cargar con la responsabilidad mayor del fracaso", pues sus fuerzas amenazaron primero e invadieron después Aguascalientes, y los delegados carrancistas se empezaron a ir, mientras sus jefes enviaban telegramas hostiles a la Convención y se preparaban para la guerra.

Villa había disfrazado momentáneamente -y mal- el espíritu bórico que lo animaba, pero cuando la Convención le dio el mando militar en jefe -que nunca había perdido en los hechos-, avanzó contra los carrancistas. Los militares leales al Primer Jefe y muchos de los independientes se retiraron y se prepararon para la lucha. La Convención quedó convertida en el reducto de los villistas, los zapatistas y sus simpatizantes.

La lucha que empezaba era entre semejantes. Por primera vez se enfrentarían los revolucionarios no contra el ejército federal y sus aliados, sino contra otros revolucionarios igualmente fuertes y entusiastas. El gobierno de Gutiérrez desaparecería a las pocas semanas y la Convención se convirtió en una asamblea itinerante carente de autoridad, protegida por los zapatistas, lo que redujo la nueva fase de la guerra civil a la lucha entre villistas y carrancistas.

Para explicar qué enfrentaba a unos y otros, qué los unía y los diferenciaba a fines de 1914, se resumen a vuelo de pájaro las diferentes interpretaciones: para unos, los carrancistas eran burgueses y los villistas agraristas radicales o, en otra explicación, vagabundos desarraigados sin mayores ideales; para otros, los carrancistas eran los revolucionarios radicales y los villistas los instrumentos de los científicos y los

conservadores; por fin, una cuarta opinión los hace a todos iguales, bandidos que luchaban por el poder.

Pero vayamos a la que aquí se propone. El villismo y el carrancismo eran diferentes vistos de cerca, pero conforme aumenta la perspectiva, conforme crecen a nivel nacional y suman aliados, las diferencias se difuyen y las semejanzas se hacen más notorias. Cada una de las facciones tenía un núcleo sólido alrededor del cuál giraban partículas en órbitas diferentes. Las dos facciones eran "intrínsecamente inestables", y mientras más crecieran, mientras más atrajeran a partículas distintas y lejanas que giraban en las órbitas más alejadas, más se parecían entre sí.

El núcleo carrancista se formó desde 1913 mediante la fusión de los jóvenes civiles y militares coahuilenses con los jefes sonorenses enemigos de Maytorena y que fueron formando un poderoso grupo en torno al general Obregón. Las partículas dependientes, desde Sonora hasta Yucatán, eran realmente carrancistas y realmente dependientes; y quienes ejercían la mayor parte del poder eran Carranza y los jefes militares, que no entregaron el mando a los intelectuales.

El núcleo villista se había forjado en los distritos serranos de Chihuahua y Durango y se había extendido por todo el norte, firmemente villista desde Zacatecas hasta la frontera.⁵¹ Estaba formado por serranos violentos y rudos, llegados a la cúspide con el villismo, como el propio Villa, Tomás Urbina, Rodolfo Fierro, los hermanos José y Trinidad Rodríguez⁵² y Fidel Avila.

Pero los "plebeyos" no monopolizaban el núcleo villista. También estaban los militares "respetables" como el acomodado Eugenio Aguirre Benavides, el profesor Manuel Chao, el viejo Rosalío Hernández o el ex-seminarista José Isabel Robles, aunque su presencia no cambió la naturaleza esencialmente popular del núcleo villista.

⁵¹ La defección de los Herrera pronto fue controlada, y Maclovio y Luis se tuvieron que ir a Sinaloa o Coahuila; y sólo en sus guaridas en la sierra de Durango resistían los Arrieta contra el villismo. Fue tan firme el control villista sobre su zona original que durante largos meses no hubo operaciones militares ni se podía considerar seriamente un golpe contra el villismo (II, pp. 828-830).

⁵² Jamás se les menciona en las fuentes como hermanos. Dice Knight que ambos "capitaneaban la Brigada Cuauhtémoc, formada en su distrito natal de Huejotitlán". Trinidad Rodríguez, nativo de Huejotitlán, mandó la brigada Cuauhtémoc hasta su muerte en la batalla de Zacatecas. José Rodríguez fue el jefe de la brigada Villa desde octubre de 1913 hasta la disolución de la División del Norte.

Hasta aquí no había diferencias de clase esenciales entre los villistas y sus enemigos (también había "plebeyos" en el núcleo carrancista, aunque dominaban los "pequeñoburgueses"), pero sí en la concepción de la Revolución: los carrancistas estaban conscientes de la envergadura nacional de la lucha, mientras los villistas eran incapaces de trascender los compromisos locales y limitados y carecían de empuje para ganar el poder nacional. El centro villista no se concebía a sí mismo como élite nacional con derecho a gobernar el país, y claro reflejo de ello fueron los fracasos militares de los invencibles guerrilleros del norte cuando pelearon en otro terreno: Urbina en El Ebaro, Contreras y Fierro en Jalisco y el propio Villa en Celaya. Dominado el norte y centro-norte, el villismo había llegado al límite de su expansión, de su arrastre y su carisma.

La periferia villista era de lo más heterogénea: había agraristas y jefes populares sinceros como Arenas, los Cedillo y los Carrera Torres; terratenientes que usaban la bandera villista contra la Revolución; bandoleros sociales y bandidos a secas; y otra amplia gama de posibilidades. Las alianzas eran efímeras y poco sólidas y no respondían a un criterio definido (como si pasaba con el reclutamiento de la periferia carrancista). En síntesis, la diferencia fundamental no estribaba en la composición de las coaliciones sino en el criterio con el que se formaron. El villismo reclutó sin orden, sin el control de una élite decidida que ambicionaba el dominio nacional; y eso, que permitió avanzar rápidamente al villismo en 1914, "no le dio fuerza y nervio en 1915". Muchas de las alianzas se debieron a rivalidades regionales: si en Sonora Maytorena optaba por el villismo, sus rivales locales lo hacían por el carrancismo, y así por el estilo.

En ambos casos el grupo militar era más importante a corto plazo que el civil. En la formación del primero las lealtades personales y regionales habían sido determinantes; en la del segundo habían pesado más las lealtades ideológicas y de grupo, y el villismo, más tolerante, menos antirreligioso, más respetuoso con la tradición maderista y el liberalismo decimonónico, había atraído a importantes grupos que sus enemigos pudieron llamar "conservadores". Muchos empresarios mexicanos y extranjeros vieron en Villa la garantía del orden y el regreso a la normalidad.

Entre los civiles villistas descollaban los viejos maderistas, y las demandas de 1910 -democracia política, reestablecimiento de la Constitución, elecciones libres- se escuchaban con frecuencia. Estos políticos quisieron hacer de Villa un caudillo dúctil que les permitiera volver al poder perdido. Pronto se diferenciaron dos alas dentro del villismo: la "salvaje" de los caudillos serranos, y la "decente" de los viejos maderistas.

El villismo de 1914-15 se muestra aquí como una coalición caótica, inestable y heterogénea, donde cabía casi de todo; pero en la que al final se imponían Villa y sus serranos que, no obstante, se negaban a administrar y dejaban esas tareas a los civiles maderistas.

El villismo original seguía siendo rebelión serrana y bandolerismo social; el delgado bamiz "decente" con el que fue cubierto en 1914 para presentarse como opción política nacional, empezó a caerse en 1915. Los jefes populares que ocupaban las ciudades se entregaron a desórdenes sin cuento, horrorizando a los villistas "decentes" y causando la desertión de algunos de ellos, como Robles y Aguirre Benavides. Después de 1915 el villismo recuperaría, sin tapujos, su condición original de bandolerismo, agravado por el resentimiento del Centauro.

Cuando empezó la guerra, Obregón tenía clara su tarea: destruir la fuerza militar del enemigo y con ella su prestigio y su poder, causando la rápida desbandada de los inestables aliados del villismo. Por eso abandonó la capital avanzando hacia el Bajío. En la primavera de 1915 la importancia de todos los escenarios secundarios radicaba en el número de elementos que restaba a los ejércitos del Bajío.

En los meses anteriores sólo hubo operaciones militares de alguna envergadura en los tres frentes donde operaban villistas leales y donde el villismo tenía intereses importantes: el noreste, donde Angeles avanzó victoriosamente desde Torreón hasta Monterrey; en la lucha por el puerto de Tampico el bandolero Urbina y el profesor Chao demostraron su incompetencia militar cuando abandonaban el papel de guerrilleros que tan bien les sentaba; en Jalisco hubo un largo vaivén entre Diéguez y Murguía por un lado y Fierro, Contreras y Medina -con la participación personal de Villa en ciertos momentos- por el otro, hasta que la derrota de Celaya obligó a los villistas a abandonar el campo.

Según el consejo de Angeles, que se reveló acertadísimo a la luz de los acontecimientos posteriores, Villa debió irse repliegando, obligando a Obregón a extender sus líneas e internarse en territorio hostil, pero esperar y defenderse no estaba en el carácter de Villa -y eso lo sabía Obregón-. Se libraron cuatro batallas: en las dos de Celaya, donde murió el mito de la invencibilidad de Villa, fue muy importante la escasez de municiones de los villistas; Trinidad fue una batalla larga y dura en la que se impuso -"como en Waterloo"- el don de mando sereno sobre el carisma y el élan. Después de Aguascalientes del poderoso ejército villista no quedaron más que fragmentos guerrilleros difíciles de someter pero que ya no representaban una verdadera alternativa de poder.

Hubo otra consecuencia importante: declinó la estrella de Villa, pero subió la de Obregón, quien ocupó el lugar dejado por el duranguense, como el primer caudillo militar de la Revolución.

El villismo agonizaba. Se apretaron las tuercas en materia económica en el territorio que aun dominaba y se trató de reconstruir un ejército que hallaría su tumba en Sonora, ante la ya aplastante superioridad material, moral y estratégica del enemigo. Durante los últimos meses de 1915 los villistas vivieron una transición catártica y dolorosa de la condición que habían conquistado desde noviembre de 1913 a la de guerrilleros. Quedó firme el villismo medular, serrano, convertido en una guerrilla resentida, audaz y muy efectiva, pero sin aspiraciones al liderazgo nacional ni caudal político. El resto de la coalición se fragmentó y murió entre Aguascalientes (julio) y la disolución de la División del Norte (diciembre). Muchos murieron (1915 fue un año de gran mortandad), otros regresaron a sus casas, se exiliaron, se rindieron, se pasaron al carrancismo o permanecieron durante años como guerrilleros independientes o de plano como bandoleros.

JOHN M. HART

Hart es un historiador norteamericano que cuando publicó El México revolucionario⁵³ ya era conocido en nuestro país por sus contribuciones a la historia de los anarquistas mexicanos y de la clase obrera durante la Revolución.

El México revolucionario es una ambiciosa visión de conjunto en la que se pone particular atención a las causas estructurales de la Revolución y a la lucha de clases en los años de la violencia. Los ejércitos campesinos, sus propuestas, sus limitaciones, sus triunfos y su derrota definitiva son parte fundamental de un libro importante por el detallado estudio de los intereses extranjeros -sobre todo norteamericanos- y de la estructura social antes y durante la Revolución.

Los desajustes provocados en México por la explosiva expansión del capital imperialista en las últimas décadas del siglo pasado y las primeras del presente, fueron la causa última de la Revolución de 1910, como también lo fueron de sus contemporáneas iraní, china, turca y rusa (la de 1905-6). Este análisis comparativo sitúa al movimiento iniciado en 1910 en un contexto de "causalidad mundial" que rechaza la interpretación que hacía de la mexicana una Revolución única en su género.

La Revolución fue dirigida y ganada por las élites provincianas, pero tanto los ejércitos que dirigían como los que tuvieron que vencer en 1914-15 estaban formados mayoritariamente por campesinos. Esto obliga a buscar en la historia de México las raíces del descontento campesino:

En Chihuahua la inconformidad rural empezó cuando el ferrocarril trajo consigo un auge económico que revolucionó la economía local y potenció el valor de la propiedad raíz. Esto causó las primeras revueltas campesinas en Cusihuiriachic (1889) y Tomochic (1892), teñidas por un fuerte rechazo a las autoridades externas y un marcado milenarismo utópico.

El estado había sido poblado un siglo atrás por colonos militares que construyeron una economía ranchera y habían sido la barrera demográfica y militar entre el México central y los indios hostiles del norte. Los descendientes de esos hombres resintieron la profunda penetración del ferrocarril y el capital norteamericano, fueron despojadas de las inmensas llanuras que ellos consideraban tierras públicas (y

⁵³ John Mason Hart, El México revolucionario. Gestación y proceso de la Revolución Mexicana, México,

el gobierno porfirista llamaba terrenos baldíos), y por último, vieron cómo los latifundios empezaban a despojarlos incluso de sus propias tierras.

Lo que no midieron políticos y latifundistas era que eso pasaba en un territorio donde la mayor parte de la población vivía aún en comunidades lejanas, más o menos aisladas, con una fuerte tradición de autogobierno casi intacta, acostumbradas al uso de las armas y con acceso directo al mercado de armas fronterizo. Por eso no es extraño que Chihuahua se convirtiera en el principal bastión militar del maderismo, y que los rancheros armados no se contentaran con las promesas del nuevo régimen y tomaran las armas otra vez en 1912 y, claro, en 1913.

Cuando Madero fue asesinado, Pancho Villa pudo movilizar y reunir los diversos grupos rebeldes y construir la División del Norte, que estaba compuesta por "campesinos, vaqueros, artesanos y pequeños agricultores, a los que seguía un pueblo en armas" (p. 360).

Los villistas fueron separándose cada vez más del grupo encabezado por Venustiano Carranza, a quien en un principio habían reconocido como jefe supremo. El ejército villista estaba formado mayoritariamente por desposeídos, y sus jefes rancheros confiscaban sin miramientos los bienes de la oligarquía cuando se apoderaban de una región. Estos conatos de revolución social fueron llenando de aprensión a Carranza, que intentó repetidas veces frenar a los villistas, pero la cohesión de los oficiales de la División en torno a Villa impidió que Carranza lograra sus objetivos. En junio de 1914 se dio el rompimiento entre ambos movimientos.⁵⁴

Los villistas habían nacionalizado las grandes haciendas con el fin de extraer recursos para la guerra, y al mismo tiempo campesinos no autorizados tomaban haciendas. Pero no se puso en práctica una reforma agraria sistemática, lo que le acarreó conflictos a Villa con sus partidarios más radicales.

En septiembre de 1914 Villa exigió a Carranza que aprobara medidas "para la redistribución de la tierra", y anunció que la División del Norte no asistiría a una

Alianza Editorial, 1990, 574 p.

⁵⁴ La revisión de las intenciones de los empresarios y los políticos texanos en el gabinete de Wilson hacen que Hart, contra la opinión de la mayoría de los historiadores, diga que en 1914 la política norteamericana era antivillista, y que la paralización de la División del Norte después de la toma de Zacatecas contaba con la complicidad de las autoridades estadounidenses.

convención "que no incluyera las demandas básicas del campesinado". Al día siguiente desconoció a Carranza porque no había dado apoyo a su plan agrario. Estas medidas disgustaron profundamente a los representantes norteamericanos.

En medio de un auge del movimiento campesino más o menos independiente y de una ola de tomas de tierras, se reunió en Aguascalientes una Convención que intentaba evitar la guerra entre los revolucionarios.

Los carrancistas y los obregonistas veían en el villismo a su peor enemigo, pues aunque su programa agrario no estaba tan articulado ni tan bien definido como el de los zapatistas, su poderío militar y su demanda de autonomía local los hacía los rivales más peligrosos. Villa pretendía implantar colonias agrarias autónomas, federadas en una unión nacional y defendidas por sus trabajadores armados, en un plan que parecía tomado del socialista francés Charles Fourier.

Carranza y sus más cercanos asesores eran defensores a ultranza de la propiedad privada, pero políticamente aislados, tuvieron que apoyarse en los radicales pequeñoburgueses cuyo jefe más representativo era Alvaro Obregón, y que planteaban una reforma favorable a las masas campesinas y obreras pero controlada y centralizada por la élite nacionalista.

Aunque los obregonistas habían tratado de controlar la mayoría de la Convención, esta se convirtió en una asamblea tumultosa que bajo la incendiaria oratoria de Paulino Martínez y Antonio Díaz Soto y Gama fue inclinándose rápidamente a la izquierda hasta excluir a Carranza y elegir presidente al general agrarista potosino Eulalio Gutiérrez. Carranza rechazó la decisión de la Convención y sus partidarios se retiraron de la asamblea. Obregón se les unió.

Gutiérrez declaró en rebeldía a Carranza y los villistas avanzaron incontentablemente sobre la ciudad de México. La derrota de los constitucionalistas parecía inminente, pero el gobierno norteamericano evitó la catástrofe carrancista al entregar al Primer Jefe "la inestimable Veracruz".

La actitud de los consorcios norteamericanos con fuertes intereses en México⁵⁵ fue el factor más influyente en la política de Wilson respecto a la Revolución. A ella respondieron la defensa del huertismo hasta septiembre de 1913, el vuelco posterior por los constitucionalistas y, en la guerra civil de 1915, el apoyo cada vez más decidido a los carrancistas, que empezó con la entrega al Primer Jefe del puerto de Veracruz y el importante arsenal ahí acumulado.⁵⁶

El agrarismo de los convencionistas, el temor de que expropiaran los latifundios de esos consorcios, la toma de minas y haciendas norteamericanas por grupos autodenominados villistas o zapatistas fuera del control de los respectivos cuarteles generales y el lema "México para los mexicanos" que fue haciéndose común entre los convencionistas, hicieron que los principales capitalistas norteamericanos obligaran a su gobierno a respaldar al bando carrancista, mucho más respetuoso de la propiedad privada y con el que sentían que podían entenderse mejor.⁵⁷

Desde septiembre de 1914 los villistas encontraron obstáculos y dificultades crecientes para la venta de sus productos y la adquisición de armas en Estados Unidos. Las aduanas fronterizas fueron aumentando esos obstáculos hasta terminar con un embargo sobre los pertrechos comprados por los villistas, embargo virtual desde fines de 1914 y oficial desde principios de la primavera de 1915.

En diciembre de 1914 los villistas y zapatistas ocuparon la capital de la República, y dejaron el gobierno "a Gutiérrez y una caterva de administradores contradictorios de la pequeña burguesía", reservándose la destrucción militar del

⁵⁵ La lista de las propiedades de esos consorcios se detalla en el libro: millones de hectáreas en Chihuahua, San Luis Potosí, Sonora, Sinaloa, La Huasteca y otras regiones mexicanas. Intereses bancarios, presas e industrias, y, por supuesto, instalaciones petroleras y mineras (ver pp. 383-397).

⁵⁶ El material de guerra detenido por los villistas en la aduana de Veracruz incluía artillería, ametralladoras, fusiles y pistolas, granadas, cartuchos y municiones, suficientes para equipar competamente a un ejército de 13 000 hombres con las armas más modernas (ver pp. 397-402).

En un inventario del 60% del contenido de los tres primeros cobertizos constan 25 ametralladoras, 8 458 rifles, 3 550 carabinas, 1 850 escopetas, 3 375 000 cargas de munición, 632 rollos de alambre de púas, 380 bultos de refacciones de artillería, 9 radios de onda corta, 2 034 pistolas, 6 cajas de granadas de mano, 1 250 cajas de cianuro sódico -para preparar gas tóxico-, 1 650 sables, tres camiones y nueve coches. "Pero había mucho más".

Cuatro vapores llegaron en último momento desembarcaron material no inventariado. Además, entre lo que los marines "olvidaron" había 144 toneladas cúbicas de "equipo vario", 75 toneladas cúbicas de parque y 6 cañones de desembarco de 8 pulgadas (ver p. 414).

⁵⁷ Según Hart, los informantes oficiales y oficineros del gobierno norteamericano insistían sobre el "peligroso socialismo" de villistas y zapatistas.

carrancismo. Pero aunque los funcionarios gubernamentales conocían la necesidad de implementar reformas sociales, rechazaban el extremismo campesino de villistas y zapatistas, y desde sus puestos sabotearon la guerra campesina. Al final los partidarios de Gutiérrez huyeron de México y los villistas y zapatistas de la Convención nombraron un nuevo presidente: Roque González Garza.

Mientras, el ejército organizado por los carrancistas en Veracruz avanzó hacia el centro a las órdenes de Obregón. Las batallas del Bajío libradas entre abril y junio de 1915 decidieron la Revolución. La táctica obregonista, aprendida de los éxitos militares alemanes del año anterior, "señala no el genio militar del neófito Obregón Salido, sino la presencia de asesores extranjeros; además del hecho de que su ejército había sido equipado anteriormente por asesores militares en Veracruz".⁵⁶ El apoyo norteamericano "fue indispensable en la victoria de las fuerzas constitucionalistas" (p. 427).

Luego de esas derrotas la División del Norte perdió su cohesión y las desertiones se generalizaron, acrecentadas por la creciente hostilidad de los Estados Unidos. Para octubre de 1915 los villistas sólo controlaban Chihuahua y partes de Durango y Sonora, pero tenían un audaz plan de revitalización cuyo primer paso, que parecía destinado al éxito, era la toma de Agua Prieta y el control de Sonora; pero tropas constitucionalistas transportadas por los ferrocarriles norteamericanos del otro lado de la frontera lanzaron un sorpresivo contraataque que terminó con las esperanzas villistas. La División del Norte murió con el fracaso en Sonora y los villistas iniciaron una larga e implacable guerra de guerrillas que frustraría a los carrancistas y enfurecería a los estadounidenses, contra quienes se volcó el Centauro.

En resumen, los ejércitos campesinos, agraristas radicales y socializantes, fueron derrotados por sus rivales gracias al decidido apoyo de los Estados Unidos.

⁵⁶ Es difícil estar de acuerdo con este párrafo.

2.- LOS VILLISTAS EN LAS HISTORIAS DE OTROS.

JOHN WOMACK

En 1969, John Womack, un joven doctor de Harvard, propuso algo enteramente novedoso dentro del discurso académico sobre la Revolución de 1910: su libro Zapata y la Revolución mexicana publicado en inglés y en español de manera casi simultánea.⁹⁹

El libro recuperaba a los campesinos morelenses y su entorno. Los protagonistas, por primera vez, eran tanto ellos como Emiliano Zapata, Genovevo de la O, Genaro Amezcua y los demás. Ese rescate de la comunidad zapatista y su medio sería un ejemplo a seguir en los años siguientes.¹⁰⁰ No en vano el Zapata... de Womack es, si no el fundador, sí el primer producto del revisionismo.

Los villistas, a los que de ninguna manera se ve con esa perspicacia y profundidad, son en este libro meros comparsas de la historia que se cuenta. La fragilidad de la alianza zapato-villista queda al desnudo: la de los norteños nunca dejó de ser una historia ajena, hasta que Pablo González y sus huestes entraron a sangre y fuego en el territorio zapatista.

Cuando la ciudad de México cayó en manos de los constitucionalistas, ese movimiento ya estaba dividido entre carrancistas y villistas. Los villistas, eran "Más fuerza de la naturaleza que de la política".

Estos norteños errabundos no podían darle un objeto real a su populismo. Vaqueros, ameros, bandidos, peones de ferrocarril, buhoneros, peones refugiados, los villistas carecían de intereses de clase definidos o de ataduras a algún terruño. Y para algunos ambiciosos, como al general Felipe Angeles, este desorden era una oportunidad (p. 189).

Pero ni siquiera Angeles podía darle una dirección clara a un movimiento que, como su jefe, era la encarnación de la irregularidad.

⁹⁹ Alvaro Matute, "Los actores sociales de la Revolución...", p. 10.

¹⁰⁰ Nunca está de más transcribir la primera frase: "Este es un libro acerca de unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución". John Womack, Zapata y la Revolución mexicana, México, Siglo XXI Editores, 1969, p. XI.

Desde fines de 1913 hubo contactos entre Villa y enviados surianos (Gildardo Magaña, quien había enseñado a leer al Centauro en la prisión militar de Tlatelolco). Los difusos intereses agrarios de Villa lo habían llevado a formar una Comisión Agraria en Chihuahua y a rechazar a un orden carrancista que lo llevaría a dar marcha atrás a los repartos ordenados por el gobernador maderista Abraham González. En las conferencias que tuvo con Magaña, Villa elogió el agrarismo de subordinados suyos como Calixto Contreras y Orestes Pereyra.

Poco a poco, aunque sin que Zapata se comprometiera -suspica como era-, empezó a circular una corriente de simpatía entre Morelos y Chihuahua. Por el contrario, aunque algunos de sus partidarios simpatizaban con Zapata, el Primer Jefe veía en los surianos a desordenadas chusmas, aliadas posibles del villismo, anárquicas y voluntariosas, a las que al final habría que combatir.

El primer contacto directo que tuvieron los surianos con los jefes villistas fue el 19 de octubre de 1914, cuando arribó a Cuernavaca la comisión enviada por la Convención para invitar a los zapatistas a aquella asamblea. La comisión estaba integrada por los generales Calixto Contreras, Rafael Buelna, Guillermo Castillo Tapia y Felipe Angeles, quien llevó el peso de las negociaciones.

Angeles había combatido a los zapatistas durante los últimos meses del régimen de Madero, pero su moderada conducta al frente de los federales, que contrastaba con el salvajismo de los demás jefes militares que combatieron a los zapatistas, le había granjeado la simpatía de los surianos, y Zapata lo recibió con extrema cordialidad.

Zapata y Angeles conversaron largamente. El caudillo del sur no quería enviar una delegación formal que se comprometiese a respetar los acuerdos de una Convención dominada por los carrancistas. Se acordó que la delegación suriana⁶¹ no se integraría plenamente a la Convención, pero impulsaría el reconocimiento del Plan de Ayala. Antes de llegar a Aguascalientes, los delegados zapatistas buscaron al

⁶¹ Ninguno de los 26 delegados surianos era de los jefes campesinos de Morelos. De hecho, sólo el abogado topezteco Leobardo Galván era nativo del estado. Encabezaban la delegación Paulino Martínez, Antonio Díaz Soto y Gama, Juan Banderas, Gildardo Magaña, Genaro Amezcua y Alfredo Serratos -probable agente villista, dice Womack-. "Los secretarios del Cuartel General" eran los principales enviados.

general Villa, sellando una alianza parlamentaria con los delegados de la División del Norte.

Los zapatistas no estaban dispuestos a reconocer plenamente a la Convención mientras ésta no se deshiciese de Carranza. Cuando el 30 de octubre el Primer Jefe fue separado, la Asamblea empezó a marchar "por un camino ostensiblemente independiente, que en realidad era provillista". Pronto se vio que los villistas "querían disparar unos balacitos más", que Villa y Angeles no querían compartir el poder con los constitucionalistas independientes, como Obregón, sino dominarlos, con lo que sólo lograron que regresaran al bando carrancista.

La consecuencia de todo esto sería la guerra, en la que los zapatistas tendrían que tomar parte [...] Al dejar que sus secretarios los comprometieran con Villa, los jefes de Morelos habían lanzado a su pueblo a una lucha que no era la suya (p. 215).

Los jefes surianos se sintieron incómodos con la nueva alianza. El mismo Zapata se mantuvo a distancia y cuando los villistas llegaron a Tacuba, se retiró a Cuernavaca, a donde tuvieron que ir a convencerlo Roque González Garza, George C. Carothers, Juan Banderas y Genaro Amezcua, de que aceptara una entrevista con Villa. El 4 de diciembre, en Xochimilco, terreno zapatista, los dos caudillos se encontraron. Ahí crearon el espejismo de una alianza política y militar que no tardaría en desvanecerse.

Zapata fue a tomar Puebla, que tardó en caer el tiempo que tardó Villa en cumplir sus promesas de petrechar a los surianos. Los cañones llegaron tarde, los trenes nunca. Entre tanto, en la capital, oficiales villistas fusilaron a Paulino Martínez. Y, por fin, Zapata se enteró de las intrigas de los científicos, que decían que Villa era un títere en manos de Angeles "que es nuestro", y que vencidos los carrancistas, sería fácil eliminar a Zapata. El caudillo suriano dejó en Puebla a los antiguos oroquistas Juan Andrew Almazán "y sus amigotes" Benjamín Argumedo e Higinio Aguilar, y se retiró a Morelos, visiblemente disgustado. La tan cantada alianza había fracasado en sólo un mes. Entonces, el general Obregón empezó su ofensiva contra el villismo, sin preocuparse mayormente por los surianos.

Los zapatistas se dedicaron a montar su propia Revolución, reformando toda la vida de Morelos; y ocupados en la agradable tarea de construir su utopía, no se dieron cuenta que las tres derrotas sucesivas y tremendas del general Villa en el estado de Guanajuato eran pésimos augurios para ellos.

Zapata no se preocupó por abrir un segundo frente, y en México, Palafox y Soto y Gama estaban más preocupados por imponerle su programa agrario a la Convención, que por la derrota del ejército que la sostenía. Para cuando se movieron las tropas zapatistas, a finales de julio, la balanza militar ya se había inclinado definitivamente del lado carrancista.

Los jefes surianos cometieron un error de apreciación: si habían contribuido a derribar tres gobiernos nacionales, no veían razón para no poder con un cuarto; y en esos momentos, el régimen carrancista parecía más débil de lo que habían sido el porfirista, el maderista y el huertista.

Pero estaban derrotados. La ruina de Morelos, efecto del desastre de la División del Norte, "no sería un demumbamiento, sino un confuso, amargo y desgarrador ir cediendo" (p. 243). Los desesperados intentos que a partir de 1916 hizo Zapata para resucitar una coalición que había dejado morir cuando era viable, no tenían base real: aunque Villa no estuviera, como estaba, metido en una vengativa guerra personal, no tenía forma efectiva de colaborar en la construcción de una ofensiva nacional contra el gobierno de Carranza.

En síntesis, para Womack la División del Norte era un ejército de vagabundos sin dirección política ni ideológica clara, al que trataban de ponerle su impronta ambiciosos como el general Angeles, ligado a los intereses del antiguo régimen. El villismo fue un aliado inseguro, dominante y difícil de los zapatistas durante un breve periodo.

En 1967 Michel C. Meyer publicó un libro (cuya versión española apareció en 1984) en el que intentaba rescatar a un personaje "calumniado" por los historiadores de la Revolución: El rebelde del norte. Pascual Orozco y la Revolución.⁶²

Las contribuciones de Orozco como constructor de la Revolución merecen ser valoradas haciendo a un lado los prejuicios que tachándolo de traidor, lo han expulsado sin contemplaciones del panteón revolucionario, donde son pocos los que no tienen cabida. Se trata de ver en el oroquismo no sólo un instrumento de la reacción, no una traición sino una más de las muchas caras de la revolución social de México.

Lo que en 1910 hacía de Chihuahua el estado más favorable para el estallido de la Revolución -aparte de las condiciones geográficas adecuadas- eran la larga frontera con Estados Unidos, por donde igual entraban armas que propaganda revolucionaria; la existencia de una pujante clase media excluida de la vida política; y, sobre todo, la conjunción del poder político y económico en manos del clan Terrazas-Creel, con los abusos subsecuentes.

En 1910, don Abraham González encomendó la jefatura de la Revolución en el distrito Guerrero, una región con larga tradición de rebeldía, a Pascual Orozco, un joven y próspero arriero, conocido y estimado en todos los pueblos del distrito, que no tuvo muchas dificultades para reclutar un puñado de hombres y lanzarse a la lucha el 19 de noviembre de 1910. A principios de diciembre ya mandaba 800 hombres mal armados y había reunido bajo su mando otras partidas, entre ellas la de un hombre que entraría a la historia peleando a sus órdenes: Francisco Villa. Orozco fue el jefe militar más importante de la campaña maderista y Villa fue quizá su mejor lugarteniente.

El maderismo triunfante no tomó en consideración los méritos de Orozco, el único maderista de renombre surgido de las filas del pueblo. El resentimiento de Orozco, injustamente marginado; la presión de muchos de los revolucionarios del estado que no veían una acción decidida desde el gobierno, y que ya andaban en armas con la

⁶² Michael C. Meyer, El rebelde del norte. Pascual Orozco y la Revolución, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1984, 199 p. Aunque en estricto orden

bandera de los Vázquez Gómez; y las intrigas de los porfiristas que buscaban desestabilizar al régimen, causaron la rebelión orozquista, que estalló el 3 de marzo de 1912. Los principales jefes de la Revolución de 1910 en Chihuahua siguieron a su jefe, con la importante excepción de Villa.

En febrero de 1913, un mes después de la derrota del orozquismo, Madero fue depuesto por el jefe militar que había conducido la campaña contra el orozquismo, Victoriano Huerta. En Coahuila, Sonora y Chihuahua nació un fuerte movimiento de protesta contra el gobierno surgido del cuartelazo y manchado con el asesinato del presidente. En Chihuahua la nueva lucha tuvo un carácter espontáneo y poco oficial, que pronto dirigiría Pancho Villa.

Mientras, Orozco había reconocido al gobierno de Huerta, poniendo entre sus condiciones la implementación de una reforma agraria. El chihuahuense fue muy criticado por su actitud, pero conservaba buena parte de su popularidad en el norte y sería un apoyo nada despreciable para el régimen.

En un principio parecía que Huerta iba a emplear a Orozco en la campaña de Morelos, pero sin duda lo pensó mejor y lo envió al norte. No se ha escrito la historia del papel de Orozco como general huertista, pero sin duda se debe a él que el constitucionalismo llegara a desarrollar sus tres cabezas. Los irregulares de Orozco contuvieron al villismo, permitiendo que se fortaleciera el carrancismo.

Orozco salió de Torreón el 1o. de julio de 1913, y tras batir en el camino a las tropas de Rosalío Hernández, Manuel Chao y Trinidad Rodríguez, llegó a Chihuahua el día 22, eliminando el peligro inmediato en que estaba la capital chihuahuense, amagada por Francisco Villa. En esa marcha los orozquistas cosecharon la más notable serie de triunfos obtenidos por tropas huertistas.

Durante los meses siguientes los orozquistas ganaron varias escaramuzas sin importancia, y Orozco se enemistó profundamente con el general Salvador Mercado, comandante militar del estado. En noviembre de 1913 Pancho Villa sitió Chihuahua al frente de numerosas tropas, pero rechazado por Mercado y Orozco, se dirigió a Ciudad Juárez apoderándose de la plaza. Orozco quiso marchar de inmediato a la frontera,

cronológico este libro debería ir antes que el Zapata de Wornack, lo pongo aquí porque su versión

pero los titubeos de Mercado hicieron que se perdiera un tiempo precioso, y cuando por fin se mandaron tropas, fueron derrotadas por los villistas en Tierra Blanca. Entonces Mercado, ante la furia de Orozco, decidió evacuar la capital del estado. Batidos en Ojinaga poco después, los federales de Chihuahua se internaron en los Estados Unidos, donde fueron desarmados. Orozco y algunos de los suyos se resistieron a sufrir esa humillación, y atravesaron el desierto a caballo, presentándose en Torreón.

Cuando los villistas atacaron Torreón, Orozco estaba en México preparando un cuerpo guerrillero con la intención de instalarse en la sierra de Chihuahua para amenazar la retaguardia villista frenando su avance. Pero la rapidez de los acontecimientos no le dejaron poner en práctica su plan, y no pudo volver a estar en el centro de los acontecimientos.

Cinco años después de su Orozco, y siguiendo en la línea de la reivindicación de los "indefendibles", Meyer publicó Huerta. Un retrato político,⁶³ en el que a contracorriente de la interpretación tradicional de la Revolución, intentaba demostrar que el huertista no fue un régimen contrarrevolucionario. Más aun, parece indicar que, a comparación del maderista, en algunas cosas el gobierno de Huerta fue más revolucionario y más sensible a las demandas sociales.

Cuando Victoriano Huerta tomó el poder, en febrero de 1913, tuvo que enfrentar desde luego la rebelión de los estados septentrionales. En Chihuahua encabezó la revuelta Pancho Villa, cuya diligente actividad encerró en poco tiempo a los federales en las ciudades, aunque el victorioso avance de Pascual Orozco desde Torreón, en julio de 1913, logró diferir la caída definitiva del estado en manos de los rebeldes.

El mismo mes de julio de 1913 Tomás Urbina tomó la ciudad de Durango, y tres meses después Villa tomó Torreón. Ambas ciudades fueron saqueadas. En las semanas siguientes los villistas se apoderaron de todo el estado de Chihuahua, lo que significó un terrible golpe para el gobierno.

En marzo de 1914 un numeroso y bien pertrechado ejército a las órdenes de Pancho Villa salió de Chihuahua rumbo a Torreón, bien defendido y hábilmente

español. apareció mucho después y su impacto fue mucho menor que el del libro de Womack.

fortificado por José Refugio Velasco, el más capaz militar federal. La batalla por la Perla de la Laguna empezó el 20 de marzo y terminó el 1o. de abril, y aunque Velasco se retiró en orden, la caída de la ciudad fue otro duro golpe.

La situación del régimen empeoró aun más cuando los norteamericanos ocuparon Veracruz. El avance de los rebeldes crecía en intensidad y los enemigos se multiplicaban. El poderoso ejército de Villa se concentró en Torreón, listo a caer sobre Zacatecas, pero don Venustiano Carranza no tenía muchas ganas de que el atrabillario duranguense llegara a la capital antes que Alvaro Obregón o Pablo González, y encomendó a Pánfilo Natera el ataque a la fortaleza zacatecana, desviando a Villa hacia Saltillo.

Natera fue incapaz de dirigir una batalla que requería planteamiento, organización y verdadera capacidad de mando, y rechazado, se retiró a Fresnillo; entonces Villa, que había ocupado Saltillo, avanzó sobre Zacatecas desafiando las órdenes explícitas de Carranza.

El Primer Jefe lo intentó todo para destituir a Villa del mando de la famosa División del Norte, pero se enfrentó al hecho, con todo su desagrado, de que los hombres de Villa, particularmente su grupo de jefes, se consideraban ellos mismos primero villistas y luego constitucionalistas (p. 231).

La derrota de los huertistas en Zacatecas fue total, y con ella quedó entreabierta la puerta de la capital. Huerta renunció poco después, cediendo a la presión conjunta militar, diplomática y económica.

CHARLES C. CUMBERLAND

Charles C. Cumberland, uno de los más conspicuos representantes de la historiografía académica norteamericana sobre la Revolución mexicana, murió en 1970 dejando inconclusa la continuación de su historia de la Revolución maderista.⁶⁴ David C. Bailey

⁶³ Michael C. Meyer, *Huerta. Un retrato político*, México, Editorial Domés, 1983, 315 p.

⁶⁴ Publicada en 1952 y muy tardíamente traducida al español: Charles C. Cumberland, *Madero y la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1979, 317 p.

terminó el trabajo y lo publicó en 1972. La versión española de Héctor Aguilar Camín apareció en 1975.⁶⁵

Cumberland está mucho más cerca de Robert E. Quirk y de Stanley R. Ross que de los revisionistas norteamericanos, pero el hecho de que su libro haya llegado a México en 1975, el impacto que tuvo y el que hayan trabajado en él dos historiadores jóvenes, ellos sí revisionistas, justifican que el libro sea tratado en este capítulo.

El porfiriato sigue siendo, casi sin matices, una dictadura que permitió cierto desarrollo económico financiado por el capital extranjero, a costa de la explotación inhumana de las masas y de la abolición de la democracia y las libertades individuales. El asesinato de Madero cerró la posibilidad de que México "se incorporara al siglo XX por una vía fácil". Los violentos años siguientes (1913-1920) "marcaron el nacimiento de la moderna nación mexicana" (p. 14). El héroe y principal protagonista de éste libro es don Venustiano Carranza, quien acaudilló la guerra civil contra el gobierno usurpador y después condujo la primera fase -la más difícil- de la reconstrucción nacional.

El asesinato del gobernador maderista de Chihuahua, don Abraham González y la rápida y oportuna actuación de las fuerzas federales impidieron que prendiera en ese estado un movimiento coordinado contra el huertismo, a semejanza de los de Coahuila y Sonora. En consecuencia, la Revolución la iniciaron, cada uno por su lado, los rudos oficiales maderistas Francisco Villa, Manuel Chao, Tomás Urbina y Maclovio Herrera. Francisco Villa entró a la Revolución guiado por su admiración, respeto y devoción profundas por Madero y Abraham González y su feroz odio por Victoriano Huerta: lo impulsaba un "ardiente ánimo de venganza".

Durante marzo de 1913 Villa "sendereó el centro y el occidente de Chihuahua, de comunidad en comunidad y de pueblo en pueblo, reuniendo un ejército". Mientras Urbina, Herrera, Chao, Rosalío Hernández y Toribio Ortega hacían imposible la vida de las guarniciones federales de todo el estado. Para el mes de junio los rebeldes controlaban todo el pago chihuahuense.

⁶⁵ Charles C. Cumberland, La Revolución mexicana. Los años constitucionales. México, Fondo de Cultura Económica, 1975, 389 p.

En Durango y La Laguna también pulularon las partidas rebeldes. Cuando en octubre Pancho Villa obtuvo el mando de muchos de esos grupos, hasta entonces descordinados e indisciplinados, la plaza de Torreón cayó en manos rebeldes, fortaleciéndose así la autoridad de Villa. En el mes siguiente los villistas se adueñarian del estado de Chihuahua mediante una campaña "casi clásica en materia de improvisación militar" (p. 55).

Durante los meses siguientes Villa pudo pertrechar y disciplinar a su ejército, que descansaba en Chihuahua, y en marzo de 1914 se movió sobre Torreón, defendido por lo mejor del ejército federal y su único general con imaginación, José Refugio Velasco. Los villistas fueron reforzados por los demás revolucionarios del norte, que se les incorporaron por órdenes de Carranza. Torreón fue tomado tras una larga y sangrienta batalla, a la que siguieron las victorias de San Pedro de las Colonias y Paredón, que dejaron a los revolucionarios expedito el camino hacia el centro del país.

Pero el régimen tuvo un respiro con el aumento súbito de la popularidad del presidente a causa de la ocupación norteamericana de Veracruz, y sobre todo, con la creciente división en las filas constitucionalistas.

Villa y Carranza "eran polos contrarios en actitud, educación y personalidad". El primero era "voluble, quijotesco, rudo e iletrado, a pesar de su gran inteligencia", tenía un enorme orgullo personal y un no menor don de mando. Veía a Carranza -equivocadamente, dice Cumberland- como un político oportunista y muy ambicioso.

En abril de 1914 Carranza movió su gobierno de Hermosillo a Chihuahua, con la intención de vigilar de cerca a Villa, cuyos excesos -en especial la ejecución sumaria sin causa justificada del británico William Benton-, eran ya una constante fuente de conflictos para el Primer Jefe. En Chihuahua hubo dos serios altercados entre Carranza y Villa. El primero fue causado por la intromisión del Centauro en la política exterior, cuando declaró su amistad por los Estados Unidos a raíz de la ocupación de Veracruz. El segundo, mucho más grave, fue el conato de fusilamiento del gobernador de Chihuahua, Manuel Chao, causado porque Villa exigía que Chihuahua quedara bajo su mando directo.

Carranza, cada vez más convencido de que Villa constituía una amenaza real, intentó evitar que la División del Norte entrara triunfalmente a la ciudad de México. Apuró al general Obregón para que agilizará su avance sobre Guadalajara, entretuvo a Villa enviándolo a tomar Saltillo, y al mismo tiempo ordenó al general Pánfilo Natera que atacara Zacatecas. Por fin, determinó rendir por escasez de pertrechos a la División del Norte, reteniendo en lo posible el paso de municiones y carbón hacia territorio villista. Villa se dio cuenta cabal de que lo estaban postergando intencionalmente.

Esa era la situación cuando Natera fracasó frente a Zacatecas el 11 de junio, y Carranza ordenó a Villa que le enviara refuerzos. En un arranque de ira Villa renunció a su mando. El consecuente intercambio de telegramas entre el Primer Jefe y los generales villistas terminó siendo "una insubordinación militar" y "un rechazo político en términos que no se olvidan" (p. 132).

La insubordinación villista detuvo a la División del Norte en Zacatecas, obligándola a regresar a Torreón, y a la División del Noreste en Saltillo, con lo que se pospuso dos meses el triunfo revolucionario. Pese a eso, se hizo un esfuerzo pacificador que terminó en el Pacto de Torreón, según el cual Villa y Carranza reconocían mutuamente sus antiguas posiciones y acordaban asuntos menores, pero los problemas principales no se resolvieron y ambos siguieron preparándose para la próxima lucha.

Durante agosto y septiembre de 1914 terminó de incubarse la escisión entre los constitucionalistas y los seguidores de Maytorena, Zapata y Villa. El Primer Jefe hizo un esfuerzo más para evitar la lucha al permitir la labor de los jefes constitucionalistas que llegaron a un acuerdo con los villistas para trasladar a Aguascalientes la junta de generales y gobernadores convocada por Carranza para el 1o. de octubre.

Villa había expedido un manifiesto por el que desconocía a Carranza, que empezó a circular profusamente. Las críticas hechas al Primer Jefe, que intentaban justificar el rompimiento, eran un fraude vistas a la luz de lo hecho por el villismo. Se conminaba a Carranza a convocar elecciones cuando Villa nunca lo hizo, ni como gobernador de Chihuahua ni como jefe de estado de facto. Se exigía el

reestablecimiento de los tribunales y del orden constitucional cuando el villismo nunca hizo nada parecido, y eran moneda corriente las órdenes sumarias de fusilamiento dadas por el Centauro. Se reclamaba una reforma agraria cuando en territorio villista, en la práctica, nunca se hizo nada en ese sentido. Era falso el argumento de que Carranza no tenía un gabinete formal ni hacía caso de consejo alguno, pues el Primer Jefe se había rodeado de un importante y capaz grupo de políticos y administradores. Se acusaba a Carranza de dictador, pero convocó a una convención a escasas dos semanas de haber tomado la capital. Lo que de verdad había en el fondo era el resentimiento personal de los villistas por los "insultos y desprecios" que habían recibido del señor Carranza.

Los jefes militares reunidos en la junta carrancista decidieron, por abrumadora mayoría, irse a Aguascalientes, donde participarían también los villistas y los zapatistas. La tregua era mucho más aparente que real: en Sonora y Durango ya se combatía, Villa y Carranza agilizaban el reclutamiento de nuevas tropas, los generales carrancistas preparaban sus defensas en los puntos avanzados contra los villistas y zapatistas, y Villa movió su vanguardia a una hora de camino de Aguascalientes.

Zapata había roto definitivamente con Carranza y se fue acercando a Villa, con quien tenía contactos desde finales de 1913; de manera que sus respectivos partidarios actuaron en Aguascalientes como asociados.

La Convención de Aguascalientes fue un fracaso a pesar de las buenas intenciones con las que llegaron a ella la mayoría de los delegados: ni por un día se suspendieron las medidas bélicas antes señaladas y Carranza se negó desde el principio a someterse a sus acuerdos. Las negociaciones avanzaron precaria y lentamente hasta la elección de Eulalio Gutiérrez como presidente por veinte días, pero se amuinaron por completo cuando Villa movilizó cinco mil hombres a Aguascalientes.

Carranza comprendía que Gutiérrez sería un títere de Villa y exigió el retiro del Centauro como condición sine qua non para el suyo propio. Villa fingió entregarte el mando al joven ministro de guerra, José Isabel Robles, hechura suya, pero tan burda farsa no convenció a nadie. Cuando por fin se consumó el rompimiento la posición de Carranza podía ser descrita como desesperada: las fuerzas constitucionalistas

sumaban sesenta o setenta mil hombres desparramados en todo el país, mientras Villa tenía cuarenta mil soldados, Zapata veinticinco mil y los otros generales convencionistas sumaban veinte o treinta mil efectivos; pero sobre todo, tenían líneas de comunicación mucho más seguras y acceso directo a la frontera.

En contrapartida, los carrancistas tenían de su lado al más capaz de los jefes militares de la historia de México, Alvaro Obregón; su gobierno estaba firmemente asentado en Veracruz; y tenían un gobierno firme que contrastaba con el de la Convención, que "era una aglomeración de personalidades y tendencias conflictivas" (p. 172), en el que convivían gentes de ideología, impulsos e intereses contradictorios y sobre el que Villa ejercía el imperio de la fuerza bruta. De hecho, el convencionista nunca funcionó como gobierno, nunca tuvo fuerza para imponerse, y Villa y Zapata hacían y deshacían a su antojo, cada uno por su lado.

Desaprovechando la oportunidad que la desorganización de las fuerzas constitucionalistas le brindaba, Villa dejó a Zapata la tarea de atacar Puebla, y él se fue al Bajío a preparar la campaña de Jalisco, mientras en la capital sus subordinados instauraban un reino del terror, fusilando tanto a convencionistas destacados como a generales ex-federales. Gutiérrez comprendió que no podría gobernar con Villa y Zapata, y trató de hacerlos a un lado sin lograr nada.

A fines de enero de 1915 había cuatro gobiernos en México: el de Carranza en Veracruz; el de Roque González Garza en Cuernavaca; el que Villa estableció en Chihuahua cuando la entrada a México de los constitucionalistas lo separó de González Garza; y el de Gutiérrez en peregrinación por el norte. No contribuyó poco al triunfo de Carranza la creciente fragmentación de los convencionistas.

Alvaro Obregón comprendió que el enemigo a vencer era el ejército villista, que sólo un decidido avance victorioso sobre el centro villista aliviaría la presión que se volvía tremenda sobre las fuerzas constitucionalistas de la periferia —especialmente las de Tampico—, que los zapatistas no tenían capacidad ni ganas para emprender una ofensiva formal aunque su gobierno solo se mantuviera vivo por la existencia de la División del Norte.

El ejército de Obregón se movió hacia el Bajío, y haciéndose fuerte en Celaya, derrotó en dos memorables batallas al más numeroso ejército villista.⁶⁶ Y mientras la División del Norte era destrozada entre Celaya y Aguascalientes, el gobierno de la Convención "iba de la inutilidad a la esterilidad" (p. 191). Se discutía con monotonía extrema un plan de gobierno, mientras Roque González Garza "-que se merecía algo mejor-" trataba de dar forma a un gobierno al que los zapatistas le dejaban una esfera de acción y un poder real cada vez más reducidos.

La Convención sesionó casi sin interrupciones desde enero hasta agosto sin lograr construir un gobierno efectivo, ni resolver el problema -cada día más grave- de abastecer a la ciudad de México. Ni los zapatistas ni la Convención emprendieron ninguna campaña militar efectiva -no se hizo ningún intento serio por cortar las líneas de abastecimiento de Obregón-, e incluso en materia de reforma agraria no se sentaron bases jurídicas firmes. "No hizo nada en suma, sino debatir y regatear" (p. 192).

La última esperanza de los convencionistas residía en la intervención norteamericana. Primero impulsaron y aceptaron la mediación pacificadora de Wilson, y luego, por medio de León Cánova y Felipe Angeles, los villistas y los zapatistas parecieron estar de acuerdo con la unión, bajo la égida de Washington, de sus ejércitos con los restos del huertismo, el felicismo, el partido católico y otros grupúsculos derrotados que fantaseaban en el exilio.

El plan nació abortado: la rapidez de los acontecimientos inclinó definitivamente la balanza por el bando carrancista, y parece ilógico que hombres de la honestidad y el radicalismo de Roque González Garza, Antonio Díaz Soto y Gama y Antonio I. Villarreal, hubieran estado dispuestos a llegar a un acuerdo aceptable con gentes como Manuel Mondragón, Aureliano Blanquet, Félix Díaz y Federico Gamboa.⁶⁷

Los enemigos del constitucionalismo no fueron derrotados súbitamente, sino que se fueron extinguiendo a lo largo de un prolongado periodo. Las derrotas continuas de los convencionistas hicieron que Wilson reconociera al gobierno de Carranza el 19 de octubre de 1915. "La aberrante Convención había llegado a su fin, aunque antes de

⁶⁶ Los datos sobre los efectivos que participaron en las batallas del Bajío están tomados siempre de los Ocho mil kilómetros en campaña, con todo lo que ello implica.

que se llegara a la pacificación habrían de perderse todavía miles de vidas". Las causas de la derrota fueron "la intransigencia de Zapata, la intemperancia de Villa y la obstinación de Carranza", y los costos humanos y materiales fueron inmensos (p. 196).

Otra gran pérdida para el país fue la del caudal moral e intelectual de los vencidos. Impresionados por el idealismo e inteligencia de muchos convencionistas, algunos investigadores⁸⁷ han propuesto que "el progreso ulterior de la Revolución mexicana y sus reformas sociales, fueron fruto de la actividad convencionista". No fue así: esos hombres capaces y conscientes no tuvieron influencia real en los acontecimientos posteriores, y esa es la tragedia.

Hombres del calibre intelectual y de la fibra moral de Roque González Garza, Miguel Díaz Lombardo, Raúl Madero, Francisco Escudero y muchos otros de su altura nunca abundan en ninguna sociedad y en las épocas críticas posteriores a 1915, cuando México estaba tratando de crear una nueva sociedad, mal podía prescindir de su pensamiento y de su ejemplo (p. 197).

Hemos visto que en este libro los protagonistas siguen siendo los caudillos y la explicación sigue sustentándose en sus capacidades y en la lealtad personal de sus subordinados. Los villistas aquí son los que siguen a Villa, un criminal más o menos hipócrita, buen organizador pero de ninguna manera tan buen general como se le ha supuesto. El rompimiento con Carranza no tuvo en el fondo más que el resentimiento y la ambición de Villa y sus principales colaboradores.

Puesto a gobernar, el villismo fue incapaz de construir un gobierno efectivo ni de darle la autoridad suficiente, y aunque muchos hombres capaces e inteligentes optaron por la bandera villista, la última palabra la tenía el inconstante y atrabiliario general en jefe. Si Villa fue una nulidad política y un militar que no conocía otra táctica que las cargas de caballería, la Convención también fue una nulidad en materia política y social, y un fracaso muy costoso como intento de gobierno.

⁸⁷ Y sin embargo de esto último, y sin otra fuente que los informes de Cánova, el autor dice que Felipe Angeles y los representantes de Villa y Zapata estaban de acuerdo con esta vasta operación.

HECTOR AGUILAR CAMIN

Héctor Aguilar Camín es uno de los más claros ejemplos de los historiadores impulsados por las urgencias del presente (y de que el rigor historiográfico no tiene que ser sinónimo de aridez narrativa).⁶⁶

El ex-director de Nexos llegó a la historiografía -"luego de la matanza de Tlatelolco"- buscando una receta para el presente en el estudio de la Revolución mexicana y en particular "de los olvidados revolucionarios del Norte que habían ganado la guerra civil y gobernado por quince años al país", preguntándose por "el secreto de esos hombres decisivos, su trayecto, su sino triunfal -y triste, como todos los otros".⁶⁶

El resultado fue un libro sorprendente, La Frontera nómada,⁷⁰ del que habría mucho que hablar si el objeto de éste libro no fueran los villistas sino los sonorenses. En 1913-14 ambas historias corren paralelas pero por cauces distintos, los villistas son una referencia, unos compañeros de ruta lejanos -separados por la sierra-, unos rivales potenciales. El encontronazo final y decisivo entre ambos grupos, en 1915, queda fuera del libro. Es decir, que no se habla mucho de los villistas, pero sí de los sonorenses que a fines de 1914 se aliarían con ellos: los seguidores de José María Maytorena.

Entre febrero y noviembre de 1913 los sonorenses limpiaron su estado de federales -salvo el puerto de Guaymas- mientras se enredaban entre ellos en interminables intrigas. De los rebeldes de Chihuahua no llegaban más que noticias aisladas y de vez en cuando alguna petición de ayuda material. Hasta noviembre de 1913 Sonora marchó a la vanguardia de la Revolución constitucionalista.⁷¹

En agosto de 1913 ya sonaba el nombre de Villa, toda vez que el general Obregón, que estaba lejos de ser el indiscutible caudillo que después sería, en uno de los momentos en que más se puso en duda su derecho al mando militar, exigió -para

⁶⁶ Véase Héctor Aguilar Camín, "Historia para hoy", en Carlos Pereyra, *et al.*, Historia ¿para qué?, México, Siglo XXI, 1988, pp. 145-168.

⁶⁹ La figura no es excesiva y pertenece al propio Héctor Aguilar Camín, La guerra de Calio, pp. 16-17.

⁷⁰ Héctor Aguilar Camín, La Frontera nómada. Sonora y la Revolución mexicana, México, Secretaría de Educación Pública-Siglo XXI, 1985, 450 p.

⁷¹ Las primeras iniciativas agrarias en Sonora salieron de la pluma del general Juan Cabral, quien sería, en los días de la Convención de Aguascalientes, el candidato de los villistas a la presidencia de la República (p. 374).

presionar a sus rivales, nunca con ganas de cruzar la sierra- que se le enviara a Chihuahua al frente de una compañía y se le permitiera incorporarse a Villa e iniciar otra vez su carrera militar. En septiembre se sabía que los rebeldes chihuahuenses controlaban todo el estado menos Chihuahua y Ciudad Juárez, aunque no tenían un ejército centralizado ni un mando capaz de concentrar los esfuerzos. Tomás Urbina había tomado Durango, pero ese golpe, importante en el orden moral, no lo era en el sentido estratégico ni acumulativo.

Fue entonces que Carranza llegó a Sonora, tomando partido dentro de las querellas locales por quienes le habían permitido afianzarse en la Primera Jefatura, los pesqueristas, enemigos de Maytorena. El coronel Plutarco Elias Calles pudo asegurarse entonces el mando en el norte del estado, y Adolfo del Huerta e Ignacio Bonillas recibieron carteras ministeriales. Con esos actos empezó la separación entre Carranza y Maytorena. Alvaro Obregón, hasta entonces aliado del gobernador, empezó a jugar con dos barajas, iniciando su tránsito al carrancismo. En ese orden de cosas, cuando Carranza tenía que estar bien con Obregón, fue que revocó -por la inconformidad del de Huatabampo y muchos de sus lugartenientes- el nombramiento de Felipe Angeles como secretario de Guerra.

En febrero de 1914, dejando tras de sí profundamente divididos a los revolucionarios del noroeste,⁷² Carranza se dirigió a Chihuahua con el objeto de vigilar de cerca al nuevo jefe nato de los revolucionarios norteños, Francisco Villa, que estaba saléndose del carril.⁷³ Para entonces los villistas ya dominaban todo el estado.

⁷² Por un lado estaban Obregón y los pesqueristas -Calles, De la Huerta, Alvarado-, con el apoyo del Primer Jefe; por el otro, los gobernadores de Sonora y Sinaloa -Maytorena y Felipe Riveros- y sus partidarios. Estos últimos serían aliados del villismo cuando se consumara la escisión revolucionaria.

Cuando Carranza se fue ya había ultimado con Obregón los detalles de la eliminación política de Maytorena, pero con Carranza del otro lado de la sierra y Obregón moviéndose de Sinaloa a Nayarit, la jugada no sería tan fácil. De todos modos quedó sembrada la gran fuente futura de conflictos: Plutarco Elias Calles, el enemigo número uno de Maytorena y aliado de Carranza y Obregón, quedó como comandante de las fuerzas fijas de Sonora, y nadie pudo moverlo de ahí hasta que Maytorena se fue a Los Angeles y Villa regresó -según sus palabras- a la sierra a comer carne charrascada.

⁷³ Las últimas razones que obligaron a Carranza a viajar a Chihuahua fueron las reclamaciones norteamericanas por la confiscación de las minas de Guanacevi y los asesinatos del británico William Benton y del norteamericano Gustavo Bauch. "Naturalmente, aquellas órdenes nacían del criterio o el capricho personales de Villa, sin relación alguna con los decretos y las disposiciones de Carranza. Pero las protestas llegaron, y enérgicamente formuladas" (p. 389).

Otro problema heredaba Carranza desde el año anterior. A su paso por Chihuahua había nombrado gobernador al general Manuel Chao, pero cuando los villistas tomaron la capital del estado, los generales triunfadores revocaron el nombramiento y le dieron el puesto a Villa. Para entonces Carranza ya había dejado bien claro que era él quien nombraría a las autoridades políticas de la Revolución y que también él dirigiría la política exterior; de manera que ordenó que se repusiera a Chao en el gobierno, pero como al mismo tiempo nombró a Villa jefe de la División del Norte,⁷⁴ creando una doble jerarquía en la que Villa era subordinado de Chao en materia política en tanto que como militar de la División del Norte, Chao era subordinado de Villa. Así que cuando Villa ordenó a Chao que participara en la campaña de La Laguna y el gobernador se negó, lo tomó preso y estuvo a punto de fusilarlo.

Después vino el incidente de Veracruz. Ya Villa reprochaba a Carranza su calculada descortesía con los representantes de Washington y Carranza había negado a Villa toda facultad para tratar los asuntos de política exterior; así que cuando el Centauro metió su cuchara, el Primer Jefe concluyó que

Villa intentaría siempre rebasar los perímetros de autoridad y disciplina en que él desearía meter al movimiento y a los ejércitos constitucionalistas. Debió horrorizarte la idea de que asaltara los mandos políticos un hombre que carecía del más elemental sentido del Estado, según lo entendía Carranza (p. 399).

Buscó entonces una alternativa militar a la División del Norte, y viéndola en el ejército de Obregón, se la confió. Bloqueó el avance de Villa al sur desviándolo a Sotillo mientras convencía a Pánfilo Natera de atacar Zacatecas.

Zacatecas era entonces "el corazón militar del país", y Natera no pudo tomarla. Carranza ordenó a Villa, que estaba en Torreón, que reforzara a los atacantes de Zacatecas.

Villa renunció entonces al mando de la División del Norte alegando que Carranza lo enviaba a combatir a las órdenes de Natera. El Primer Jefe sugirió a los jefes villistas que eligieran sucesor pero éstos se unieron retadoramente en torno a la figura de Villa. No veían ya en las órdenes de

⁷⁴ Es decir, ratificó el cargo que ya le habían dado a Villa sus generales y que se reafirmó en el campo de batalla.

la primera jefatura sino malevolencia, doble juego, autoritarismo, hambre de subordinados incondicionales, deseos de reducir el movimiento a la ejecución de los caprichos de una voluntad. Y con la misma, los jefes rebeldes y su Luzbel serrano, empezaron a movilizarse por su cuenta, con sus tropas, para tomar Zacatecas (p. 400).⁷⁵

En el momento en que estalló la escisión con los villistas, la situación en Sonora se agravaba hasta llegar muy cerca del punto en que callistas y maytoerenistas vendrían a las manos. Fue entonces cuando el gobernador, viendo que el apoyo de Carranza al futuro jefe máximo terminaría inclinando la balanza en contra suya, decidió apelar a la gran fuerza que se alzaba entonces frente al Primer Jefe: el villismo. Villa envió mensajes de apoyo a Maytorena por medio de Anacleto Girón, un maderista sonorense, firme partidario de Maytorena, que había llegado a Chihuahua huyendo de la persecución de Alvaro Obregón.⁷⁶ Eso, la indecisión del general Salvador Alvarado (al que Obregón, para deshacerse de él, había dejado sitiando Guaymas) y la hábil política de Maytorena, inclinaron la balanza local en favor del gobernador y sellaron la alianza de su grupo con el villismo.

Los villistas habían tomado Zacatecas el 24 de junio, pero tuvieron que retroceder hasta La Laguna porque Carranza cerró el paso de combustible y amenazó su línea de abastecimientos. Los villistas habían quebrado el espinazo de la resistencia federal y estaban a un paso de la ciudad de México, pero la falta de combustible y la amenaza militar de su retaguardia los dejó varados viendo cómo otros culminaban lo que ellos habían hecho. "El 8 de julio de 1914, los nuevos rivales firmaron en Torreón un pacto incumplible", y las municiones, el combustible y la bandera verde para que avanzara la División del Norte nunca llegaron. La rivalidad entre Villa y Carranza le permitió a Obregón entrar victorioso a la capital y cambiar su condición de "caciquillo local" discutido por la de un caudillo con la visión estratégica de una vasta geografía.

Para cuando Obregón firmó los Tratados de Teoloyucan, dejando definitivamente atrás las miserias y sinsabores de la política en pequeña escala, ya

⁷⁵ Es difícil encontrar tan claramente enunciados como en estos renglones, los motivos de los jefes villistas para insubordinarse en junio de 1914.

⁷⁶ Anacleto Girón murió en Chihuahua en el otoño de 1914. En su lecho de muerte recomendó encarecidamente al general Villa que no dejara salir vivo a Obregón de Chihuahua.

Maytorena había afirmado su poder y reducido a Calles a dos puntos fronterizos. En Sonora, la gran escisión revolucionaria no hizo sino ahondar las fracturas previas.

Pero justo aquí, cuando los sonorenses entran por la puerta grande al escenario nacional, cuando se preparan para forjarlo a su medida, cuando empieza a tomar cuerpo el grupo que gobernaría al país a partir de 1920, termina esta historia, dejándonos con el molesto sabor de boca de vemos privados del final del espectáculo.

Queda el epílogo, en el que se hace lo que no habíamos visto en el resto del libro: definir a grandes pinceladas, así fuera en función de los sonorenses, a sus nuevos enemigos. Al fallido intento conciliatorio de la Convención de Aguascalientes siguió una cruenta guerra civil y la alianza de los villistas y zapatistas "bajo los trazos dominantes del Plan de Ayala". Durante 1915 Obregón avanzó desde Veracruz hasta conquistar los puntos estratégicos del país, gracias en parte "a la inconsistencia política y militar de sus enemigos".

Ni villistas ni zapatistas concibieron sus luchas (y en esto fueron siempre ejércitos fundamentalmente campesinos) como un desafío por la hegemonía nacional. Para Villa el país terminaba donde empezara a peligrar su larguísima línea de abastecimientos conectada a la frontera; para Zapata, donde la organización popular de su ejército careciera ya del peculiar arraigo agrario y militar que lo caracterizaba (p. 411).

Los constitucionalistas se planteaban correctamente su situación histórica y no había otro grupo con la decisión de representar y construir un gobierno nacional. Los atisbos que hubo en ese sentido en la Convención fueron hechos a un lado por el espíritu autárquico "ajeno a los secretos de la legitimidad y la institucionalidad" de los jefes villistas y zapatistas. Los caudillos populares dejaron pasar el momento en el que hubieran podido triunfar, y Obregón pudo prepararse, avanzar y destruir a la División del Norte. Después de la batalla de Aguascalientes los villistas se retiraron desmoralizados hacia el norte perdiendo todo lo que habían ganado el año anterior. La derrota final, en Sonora, regresaría al villismo a su lugar y condición originales: Chihuahua y la guerrilla.

FRIEDRICH KATZ

El interés de Friedrich Katz por la historia de México ya era añejo cuando publicó en 1981 (en español en 1982) otro de los grandes libros sobre la Revolución aparecidos en los últimos treinta años, La guerra secreta en México,⁷⁷ en el que logra una síntesis de la historia social con la historia diplomática, analizando "la compleja interacción de las grandes potencias con México y entre sí" durante los años revolucionarios, lo que fuera de México equivale a decir, sobre todo, la Primera Guerra Mundial. La trama de las relaciones internacionales, los intereses económicos extranjeros en México en tiempos en que la expansión del capitalismo lo habían integrado al mercado mundial, los gobiernos y la política exterior de las potencias y la influencia de estas fuerzas externas en el desarrollo de la Revolución, son el objeto de éste libro. En palabras de Alvaro Matute, el profesor Katz vio "la dimensión mundial de la Revolución", y escribió un libro que es un hito en la historiografía de la Revolución mexicana.⁷⁸ A pesar de no ser una historia del villismo, el análisis de ese movimiento contenido en las páginas de éste libro es uno de los más claros y aportativos.⁷⁹

La Revolución que estalló en el norte del país tras el asesinato de Madero y Pino Suárez se caracterizó por su heterogeneidad -reflejo de la diversificación de la sociedad norteña- y su tendencia a la profesionalización -considerando que el pie veterano de los ejércitos revolucionarios surgió de las milicias estatales o "irregulares", tropas veteranas de la campaña de 1910-.

Esta rebelión norteña se dividió desde el principio en dos alas, una constitucionalista, nacida en Sonora y Coahuila, donde se dio un tránsito institucional, no exento de obstáculos, entre la legalidad maderista y la nueva Revolución. La otra ala fue la villista, surgida en Chihuahua, donde el asesinato del gobernador Abraham González y la rapidez de reacción del ejército federal impidieron la continuidad

⁷⁷ Friedrich Katz, La guerra secreta en México, México, Ediciones Era, 1982, 2 v.

⁷⁸ Alvaro Matute, "Los actores sociales de la Revolución...", p. 16.

⁷⁹ Friedrich Katz es reconocido como la máxima autoridad en lo que al villismo respecta. Ya en 1987 James D. Cockroft decía: "Especialmente y con mucho conocimiento sobre el villismo está Friedrich Katz". En Precursores intelectuales de la Revolución mexicana, México, Siglo XXI, 1991, 290 p., p. 198.

institucional, haciendo de la Revolución en el estado un levantamiento popular que fue radicalizándose.

La dirección de la revuelta chihuahuense fue asumida por Francisco Villa, un dirigente muy distinto de los de Coahuila y Sonora "tanto por sus antecedentes -había sido mediero en una hacienda y bandido- como por sus ideas sociales mucho más avanzadas" (I, p. 162). También los jefes locales que se unieron a Villa diferían notablemente de los terratenientes Carranza y Maytorena o de los racionales clasedemedios que dirigían los ejércitos revolucionarios en el noreste y el noroeste. En la primera etapa de la Revolución villista no hubo hacendados entre sus mandos, y los dirigentes campesinos tuvieron una representación mucho mayor que en el carrancismo.

Entre los jefes villistas estaban Calixto Contreras, Toribio Ortega y Porfirio Talamantes, quienes habían sido voceros de las reivindicaciones de sus pueblos (San Pedro Ocuila, Dgo., y Cuchillo Parado y Janos, Chih., respectivamente) desde antes de la Revolución y habían sido perseguidos por ello. También destacaban hombres como Fidel Avila, capataz de una hacienda; Tomás Urbina, antiguo bandolero que siguió siéndolo en la Revolución; y el temido ferrocarrilero Rodolfo Fierro.

Había menos intelectuales en el grupo villista que en el carrancista. En los primeros meses en que Villa ejerció el gobierno de Chihuahua se destacaron principalmente Silvestre Terrazas y Federico González Garza. El primero había sido un periodista de oposición en Chihuahua y era el vínculo del villismo con las clases medias del estado; dirigió el programa de confiscaciones e influyó mucho en el gobierno del estado. El segundo había sido un importante político maderista y fue uno de los más influyentes ideólogos del villismo.

Cuando el villismo se extendió territorialmente, su dirección se amplió y se transformó, incorporándose a ella hombres más conservadores, como Felipe Angeles, algunos prominentes maderistas y el gobernador de Sonora, José María Maytorena; pero cuando Villa asumió el gobierno de Chihuahua, en diciembre de 1913, esos hombres aun no estaban con él.

Las medidas efectuadas por el villismo en ese periodo fueron mucho más radicales que las de los revolucionarios de Coahuila y Sonora. Eso se debió en parte a que todos los hacendados del estado -una vez más, a diferencia de lo ocurrido en los vecinos- eran huertistas, y a que importantes sectores del pueblo aún simpatizaban con el movimiento de Pascual Orozco. Para romper el poder de los hacendados y ganarse a esas bases populares del orozquismo, los villistas tenían que realizar reformas radicales. Además, la situación en Chihuahua era peor que la de sus vecinos, pues la crisis de 1907 había tenido mayor incidencia y las operaciones militares en 1910-11 y 1912 habían sido mucho más violentas.

Villa empezó su gobierno expropiando sin indemnización las propiedades de la oligarquía local, poniéndolas bajo administración del estado. De los ingresos obtenidos de su explotación se financiaría la guerra revolucionaria y se pagarían las pensiones de las viudas y huérfanos de los soldados rebeldes. A la victoria del movimiento de esos bienes se seguirían pagando dichas pensiones, se darían tierras a los veteranos de la Revolución, se devolverían a los pueblos los terrenos usurpados durante el porfiriato y se pagarían al estado los atrasos fiscales de los hacendados.

No se contemplaba una reforma agraria más amplia porque, por un lado, las peculiaridades de las estepas del norte hacían más factible la gran propiedad ganadera que la agricultura de subsistencia que siguió en Morelos a la reforma zapatista; y por otro lado, una reforma agraria practicada de inmediato hubiera ligado a los campesinos a la tierra, haciendo difícil su interés en una larga guerra ofensiva, pero una reforma prometida para después del triunfo empujaba a los soldados al combate.

Había otras razones: Villa no concebía una reforma que no beneficiara a sus hombres, y los recursos de las haciendas eran necesarios para equipar a su ejército. El control militar de las fuentes de producción también garantizaba el abasto a las ciudades en un estado con un elevado porcentaje de población urbana.

Además de esas consideraciones pragmáticas, detrás del plan de reforma de Pancho Villa estaba la utopía de una nación de pequeños agricultores agrupados en colonias militares. Se transparentaban en esa idea el prestigio y la tradición de los colonos militares en Chihuahua, que durante más de un siglo habían sido la vanguardia

del norte mexicano en la lucha contra los apaches; además, los conflictos entre los campesinos libres y los hacendados no se remontaban siglos atrás, sino apenas unos veinticinco años: durante el siglo XIX había tierras y ganado suficiente para todos, y hacendados y colonos estaban unidos por lazos de dependencia en la guerra contra los apaches.

"Buena parte de la forma de pensar y de actuar de estos pioneros mexicanos [los colonos militares de las tierras de frontera] se reflejaba en la ideología de Villa", de ahí la idea de que los que merecían la tierra eran los que luchaban, de ahí su frecuente crueldad, de ahí su utopía de una democracia rural de pequeños propietarios prósperos e independientes, de ahí su distinción entre hacendados "buenos" -Maytorena y Madero, por ejemplo- y "malos" -los Creel y Terrazas- (p. 169)

Así pues, Villa no era un bandido, tenía una ideología bien definida a la que se mantuvo fiel. No basta para definirlo el término "revolucionario agrario", pues se preocupaba también por los obreros, los pobres y las clases medias urbanas. En conjunto, era una mezcla de revolucionario social -por sus objetivos- y caudillo decimonónico -por su estilo de gobierno, ejercido a través de su ejército y sus relaciones de fidelidad personal-.

Los recursos obtenidos de las tierras expropiadas le permitieron a Villa armar un ejército profesional que fue el causante principal de la derrota de Huerta. Los dos años de gobierno villista de Chihuahua fueron los únicos de la década revolucionaria en que el estado conoció la paz, y en 1914 el nivel de vida se elevó notablemente: los productos básicos estaban subsidiados, se acabó el desempleo -los brazos sobrantes se encuadraron en las filas- y aumentaron los salarios. Sin embargo, los gastos de guerra y el agotamiento de los recursos revirtieron esa situación en 1915.

Algunos jefes y administradores villistas se enriquecieron durante esos años -destacan Lázaro de la Garza y Félix Sommerfeld, que traicionaron a Villa, y Tomás Urbina e Hipólito Villa-. También había importantes sectores conservadores entre los villistas, como el rival de Carranza, José María Maytorena y, sobre todo, el general Felipe Angeles, aunque Villa se dejó influir poco por estos elementos.

La aplicación de estas reformas fueron distanciando a Villa de Carranza: mientras el Primer Jefe respetaba a los hacendados y buscaba devolverles sus bienes, Villa creó una administración militar de las tierras confiscadas. Una de las principales causas del estallido del conflicto entre ambos fue que a mediados de 1914 Carranza exigió a Villa que cediera los bienes confiscados -primer paso para devolverlos a sus antiguos dueños-, a lo que Villa se negó.

Las diferencias entre los grupos revolucionarios no salieron a la superficie sino hasta que fue evidente la derrota de Huerta. Zapata, que se había mantenido independiente y receloso respecto a la Revolución nortea, rompió violentamente con Carranza en agosto de 1914. Era de esperarse la ruptura entre el antiguo hacendado y el más radical de los jefes agraristas.

La escisión entre Villa y Carranza no es tan fácil de explicar. Según unos, había el mismo trasfondo que en la ruptura Zapata-Carranza; otros sostienen, por el contrario, que Villa representaba a la reacción, que no repartió tierras y que dio puestos importantes a conservadores como Angeles y Maytorena; una tercera escuela arguye que la causa de la escisión fue sólo la ambición y la lucha por el poder entre dos camarillas rivales. En el fondo hay una combinación de las tres interpretaciones.

Ya vimos que, en efecto, el villismo no llevó a cabo una reforma agraria masiva, pero importantes diferencias lo separaban del carrancismo en materia agraria. Llevando las cosas al extremo, mientras Villa confiscaba los bienes del enemigo y planeaba su reparto, Carranza se oponía a despojar a los latifundistas o permitía que sus oficiales se apoderaran a título personal de las haciendas.

Este hecho, que según Silvestre Terrazas y Roque González Garza fue definitivo, ha sido soslayado por los historiadores porque los mismos documentos villistas no hablan mucho de él, pues Villa dejó la definición ideológica de su movimiento a conservadores como Felipe Angeles, a quienes no permitió mayor ingerencia en materia política, y también temía provocar la hostilidad de Estados Unidos con declaraciones demasiado radicales. Pero es sintomático de lo que pasaba en los hechos el que casi todos los dirigentes agraristas del norte -no sólo de Chihuahua- estuvieran con Villa.

El ala conservadora del villismo -personificada por Maytorena y Angeles-, que no tenía diferencias substanciales con la política social de Carranza, usaba a Villa como instrumento en su lucha por el poder, con la intención de sacarlo de la jugada después del triunfo. Este grupo se diferenciaba del carrancista por su mayor simpatía por los Estados Unidos, de los que el villismo llegó a depender para surtirle de pertrechos de guerra.

Una última diferencia importante entre el villismo y el carrancismo es que éste tenía un proyecto político nacional, una voluntad unificadora y una vocación de gobierno, mientras los villistas y zapatistas no quisieron ni pudieron establecer un gobierno central fuerte y eficaz, permitiendo que los caciques y caudillos locales controlaran la situación en sus regiones.

Las diferencias en materia agraria y de política exterior fueron aumentando el recelo que Villa y Carranza se tenían, y el conflicto estalló cuando el Primer Jefe intentó frenar el avance del ejército villista y dividirlo, al ordenarle al Centauro permanecer en Torreón y reforzar el ataque a Zacatecas de otros grupos revolucionarios; estas medidas causaron la insubordinación de los villistas. Obligado por sus hombres, que no querían en ese momento una ruptura con el villismo, Carranza permitió las Conferencias de Torreón, que limaron las asperezas en el papel pero no en los hechos. Villa siguió desconfiando de Carranza por la ocupación unilateral de la capital de la república. La gota que derramó el vaso y se tradujo en el definitivo desconocimiento de Carranza fue la interrupción del tráfico ferroviario con territorio villista ocasionó.

No se rompieron las hostilidades porque los grupos en discordia tenían sus esperanzas puestas en la Convención de Aguascalientes como asamblea conciliadora. Desde el principio los delegados se presentaron divididos en cuatro bloques: los villistas, los zapatistas, los carrancistas y los independientes, que buscaban un compromiso real, a diferencia de los otros. Los voceros de este último grupo eran algunos generales constitucionalistas de clase media que se ubicaban políticamente entre el conservadurismo de Carranza y el radicalismo zapato-villista, y lograron la elección presidencial de uno de ellos: Eulalio Gutiérrez; pero ese grupo era demasiado débil y heterogéneo y estaba demasiado dividido para imponerse, y cuando Villa y

Carranza rompieron, culpándose mutuamente de no cumplir los acuerdos de la Convención, los independientes se plegaron a uno u otro partido -mayoritariamente al carrancista-.

Cuando inició la guerra, la mayoría de los observadores preveía el triunfo del grupo zapato-villista, que dominaba una porción mayor de territorio y tenía un ejército más poderoso, pero en pocos meses el general Alvaro Obregón, que demostró ser el jefe militar más capaz de la Revolución, derrotó a los villistas en las decisivas batallas del Bajío. El desmoralizado ejército villista se retiró al norte, y en el otoño de 1915 Villa intentó la jugada desesperada de apoderarse de Sonora, lo que le hubiera dado una incontrolable frontera para el contrabando de armas, el apoyo directo de sus lejanos aliados yaquis y la posibilidad de revitalizar sus fuentes de ingreso; pero Woodrow Wilson había reconocido al gobierno de Carranza y permitió que tropas de Obregón reforzaran la guarnición de Agua Prieta cruzando territorio americano. Batido otra vez, Villa regresó a Chihuahua a contemplar los últimos estertores de su otrora poderoso ejército.

Entonces, en lugar de saquear la tesorería del estado y aceptar el asilo político que le ofrecían los norteamericanos (como un Somoza o un Batista cualquiera), Villa se retiró a la sierra y continuó la lucha guerrillera durante cinco años.

El villismo fue derrotado por un grupo revolucionario con mayor visión histórica y política, que supo arrebatarle sus banderas sociales y que se planteó mejor una estrategia militar de envergadura nacional.⁸⁰

En las conclusiones se sintetizan las características principales del villismo: "En Chihuahua se dio una revolución populista en la que las clases bajas y medias del estado se unieron para combatir a las clases altas y expropiar las propiedades de estas últimas" (II, p. 275). Cuando se extendió este movimiento, se alió con grupos de otros lugares del país, que a veces tenían ideas políticas muy distintas, desde las de los campesinos radicales de Morelos hasta las de ciertos hacendados conservadores de

⁸⁰ Katz enfatiza el carácter conservador de Carranza en materia social, y dice que durante su gobierno se efectuó una amplia contrareforma agraria, lo que lo lleva a una conclusión discutible: "A diferencia de otras revoluciones sociales en las que los campesinos participaron, la estructura agraria de México permaneció fundamentalmente inalterada" (II, p. 275).

Coahuila y Sonora. Sin embargo, la mayoría de los dirigentes villistas se mantuvieron fieles a su objetivo de expropiar las grandes propiedades agrícolas”.

Aunque los movimientos agrarios fueron derrotados, su permanencia en la escena nacional y su impacto sobre el ala izquierda del constitucionalismo impidieron que Carranza se volviera un nuevo Porfirio Díaz.

Para terminar con la glosa de éste libro, revisemos cómo afectó al villismo la injerencia de las grandes potencias en los asuntos mexicanos. Carranza recibió desde el principio un apoyo considerable del gobierno norteamericano en su lucha contra los convencionistas, pero esa ayuda no fue decisiva. Lo decisivo no fue la influencia directa sino la indirecta: el hecho de que Villa pudiera vender allende el Bravo los productos de las haciendas confiscadas, le impidió realizar de inmediato la reforma agraria proyectada, lo que contribuyó a aislar a Villa de su base campesina. La dependencia económica y armamentística de la División del Norte respecto a los norteamericanos fue creciendo hasta impedirle hablar de reformas sociales que los norteamericanos consideraran nocivas para sus intereses. Eso, y la profesionalización del ejército villista resultante del acceso a las fábricas de armamentos norteamericanas, lo obligaron a posponer “para después del triunfo” las reformas agrarias y sociales que sus bases exigían, y eso condenó a Villa a la derrota, al hacerle perder el apoyo de los campesinos y “también significó el aplazamiento de la reforma agraria en la mayor parte de México por muchos años” (II, p. 282).

Hasta aquí La guerra secreta. Dejemos a Katz por un momento.

3.- LOS VILLISTAS

LA HISTORIA DE CHIHUAHUA⁸¹

El Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora inició hace algunos años la tarea institucional de acercarse a la historia regional mexicana, patrocinando la investigación y publicación de resúmenes históricos y antologías de textos de todos los estados de la federación. Dentro de ese ambicioso proyecto la historia de Chihuahua fue encomendada a dos historiadoras que ya habían hecho patente en diversos estudios su interés tanto por la historia de Chihuahua como por la de la Revolución: Graziella Altamirano y Guadalupe Villa.⁸²

Chihuahua. Una historia compartida se propone ser, antes que todo, un libro de divulgación histórica para los chihuahuenses en primer lugar. Descontando el papel de Chihuahua en las convulsiones políticas, hay dos constantes en la historia del estado durante los siglos XVIII y XIX: las políticas de colonización del extenso territorio, y la guerra casi permanente contra las tribus "bárbaras".⁸³

Cuando triunfó la rebelión de Tuxtepec se inició una época caracterizada "por un dinámico desarrollo del capitalismo" y por la apertura al capital extranjero. En Sonora, Chihuahua y Coahuila se concentró más del 20% de la inversión norteamericana. En Chihuahua estos inversionistas extranjeros se aliaron con la oligarquía local, encabezada por el binomio Creel-Terrazas, que en las dos últimas décadas deslindaron más de 38 millones de hectáreas en detrimento de los pueblos y los pequeños propietarios. En el estado se consolidaron diez y nueve latifundios de más de cien mil hectáreas, y doce más de cuarenta mil a cien mil hectáreas. Luis Terrazas

⁸¹ La historia de Chihuahua durante el siglo XIX y el porfiriato ha suscitado importantes estudios en los últimos años. Destacan los trabajos de Víctor Orozco, Carlos González, Marc Wasserman y Jane-Dale Lloyd, de los que se hablará en las consideraciones finales de esta tesis.

⁸² Graziella Altamirano y Guadalupe Villa, Chihuahua. Una historia compartida, 1824-1921, México, Gobierno del Estado de Chihuahua-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1988, 416 p; y Graziella Altamirano y Guadalupe Villa (compiladoras), Chihuahua. Textos de su historia, México, Gobierno del Estado de Chihuahua-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1988, 3 v.

⁸³ Para los chihuahuenses, los apaches y demás pueblos nómadas o seminómadas, nunca dejaron de ser grupos bárbaros a los que había que combatir sin dar ni pedir cuartel.

tenía más de dos millones y medio de hectáreas distribuidas en 50 haciendas; otros siete de los mayores latifundios pertenecían a otros miembros del clan, como Enrique C. Creel y Carlos Zuloaga. Las doce propiedades restantes de más de cien mil hectáreas pertenecían a consorcios estadounidenses. Súbditos británicos llegaron a acumular un millón de hectáreas. La hacienda ganadera era la unidad productiva básica. En la minería, que también conoció un auge importante, los inversionistas mexicanos y extranjeros se asociaban no pocas veces. Los capitales del clan Terrazas-Creel invertidos en minas de plata y minerales industriales no eran nada despreciables. Habría que agregar a estas propiedades el Banco Minero, autorizado para emitir moneda. Fue esencial el papel de los ferrocarriles en el rápido desarrollo del estado. Para 1910 las vías férreas de Chihuahua formaban una red comunicada con el ferrocarril central, que iba de México a Ciudad Juárez pasando por Torreón y Chihuahua. Eso sí, para las autoras, el pueblo sólo conoció de éste auge la explotación, los bajos salarios y "las brutales expropiaciones" de las tierras de los pueblos.

La crisis financiera de 1907 tuvo serias repercusiones en el norte de México, ya demasiado ligado al capital internacional. El descenso de los precios internacionales de los productos minerales y forestales produjo el cierre temporal de muchas empresas y un desempleo creciente en 1908 y 1909. Una sequía en 1907-1908 y una helada prematura en 1909 empeoraron aun más la situación en Chihuahua, donde cayó la producción agrícola entre un veinte y un cincuenta por ciento.

Esta situación agudizó el malestar del pueblo de Chihuahua y fue convirtiendo al estado en un polvorín. Las incursiones de los magonistas en Chihuahua en 1907 y 1908, el crecimiento del bandolerismo y los motines en algunos pueblos fueron el preludio del levantamiento maderista a fines de 1910, masivo y general como en ningún otro lado de la República.

Cuando Madero fue asesinado, muchos de los veteranos maderistas desconocieron al gobierno de Huerta. Los jefes de los cuerpos irregulares maderistas fueron los primeros en lanzarse al combate: Toribio Ortega, con el regimiento de voluntarios González Ortega, se sublevó en Cuchillo Parado y tomó Ojinaga; Manuel

Chao se levantó en Parral con el regimiento Hidalgo; Rosalío Hernández con los voluntarios de Camargo, en Estación Ceballos; Maclovio Herrera con el regimiento auxiliar Benito Juárez, en Casas Grandes; José E. Rodríguez, Martiniano Servín y Mateo Almanza en Ciudad Guerrero; y Tomás Urbina con el regimiento Morelos, en Rosario, Dgo. Días después, el 8 de marzo de 1913, Francisco Villa cruzó la frontera y se dirigió a la sierra con la intención de encabezar a los rebeldes de la zona.

Cuando los revolucionarios, bajo el mando en de Francisco Villa, ocuparon Chihuahua en diciembre de 1913, se instaló en el estado un gobierno revolucionario, que confiscó los bienes de los enemigos de la revolución prometiendo redistribuirlos después del triunfo, estableció un banco estatal y dictó varias medidas prácticas que tendían a resolver problemas inmediatos, buscando que continuara la actividad productiva y se recuperara la economía estatal. La actividad de Villa como gobernador terminó de granjearle el apoyo popular y la solidaridad de sus subordinados, que empezaron a verlo como su único jefe.

La victoriosa campaña de Villa en La Laguna alejó la guerra del estado de Chihuahua, que empezó a respirar una atmósfera de tranquilidad y recuperación económica. El gobierno empezó los trabajos de medición de tierras y planeación de la reforma agraria.

Mientras la guerra y la política discurrían lejos de Chihuahua, se planeaba una reforma agraria que procuraría respetar las unidades productivas reduciendo a pequeña propiedad las tierras incultas, devolviendo, eso sí, las tierras de los pueblos que hubiesen sido usurpadas por los hacendados. Parte medular del plan consistía en impulsar las obras de regadío, vitales en un territorio como el chihuahuense, y en instaurar un banco de fomento agrícola. El plan tendía a formar pequeños propietarios (era enemigo de la propiedad comunal) independientes y prósperos.

La situación del estado empezó a cambiar en 1915: los convencionistas fueron incapaces de resolver las demandas populares y, sobre todo, de establecer un gobierno nacional. Desde enero fueron perdiendo terreno frente a sus enemigos y no sólo en términos militares.

En febrero se estableció en Chihuahua el gobierno de facto de los territorios dominados por los villistas, tratando de alcanzar desde ahí un predominio político, pero los actos del gobierno fueron poco eficientes y no encontraron los necesarios canales institucionales.

Las derrotas villistas repercutieron en Chihuahua en forma de una creciente crisis financiera. La carestía y la escasez fueron agravándose, y a mediados de año hubo brotes de descontento que anunciaron el fin de los dos años de paz villista. El agotamiento de los recursos del estado, encaminados a mantener la carísima maquinaria guerrera del villismo, era patente desde la primavera y se fue agudizando. De hecho, esa fue una de las principales causas que impulsó a Villa a no esperar a Obregón en el norte, tratando de batirlo en Celaya.

Después de la derrota de Aguascalientes, en julio de 1915, empezaron el repliegue y la disolución del villismo. Sin embargo, la División del Norte se retiró paso a paso, tratando de evitar que los carrancistas entraran a Chihuahua, su fortaleza. Cuando Villa marchó a Sonora, en octubre, dejó investido con poderes extraordinarios al gobernador Fidel Avila, en un estado de Chihuahua aun seguro; pero cuando regresó derrotado, en diciembre, ya los carrancistas avanzaban desde Torreón y Agua Prieta, y los villistas desertores y amnistiados se contaban por millares. El 23 de diciembre las tropas carrancistas ocuparon la capital del estado. Villa ya había marchado a la sierra para preparar la lucha guerrillera que ensangrentaría a Chihuahua durante los siguientes años.

Lo que hay que destacar de éste libro es el auge económico de Chihuahua durante el porfiriato y cómo los villistas se apoyaron en esa estructura productiva, aún vigorosa a pesar de las crisis y batallas que se habían sucedido desde 1907, y para pagar la Revolución, la explotaron hasta el agotamiento.

El descontento popular que hizo de Chihuahua el estado más revolucionario de México tenía su origen en el despojo de las tierras de los pueblos durante el porfiriato; y el desempleo y la baja de salarios en las industrias maderera, minera y metalúrgica - que repercutió en todas las demás ramas de la producción- causados por la crisis internacional de 1907, complicada por las crisis agrarias de 1907-1909.

LA PERSONALIDAD DEL CAUDILLO

Enrique Krauze ya había incursionado en el género de la biografía con dos libros igualmente reconocidos cuando empezó a publicar las biografías de los caudillos revolucionarios, en una serie que aunque es más de divulgación que de investigación histórica, no deja de presentar interesantes novedades.

Con todo lo que tenga, no se puede negar que Francisco Villa. Entre el ángel y el fierro,⁸⁴ es una de las biografías del Centauro más sugerentes y la única escrita por un reconocido historiador profesional que, por muchos títulos, tiene un lugar al lado de los brillantes historiadores actuales de la Revolución. Desde el título del libro se anuncia que se retomará la idea de la personalidad dual de Villa, y por extensión, del villismo.⁸⁵

El norte central de México sufrió desde el siglo XVII los rigores de la guerra prolongada contra los "indios bárbaros".

Este escenario desalmado y feroz, "siempre volante" -como explican las crónicas- fue la escuela vital del hombre cuya epopeya encama una zona profunda del alma mexicana, su más oscuro y vengativo coraje, su más inocente aspiración de luz: Francisco Villa (p. 7).

Sin duda, antes de la Revolución Villa fue un bandido y sus andanzas parecerían las de un torvo bandolero de no haberse dado en la situación social en que se dieron. El fin de la guerra contra los apaches, la expansión de las haciendas y la regulación de la cría y comercio de ganado cerraron las grandes extensiones que los *rancheros* chihuahuenses consideraban comunes, con todo y sus ganaderías. Así cundió el abigeato en una zona donde los robavacas restituían por la fuerza de sus pistolas el derecho al goce común del ganado de las estepas. Pancho Villa era un abigeo al que se veía como un "Robin Hood mexicano"; un bandido justiciero.

⁸⁴ Enrique Krauze, Francisco Villa. Entre el ángel y el fierro, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, 119 p.

⁸⁵ Idea que nació con los primeros intelectuales que observaron de cerca al Centauro, entre temerosos y asombrados, sintiendo a la vez repugnancia y admiración (duales, pues, también ellos): Martín Luis Guzmán, Ramón Puente, Eneas L. Torres, Rafael F. Muñoz, Nellie Campobello. No en vano el animal mítico de Francisco Villa es el centauro.

En la Revolución maderista Villa encuentra la manera de redimirse y redimir a su pueblo, y ese movimiento revela su genio. La bondad de Madero, que le perdona todo - incluso el amago de asesinato en Ciudad Juárez-, lo marca para siempre. Cuando Madero es asesinado regresa a México "para vengar la muerte de su redentor. Toda su furia es justificada" (p. 20).

Villa era un hombre dual, a veces una fiera a la defensiva, de reacciones terribles, de brutales represiones contra sus enemigos; y al mismo tiempo de gran magnanimidad "con los pobres", candoroso, reconstructor, educador. Era capaz de los peores excesos y a la vez justiciero y grande. Y sus subordinados en conjunto eran lo mismo: había criminales de gran vileza y hombres generosos y nobles. "Pero la prueba biográfica decisiva con respecto a su dualidad está en los dos hombres más cercanos a Villa, prolongaciones equidistantes y extremas de su naturaleza: Rodolfo Fierro y Felipe Angeles" (p. 51).

"Fierro era una fiera sin más", y "este asesino fisiológicamente puro era una de las posibilidades de Villa, su instinto de muerte".

Pero había otra vertiente de Villa,

la que atraía a hombres puros, a la que atraían hombres puros. La lista es larga: Díaz Lombardo, Iglesias Calderón, Bonilla, Federico y Roque González Garza, Lagos Cházaro, Luis Aguirre Benavides, Raúl y Emilio Madero, Martín Luis Guzmán. Y tres doctores: Silva, Palacios, Puente (p. 53).⁶⁶

Los intelectuales que se acercaron al zapatismo eran anarquistas o místicos carrancianos, los carrancistas eran liberales puros o políticos pragmáticos. Los que llegaron al villismo fueron los "demócratas idealistas", menos pragmáticos que los carrancistas, antiguos maderistas casi todos, liberales ilustrados que más que por la reforma agraria o el problema obrero se preocupan por la educación -como Villa- y la democracia. De entre todos esos hombres entre los que Villa buscaba un nuevo Madero había uno que aunaba la pureza y la autoridad, "la contraparte de Rodolfo Fierro: Felipe Angeles". Villa admiraba y oía a Angeles, al que consideraba hombre

⁶⁶ El autor tendría que explicarnos su criterio para la manufactura de ésta lista.

pleno y cabal, y el distinguido artillero fue la otra posibilidad de Villa, "su tregua luminosa".

"Dualidad sugiere esquizofrenia. Sería inexacto atribuirla a Villa". No eran dos hombres sino uno buscando elevarse hacia una síntesis: la justicia.

Cuando este hombre tiene el poder renuncia "de antemano" a ejercerlo en un sentido político, admite "de antemano" supeditarse a los políticos. Y frente a Obregón, eso significaba renunciar al triunfo. Pero con todo, nunca cedió el poder real a los gobiernos surgidos de la Revolución, y las numerosas contradicciones al seno de la asamblea revolucionaria, no pudieron conciliarse y la Convención se escindió una y otra vez sin poder consolidarse nunca.

En la derrota militar de Villa influyeron dos factores ajenos: la inmovilidad de los zapatistas y la dispersión de fuerzas a que la multiplicidad de frentes obligaba al villismo. Villa repite en Celaya sus tácticas de caballería y Obregón lo derrota. El declive del villismo es vertiginoso después de Celaya y al general le duelen más las traiciones y deserciones que las derrotas: uno a uno mueren, traicionan o desertan sus bravos, "ángeles o fierros". En octubre de 1915 el gobierno norteamericano reconoció a Carranza, y a principios de 1916 el guerrero se convierte en guerrillero.

Vemos en las breves páginas de Krauze el más ambicioso intento de retrato psicológico del personaje, que algo debe tener de cierto -aunque sigue sin convencerme-, porque en verdad Villa atraía y era atraído lo mismo por criminales natos -a condición, eso sí, de que fueran magníficos guerreros- como Tomás Urbina, Rodolfo Fierro y Pablo Seáñez; que por idealistas generosos y, usemos el adjetivo de Krauze, puros, como Miguel Silva, Miguel Díaz Lombardo, Roque González Garza y, por supuesto, Felipe Angeles.⁶⁷

⁶⁷ Pero no nada más. Por eso los más interesantes de los villistas son los que nadie ha estudiado: los jefes campesinos, a la vez idealistas y atrabiliarios, reformadores y violentos, como Calixto Contreras, Tonbio Ortega, José E. Rodríguez, Agustín Estrada, Fidel Avila y tantos otros.

El mismo año en que se publicó el libro de Krauze apareció *Con Villa en México*,⁸⁸ de Aurelio de los Reyes, un volumen magníficamente ilustrado que enfatiza una faceta del personaje que hasta entonces sólo había sido mencionada al paso.⁸⁹

Desde fines de 1913 y hasta 1916 Villa fue un personaje cinematográfico. Su habilidad para la propaganda y la actuación de camarógrafos y periodistas cinematográficos norteamericanos a su lado (sobre todo de enero a abril de 1914) permiten reconstruir visualmente parte de la campaña villista a través de un riquísimo testimonio gráfico.⁹⁰

Villa atrajo la atención del periodismo norteamericano a fines de 1913, por la rapidez y efectividad con que había convertido una guerrilla en un ejército, y por sus capacidades militares. Al mismo tiempo fue visto por numerosos inversionistas norteamericanos como el hombre capaz de reestablecer el orden en México. Fue entonces que periodistas y camarógrafos pagados por distintos medios de comunicación, cruzaron la frontera y empezaron a trabajar en territorio villista. También por entonces Villa firmó un contrato cinematográfico de exclusividad con una compañía, en el que entre otras cosas, se comprometía a efectuar sus ataques a la luz del día.⁹¹

Mostrando una habilidad poco común para la publicidad, Villa aprovechó el cine para su propaganda. El carisma del caudillo duranguense y la espectacularidad de sus batallas permitieron que las cintas tomadas fueran un éxito en los Estados Unidos.⁹² La compañía con la que había firmado el contrato, la Mutual Film, contribuyó en la compra de uniformes para el ejército que partió de Chihuahua a Torreón, en marzo de 1914.

Los asesinatos del británico William Benton y los estadounidenses Gustavo Bauch y Clemente Vergara hicieron que decayera la popularidad de Villa entre el público norteamericano. En contrapartida creció la imagen de Carranza. Para

⁸⁸ Aurelio de los Reyes, *Con Villa en México. Testimonios de camarógrafos norteamericanos en la Revolución, 1911-1916*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1987, 411 p.

⁸⁹ Además de las fotografías, se incorporan interesantes relatos y crónicas de periodistas y camarógrafos norteamericanos.

⁹⁰ El libro también es un estudio de los inicios del periodismo cinematográfico en México y de las películas sobre Villa donde se mezclaban escenas tomadas en México con añadidos hechos en los sets holivudenses; pero nada de eso tiene que ver con nuestro trabajo.

⁹¹ Sin embargo, durante la batalla de Torreón muchos combates fueron nocturnos.

contrarrestar ese efecto, la Mutual Film y Villa firmaron un contrato para llevar a la pantalla la biografía dramatizada del jefe de la División del Norte. La vida del general Villa, una película de larga duración que se estrenó en Broadway el 9 de mayo de 1914, combinaba la leyenda de Villa con el romanticismo del western. Buena parte de la idea de Villa que se quería transmitir estaba basada en los reportajes de John Reed publicados en The World, y se incluían escenas filmadas durante la batalla de Torreón.

John Reed y la Mutual Film tenían el mismo propósito político: "reivindicar ante la sociedad norteamericana a Villa", pero los resultados fueron diferentes porque partieron de principios distintos. "Reed deseaba comprender, y lo logró, al villismo en cuanto movimiento de masas"; empezar su análisis por la base de la pirámide y de ahí elevarse a la cúspide. "Le preocupa averiguar, para dar a conocer, las razones por las que peones, vaqueros y jomaleros siguieron a Villa", y después de retratarlos a ellos se ocupa del caudillo, "pieza de la maquinaria tan importante como la tropa". De eso salió un retrato insuperable del villismo (p. 61).

En cambio la Mutual Film sólo fue capaz de difundir una mirada grata y complaciente del caudillo, no hay un intento por entender política o socialmente al movimiento. Mientras la Mutual Film hace una reivindicación moral del caudillo, John Reed, un hombre con "inquietudes sociales profundas", hace una reivindicación político-social del villismo.

Al principio de la batalla de Torreón periodistas y camarógrafos fueron bien tratados e incluso Villa parecía cumplir su promesa de sólo pelear de día, pero conforme arreciaron los combates empezaron los ataques nocturnos y se estableció una censura de prensa de la que se encargaba el mayor Santoscoy (Ernesto). Los terribles combates en torno a Torreón y los desmanes que siguieron a la toma de la ciudad contribuyeron a que terminara la idealización de la Revolución por los fotógrafos norteamericanos. Cuando los marines desembarcaron en Veracruz se desató un feroz sentimiento antinorteamericano entre los mexicanos, y los fotógrafos fueron encontrando cada vez más problemas hasta que tuvieron que regresar a los Estados

⁹² Una anécdota: Francisco Madero padre se enteró de que su hijo Raúl ya estaba luchando en el bando villista cuando vio la película filmada en Ojinaga.

Unidos. El estallido de la Guerra europea acabó con el interés por la Revolución mexicana, y fotógrafos y periodistas cruzaron el Atlántico.

El interés por Villa fue bajando, y para 1915 ya no era orgullo haber trabajado con él ni haber filmado su vida. Para 1916, después de Columbus, Villa era un torvo bandido. Un caso notable de una estrella cinematográfica bastante fugaz.

EL PAPEL DE FELIPE ANGELES

La figura del general Angeles siempre ha sido atractiva y polémica: ambicioso o idealista, maquiavélico o noble, capaz de suscitar pasiones de signos opuestos. Ni los revisionistas han escapado a la difícil caracterización del personaje, que para Womack era un oportunista y un logrero, para Katz la cabeza visible del ala conservadora del villismo, para Gilly el militar de profesión que decidió jugársela hasta las últimas consecuencias al lado del pueblo, para Krauze la extensión extrema de la faceta noble e idealista de Pancho Villa.

Así las cosas, no es extraño que algunos historiadores contemporáneos hayan dedicado trabajos importantes a la figura del famoso artillero. El primero de ellos fue Alvaro Matute, quien en 1982 publicó una compilación de documentos sobre Angeles,⁹³ cuyo prólogo merece ser leído.

Felipe Angeles fue el más notable de los militares de carrera incorporados a la Revolución, sobre todo porque su actitud para con Madero reveló al colaborador que sostiene con las armas las instituciones civiles, y no al militar hambriento de poder que acecha el momento propicio para dar el golpe. Para cuando se convirtió en el militar de confianza de Madero, Angeles tenía una excelente hoja de servicios y un formidable bagaje teórico sobre táctica militar y sobre el arma de artillería.

Fue el maderismo de Angeles lo que lo fue uniendo, en los difíciles meses de la estancia del artillero al lado de Carranza, con otro maderista destacado, Pancho Villa.

⁹³ Alvaro Matute (compilación y prólogo), Documentos relativos al general Angeles. El prólogo apareció después en una recopilación de los trabajos breves de Matute sobre la Revolución, La Revolución Mexicana. Actores, escenarios y acciones. Las citas pertenecen a esta edición.

La unificación de estos dos hombres bajo el signo de Madero fue el imán que atrajo hacia su bando a los viejos maderistas, que fueron formando un partido rival al de Carranza y los suyos.

"Francisco Villa nombró a Felipe Angeles lo que debía ser: comandante de la artillería de la División del Norte". La dirección de ese ejército se integró magníficamente y entre marzo y mayo de 1914 obtuvo una serie de triunfos sonados. Después Carranza quiso impedir el éxito de la División de Norte apartándola de Zacatecas, pero Villa desobedeció y sus tropas obtuvieron el más brillante de sus blasones. De ahí a la derrota definitiva del huertismo sólo había un paso.

Pero ya se habían escindido los vencedores aunque el Pacto de Torreón impidió la ruptura inmediata. Los maderistas, ahora villistas, representaban la alianza de las clases medias liberales con los campesinos armados. En la lucha posterior, Angeles siguió al lado de Villa hasta la derrota militar de su partido.

"Con Felipe Angeles sucumbía el militar de buena intención que dio a la Revolución Mexicana una dimensión militar sólida y trató de darle al ejército una dignidad que la corrupción había erradicado" (p. 126).

El libro de Matute, más que aportar elementos nuevos, al rescatar los principales documentos de y sobre Angeles volvió a poner en la palestra al distinguido militar. Pocos años después se publicó otra biografía del artillero, salida de la pluma de la historiadora francesa Odile Guilpain.⁹⁴

En el prólogo de Gilly a esta obra, "Felipe Angeles camina hacia la muerte", el autor de La Revolución interrumpida empieza con un sorprendente parangón: "esa alma gemela del general Angeles, el Che Guevara". Para Gilly, Angeles era de esos hombres cuya línea de conducta parece resumirse en el adagio "Haz lo que debes, pase lo que pase", ajenos a la intriga y la envidia por la conciencia de su superioridad moral e intelectual, con un fuerte sentido del honor.

⁹⁴ Odile Guilpain Peuliard, Felipe Angeles y los destinos de la Revolución mexicana, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, 241 p.

Incorporado a la Revolución por lealtad a Madero, Angeles no halló su puesto al lado de Carranza, donde vegetó en una situación más que incómoda hasta que se unió a la División del Norte a instancias de Villa y por deseo propio, en marzo de 1914.

Entonces se produce una de las más extraordinarias conjunciones militares y políticas de la Revolución: la capacidad de organización, de convocatoria campesina y popular y de iniciativa militar de Francisco Villa, y el oficio depurado de quien se revelaría como uno de los grandes jefes militares de la historia mexicana, el general Angeles (p. 13).

Es mérito y no desdoro del Centauro haberle dado su lugar a Angeles, que llevó a la Revolución las mejores tradiciones de la escuela militar porfiriana y cuya actuación fue importante en Torreón y decisiva en Zacatecas

Después de Torreón Angeles descubre que se ha roto la fibra moral del huertismo, y concerta con Villa la campaña final. Pero Carranza también notó eso, y no tiene ganas de que sean los villistas los que obtengan la victoria decisiva y trata de frenar su avance.

Para no arriesgar su supremacía política, el Primer Jefe hizo peligrar la victoria militar, pero Angeles -que había aprendido la lección de su subordinación a Huerta en los diez terribles días de febrero de 1913- fue el factor determinante para que los jefes de la División optaran por la insubordinación que llevaría a la División del Norte a darle el golpe mortal al huertismo en Zacatecas.

Angeles, con su pretensión de no extinguir a ese ejército federal que lo había formado y del que era "el producto más honesto y depurado", con su defensa de la Constitución de 1857, con su "idea del respeto a la ley como bien supremo de las naciones", era el heredero más directo del presidente Madero.

Ese hombre luego transitaría hacia un socialismo evolutivo que de ninguna manera entraría en contradicción con sus ideas liberales y demócratas, pero eso ya es historia posterior.

Para Odile Guilpain el mayor problema para acercarse a Angeles consiste en la contradicción flagrante de las interpretaciones, que lo han hecho presa de vituperios o

panegíricos en un grado que no alcanza ni siquiera a Carranza o Villa. Y a pesar de la superabundancia de menciones es muy poco lo que se conoce de cierto.

La primera parte del libro es una revisión de lo que se ha escrito sobre Angeles, mientras la segunda es una interpretación de su pensamiento y su razón revolucionaria. Revisaremos aquí ambas partes sólo en lo referente a la participación del militar hidalgense en las filas de la División del Norte.

Los pocos meses que Angeles estuvo al lado de Carranza fueron incómodos y desagradables, haciéndose evidente su incompatibilidad con el Primer Jefe. Reducido al papel de amanuense, Angeles pidió una y otra vez recibir mando de tropas e irse al frente de batalla, sin que se diera curso a su demanda hasta que logró que Pancho Villa pidiera su incorporación a la División del Norte, en marzo de 1914. Desde entonces unió su suerte a la de Villa.

De inmediato se inició una profunda relación entre el caudillo duranguense y el ex-director del Colegio Militar. El carácter y consecuencias de esa relación ha suscitado múltiples y encontrados comentarios, pero es claro que Villa recibió bien a Angeles por sus conocimientos militares y por que veía en él un "auténtico y sincero maderista".

Si el influjo de Angeles sobre Villa en el aspecto moral fue indudablemente benéfico, no se tiene el mismo acuerdo sobre los resultados de su influencia político-ideológica. Muchos ven en el rompimiento entre Villa y Carranza el resultado de las intrigas de Angeles, mientras otros argumentan que la moderación y el patriotismo del artillero evitaron la disolución de la División del Norte, o peor, que en vez de marchar a Zacatecas contra Medina Barrón, atacara a Carranza en Saltillo. Sin embargo, analizadas las causas de la ruptura, es evidente que ésta se hubiera dado con o sin Angeles.

Desde antes de que se reuniera la Convención, los voceros del carrancismo insistían en la identificación de Angeles con la reacción y en su maquiavético papel como sembrador de discordias en la Revolución. En la Convención Angeles fue -según Katz- el representante e ideólogo más importante del grupo conservador, y ya en la asamblea zapato-villista se fueron agudizando las contradicciones entre los dirigentes campesinos y el ala conservadora encabezada por Angeles y Maytorena.

Sin embargo, fue Angeles quien insistió en la pertinencia de invitar a los zapatistas a Aguascalientes, y uno de los primeros en adherirse al Plan de Ayala. Aunque sus malquerientes argumentan que lo hizo por ambición.

Es sabido que Angeles se opuso a la estrategia de Villa en diciembre de 1914, cuando el Centauro, dejándoles a los zapatistas la línea de Puebla-Veracruz, dividió su ejército en tres columnas. No obstante, Angeles obedeció, y al mando de una de esas columnas obtuvo las victorias de Ramos Arizpe y General Cepeda, ocupando Saltillo y Monterrey. Después intentó infructuosamente persuadir a Villa de que no atacara a Obregón en Celaya.

Fueron 15 meses los que Angeles pasó al lado de Villa, y en ese tiempo fue acusado de ser cómplice de un gran criminal, de ser el enviado de la reacción y hasta de traidor. Ejerció una influencia benéfica sobre Villa, y en compensación, su estancia al lado del Centauro resultó decisiva para su definición revolucionaria.

En la convivencia entre esos dos hombres tan disímiles por su origen y cultura y en la relación única que tejieron, fue mayor el ascendiente de Villa sobre Angeles que de éste hacia aquel; pese a lo que tantos han dicho. El trato con Villa "fortalece en Angeles la convicción de que la rebelión del pueblo se asienta en la reparación de 'la injusticia de los poderosos sobre los humildes'" (p. 133).

Al lado de Villa, Angeles se conecta con el pueblo, no sólo con sus violentas manifestaciones externas sino con un sentir más íntimo, y comprende "el amor a las masas" que es la guía de las acciones del Centauro. Ve en Villa la expresión del pueblo mexicano, de sus talentos escondidos, de su justificado rencor y de su alto e inquebrantable sentido de justicia.

En sentido contrario, Villa sentía por Angeles un respeto profundo, apreciaba su consejo y veía en él, en su discurso, a un segundo Madero. Pero la influencia política y militar de Angeles sobre Villa era, en la práctica, muy relativa, como lo demuestra el hecho de que cuantas veces estuvieron en desacuerdo en cuestiones importantes, se impuso el parecer del Centauro.

Esta clara comprensión de la naturaleza de la relación entre Francisco Villa y Felipe Angeles es lo más valioso del libro. Angeles era un militar apreciado y un

consejero respetado, pero no el director de la política villista ni la eminencia gris que dictaba las acciones del Centauro.

LOS VILLISTAS EN LA CONVENCION

Dice Felipe Avila en la introducción de su libro,⁹⁵ que la Convención ya había sido cuidadosamente estudiada por Vito Alessio Robles, Robert E. Quirk y Luis Fernando Amaya más de veinte años atrás; pero precisamente por esa distancia temporal se imponía un nuevo estudio, porque en esos años se "han hecho contribuciones decisivas a la comprensión global de la revolución". A pesar de eso, la mayoría de los historiadores actuales han repetido lo dicho anteriormente, adscribiéndose de preferencia al socorrido argumento "que establece la inviabilidad histórica de los movimientos campesinos para poder llevar a feliz término una revolución y construir positivamente un nuevo proyecto social" (p. 14)

Ante esas lagunas este libro se propone estudiar la posibilidad de alianza y unificación de las masas en el seno de la Convención y lo que de ello resultó. Para eso, pasa revista a los grupos que confluyeron en la Revolución para ver después su actuación dentro de ella. Veamos al villismo.

El poderoso movimiento popular que estalló en el norte en contra del huertismo adquirió pronto en Chihuahua un carácter más radical que el que tuvo en Sonora y Coahuila. En Chihuahua no hubo, como en sus vecinos, un sector de los hacendados aliado a la Revolución, ni una transición institucional del maderismo al constitucionalismo, por lo que los dirigentes populares asumieron desde luego la dirección del movimiento, y al unificarse bajo el mando de Francisco Villa, dieron vida a la División del Norte.

El grueso de los soldados villistas eran los descendientes de los colonos militares de la Nueva Vizcaya, campesinos independientes y con experiencia militar que

⁹⁵ Felipe Arturo Avila Espinosa, El pensamiento económico, político y social de la Convención de Aguascalientes, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de La Revolución Mexicana-Instituto Cultural de Aguascalientes, 1991, 234 p.

fueron despojados de sus tierras durante el porfiriato.⁹⁶ A ellos se agregaron otros sectores agrarios, como rancheros, vaqueros, jornaleros y peones; trabajadores urbanos, mineros y ferrocarrileros; y sectores de las clases medias de Chihuahua y algunos intelectuales maderistas.

El ejército villista pronto fue el mejor y más poderoso de la Revolución, y aunque en la práctica el aspecto militar ocupaba el primer plano, a diferencia del carrancismo "tuvo más el carácter de un movimiento popular contra las estructuras económicas y políticas de dominación vigentes". La dirección controlaba menos la iniciativa popular y se preocupaba más por resolver las demandas del pueblo y no atender solamente las preocupaciones militares.

Fueron intervenidas las haciendas y bienes de la oligarquía local, y administradas por una estancia central. Pero como no se repartieron las tierras entre los campesinos, surgió una nueva burguesía de las filas de los administradores, algunos agentes comerciales corruptos, la burocracia estatal y algunos de los hacendados constitucionalistas de Coahuila y Sonora que se pelearon con Carranza, como Mayorena y los Madero.

Otro sector importante dentro del villismo eran los intelectuales y ex-funcionarios maderistas, que se encargaron de elaborar la ideología villista y ocuparon importantes puestos político-administrativos.

La base y el grueso de la oficialidad villistas, surgieron de los sectores populares, cuya práctica revolucionaria se expresó en su poder militar y en la destrucción de la oligarquía. Los beneficios inmediatos para el pueblo fueron la mejor distribución del ingreso, la desaparición del desempleo y las mejoras asistenciales.

Se creó un estado villista en los extensos territorios del norte, que en la práctica oscilaba entre el carrancismo, al que lo acercaba su sector burgués, aunque aquel tenía un proyecto mucho más definido y estructurado; y la revolución agraria radical del zapatismo, aunque iba a la zaga de las reformas y proyectos surianos. Por eso, pese a su potencia militar, el villismo estaba condenado a oscilar entre ambos polos, o a desintegrarse, dependiendo del resultado de enfrentamiento entre los contrarios.

⁹⁶ Avila se adscribe a la caracterización que hace Friedrich Katz de estos hombres.

Cuando se tomó el control absoluto de Chihuahua se dieron las primeras manifestaciones de lo que sería el villismo, de las que las más importantes fueron la confiscación sin compensaciones de los bienes de la oligarquía local, que pasaron a ser administrados por el gobierno para ser repartidos después del triunfo, mientras, sus frutos servirían para financiar la guerra. Esta política de confiscaciones era el rasgo más sobresaliente del radicalismo villista y su mayor diferencia con el carrancismo.

La autonomía que había ido adquiriendo el villismo, enfrentada con los intentos centralizadores de Carranza, causó la escisión en las filas constitucionalistas. Esa ruptura permitió que adquiriera forma el programa villista. El proyecto y las demandas del villismo fueron apareciendo en diversos documentos desde mayo de 1914.

Los rasgos más marcados de esa definición fueron el reclamo de democracia formal y la necesidad de reformas sociales. En las Conferencias de Torreón lograron - en el papel- reducir el poder autoritario de Carranza, y convocar a una asamblea electa desde abajo por los revolucionarios que preparara el programa del nuevo gobierno. Los dos caballitos de batalla del villismo en el verano de 1914 fueron la democracia y la reforma agraria.

Simultáneamente estaba cristalizando el proyecto agrario del sector moderado del villismo a través de una serie de leyes en cuya redacción participó activamente el ing. Manuel Bonilla. El proyecto es deudor del pensamiento liberal y buscaba promover una agricultura capitalista y productiva basada en pequeños propietarios independientes, tratando de evitar el monopolio de la tierra y sobre todo, su ociosidad. No se proponía la destrucción del latifundio sino su limitación.

El Estado impulsaría el desarrollo capitalista no como propietario ni como interventor, sino como promotor de la entrega de recursos y el impulso de la iniciativa de los productores. Su papel sería construir obras de irrigación y comunicación, crear un banco de fomento agrícola, y fortalecer la agroindustria y las cámaras agrarias.

Se recomendaba la creación de colonias agrícolas sin que la propiedad de sus integrantes fuera comunal. Se preveía la reducción a propiedad individual de las tierras de comunidad, las tierras usurpadas a los pueblos y comunidades serían devueltas,

pero sólo para ser contempladas en la parcelación de los ejidos y tierras comunales. La expropiación por causa de utilidad pública debería afectar a las tierras ociosas.

Los villistas habían empezado a hablar de la necesidad de reunir una convención revolucionaria en julio de 1914, durante las Conferencias de Torreón. En la convención sugerida por los villistas estarían representados los ejércitos a razón de un delegado por cada mil hombres, y sus funciones serían elaborar el programa del gobierno revolucionario y convocar a elecciones para dar paso a un gobierno constitucional. Carranza rechazó de plano los acuerdos fundamentales a que se llegó en Torreón y convocó para el 10. de octubre de 1914 a una junta consultiva de generales y gobernadores a la que los villistas se negaron a asistir, porque el Primer Jefe era el gran elector de los delegados y la junta no garantizaba la solución del problema agrario. Esa negativa precipitó la ruptura definitiva entre la División del Norte y la primera jefatura y en esas condiciones se llegó al acuerdo entre los villistas y los "pacificadores" (un importante grupo de jefes constitucionalistas encabezado por Alvaro Obregón y Lucio Blanco) de realizar la Convención en Aguascalientes.

La Convención empezó a sesionar el 10 de octubre, con la asistencia de 155 generales y gobernadores o sus delegados, de los cuales sólo 37 eran villistas. "En los hechos no se había aceptado la fórmula villista de un delegado por cada mil hombres de tropa y la representación constitucionalista se encontraba en mayoría absoluta respecto a los norteños" (p. 103).

Por parte de los villistas asistieron en persona la mayoría de sus principales jefes, sólo faltaron Pancho Villa, que delegó su representación en Roque González Garza, y sus aliados Maytorena y Riveros. De los "pacificadores" también estuvieron Obregón, Hay, Buena, Cabral, Espinosa y otros, con la excepción de Lucio Blanco. Pero los gobernadores y generales cercanos a Carranza enviaron delegados, y Carranza nunca asistió por sí mismo ni por delegación; no estaban fuera, pero se mantenían distantes. Faltaban los zapatistas, a los que se invitara pronto gracias a la presión de Angeles y González Garza.

En medio de acalorados debates y del reacomodo de las facciones, la Convención se declaró soberana, se adhirió a los principios del Plan de Ayala y dictó la

separación de Carranza y Villa de sus cargos. La exclusión de los caudillos favorecía el difícil trabajo de acercamiento entre las facciones, pero la unidad alcanzada era frágil, los principales jefes carrancistas seguían sin reconocer bien a la Convención, y no había condiciones reales para la eliminación de los tres caudillos principales.

La elección del presidente provisional terminó de fracturar el intento de conciliación que era la Convención. Los constitucionalistas pensaban votar en bloque por Antonio I. Villarreal, pero el veto explícito de los zapatistas hizo naufragar las aspiraciones del neoleonés. Entonces surgió la candidatura de transacción de Eulalio Gutiérrez, por quien votaron todos los constitucionalistas; pero la base social y la capacidad de cohesión del antiguo minero potosino eran bien pocas, y aunque los obregonistas habían logrado imponer a uno de los suyos, el nuevo presidente tendría un margen de maniobra muy estrecho, con los villistas -que habían votado en bloque por Juan Cabral- y los zapatistas vigilándolo de cerca. Una vez más, el eslabón más débil eran los incondicionales de Carranza, que se alejaron aun más de la asamblea, y algunos empezaron a retirar a sus delegados.

Cuando Carranza conoció estos hechos salió de México y desconoció los acuerdos de Aguascalientes. Lo siguieron Francisco Coss, Cándido Aguilar, Jesús Carranza, Francisco Murguía, Cesáreo Castro, Jesús Agustín Castro y otros jefes. La cargada continuaría en los próximos días y terminaría incluyendo a los principales "pacificadores" con excepción de Lucio Blanco y Rafael Buelna.

La Convención como junta pacificadora y el gobierno de Eulalio Gutiérrez como gobierno de transacción habían fracasado. Lo que seguía era la guerra civil.

El constitucionalismo quedó sólidamente agrupado en torno a Carranza. Los convencionistas eran los más fuertes militarmente pero, salvo en la División del Norte, no existía verdadera unidad de mando, y las diferencias políticas e ideológicas entre los tres grupos principales que lo conformaban (y aun al interior de cada uno de ellos) eran demasiado grandes.

Al consumarse la ruptura, los convencionistas se trazaron un programa mínimo que incluía la destrucción del latifundio, el impulso de la pequeña propiedad agraria, la devolución de las tierras usurpadas a las comunidades, la confiscación de los bienes

de los enemigos de la Revolución, la libertad municipal, el sistema parlamentario y federal, y la necesidad de impulsar una legislación laboral. En resumen, se trataba del proyecto villista.

La prioridad del momento era la campaña militar, cuyo mayor peso caería sobre la División del Norte. El carrancismo se refugió en Veracruz, gracias a que el gobierno norteamericano tomó la decisión "importante pero no definitiva para el rumbo posterior de los acontecimientos" de desocupar el puerto, siguiendo su política de equilibrar a las facciones revolucionarias antes de optar por alguna de ellas.

En diciembre se selló la alianza entre villistas y zapatistas. En el encuentro entre los caudillos se definió la táctica militar inmediata y se acordaron otros puntos menores. Pero había que alcanzar una unidad orgánica entre la División del Norte, el ejército revolucionario más poderoso, que había destruido al pilar del antiguo régimen, el ejército federal, y había alterado sustancialmente la estructura económica en su zona de influencia, pero no tenía un proyecto social claro ni había atacado de frente el sistema basado en la propiedad privada; y el Ejército Libertador del Sur, que estaba lejos de la potencia militar de los norteros, pero en cambio era el grupo más avanzado en su práctica política y social.

Pero esa integración no se alcanzó, y el plan militar que preveía un ataque conjunto sobre Puebla-Veracruz se olvidó cuando Villa, sintiendo amenazada su base, movió sus tropas hacia el Bajío y Torreón. Los zapatistas atacaron Puebla solos, pero encontraron dificultades crecientes en su proyectado avance sobre Veracruz, no recibieron los pertrechos prometidos y por fin, por causas nunca satisfactoriamente explicadas, se regresaron a Morelos, donde permanecieron prácticamente inactivos en los cruciales meses siguientes. Así se diluyó la campaña proyectada en la dispersión de ambos ejércitos en sus viejas zonas de influencia y no se consumó la alianza militar, tan importante para avanzar en la unidad revolucionaria nacional.

Aunque en la raíz de esta dispersión estaban los intereses regionales de ambos ejércitos, el elemento que catalizó el distanciamiento entre norteros y surianos fue el sector menos integrado de la coalición convencionista, formado por Eulalio Gutiérrez y sus partidarios. El gobierno de Gutiérrez, que no se identificaba con las demandas

populares sino con las clases medias, carecía de fuerza real y de autoridad, y pronto entró en continuas pugnas con los jefes campesinos, los zapatistas sobre todo. Así, el gobierno de la Convención, que debía ser el instrumento que fortaleciera la alianza zapato-villista, fue en realidad un elemento desintegrador y un obstáculo. El rompimiento era inevitable y se dio a mediados de enero, cuando Gutiérrez y los suyos huyeron de la capital.

Durante la ocupación de la ciudad de México por los ejércitos campesinos se respetó en general la estructura de la propiedad, y aunque hubo actos de violencia revolucionaria estos no fueron masivos. La confusión entre las corrientes al interior de la Convención también cobró sus víctimas (Paulino Martínez, David Berlanga, Guillermo García Aragón), lo que aumentó las tensiones entre unos y otros. La ineficacia de la alianza campesina también se reveló en su incapacidad por hacer frente a los problemas de gobierno y abasto de la metrópoli: sus bien intencionadas medidas no evitaron la escasez, la carestía y el hambre. En fin, los convencionistas no fueron capaces de atraerse a los sectores populares de la capital ni a los obreros organizados.⁹⁷

Mientras, la Convención volvió a reunirse en enero de 1915. Ya sólo estaban representados los villistas, los zapatistas y sus aliados. Por razones obvias, los principales jefes militares estuvieron ausentes. La delegación zapatista estaba constituida por los principales asesores intelectuales de los caudillos surianos, por "los aculturados, los hombres de ideas", y no por los jefes campesinos de las fuerzas del sur.⁹⁸ Los villistas estuvieron representados por los ideólogos que no eran precisos en la campaña militar a los que se incorporaron un nuevo grupo de intelectuales, "representantes de la ideología villista más conservadora y vinculada con, el maderismo". Los directores del grupo eran Roque González Garza y Federico Cervantes.

⁹⁷ Felipe Avila volvió sobre este tema en un artículo posterior: "La ciudad de México ante la ocupación de las fuerzas villistas y zapatistas. Diciembre de 1914-junio de 1915", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Vol. XIV (México, 1991), pp. 107-128.

⁹⁸ Los más destacados de los convencionistas surianos eran Manuel Palafox, Antonio Díaz Soto y Gama, Otilio Montaño, Gildardo Magaña, Alfonso Cuarón, Rafael Pérez Taylor y Luis Méndez.

Las pugnas entre los dos grupos terminaron de revelar la fragilidad de la alianza. Las diferencias de composición social, concepciones ideológicas, programa, recursos y particularidades regionales entre villistas y zapatistas no pudieron ser salvadas, no por el determinismo histórico que señala la imposibilidad de los campesinos de tomar el poder, sino porque esas diferencias objetivas y el hecho de que el sector de la alianza representativo de la burguesía liberal controlara el aparato del estado que intentaban construir, pesaron demasiado para que pudiera consolidarse un proyecto de nación.

Así, en vez de un poder popular unificado, dueño de la mayor parte del país, aprestándose a combatir a la contrarrevolución, lo que ocurrió fue la coexistencia entre dos poderes, dos ejércitos, dos tácticas, dos aparatos políticos y estructuras administrativas separadas (pp. 154-5).

Los villistas, con su sede administrativa en Chihuahua, y los zapatistas con la suya en Tlaltizapán, actuando cada uno por su lado, coincidiendo a veces en tareas secundarias pero nunca "en las tareas centrales de la revolución".

Esta incapacidad objetiva de hacer cristalizar la unificación repercutió en la debilidad del convencionismo y a la postre en su derrota. La explicación de esa incapacidad tiene varias vertientes:

La profunda diferencia entre la práctica militar y política entre ambos grupos. Los zapatistas eran la corriente política más radical de la Revolución, y siempre priorizaron los problemas políticos y civiles -reparto inmediato de tierras, aumento del nivel de vida, etc.- sobre los militares. En cambio los villistas aunque habían minado fuertemente la estructura económica de dominación, no habían culminado el proceso en beneficio de los sectores populares, redistribuyendo los medios de producción y privilegiaban los problemas militares. Los zapatistas enfatizaban el igualitarismo y la autodefensa y organización populares; los villistas impulsaban el desarrollo de un Estado capitalista democrático basado en pequeños productores.

El elemento unificador era la necesidad de acabar con el constitucionalismo, tarea esencialmente militar que, por lo tanto, daba mayor peso al villismo dentro de la alianza. Así, Villa asumió la tarea e impuso sus condiciones en vez de buscar una táctica común con los zapatistas, por lo que Zapata se retiró del terreno militar para continuar con la puesta en marcha de su utopía morelense.

La Convención nunca pudo ser el puente entre unos y otros. Mientras el nuevo presidente, Roque González Garza, tuvo mayoría villista, intentó controlar la administración pública; pero cuando la División del Norte fue separada geográficamente de las sedes convencionistas por el ejército de Obregón, los zapatistas fueron apoderándose de un aparato que no influía ya sobre las decisiones tomadas en Chihuahua y en Tlaltizapán, y entraron en una pugna cada vez más virulenta con González Garza y los villistas, hasta obligar al presidente a renunciar a mediados de 1915.

A pesar de todo, la Convención siguió sesionando. Desde fines de enero parecía que su tarea principal era la redacción del programa de la Revolución, y se fueron varios meses en la discusión y aprobación de los artículos de lo que al final sería el Programa de Reformas Político-Sociales de La Revolución. En materia agraria se llegó al consenso de destruir el latifundismo y crear la pequeña propiedad, de restituir o dotar de tierras comunales a los pueblos que las exigieran, de crear instancias de fomento agrícola y de proscribir el monopolio. En materia política no fue tan fácil llegar al consenso, y al final la mayoría zapatista impuso el sistema de gobierno parlamentario. También las diferencias en materia obrera fueron grandes: mientras los surianos defendían el irrestricto derecho de asociación, huelga y boicot, hubo norteños que se opusieron al sindicalismo, que según ellos buscaba "destruir la sociedad actual en beneficio de la clase obrera", y buscaban restringir el derecho de huelga; una vez más se impusieron los zapatistas. La discusión del programa continuó hasta los últimos días de la Convención, y cuando se aprobó en su totalidad, la asamblea se disolvió, yéndose unos al norte y otros al sur.

Entre tanto, Villa era batido en Celaya, y los sucesivos desastres de la División del Norte marcaron también la derrota de la Revolución campesina. Lo decisivo en esa derrota fue, como ya se ha dicho, la incapacidad de unir orgánicamente a los dos ejércitos campesinos, subordinándose la División del Norte al Ejército Libertador del Sur en materia político-ideológica.

KATZ Y LOS VILLISTAS

Ya se dijo en páginas anteriores lo necesario sobre el interés con el que Katz viene estudiando al villismo desde hace ya muchos años. El libro resultante todavía no aparece, pero algunos adelantos han sido publicados en diversos trabajos breves, entre los que destacan los que a continuación se citan: "Pancho Villa, los movimientos campesinos y la reforma agraria en el norte de México" (1977);⁹⁹ "Pancho Villa y el ataque a Columbus, Nuevo México" (1978);¹⁰⁰ "Villa: el gobernador revolucionario de Chihuahua" (1979);¹⁰¹ "Volvámonos con Pancho Villa" (1986);¹⁰² "De la alianza a la dependencia. Formación y deformación de una alianza entre Villa y los Estados Unidos" (1988);¹⁰³ y "Pancho Villa y la Revolución mexicana" (1989).¹⁰⁴

Lo más importante de estos trabajos es que las ideas en ellos expuestas insisten en la versión del villismo que conocemos a través de La guerra secreta en México. Dice Katz: "Lo que enfatizaría en el nuevo libro es que Villa cambia según los periodos, y aquí hay diferencias profundas entre el Villa maderista, el Villa de los años 1913 a 1915 y el Villa guerrillero" ("Volvámonos con Pancho Villa", p. 37). El Villa de 1913-1915 (el que nos interesa) es básicamente el mismo de La guerra secreta.

En estos artículos se enfatizan las dificultades del estudio del villismo; el carácter del pie veterano del villismo, formado por los descendientes de los antiguos colonos militares de Chihuahua; el conservadurismo de los políticos maderistas incorporados al villismo; la concepción villista de la reforma agraria y las razones que impidieron un reparto agrario inmediato y una reforma profunda; y la insana y destructiva dependencia económica de la División del Norte con respecto a los norteamericanos, que neutralizó su política social y causó, a la postre, la derrota del villismo.

⁹⁹ En David A. Brading (Compilador), Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, pp. 86-105.

¹⁰⁰ En Friedrich Katz, Ensayos mexicanos, México, Alianza Editorial, 1994, pp. 257-302.

¹⁰¹ En Idem, pp. 327-352.

¹⁰² En México, año IX, vol. IX, No. 107 (México, noviembre de 1986), pp. (Entrevista por Adolfo Gilly y Héctor Aguilar Camín).

¹⁰³ En F. Katz, Ensayos mexicanos, pp. 303-326.

¹⁰⁴ En Revista Mexicana de Sociología, Año LI, Núm. 2 (México, abril-junio de 1989), pp. 87-113. (Entrevista por Manuel Plana).

Habrá que esperar el libro de Katz sobre el villismo, para ver de qué manera ahonda en la explicación de esas tesis. Libros como el que esperamos -después de haber leido ese gran texto que es La guerra secreta- suelen causar dos reacciones opuestas: o inhiben o estimulan el estudio y la discusión del tema. Esperamos que en este caso pase lo segundo.

CONSIDERACIONES FINALES

1.- Después de pasar revista a lo que se ha escrito sobre el villismo, llama la atención la pobreza de las fuentes de primera mano que han utilizado los historiadores, sobre todo para el periodo que empieza con la escisión entre villistas y constitucionalistas, esto es, justo cuando el villismo se presenta como un proyecto alternativo de gobierno, justo cuando más fuerza cobran sus propuestas.

Los archivos del Estado Mayor de la División del Norte, del gobierno villista y de la Comisión Agraria de Chihuahua desaparecieron. Los acervos de que se ha echado mano son los de los constitucionalistas, en donde existe documentación sobre la primera etapa del villismo (hasta el rompimiento con Carranza), y la versión de sus enemigos; el fondo de la Convención, en el Archivo General de la Nación; y los archivos personales de Roque González Garza y Vito Alessio Robles.

Hay colecciones incompletas del órgano oficial de la Convención, del Diario Oficial de Chihuahua y del vocero del villismo, Vida Nueva, también editado en Chihuahua. Los documentos sobre la actuación del gobierno villista, las leyes y decretos de ese gobierno, y la participación de los villistas en la Convención pueden seguirse a través de estos medios. Por supuesto, son periódicos partidarios y extremadamente parciales, lo mismo que los carrancistas, como El Pueblo, de Veracruz. Durante 1913 y 1914 la prensa metropolitana no veía en los villistas más que un atajo de bandidos de la peor ralea. A estas dificultades hay que agregar los problemas de la censura, durísima sobre los periódicos que se publicaban en la zona dominada por el gobierno de Huerta, y también importante en las áreas villista y carrancista.

Entre diciembre de 1913 y abril de 1914 periodistas y camarógrafos norteamericanos pulularon alrededor de la División del Norte y publicaron crónicas y relatos en diversos medios de comunicación del país vecino. Pero al decir de algunos historiadores que han tenido acceso a esos materiales (como Aurelio de los Reyes o James D. Cockroft), lo que esos periodistas destacaban casi siempre era lo folclórico, lo salvaje, lo pintoresco (la gran excepción la constituyen las crónicas de John Reed). La

vida para este enjambre de periodistas se hizo difícil a partir de la batalla de Torreón y, sobre todo, del sentimiento antiamericano despertado por la ocupación de Veracruz por los infantes de marina; así que para el verano de 1914 todos habían liado sus bártulos y se habían ido. El estallido de la Gran Guerra hizo a un lado a la Revolución mexicana como noticia de primera plana, y en 1915 puede decirse, prácticamente, que no hay corresponsales de guerra -ni de otro tipo- al lado de los villistas. Desde abril de 1914, y sobre todo en 1915, las noticias sobre el villismo en los medios norteamericanos parecen ser cada vez más sesgadas, más de segunda mano, más hostiles.

Tampoco se hizo a tiempo el rescate sistemático de la riquísima tradición oral villista. Aunque en el Archivo Sonoro INAH-Instituto Mora se conservan entrevistas grabadas con veteranos villistas, hasta hoy sólo Graziella Altamirano las ha utilizado.¹ Carlos González, Víctor Orozco y Jane-Dale Lloyd recurrieron a la historia oral de Chihuahua en algún momento, pero sus libros no versan sobre la Revolución, sino sobre el porfiriato y el siglo XIX. En fin, las fuentes más ricas en ese sentido están en los libros de Alberto Calzadiaz, pero además de los otros problemas de la historia de Calzadiaz, la mayoría de sus informantes eran oriundos del distrito Guerrero: casi no hay relatos de veteranos villistas procedentes de otras regiones.

Están los informes de los representantes oficiales u oficiosos del gobierno norteamericano, George C. Carothers, León J. Cánova, Hugh L. Scott y otros; pero es bien sabido que los Estados Unidos no tiene amigos, sino intereses. Estos materiales fueron bien aprovechados por Friedrich Katz. Los archivos de empresas norteamericanas con fuertes intereses en México y las reclamaciones contra Villa que presentaban a su gobierno propietarios norteamericanos han sido exploradas últimamente por John M. Hart.

Durante más de un capítulo hablé de las memorias de revolucionarios y sus problemas. Para el caso del villismo es difícil considerarlas fuentes de primera mano, aunque casi todas las historias posteriores se basan en ellas.

En síntesis, salvo los escasos informes de los memorialistas, prácticamente no hay nada sobre la estructura militar de la División del Norte después de junio de 1914;

sobre los actos -no los decretos- del gobierno villista; sobre la actuación revolucionaria de los caudillos campesinos integrados al villismo.

2.- Considerando que la Revolución fue durante muchos años la justificación histórica y retórica -más lo segundo que lo primero- del Estado mexicano, es natural que la idea de dicha gesta haya ido madurando -más que cambiando- a lo largo de los años, conforme el Estado que se reclamaba emanado de ella maduraba también, y cambiaba la situación política.

A lo largo de la tesis vimos cómo fue cambiando la idea del villismo al ritmo de la evolución del Estado mexicano (sin afirmar nunca que esos cambios y el desarrollo de la historiografía sean un mero reflejo superestructural del proceso histórico mexicano). Pero también hemos visto la competencia entre dos interpretaciones opuestas que, aunque más matizadas, más críticas, han llegado hasta nuestros días: la visión que opone al "feroz cabecilla" con el "buen salvaje" o el "bandido generoso"; la que ve en el villismo un instrumento de la reacción o cuando mucho el huracán desencadenado, con la que lo presenta como un movimiento revolucionario de indudable vocación popular y agraria; la que hace de los villistas un grupo de hombres sin principios, o sin otro objetivo que el libertinaje y el saqueo, con la que nos muestra a un movimiento que revoluciona las estructuras del norte del país en beneficio del pueblo.

Estas diferentes percepciones del villismo se extienden a muchas otras cosas. para Francisco Bulnes, Berta Ulloa, Jean Meyer o Francois Xavier Guerra, que comulgan de alguna u otra manera con la imagen "negativa" del villismo, los soldados de la División del Norte eran los "vagabundos desarraigados del norte"; pero para los que se adhieren -quien más, quien menos- a la imagen "positiva" del villismo, sus hombres son otra cosa: para Gilly, son peones y campesinos explotados que luchan por la emancipación de su clase; para Katz y los que siguen su versión -que ya son legión- son fundamentalmente los descendientes de los antiguos colonos militares de Chihuahua, que fueron a la Revolución exigiendo el respeto de sus tierras y sus libertades.

¹ Graziella Altamirano Cozzi, Los años de la Revolución en Durango 1910-1920, México,

Es decir, que a la división formal de este trabajo, que responde a los tres grandes grupos generacionales de historiadores de la Revolución, podríamos añadir otro corte -que de alguna manera existe, desde que oponemos a Nellie Campobello y Celia Herrera, a Juan B. Vargas y Juan Barragán, a Vito Alessio Robles y Luis Fernando Amaya-, que divida a los que se adscriben a una u otra de las interpretaciones.

Podría hacerse, pero no se hizo porque las cosas son mucho más complejas que eso, y al final, ¿cómo agrupar de manera coherente por un lado a John Reed, Nellie Campobello, Juan B. Vargas, Federico Cervantes, Vito Alessio Robles, Adolfo Gilly y Friedrich Katz, y por el otro a Alvaro Obregón, Juan Barragán, Manuel González Ramírez, Miguel Ángel Sánchez Lamago, Charles C. Cumberland, Jean Meyer y Francois Xavier Guerra?

3.- Una vez que se instaló firmemente la idea de la Revolución que fue paradigmática hasta 1968, lo que discutían los historiadores era qué tanto habían contribuido u obstaculizado los villistas al desarrollo de ese magno acontecimiento, esto es, su grado de heroicidad y la parte que les correspondía como fundadores del México nuevo. Salvo raras excepciones -que vimos en su momento-, tanto apologistas como detractores del Centauro compartían en esencia la misma idea de Revolución.

Durante esos años se reconstruyó aceptablemente la trayectoria -no la historia- política y militar del villismo: cómo se formó; cómo, cuándo y dónde derrotó a sus enemigos o fue batido por ellos; qué zonas dominó y quiénes gobernaron en ellas; que leyes emitieron, qué tipo de reformas prometieron implantar, cuáles fueron sus principales declaraciones de gobierno; quiénes fueron formando las direcciones política y militar del movimiento. También se recogió la leyenda del centauro en decenas de apologías y algunas -muy contadas- buenas biografías.

Pero de la base social del villismo, de los soldados y oficiales de la División del Norte, fuera de los contrapuestos clichés que se referían ya a los "vagabundos

desarraigados", ya a los "peones explotados", no había nada. Con mucha suerte podíamos saber los nombres de los pueblos y regiones de que procedían los soldados.

De la estructura militar del villismo sólo teníamos los nombres de las brigadas y sus jefes y en qué hechos de armas participaron -y todo eso sólo hasta junio de 1914-; y del proyecto político conocíamos nada más las leyes y decretos que habían sido publicados en los órganos oficiales del villismo y de la Convención.

Sin embargo, hay que rescatar algunos libros esenciales escritos en esa etapa: la estructuración de la leyenda del Centauro corrió a cargo de la insuperable pluma de Martín Luis Guzmán. Federico Cervantes, Francisco Almada y Marte R. Gómez se preocuparon por averiguar qué había hecho el villismo como gobierno. John Reed y Juan B. Vargas escribieron crónicas muy cercanas al sentir de los hombres de la División del Norte. Vito Alessio Robles rescató lo más cercano a una versión villista de la Convención. Y Alberto Calzadiaz recopiló materiales abundantes y riquísimos que son una fuente inapreciable para cualquier historia futura del periodo. Por otro lado, historiadores como Jesús Silva Herzog y José C. Valadés escribieron logradas síntesis de la idea de Revolución vigente en esas décadas.

Para los problemas que nos interesan, las propuestas más importantes datan de los inicios del revisionismo; pero no hay en los últimos treinta años trabajos monográficos extensos o ambiciosos sobre el villismo. Hay artículos y trabajos menores, y sobre todo, como hemos visto, capítulos y referencias en historias generales de la Revolución y en historias de otros actores.

De todos modos, Adolfo Gilly ha resaltado el carácter de clase del villismo, Alan Knight ha dicho cosas novedosas sobre las rebeliones serranas, Friedrich Katz nos ha mostrado el origen del pie veterano del villismo en las antiguas colonias militares de Chihuahua y la alianza de estos hombres con otros sectores agrarios y urbanos.

Casi todos han coincidido en recalcar la inconsistencia ideológica y programática causante -determinante, según algunos- de la derrota villista, y no hay que dejar de mencionar en ese terreno a Arnaldo Córdova y Adolfo Gilly. También se ha contrastado esa carencia con la claudia del proyecto de sus enemigos, señalada también por casi todos, en especial por Héctor Aguilar Camín y Charles C. Cumberland.

El papel de Felipe Angeles, tan confuso en la historiografía anterior, fue satisfactoriamente aclarado y puesto en su justa medida por Odile Guilpain, Adolfo Gilly y Alvaro Matute -quien resucitó el interés por el polémico artillero-. Por su parte, Enrique Krauze sintetizó y expuso nítida y coherentemente la versión más extendida de la personalidad del Centauro.

La Convención ha merecido capítulos aparte en casi todas las obras importantes del periodo, y una monografía -la de Felipe Avila- que modifica anteriores versiones a la luz de las nuevas interpretaciones. Aunque no definitiva, la historia de esa asamblea se ha enriquecido notablemente; y el énfasis que Avila pone en el papel que los villistas jugaron en ella es novedoso e inteligente.

La relación del villismo con el gobierno norteamericano ha sido estudiada y puesta de relieve por John M. Hart y sobre todo por Friedrich Katz, haciendo de este aspecto uno de los mejor estudiados.

El programa y la legislación agraria del villismo han llamado la atención de Arnaldo Córdova, Alan Knight, Felipe Avila, Adolfo Gilly, Friedrich Katz y muchos otros. En este terreno las aportaciones han sido menos novedosas, ratificando en buena medida lo que ya habían dicho Marte R. Gómez y Federico Cervantes. Lo nuevo es la identificación de ese programa agrario con las necesidades y tradiciones del norte, y una vez más hay que señalar las contribuciones de Friedrich Katz -y también de Alan Knight-.

4.- Esta revisión me permitió detectar varias lagunas notables en el conocimiento del villismo, de las que quisiera resaltar las siguientes:

Desconocemos la relación orgánica entre las diferentes corporaciones militares de la División del Norte y determinadas regiones. Sabemos que existía. En el periodo 1913-14 podemos identificar ciertas brigadas con sus respectivas regiones, pero no hay nada más que esa filiación general-brigada-región. No se ha estudiado el carácter de algunos generales villistas como caudillos regionales, ni la diversidad de la participación regional en la División del Norte.

Para la segunda etapa (septiembre de 1914 a diciembre de 1915) no tenemos ni eso: los datos se vuelven contradictorios y caóticos. Y ni sombras de una historia de las formas y condiciones de incorporación a la División del Norte de los villistas originarios de cualquier lugar al sur de La Laguna.

Con la estructura militar de la División del Norte pasa lo mismo: hasta junio de 1914 podemos -no sin trabajos- reconstruir una relación de generales, brigadas y número de efectivos (aproximado) de la División, y arriesgar algunas notas sobre su organización, disciplina, moral de combate y regiones de las que procedían el grueso de las tropas; pero pasada la batalla de Zacatecas cada vez se va haciendo más difícil, hasta volverse punto menos que imposible, cualquier intento de aproximación a la estructura, número de efectivos, guarniciones, y cualquier cosa específica sobre la División del Norte como máquina de guerra.

A los numerosos grupos locales que de grado o por fuerza van incorporándose al villismo hay que agregar la formación de corporaciones profesionales, puestas a las órdenes de oficiales en cuya lealtad Villa podía confiar, el desdoblamiento (y a veces multiplicación) de las brigadas originales, la participación de aliados nunca incorporados verdaderamente al villismo, y otra porción de elementos similares.

Es casi siempre indescifrable la relación entre el núcleo villista y su dilatada periferia: ¿cuáles eran los lazos de unión y cuál el nivel real de integración al villismo de los clanes serranos de los Cedillo y los Carrera Torres, de los guanajuatenses de Alfredo Serratos, de los jaliscienses de Julián C. Medina (los hombres de Los de abajo, de Mariano Azuela), de los yaquis "villistas" o "maytorenistas", del grupo de José María Maytorena, de los nayanitas de Rafael Buena, de los sinaloenses de Juan Banderas y Felipe Riveros, de los zacatecanos de Pánfilo Natera, de los michoacanos de Miguel Silva?

Conocemos bien el agrarismo de los legisladores villistas, pero los datos sobre la práctica agraria villista son pocos y aislados, sobre todo de la de esos jefes que sin dejar de ser villistas actuaban por la libre -hasta donde los escasos datos lo permiten entrever-, lo que explica el villismo de caudillos de tan indudable vocación agraria como Juan Banderas, Calixto Contreras, Celerino Ceniceros, Orestes Pereyra, Toribio

Ortega, Porfirio Talamantes, Matías Pazuengo, Saturnino Cedillo y Alberto Carrera Torres.

En Gilly y Hart, y un poco menos en Katz y Knight hay datos y notas sobre tomas de tierras y destrucción de haciendas en territorio villista, toleradas por el cuartel general. También se insiste en que Contreras y Ceniceros lograron la restitución de las tierras de Ocuila y Cuencamé, y a veces se sugiere que pueblos como Janos, Casas Grandes, Cuchillo Parado y San Andrés lograron lo mismo. En otros estudios (Martínez Assad) se sugiere que Cedillo había implementado la política de colonias agrícolas desde 1914.

Pero salvo lo que hizo y dispuso el gobierno villista (vimos la labor de Manuel Bonilla, Miguel Díaz Lombardo y Silvestre Terrazas), no hay nada claro ni sistemático sobre el agrarismo en las filas villistas; mucho menos sobre la práctica en las regiones dominadas por caudillos campesinos.

Casi queda claro que el villismo era una amplia coalición que incluía a personalidades y grupos con propósitos distintos (y a veces opuestos), provenientes de regiones muy diversas; pero no hay un estudio de esa liga.

Gracias a Katz conocemos bien el núcleo original villista, y sabemos -como ya se ha dicho- de qué regiones provenían otros grupos. Conocemos la filiación maderista de sector intelectual del villismo; y sabemos de la participación de mineros, ferroviarios, trabajadores urbanos y de las clases medias de Chihuahua -por no hablar de "los vagabundos desarraigados del norte". Pero sólo eso.

Quizá la más grave de esas omisiones sea la referente a los laguneros, tan importantes en la División del Norte, quizá tan numerosos -o más- desde el principio como los chihuahuenses; pero fuera de que formaban las brigadas Zaragoza, Robles, Madero y Pereyra, no tenemos ninguna noticia cierta sobre sus demandas, las razones de su arribo a la Revolución, su organización, sus tradiciones y necesidades.

Falta estudiar el papel del gobierno de Eulalio Gutiérrez como quinta columna al interior de los ejércitos convencionistas, la importancia del sabotaje que realizaron sus funcionarios y su responsabilidad real en el naufragio de la alianza zapato-villista.

En fin, falta sobre todo la historia del ala popular del villismo, de los rebeldes serranos y los caudillos campesinos, que no sobrevivieron ni dejaron rastro escrito de sus actos. Falta saber quiénes eran esos hombres, qué los llevó a la Revolución, qué querían de ella. Falta explicar su lealtad al villismo -fueron los primeros en unirse a Villa y los últimos en abandonarlo-, su vocación popular y agraria, su derrota.

5.- Escribir la historia del villismo popular y agrario resolvería no sólo la última pregunta: la vinculación de ciertas regiones específicas con determinadas brigadas de la División del Norte, el cemento que unía al núcleo serrano con los rebeldes agrarios de Durango y La Laguna o San Luis Potosí y Guanajuato (y que no eran nada más el arrastre popular de la figura del Centauro, y la libertad de acción que dejaba a los revolucionarios de cada región), y, claro, la práctica agrarista de jefes como Calixto Contreras, Toribio Ortega y Orestes Pereyra, podrían esclarecerse con esa historia.

Para hacerla, habría que partir de la identificación de cada uno de esos grupos, de las diferentes tradiciones y necesidades que, en cada región, los empujaron a tomar (o retomar) las armas en 1910. Para hacerla hay que estar en el norte, visitar las estepas y serranías villistas, los pueblos mineros y ganaderos, las antiguas colonias militares; hay que conocer lo que están haciendo en materia de historia regional los historiadores nortefíos (el caso de los adscritos a la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez es ejemplar, pero no único), hay que hablar con la gente, con los viejos campesinos de Durango y Chihuahua, que recuerdan bien a Villa, aunque sea por tradición familiar, y que muchas veces guardan fotografías, recortes de periódicos, documentos diversos.

Hay quien lo ha hecho. Con base en fondos documentales nunca trabajados por los historiadores de la Revolución, en su conocimiento del terreno (los pueblos, las montañas, los valles fluviales, las familias y sus apellidos), y en el testimonio de los descendientes de los rudos rancheros de la región, Víctor Orozco escribió una

magnífica historia de los pueblos del Distrito Guerrero en el siglo XIX a la que puso el acertado y sugestivo título de Tierra de libres.²

El profesor Orozco confirma y enriquece la hipótesis de Friedrich Katz sobre los hombres del núcleo original villista, que "fueron esencialmente rancheros independientes cuyas raíces se encuentran en el periodo colonial (cuando les fueron concedidas tierras por la corona para pelear contra los apaches)" (de una carta de F. Katz a Orozco, p. 9).

Por su parte, y tras un largo trabajo con materiales parecidos a los utilizados por Orozco (fondos documentales locales, entrevistas con los viejos campesinos y veteranos orozquistas y villistas, etc.), Jane-Dale Lloyd escribió la historia de la vida material de los rancheros del distrito Galeana durante el porfiriato.³ Es esa una historia que se enlaza directamente con el villismo, uno más de los episodios de la lucha de esos hombres por "reestablecer su dominio y control sobre los recursos básicos de su territorio imponiendo a la región su visión del mundo. Otros estudios han de confirmar si lo lograron o no" (p. 366).

En fin, también con base en archivos estatales y municipales, el conocimiento del terreno y el rescate de la tradición oral, Carlos González Herrera escribió una historia larga de los pueblos de la cuenca del Papigochic desde el establecimiento de las misiones jesuitas, en el siglo XVII, hasta los primeros enfrentamientos entre sus habitantes y la fortalecida élite estatal, en el ocaso del siglo XIX.⁴

Estos trabajos tienen un denominador común, explícito sobre todo en sus conclusiones: parecen hacer la historia colonial y decimonónica de Chihuahua en función de la Revolución en el estado, es decir, del villismo. Pero más importante que eso, muestran la riqueza de fuentes poco o nada trabajadas por los historiadores de la Revolución, la amplia gama de posibilidades que abriría un estudio serio sobre el

² Vidor Orozco, Tierra de libres: los pueblos del distrito de Guerrero en el siglo XIX, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez-Gobierno del Estado de Chihuahua, 1995, 166 p.

³ Jane-Dale Lloyd Daley, Cultura material ranchera en el noroeste de Chihuahua, México, Universidad Iberoamericana, Tesis de doctorado en historia, 1995, 379 p.

⁴ Carlos González Herrera, La formación y desarrollo de una élite local del occidente de Chihuahua. Los pueblos de la cuenca del Papigochic, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Tesis de licenciatura en antropología social, 1986, 193 p.

terreno y el rescate de la memoria colectiva de los rancheros de Chihuahua, que a la conservación de la tradición oral agregan documentos y fuentes riquísimas.

Cuando recopilemos estos materiales, cuando hagamos ese trabajo, estaremos en condiciones de escribir una nueva y sorprendente historia de la División del Norte y de los pueblos de Chihuahua.

OBRAS CITADAS.

LIBROS:

- AGUILAR CAMIN, Héctor, La Frontera nómada. Sonora y la Revolución Mexicana. México, Secretaría de Educación Pública-Siglo XXI (Cien de México), 1985, 450 p.
- AGUILAR CAMIN, Héctor, La guerra de Gallo. México, Cal y Arena, 1988, 591 p.
- AGUILAR CAMIN, Héctor, Saldos de la Revolución. México, Editorial Oceano, 1984, 315 p.
- AGUILAR MORA, Jorge, Una muerte sencilla, justa, eterna. Cultura y guerra durante la revolución mexicana. México, Ediciones Era (Biblioteca Era), 1990, 439 p.
- AGUIRRE BENAVIDES, Adrián, Errores de Madero. México, Editorial Jus, 1978, 178 p.
- AGUIRRE BENAVIDES, Luis, De Francisco I. Madero a Francisco Villa. Memorias de un revolucionario. Prólogo de Martín Luis Guzmán, México, A. del Bosque Editor, 1966, 273 p.
- AGUIRRE BENAVIDES, Luis y Adrián, Las grandes batallas de la División del Norte al mando del general Francisco Villa. México, Editorial Diana, 1964, 205 p.
- ALESSIO ROBLES, Miguel, Historia política de la Revolución. Edición fascimular, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (Biblioteca de Obras Fundamentales de la Independencia y la Revolución), 1985, 393 p.
- ALESSIO ROBLES, Miguel, Obregón como militar. México, Editorial Cultura, 1935, 203 p.
- ALESSIO ROBLES, Vito, La Convención Revolucionaria de Aguascalientes. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (Ediciones conmemorativas, Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes, LXXV Aniversario), 1989, 475 p.
- ALMADA, Francisco R., La Revolución en el estado de Chihuahua. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1964-1965, II t.
- ALPEROVICH, M. S. y B. T. RUDENKO, La Revolución mexicana de 1910-17 y la política de los Estados Unidos. Quinta Edición, México, Ediciones de Cultura Popular (Pasado y Presente de México), 1973, 294 p.

- ALPEROVICH, M. S., B. T. RUDENKO y N. M. LAVROV, La Revolución mexicana. Cuatro estudios soviéticos, Traducción directa del ruso por Arnaldo Martínez Verdugo y Alejo Méndez García, México, Ediciones Los Insurgentes (Colección Reforma-Revolución, número dos), 1960, 177 p.
- ALTAMIRANO, Graziella y Guadalupe VILLA (compiladoras), Chihuahua. Textos de su historia, 1824-1921, México, Gobierno del Estado de Chihuahua-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1988, 3 v.
- ALTAMIRANO, Graziella y Guadalupe VILLA, Chihuahua. Una historia compartida, 1824-1921, México, Gobierno del Estado de Chihuahua-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1988, 416 p.
- ALTAMIRANO, Graziella y Guadalupe VILLA (Investigación y compilación), La Revolución Mexicana. Textos de su historia, México, Secretaría de Educación Pública-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1985, III t.
- AMAYA C., Luis Fernando, La Soberana Convención Revolucionaria, 1914-1916, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (Ediciones conmemorativas, Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes, LXXV Aniversario), 1989, 468 p.
- AVILA ESPINOSA, Felipe Arturo, El pensamiento económico, político y social de la Convención de Aguascalientes, México, Instituto Cultural de Aguascalientes-Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1991, 234 p.
- BARRAGAN RODRIGUEZ, Juan, Historia del Ejército y la Revolución Constitucionalista, Edición facsimilar, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (Biblioteca de Obras Fundamentales de la Independencia y la Revolución), 1985, 2 v.
- BARRERA FUENTES, Florencio (Introducción y notas), Crónicas y debates de las sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (Conmemoraciones Cívicas de 1964), 1964-1965, III t.
- BARTRA, Armando (Prólogo, recopilación y notas), Regeneración 1900-1918. La corriente más radical de la revolución de 1910 a través de su periódico de combate, México, Hadise, 1972, 542 p.
- BENITEZ, Fernando, Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana, México, Fondo de Cultura Económica (Biblioteca Joven), 1983, III t.

- BLANCO, José Joaquín, Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, 216 p.
- BLANCO MOHENO, Roberto, Crónica de la Revolución Mexicana, México, Editorial Diana, 1967, III t.
- BLANCO MOHENO, Roberto, Pancho Villa, que es su padre, México, Editorial Diana, 1969, 285 p.
- BLANCO MOHENO, Roberto, Tlatelolco. Historia de una infamia, México, Editorial Diana, 1969, 286 p.
- BRECEDA, Alfredo, México revolucionario, Edición fascimular, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (Biblioteca de Obras Fundamentales de la Independencia y la Revolución), 1985, II t.
- BULNES, Francisco, Toda la verdad acerca de la Revolución mexicana. La responsabilidad criminal del presidente Wilson en el desastre mexicano, México, Libro-Mex Editores, 1977, 313 p.
- CALZADIAZ BARRERA, Alberto, Hechos reales de la Revolución, México, Editorial Patria, 1959-1982, VIII t.
- CAMPOBELLO, Nellie, Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa, México, Edición y Distribución Ibero-Americana de Publicaciones, 1940, 207 p.
- CAMPOBELLO, Nellie, "Cartucho. Relatos de la lucha en el Norte", en Antonio CASTRUP LEAL, La novela de la Revolución mexicana, México, Aguilar Mexicana de Ediciones, 1960, II t. Tomo I, pp. 929-968.
- CERVANTES, Federico, Felipe Angeles y la Revolución de 1913. Biografía (1869-1919), Segunda edición, México, s/e, 1943, 381 p.
- CERVANTES, Federico, Francisco Villa y la Revolución, Edición fascimular, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (Biblioteca de Obras Fundamentales de la Independencia y la Revolución), 1985, 828 p.
- COCKCROFT, James D., Precursores intelectuales de la revolución mexicana, 1900-1913, 14a. edición, Traducción de María Eunice Barrales, México, Siglo XXI Editores (Historia), 1991, 290 p.
- CORDOVA, Arnaldo, La ideología de la Revolución mexicana. La formación el nuevo régimen, México, Ediciones Era (El hombre y su tiempo), 1973, 508 p.
- CORDOVA, Arnaldo, La Revolución y el estado en México, México, Ediciones Era (Colección Problemas de México), 1989, 393 p.

- CUMBERLAND, Charles C., Madero y la Revolución mexicana, México, Siglo XXI Editores (Colección Nuestra América), 1979, 317 p.
- CUMBERLAND, Charles C., La Revolución mexicana. Los años constitucionalistas, Introducción y material añadido por Charles C. Bailey, Traducción de Héctor Aguilar Camín, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, 389 p.
- FOIX, Pere, Pancho Villa, México, Editorial Xóchitl, 1950, 278 p.
- FUENTES, Carlos, Gringo viejo, México, Fondo de Cultura Económica (Tierra Firme), 1985, 190 p.
- FLORESCANO, Enrique, El nuevo pasado mexicano, México, Cal y Arena, 1991, 231 p.
- GARCADIEGO DANTAN, Javier (Coordinador), Así fue la Revolución Mexicana, México, Comisión Nacional para las Celebraciones del 175 Aniversario de la Independencia Nacional y 75 Aniversario de la Revolución Mexicana, 1985, 8 v.
- GARFIAS MAGAÑA, Luis, Verdad y leyenda de Pancho Villa: Vida y hechos del famoso personaje de la Revolución mexicana, México, Panorama, 1984, 165 p.
- GARRITZ, Amaya, Guía del Archivo Juan Barragán, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas (Serie Bibliográfica 7), 1986, L-533 p.
- GILLY, Adolfo, et al., Interpretaciones de la Revolución mexicana, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Editorial Nueva Imagen, 1979, 150 p.
- GILLY, Adolfo, La revolución interrumpida, México, Ediciones el Caballito, 1971, 413 p.
- GILLY, Adolfo, La revolución interrumpida, Edición corregida y aumentada, México, Ediciones Era (Colección Problemas de México), 1994, 367 p.
- GOMEZ, Marte R., Pancho Villa, México, Fondo de Cultura Económica (Lecturas Mexicanas 94), 1985, 85 p.
- GOMEZ, Marte R., La reforma agraria en las filas villistas, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1966, 355 p.
- GONZALEZ RAMIREZ, Manuel, La revolución social de México, México, Fondo de Cultura Económica (Vida y pensamiento de México), 1960, III t.
- GUERRA, Francois Xavier, México: del antiguo régimen a la Revolución, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, II t.

- GUILAPAIN PEULIARD, Odite, Felipe Angeles y los destinos de la Revolución mexicana, Prólogo de Adolfo Gilly, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, 241 p.
- GUZMAN, Martín Luis, El águila y la serpiente, México, Editorial Porrúa (Colección de Escritores Mexicanos), 1987, 471 p.
- GUZMAN, Martín Luis, Memorias de Pancho Villa, México, Editorial Porrúa (Colección "Sepan cuantos..." Núm. 438), 1984, 612 p.
- HALE, Charles, El liberalismo mexicano en la época de Mora. 1821-1853, México, Siglo XXI Editores (Historia), 1972, 315 p.
- HART, John Mason, El México revolucionario. Gestación y proceso de la Revolución Mexicana, Versión española de Manuel Arboff, Prólogo de Carlos Fuentes, México, Alianza Editorial (Colección Raíces y razones), 1990, 574 p.
- IBARGÜENGOITIA, Jorge, Autopsias rápidas, Selección de Guillermo Shéridan, México, Vuelta, 1988, 290 p.
- KATZ, Friedrich, Ensayos mexicanos, Prólogo de John H. Coatsworth, México, Alianza Editorial (Colección Raíces y razones), 1994, 467 p.
- KATZ, Friedrich, La guerra secreta en México, México, Ediciones Era (Colección Problemas de México), 1982, 2 t.
- KNIGHT, Alan, La Revolución mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional, Traducción: Luis Cortez Bargalló, México, Editorial Grijalbo, 1996, II v.
- KRAUZE, Enrique, Francisco Villa Entre el ángel y el fiero, México, Fondo de Cultura Económica (Biografía del poder/4), 1987, 117 p.
- LANGLE RAMIREZ, Arturo, El ejército villista, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Serie Historia, V), 1961, 162 p.
- LAVRETSKI, Iosiff, y Adolfo GILLY, Pancho Villa Dos ensayos, México, Editorial Macehual, 1978, 229 p.
- MAGAÑA, Gildardo, Emiliano Zapata y el agrarismo en México, Edición facsimilar, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (Biblioteca de Obras Fundamentales de la Independencia y la Revolución), 1985, V t.
- MANCISIDOR, José, Historia de la Revolución mexicana, 7a. Edición, México, Libro Mex editores, 1966, 367 p.

- MARTINEZ ASSAD, Carlos, Mario RAMIREZ RANCAÑO y Ricardo POZAZ HORCASITAS, Revolucionarios fueron todos, México, Secretaría de Educación Pública-Fondo de Cultura Económica (SEP80 33), 1982, 341 p.
- MATUTE, Alvaro, Las dificultades del nuevo estado, México, El Colegio de México (Historia de la Revolución Mexicana 7), 1995, 313 p.
- MATUTE, Alvaro (Compilación y prólogo), Documentos relativos al general Felipe Angeles, México, Editorial Domés, 1982, 368 p.
- MATUTE, Alvaro, La Revolución mexicana actores, escenarios y acciones (Vida cultural y política 1901-1929), México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1993, 268 p.
- MEDINA RUIZ, Fernando, Francisco Villa, cuando el rencor estalla, 2a. Edición, México, Editorial Jus, 1972, 189 p.
- MENA BRITO, Bernardino, Carranza sus amigos, sus enemigos, México, Ediciones Botas, 1935, 689 p.
- MENA BRITO, Bernardino, Felipe Angeles federal, México, Ediciones Herrerías, 1936, 303 p.
- MENA BRITO, Bernardino, El lugarteniente gris de Pancho Villa (Felipe Angeles), México, Mariano Coli, 1938, 456 p.
- MENA BRITO, Bernardino, Ocho diálogos con Carranza, 2a. Edición Corregida y aumentada, México, Editores Mexicanos Unidos, 1964, 340 p.
- MEYER, Jean, La Revolución mexicana 1910-1940, Traducción de Héctor Pérez-Rincón G., México, Editorial Jus, 1991, 297 p.
- MEYER, Jean, La tierra de Manuel Lozada, México, Universidad de Guadalajara (Colección de documentos para la historia de Nayant IV), 1989, 402 p.
- MEYER, Lorenzo, Su Majestad Británica contra la Revolución Mexicana, 1900-1950. El fin de un imperio informal, México, El Colegio de México, 1991, 579 p.
- MEYER, Michael C., Huerta. Un retrato político, México, Editorial Domés, 1983, XVI-315 p.
- MEYER, Michael C., El rebelde del norte. Pascual Orozco y la Revolución, Traducción de Carolina Espejel Sherman, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas (Serie de historia moderna y contemporánea: 16), 1984, 199 p.

- MOLINA ENRIQUEZ, Andrés, Los grandes problemas nacionales, Prólogo de Arnaldo Córdova, México, Ediciones Era (Colección Problemas de México), 1978, 523 p.
- MUÑOZ, Rafael F., Pancho Villa, rayo y azote, México, Populibros "La Prensa", 1955, 192 p.
- MUÑOZ, Rafael F., Relatos de la Revolución. Cuentos completos, México, Utopía (Palabra y Tiempo), 1976, 311 p.
- OBREGON, Alvaro, Ocho mil kilómetros en campaña, Segunda edición, Estudios preliminares de Francisco L. Urquiza y Francisco J. Grajales, Apéndice de Manuel González Ramírez, México, Fondo de Cultura Económica (Fuentes para la Historia de la Revolución Mexicana, V), 1959, CXXVIII-619 p.
- ONTIVEROS, Francisco de P., Toribio Ortega y la Brigada González Ortega, Chihuahua, Imprenta El Norte, 1914, 168 p.
- OROZCO, Víctor, Tierra de libres: Los pueblos del distrito de Guerrero en el siglo XIX, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez-Gobierno del Estado de Chihuahua (Historia General de Chihuahua III. Primera parte), 1995, 166 p.
- PUENTE, Ramón, Hombres de la Revolución. Villa (sus auténticas memorias), Los Angeles, California, Spanish-American Publishing Co., 1931, 250 p.
- PUENTE, Ramón, Villa en pie, México, Editorial México Nuevo, 1937, 181 p.
- QUIRK, Robert E., La Revolución Mexicana 1914-1915. La Convención de Aguascalientes, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (Ediciones conmemorativas, Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes, LXXV Aniversario), 1989, 253 p.
- REED, John, México insurgente, Tercera edición, México, Ediciones de Cultura Popular, 1975, 255 p.
- REED, John, Villa y la Revolución mexicana, prólogo de Jorge Ruffinelli, México, Editorial Nueva Imagen, 1983, 214 p.
- REYES, Aurelio de los, Con Villa en México. Testimonios sobre camarógrafos norteamericanos en la Revolución, 1911-1916, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1985, 411 p.
- SANCHEZ LAMEGO, Miguel Angel, Historia militar de la Revolución constitucionalista, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1956-1960, V t.

- SANCHEZ LAMEGO, Miguel Angel, Historia militar de la Revolución en la época de la Convención, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1983, 210 p.
- SILVA HERZOG, Jesús, Breve historia de la Revolución mexicana, Segunda edición, México, Fondo de Cultura Económica (Colección Popular 17), 1983, II Tomos.
- SILVA HERZOG, Jesús, Trayectoria ideológica de la Revolución Mexicana 1910-1917, México, Cuadernos Americanos, 1963, 139 p.
- SOTELO INCLAN, Jesús, Raíz y razón de Zapata, México, Conaculta (Cien de México), 1991, 244 p.
- TARACENA, Alfonso, La verdadera Revolución mexicana, México, Editorial Jus, 1960, tomos I a IV.
- TERRAZAS, Silvestre, El verdadero Pancho Villa. El Centauro del Norte... sus heroicas batallas y acciones revolucionarias, Presentación de Friedrich Katz, Biografía de Silvestre Terrazas por Margarita Terrazas Perches, México, Ediciones Era (Colección Problemas de México), 1985, 243 p.
- TORRES, Elías L., La cabeza de Villa y 20 episodios más, México, Editorial Tatos, 1938, 208 p.
- TORRES, Elías L., 20 vibrantes episodios de la vida de Villa. (Fragmentos de la vida revolucionaria del General Francisco Villa), México, Editorial Sayrols, 1934, 193 p.
- TORRES, Elías L., Vida y hazañas de Pancho Villa, México, El Libro Español, s/f, 189 p.
- ULLOA, Berta, La encrucijada de 1915, México, El Colegio de México (Historia de la Revolución Mexicana 5), 1979, 267 p.
- ULLOA, Berta, La Revolución escindida, México, El Colegio de México (Historia de la Revolución Mexicana 4), 1979, 178 p.
- ULLOA, Berta, La Revolución intervenida Relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos, México, El Colegio de México, 1971, XII-455 p.
- VALADES, José C., Historia general de la Revolución Mexicana, 4a. Edición, México, Editorial del Valle de México, 1988, 5 v.
- VALADES, José C., Rafael Buena Las caballerías de la Revolución, México, Leega-Júcar (Crónica General de México 1), 1984, 158 p.

VARGAS ARREOLA, Juan Bautista, A sangre y fuego con Pancho Villa, Compilación y semblanza de Bertha Vargas de Corona, Prólogo de Jorge Aguilar Mora, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, 366 p.

VASCONCELOS, José, La Tormenta, 11a. Edición, México, Editorial Jus, 1978, 396 p.

VASCONCELOS, José, Ulises criollo, México, Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Educación Pública (Lecturas Mexicanas 11 y 12), 1983, 2 vols.

VERA ESTAÑOL, Jorge, La Revolución mexicana. Orígenes y resultados, México, Editorial Porrúa, 1957, 797 p.

WOMACK Jr., John, Zapata y la Revolución mexicana, Decimosegunda edición, Traducción de Francisco González Arámburo, México, Siglo XXI (Colección Nuestra América), 1980, XII-443 p.

TESIS:

ALTAMIRANO COZZI, Graziella, Los años de la Revolución en Durango 1910-1920, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, Tesis de maestría en historia, 1993, 292 p.

ARIAS GOMEZ, María Eugenia, El proceso historiográfico en torno a Emiliano Zapata (1911-1940), México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, Tesis de licenciatura en historia, 1979, 345 p.

GARCADIEGO DANTAN, Javier, Revolución constitucionalista y contrarrevolución. Movimientos reaccionarios en México, 1914-1920, México, El Colegio de México Tesis de doctorado en historia, 1981, 392 p.

GONZALEZ HERRERA, Carlos, La formación y desarrollo de una élite política del occidente de Chihuahua. Los pueblos de la cuenca del Papigochic, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Tesis de licenciatura en Antropología Social, 1986, 193 p.

GUTIERREZ RIVERA, Vicente Javier, Don Vito Alessio Robles, un ilustre historiador coahuilense, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, Tesis de licenciatura en historia, 1977, 379 p.

IBARROLA ZAMORA, Bernardo Manuel, Juan Manuel Torres: biógrafo de banderas. Una aproximación a la historiografía militar, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, Tesis de licenciatura en historia, 1996, VIII-238 p.

LLOYD DALEY, Jane -Dale, Cultura material ranchera en el noroeste de Chihuahua, México, Universidad Iberoamericana, Tesis de doctorado en historia, 1995, 379 p.

PALACIOS, Guillermo, La idea oficial de la Revolución mexicana, México, El Colegio de México, Tesis de maestría en historia, 1969, 3 v.

VILLA GUERRERO, Guadalupe, Francisco Villa: Historia, leyenda y mito, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, Tesis de licenciatura en historia, 1976, 290 p.

ARTICULOS EN REVISTAS Y OBRAS COLECTIVAS:

AGUILAR CAMIN, Hector, "Historia para hoy", en Carlos PEREYRA, et al., Historia ¿para qué?, México, Siglo XXI Editores (Historia), 1980, pp. 145-167.

AVILA ESPINOSA, Felipe Arturo, "La ciudad de México ante la ocupación de las fuerzas villistas y zapatistas. Diciembre de 1914-junio de 1915", en Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México, Vol. XIV (México, 1991), pp. 107-128.

CORDOVA, Amaldo, et al., "Vieja Revolución ¿Nueva historiografía?", en Universidad de México. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México, Vol. XLIV, Núm. 466 (México, Noviembre 1989), pp. 18-40.

FALCON, Romana, "Las regiones en la Revolución. Un itinerario historiográfico", en Carlos MARTINEZ ASSAD (coordinador), Balance y perspectiva de los estudios regionales en México, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, 1990, pp. 61-89.

GONZALEZ Y GONZALEZ, Luis, "Setenta y cinco años de investigación histórica en México", en Fernando PEREZ CORREA, (coordinador general), México. Setenta y cinco años de Revolución, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana-Fondo de Cultura Económica, 1988, Tomo IV, Educación, Cultura y Comunicación II.

KATZ, Friedrich, "Pancho Villa, los movimientos campesinos y la reforma agraria en el norte de México", en David A. BRADING (Compilador), Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana, Traducción de Carlos Valdés, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, pp. 86-105.

KATZ, Friedrich, "Pancho Villa y la Revolución mexicana", en Revista Mexicana de Sociología, Año LI, Núm. 2 (México, abril-junio 1989), pp. 87-114.

KATZ, Friedrich, "Volvámonos con Pancho Villa", en Nexos, Año IX, Vol. IX, No. 107 (México, noviembre de 1986), pp. 37-48.

KNIGHT, Alan, "Interpretaciones recientes de la Revolución mexicana", en Secuencia, Revista Americana de Ciencias Sociales, Núm. 13 (México, enero-abril 1989), pp. 23-40.

MATUTE, Alvaro, "Los actores sociales de la Revolución en 20 años de historiografía (1969-1989)", en Universidad de México, Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México, Vol. XLIV, Núm. 466 (México, Noviembre 1989), pp. 10-17.

PEGUERO, Raquel, "Nellie Campobello debería estar en un pedestal: Irene Matthews", en La Jornada, Núm. 4638 (México, 3 de agosto de 1997), pp. 21-22.

VANDERWOOD, Paul J., "Explicando la Revolución mexicana", en Secuencia, Revista Americana de Ciencias Sociales, Núm. 13 (México, enero-abril 1989), pp. 5-22.